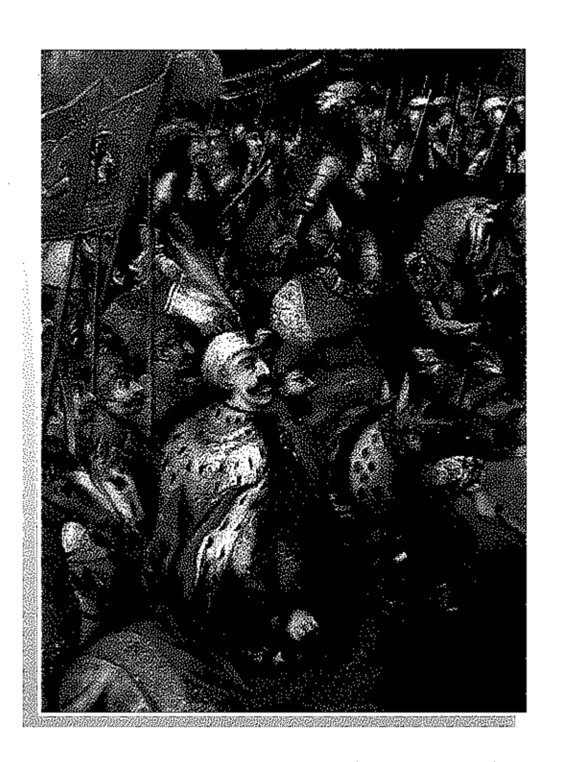
# Jan Dobraczyński

# Bajo las murallas de Viena



**La historia de Juan Sobieski**

ARCADUZ

PALABRA

# BAJO LAS MURALLAS DE VIENA

## LA HISTORIA DE JUAN SOBIESKI

EDICIONES PALABRA
Madrid

Título original: *Samson i Dalila*

Colección: Arcaduz



Diseño de cubierta: Carlos Bravo
I.S.B.N.: 84-8239-672-2
Depósito Legal: M. 28.625-2002
Impresión: Gráficas Anzos, S.L.
Printed in Spain - Impreso en España

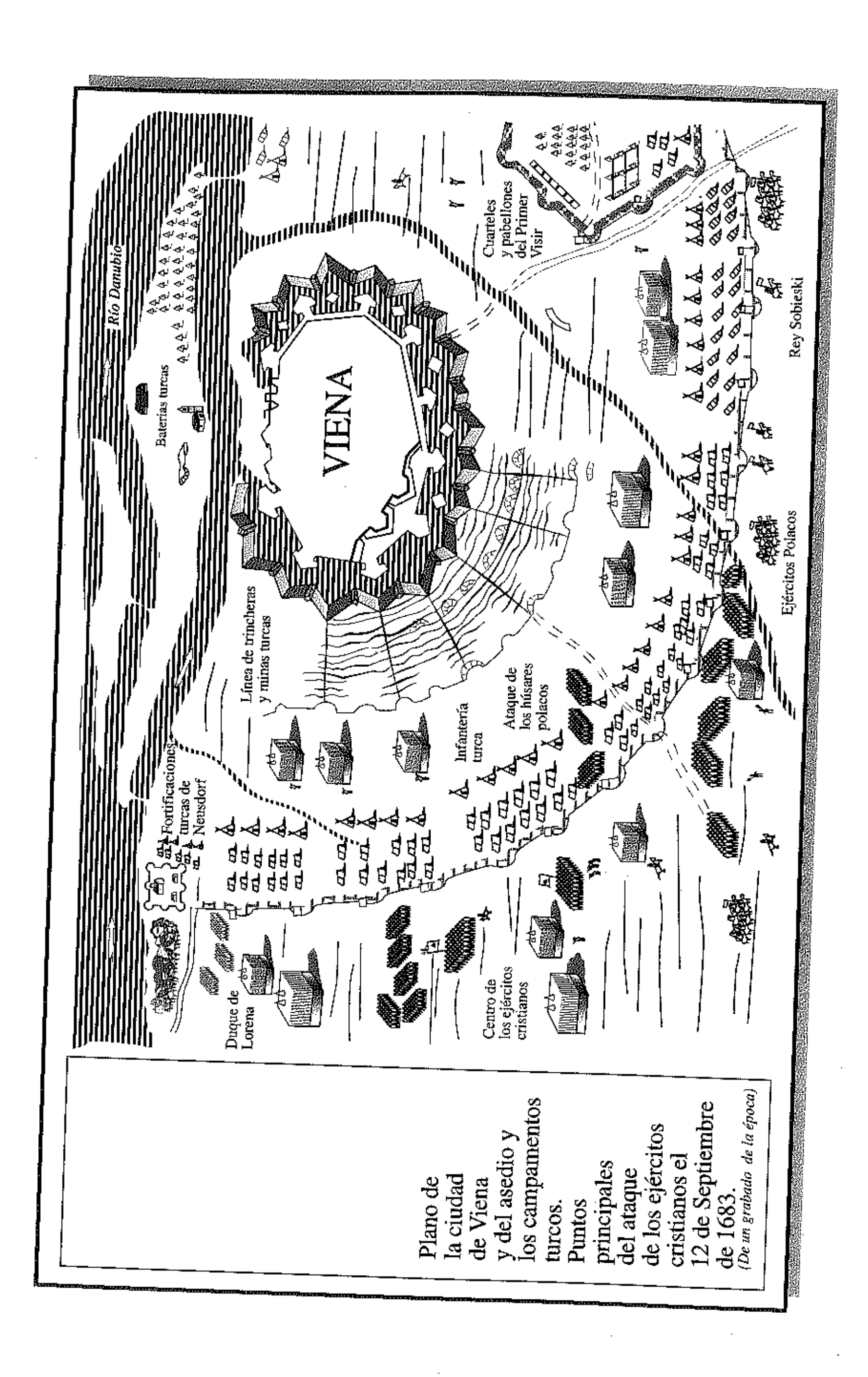


Jan Dobraczyńsky

# Bajo las murallas de Viena

## La historia de Juan Sobieski

ARCADUZ




Plano de la ciudad de Viena y del asedio y los campamentos turcos. Puntos principales del ataque de los ejércitos cristianos el 12 de Septiembre de 1683. *(De un grabado de la época)*

## PRÓLOGO

Una joven atravesaba rápidamente el corredor del castillo. Su larga vestidura, llena de pliegues, adornada con bordados y guarniciones, crujía. Sus cabellos oscuros, casi negros, de ensortijados rizos, oscilaban sobre la desnuda espalda y sobre el corsé excesivamente abierto por el paso veloz. Tenía una mano alzada y en ella apretaba una carta.

Junto a la puerta que llevaba a los aposentos de la reina había un siervo. Al ver quién era la que se acercaba, insinuó una profunda reverencia. La mujer agarró con fuerza la anilla de la puerta, sin un asomo de duda.

La reina María Luisa estaba sentada, rodeada de sus damas de corte. Se afanaba en bordar una forma de corazón sangrante en una tela extendida sobre el bastidor. También las jóvenes estaban bordando. Una de ellas, sentada en una esquina, leía un libro en francés.

Cuando oyó abrirse la puerta, la reina levantó la cabeza. Al ver a su benjamina sonrió. Los cabellos negros de la reina, que ya pasaba de los cincuenta, estaban recogidos en una ligerísima redecilla blanca. Los ojos, también negros, idénticos a los de la joven que acababa de entrar, contrastaban con la claridad de su piel.

—*Oh, c'est toi, Marie?* –exclamó, haciendo una seña a la que leía para que interrumpiese su lectura–. *Viens, viens, ma mignonne.* ¿Tienes algo importante que decirme?

—Sí, Majestad. Muy importante –mientras decía esto, la

joven realizó una rápida reverencia, en la que no había sombra alguna de servilismo.

—Bien, podéis retiraros, queridas –dijo a las damas con un gesto impaciente de sus manos llenas de anillos, con el que daba a entender que deseaba que las muchachas abandonaran inmediatamente el aposento–. Dejadnos solas. Podéis ir a dar un paseo. Hasta la hora de comer no os voy a necesitar...

Las muchachas se levantaron, dejaron sus labores, hicieron una reverencia y salieron. Eran todas jóvenes y hermosas. Junto a las jóvenes francesas se distinguían también rubias polacas.

La reina las acompañó con la mirada hasta la puerta. Cuando esta se cerró tras ellas, su mirada se dirigió hacia la joven. Señaló con el dedo la carta que esta tenía en la mano.

—¿Es una carta de tu Céladon? –preguntó.

—Sí.

—¡Ah!, ¿se ha decidido por fin?

—No.

—¿Qué ha pasado, entonces? –exclamó observando atentamente el rostro excitado de su pupila–. No creo que le haya ocurrido nunca algo parecido. Espero que todavía le tengas bien presente en tu corazón...

—¡Sí y no! –respondió airada María Casimira. Sus labios carnosos se encogieron.

Acercó con un pie una banqueta y se sentó a los pies de la reina.

—Está ofendido...

—¿Ofendido? ¿Y por qué?

—A lo mejor te lo imaginas –ahora que estaban solas se dirigía a María Luisa de modo no oficial–. Siempre están pidiéndole algo, solicitándole, imponiéndole condiciones. Está destrozado. Ese tal Lubomirski –aquel apellido sonaba deformado en aquella boca– siempre ha sido su amigo. Y los dos son amigos de todo ese montón de «bastos campesinos» –las dos últimas palabras las dijo en polaco–. Los adoran.





—¿Y qué le vas a hacer? –la reina se encogió de hombros–. Son así. Están hechos así. Estamos en Polonia, no en Francia. En Francia, ningún potentado se preocupa de lo que piensa la nobleza de provincias.

—¡Por eso preferiría estar allí! –suspiró la joven muchacha.

María Luisa se volvió a encoger de hombros.

—Vamos, Marie, no seas niña. En Francia no serías nadie. Aquí no solo gozas de mi protección, sino también del dinero y los títulos de tu marido. Créeme, ser un don nadie no es nada agradable. Si te he traído aquí es para que puedas ser alguien.

—¿Y para eso me has metido en la cama de ese asqueroso?

—Ese asqueroso es uno de los hombres más grandes de aquí.

—¿Y bien? ¡No tiene *politesse*, no tiene sentimientos! Y sus riquezas se las da a los lacayos y a las prostitutas más rastreras.

—El patrimonio es grande, será difícil que acabe con él. Es cierto que esperaba de él algo más. Se decía que podría ser incluso candidato al trono. ¡Es descendiente, según dicen, de los Piast..!

—¡Aquí en Polonia, todos dicen que descienden de los Piast!

—Puede que todos lo digan, pero no todos lo tienen escrito en los documentos. De todas formas, tienes razón: me ha decepcionado y ya no le apoyaré nunca más.

María Casimira resopló furiosa.

—¡Tú no le apoyarás, pero yo estoy atada a él!

La reina hizo un gesto concluyente.

—No se puede tener todo a la vez. No tengas miedo, no te voy a abandonar. Yo te quiero, Marie –dijo la reina, acariciando con la mano la espalda de su pupila–. Te quiero mucho... Hasta te he dado un romántico admirador... Tú has estado en Francia y sabes cómo son las cosas en el gran mundo.

—Allí es diferente. Aquí son todos unos salvajes. Mira, cuando he vuelto, mi marido me ha enviado a sus dignatarios para darme la bienvenida. Les he recibido tumbada en mi habitación, como hacen todas las damas en Francia –aquí la joven comenzó a reír– ¡y se han puesto rojos como tomates, se han quedado tan impresionados que no han sido capaces de decirme la oración de bienvenida!

La reina sonrió también por momentos.

—Es imposible transformarlos. Pero con alguno de ellos, a fuerza de paciencia, es posible obtener algún resultado. Tu alférez, por ejemplo, si se lee todo lo que tú le propongas, tendrá mucho camino ganado.

—Lee todo lo que yo le mando, pero sigue siendo el mismo «basto campesino» –en ese momento golpeó la carta con la mano–. ¡No me da opción ninguna: aceptará el bastón de mariscal solo si me tiene a mí!

—¡Caramba! –exclamó María Luisa con un gesto de asombro–. Por lo que parece, le has hecho perder de veras la cabeza...

—La ha perdido él solo.

—Pero entonces la situación no es tan mala como decías. Se trata solamente de explicárselo todo.

—¿Y qué quieres que le explique? Ha escrito diciendo que me quiere a mí y que exige su divorcio. Pero a la vez dice que, si se divorcia, no podría vivir tranquilo en Polonia.

—Estos polacos son verdaderamente tremendos –la reina quedó unos instantes pensativa–. Dime la verdad: ¿te gusta? ¿De verdad te gusta tanto?

Observó atentamente la expresión de fastidio de su pupila.

—Y yo qué sé... –María Casimira hizo una mueca–. No está mal... Podría ser mi marido. Yo quiero ser una mujer normal, con un marido, una casa, unos niños...

—Deberías tener mayores ambiciones, Marie. Yo no te he educado para que tú te conviertas en una mujer del montón con su marido y sus hijos. Cuando una mujer sacrifica su





vida por una gran causa, puede permitirse incluso un amigo...

—Él quiere que yo sea su mujer. Dice que sin mí se morirá, que se volverá loco, que...

—¿Entonces está de acuerdo con el divorcio?

—Sí, pero no aquí en Polonia. Me lo llevo conmigo, nos iremos a Francia.

—¡Ni lo sueñes! –la voz de la reina había cambiado de tono. De la ternura había pasado a la dureza–. No te entiendo, Marie. ¿Es que ya no confías en mí? Yo solo quiero tu bien. Tu Céladon me hace falta.

—¿No puedes encontrar otro?

—No, le quiero a él.

—Dice que se ha comprometido totalmente ante los suyos...

—Los auténticos hombres, primero, pierden su posición y, luego, la recuperan. Mira el príncipe de Condé. A tu Céladon le gustaría que todos le quisieran... Si lleva a cabo grandes empresas, también será querido. De momento, que se conforme con amarte a ti y ser correspondido. Después, cuando haya cumplido sus deberes, si quieres, podrás llevártelo a Francia... Pero no antes. Tu deber es conseguir que siga mis órdenes.

La Zamoyska inclinó la cabeza. Se balanceó melancólicamente sobre la banqueta. Hubo un momento de silencio que María Luisa interrumpió con una pregunta:

—¿Pero es verdad que tu marido está enfermo?

—Eso me han dicho.

—¿Qué es lo que tiene?

—No lo sé, no me interesa.

—Podría morir...

—¡Le he visto más de una vez decir que se encontraba mal, y luego, siempre volvía a beber, y a divertirse con las prostitutas!

—Si muriese, tú podrías ser la mujer de Sobieski...

—También él me dice que morirá...

—¡No hagas caso, son solo habladurías! Es un tipo burlón, le gusta fingir. En realidad está más sano que un pez.

—Pero...

—Créeme a mí, no a él. Es uno de esos hombres que conquistan el amor de una mujer con estos sistemas. Además, me habías dicho que, cuando estabais en los Carmelitas, te había llamado hermana y había prometido cumplir con tu voluntad...

—Sí.

—Bien. ¿Le has escrito que el sueldo que le paga el embajador le será aumentado?

—Se lo he escrito, pero no me ha respondido. Es dueño de grandes propiedades.

—Grandes propiedades no significa de momento dinero líquido, lo sabes muy bien. Debes comprenderlo, Marie, solo él puede garantizar la venida del príncipe de Condé y que el trono sea ocupado por él. Podía haberlo hecho Lubomirski... Pero él... –el entrecejo de la reina se frunció y sus ojos relampaguearon de cólera–. ¡Ese hombre no debería vivir! –bramó–. ¡Y Dios mismo exige su muerte!

Apretó los labios, como si quisiera evitar otras palabras. Sus dedos se aferraron al borde de la mesa. María Casimira levantó la cabeza y observó a su protectora con una mirada en la que asomaba un sentimiento de miedo. Conocía bien a la mujer que desde su más tierna infancia había sido para ella una auténtica madre. Se acercó con la banqueta a las rodillas de la reina. Apoyó la mejilla sobre el vestido de terciopelo y dijo:

—Intentaré hacer lo que pueda...

—Intenta hacer todo lo posible, querida...

La blanca mano, adornada con un anillo de cinco perlas dispuestas en pirámide, se apoyó bondadosamente sobre la espalda de la joven. La reina hablaba ahora en tono resuelto, y sus palabras estaban acompañadas por una tierna sonrisa:

—Debes hacerlo. Debes hacerlo como sea. Ese hombre hará todo por ti. Le educarás, harás de él un verdadero francés. Ahora está ciego por la pasión, hará falta mucho afecto y mucha ternura. Si tú le demuestras esa ternura no te negará nada. Juntos haréis algo muy importante. Dios perdona las pequeñas culpas cuando un hombre sirve a una causa justa. Ya te he explicado –dijo mientras seguía acariciando la espalda de la Zamoyska– que el rey desea abdicar. No he conseguido quitarle la idea de la cabeza. Quizá hasta tenga razón. Este país necesita un rey distinto, un rey que sea capaz de guiar con mano dura a todos esos «bastos campesinos»... Y quizá Polonia podría llegar a maravillar al mundo. Solo hay un príncipe que podría ser un rey así...





Frunció el ceño. Se quedó mirando al vacío, como si buscara por algún lugar, en el recuerdo, ciertas figuras que aún vivían en ella.

—Con él, Francia llegará aquí –sonrió al pronunciar estas palabras. Puso el dedo sobre la mejilla de María Casimira–. También tú lo deseas, así que haz como yo te digo. Y yo me encargaré de ti. Cuando el príncipe de Condé suba al trono, tú y tu Céladon le estaréis muy próximos. No olvidará, puedes estar segura, lo que habéis hecho por él. ¡Y recuerda que ahora no es el momento de pensar en marcharte! –exclamó, amenazándola burlonamente con el dedo–. Os necesito a los dos, pequeña mía.

# PRIMERA PARTE

# 1

Cuando el correo del castillo apareció con la invitación, ya estaba listo para partir. Los carros estaban cargados, los hombres esperaban.

Con la cabeza apoyada sobre las manos estaba reflexionando sobre el modo mejor de comportarse. No tenía muchas ganas de ir al castillo. Con la reina Leonor nunca había hablado mucho. Con el humor que tenía, le irritaba aquella mujer con su belleza y con su gracia, y sobre todo con el amor que demostraba hacia su marido. ¡Aquel estúpido, aquella mona!

No tenía ganas de ver aquella escena. No le apetecía contemplar a Wisniowiecki* todo emperifollado y lleno de vanidad. Lo mejor –pensó Sobieski– sería hacer como si la carta no le hubiese llegado a Varsovia. Ni siquiera habría sido una mentira, porque ya el día antes, una parte de los carros, al mando de Golanski, había partido hacia Czersk. Pero la carta estaba llena de gentiles palabras. En ella se hablaba también del cumpleaños de Leonor. Era necesario felicitar a la reina, sobre todo después de la paz con Wisniowiecki y después de que el rey hubiese aceptado las disculpas.

Consintió aquella paz por sugerencia del obispo Trzebinski, convencido de que un conflicto posterior habría ter-

* Con el objetivo de facilitar la lectura se ha suprimido la acentuación polaca (N. de la T.).

minado por convertirse en una guerra civil. Pero no había cambiado su actitud hacia Wisniowiecki. Lo odiaba y lo despreciaba. Tampoco tenía ninguna duda de que los sentimientos de Wisniowiecki hacia él hubieran cambiado un ápice. El rey no confiaba en él y sus hombres espiaban a Sobieski. Se había dado cuenta de que le espiaban. Sus cartas desaparecían. Y mientras, el inconsciente del abad Cauthonne había venido a visitarle... El caso estaba siendo observado, sin duda. Y los hombres del rey, evidentemente, imaginaban con qué motivo había llegado el abad. En semejante situación, una salida rápida y el rechazo de la invitación podrían considerarse casi un reconocimiento de culpa. Y entonces, la denuncia podría llegar incluso a las dietas provinciales, a todos aquellos nobles hostiles a Sobieski. Era mejor afrontar la situación cara a cara. Pero, en ese caso, debería ir al castillo.

Desde hacía un tiempo no se encontraba bien, estaba al límite de sus fuerzas. Sufría un continuo dolor de cabeza. El cuello se le había quedado como rígido, a duras penas conseguía girar la cabeza. Además tenía una pierna entumecida y dolorida. Por las noches no lograba dormirse y, durante el día, le torturaba una continua somnolencia.

Los médicos que habían sido convocados deliberaron durante un largo rato. Peccorini miró a Abraham con aire interrogante, mientras este se acariciaba flemáticamente la barba rizada y se colocaba el solideo. Después de haber murmurado algo entre ellos, se decidieron por la sangría. Salió una sangre oscura y coagulada.

—Mal andamos –dijo el italiano.

—Oh, mi poderoso hetmán, está muy mal –dijo Abraham confirmando la diagnosis de su colega–. Un señor tan valeroso, un caballero tan grande y una sangre tan deteriorada...

—Bueno, pues denme un consejo. ¿A qué esperan?

Tenía la impresión de que le estaban escondiendo la verdad sobre su enfermedad. Leía sus sospechas en las miradas de complicidad y en sus palabras incomprensibles.

—Prepararemos una pócima –dijo Abraham–. Su Excelencia el señor hetmán deberá tomarla tres veces al día. Pero la medicina de poco le va a servir a Vuestra Alteza. Son los problemas y los disgustos los que le provocan la enfermedad. ¡Ah, si se fueran todos al campo! O quizá, si volviera su señoría, vuestra mujer... Todo iría mucho mejor...





Tiene razón. Ese es precisamente el motivo –pensaba–. «¡Si Marysienka estuviera con él!» Pero su estancia en el extranjero se prolongaba y nadie sabía cuánto iba a durar todavía. Estaba cada vez más claro que ella quería convencerle de este modo a que se reuniera con ella allá... Escribía muy de tarde en tarde, y sus cartas no respondían nunca a sus preguntas y a sus pesares. No sabía ni cómo estaba ella no cómo estaba su hijo. Incluso tenía serios motivos para temer por su salud. Aquella inquietud le llevaba, a veces, al borde de la locura. Y para colmo de desventuras, Marysienka decía que estaba convencida de que el motivo de su enfermedad era él. ¡Él y el aire de Polonia! Aseguraba que no podía ni pensar en volver, porque el clima polaco era mortífero para ella.

¿Quién sabe si detrás de aquellas quejas tan amargas para él no se escondían cosas quizá aún más dolorosas? Se esforzaba por ahogar sus sospechas, pero estas volvían con los chismes maliciosos que llegaban hasta él.

Esperaba sus cartas con impaciencia y, cuando llegaba una, la abría temblando. De cada una de ellas recibía una dolorosa punzada. Y después de haberlas leído, ya no dormía. Daba vueltas en la cama intentando alejar de sí aquellos terribles pensamientos. Pero seguía rogando a su mujer para que le escribiera, convencido en lo más profundo de que solo la mano que asestaba aquellos golpes podía también calmar su dolor. No quería ir al castillo porque sabía que todos le preguntarían cuándo iba a volver Marysienka, y él, con los ojos brillantes de alegría, debería asegurar a todos que llegaría de un día para otro, aunque de sus cartas no se dedujera eso precisamente. Hubiera preferido no tener que hablar del tema.

De todas formas, dio la orden de avanzar, a la carroza y al destacamento de *dragones* que le escoltaba. Ahora salía siem-

pre así de la villa del italiano Burattini, en la que vivía. Las cartas anónimas y los escritos que le llegaban cada día testimoniaban el odio que le rodeaba. Podía también leerlo en los ojos de la gente que, desde las ventanas y detrás de las empalizadas, le veían pasar en la carroza. ¡Las mismas personas que cuatro años antes, después de la victoria de Podhajce, le habían aclamado como al mayor de los héroes, como el salvador de la Patria! Había entrado en Varsovia como un triunfador, rodeado de los *dragones*, de los jeduques, de los jenízaros, de los tártaros y de los valacos. Había sido recibido entre los gritos de alegría del gentío y la oración solemne del vicecanciller. Le había sido otorgado entonces el bastón de gran hetmán y nadie había protestado contra el hecho de que aquel título honorífico se añadiera al de mariscal, que ya poseía. Era ídolo de masas, tenía la situación dominada. ¡Solo cuatro años antes!

Tampoco entonces estaba en Polonia Marysienka. Se hallaba, como ahora, en París. Y él acababa de llegar de la expedición cuando le sobrevino la enfermedad. La misma que ahora. Ver los arrumacos amorosos de los Jablonowski le hacían sentirse todavía más enfermo. ¡Cómo se preocupaba en esos días por la salud de su mujer y por su parto! Nunca había tenido partos normales. Solo una cosa era diferente: por aquel entonces, todavía estaba seguro del amor de su «estrella de la mañana»...

En su vida se repetían las mismas situaciones una y otra vez. Cuando María Luisa le había abierto los ojos sobre los sentimientos que profesaba hacia él la mujer de Zamoyski, su amor se había convertido en una llama que jamás se iba a poder apagar. Estaba dispuesto, como los pastores Silvander y Céladon de la novela francesa, a sacrificarlo todo con tal de conquistar los favores de la codiciada Astrea. Se había puesto en sus manos, y por eso, y al mismo tiempo, en las manos de aquellos que pretendían mandar sobre ambos. Deseó ardientemente unirse a ella. No existirían obstáculos ni contratiempos que pudieran detenerlo. Solo soñaba con ir a esconderse junto a su amor lejos de todo el mundo.





Pero, cuanto más cerca estaba de conquistar a su «estrella de la mañana», con más intensidad se veía atraído por la vida pública. Cuando de repente cayó el mayor obstáculo con la muerte de Zamoyski y al fin pudo casarse con Marysienka, no le fue concedido gozar de los placeres del amor. Parecía como si todo se hubiera conjurado para tener lejos al uno del otro: en Polonia aumentaban los conflictos, se perfilaba el espectro de la guerra. Para el amor faltaba el tiempo y, como si hubiera sido tocado por todo aquello, lo que fuera dulce comenzaba a ser amargo.

Una vez, su madre había dicho: «Marás estaba hecho para grandes cosas. Si no hubiese muerto de un modo tan atroz, habría sido famoso como el bisabuelo. Tú, sin embargo –le miraba ceñuda, casi con odio–, tú eres un indecente. Sucumbes al deseo más ruin. Estoy al corriente de las prostitutas que mantenías en Jaworów. ¡Y ahora, una mujer casada! ¡Una francesa! ¡Será tu ruina, Juan, ya lo verás! ¡Dios te castigará! Te castigará por tu falta de templanza. ¡Oh, no quisiera vivir hasta ese día!».

¡Y sin embargo deseaba tanto ser amado! Buscaba el cariño por todas partes: entre los miembros de la familia, entre los compañeros de la aristocracia, entre sus soldados. Se sentía satisfecho solo cuando sentía a su alrededor una atmósfera afectuosa, la simpatía, el amor. ¿Acaso habría podido vencer en Matwy si su corazón estaba de parte de aquellos contra los que tenía que luchar? Cuando comenzó la dieta de la elección, el se unió a la masa de nobles que habían llegado armados y a caballo para contrarrestar las tentativas extranjeras. Habría preferido no dejarse ver durante la elección, para no verse obligado a mirar a la cara a aquellos contra los que actuaba y que, sin embargo, le eran más cercanos que los otros, con los que se conjuraba. En lo más profundo de su corazón –aunque le resultara difícil admitirlo– no le dolía haberse visto obligado a renunciar a la candidatura del príncipe

de Condé. Le había visto solo una vez en su vida, muchos años antes, cuando junto con su hermano recorría mundo. Se habían ido al extranjero por consejo de su padre, que les había dado un itinerario preestablecido, y que había organizado varios encuentros. En Europa se combatía y el señor Jacob deseaba que sus hijos conociesen a los hombres ligados a la coalición antiimperial. Habían ido a Berlín, a Leipzig, a Hamburgo, a Holanda y, finalmente, habían llegado a Francia, donde los jóvenes Sobieski fueron cordialmente acogidos. En Leipzig se había ocupado de ellos el mismísimo comandante en jefe de las tropas suecas, Torstenson: les había invitado a comer y les había puesto bajo la protección de sus oficiales, para que mostrasen a los jóvenes viajeros en qué consistía el entrenamiento del incomparable ejército sueco.

En Amsterdam fueron huéspedes del general Sampian, conocido por sus óptimas relaciones con el príncipe de Orange. También él confió los Sobieski al cuidado de sus subalternos, para que les diesen alguna lección de estrategia, de fortificación y de técnica del asedio. En París se ocupó de ellos un coronel francés, de origen polaco, Przyjemski. Gracias a su protección pudieron acercarse un día a visitar Chantilly. Vino a su encuentro un hombre poco mayor que ellos, pequeño, flaco, muy feo. A pesar de su juventud, le rodeaba una fama de excelente caudillo. No menos notable era su fama de conquistador imbatible de corazones femeninos, el jefe de la dorada juventud, un grosero descarado. Trató a los recién llegados con un absoluto desprecio: «*Mes chers amis* –explicó poniéndoles la mano sobre la espalda en señal de protección–, habéis hecho bien en venir aquí para conocer el mundo. Mirad bien y aprended. Las experiencias que adquiráis aquí podréis llevarlas luego a vuestro lejano país cubierto de nieve. Me han dicho que pertenecéis a una gran casa. Podréis, por tanto, ejercitar una importante función en la vida de Polonia y conducir a vuestro país a un elevado nivel político. Permitidme, *mes amis*, que os dé algún consejo. Aprended a pensar con audacia, sin tener en cuenta a ninguna autoridad humana, ni ninguna otra que algunos definen como divina. Cuando sepáis cuál deberá ser vuestro comportamiento, no os dejéis llevar por los escrúpulos. Los escrúpulos son para los débiles y los miedosos. Estad siempre convencidos de que la causa que vais a sostener es justa y sacrosanta. No seáis sentimentales. Hoy la gente lee con agrado historias que hablan de amantes ideales. Libros como esos pueden leerse para pasar el rato, pero ninguna persona razonable pensaría en organizar su vida según esas normas. En las novelas, a la mujer se le conquista con la sumisión. En la vida hace falta mano dura para conquistarla. Deberíais recordarlo a menudo, porque, si es verdad lo que se dice por ahí, los polacos sois muy dados al sentimentalismo...».





Marcos se sorprendió de las palabras del príncipe. Según el viaje iba avanzando, el mayor de los hermanos se mostraba cada vez más en desacuerdo con los encuentros predispuestos por su padre. Desde el momento en que llegó a los hermanos la noticia de la muerte del señor Jacobo, su padre, el descontento se transformó en hostilidad. Marcos estaba siempre bajo la influencia de su madre. Pero aquella vez también Juan había sido golpeado por el trono tan seguro del príncipe de Condé. Si, por un lado, le atraían los placeres de la vida, sentía también cierta inclinación hacia aquellos sentimientos que esgrimía el príncipe. Cuando, bastantes años después, Marysienka había llevado desde Francia la comedia de Monsieur Poquelin, comediante de la corte, que tenía por argumento a Don Juan, Sobieski, leyéndola, había pensado que el autor, mientras escribía, pensaba seguramente en el príncipe de Condé.

Este último no habría tenido miedo a que le odiaran, quizá la cosa hasta le hubiera resultado divertida. Nada le habría hecho vacilar en su convencimiento de tener siempre la razón. La vigilia de la batalla de Podhajce, en una carta a María Luisa, aseguraba que el plan de batalla propuesto por Sobieski era una verdadera y auténtica locura, que demostraba una absoluta falta de competencia militar y que él, el gran

Condé, aconsejaba sinceramente retirar a Sobieski del mando del ejército.

Todo le unía a su gente. Nada a la otra. Pero Marysienka exigía la unión con su propio país. Porque para ella, excepto en casos de injurias momentáneas, solo existía Francia. Ahora que insistía con mayor energía en que Sobieski abandonara Polonia y se mudara a Francia, este tardaba en responder. No conseguía de ningún modo tomar esa decisión. Dio a su mujer carta blanca para actuar en su nombre y continuó asegurándole a su amada Astrea que haría todo lo que le pidiera. Dentro de sí, de hecho, no estaba nada molesto por el hecho de que Marysienka, después de haber negociado ávidamente, se llevase siempre las reprimendas... Cuando se había lamentado, le había recordado sus propias palabras, cuando había definido a Francia como el país más infiel e ingrato que había en el mundo.

Su gente era capaz de odiar, de llenar de calumnias, pero, cuando había por medio una guerra contra cualquier enemigo, las calumnias desaparecían. Los charlatanes, los borrachos y los provocadores se convertían de repente en personas distintas. También él sentía haberse convertido, en aquel momento, en un hombre diferente.

El cortejo del hetmán se paró ante la puerta del castillo donde hacían guardia los jenízaros del rey, con sus altos turbantes y sus largos pantalones bombachos. Rindieron honores militares a la carroza del hetmán. Acudieron los sirvientes. El mayordomo se apresuró en acompañar a Sobieski a los aposentos de la reina.



# 2

Leonor era una mujer muy joven. El labio superior, ligeramente elevado, daba a su rostro un aspecto adolescente. Bajo los cabellos rubio oscuro que caían sobre la frente alta, dos ojos azules, algo hinchados, miraban a Sobieski. En ellos se dibujaba la gentileza y la sumisión. ¡Qué diferentes a los ojos negros e intransigentes de Marysienka!

—Le saludo, hetmán –dijo tendiéndole la mano para que la besara–. Bienvenido. Me alegra tanto que, aunque estuviera a punto de partir, haya sabido encontrar usted un momento para responder a mi invitación.

—He venido para poder presentar mis mayores felicitaciones a Vuestra Majestad.

—Oh, vosotros los polacos no le dais importancia al significado de esta fiesta. Por lo demás, está bien que le deis más importancia a la celebración de vuestro santo. Pero no es para escuchar su felicitación, aunque me ha agradado mucho, por lo que le he hecho venir...

Se sentó, y la amplia vestidura de seda crujió al caer. Le indicó un sillón que tenía enfrente.

—¿Parte para reunirse con el ejército, hetmán?

—Sí, Majestad.

—¿Es cierto que las noticias que llegan desde Oriente son tan terribles?

—Así es.

—Entonces le ruego que me describa un poco la situación, por favor.

—El sultán ha depuesto a nuestro aliado, el khan Adil, y empuja a los tártaros contra Polonia. Me ha sido referido que el nuevo khan Selim se ha unido al traidor Dorosenko y se prepara para atacar. Querían haberlo hecho antes, pero las inundaciones producidas por el deshielo se lo han impedido. Pero ahora que ha llegado el buen tiempo podrían atacar de un día para otro. Por tanto, es necesario que me acerque rápidamente a donde se encuentra el ejército, bajo Kamieniec.

—¿Tiene fuerzas suficientes para contrarrestar la invasión de los Turcos?

—No, Majestad. Sin el ejército lituano y sin las tropas de reclutamiento, me presentaría con un manípulo contra una legión.

—¿Y, entonces, qué piensa hacer?

—Esperaré a que lleguen refuerzos, hasta que sea posible. Pero, cuando sea el momento, atacaré al enemigo con las fuerzas que tenga a mi disposición.

—¿También si sus fuerzas son superiores?

—Conozco a los tártaros. Si uno se mueve decididamente contra ellos y ven brillar el sable de frente, pierden el ímpetu enseguida. En la lucha contra los tártaros o los turcos, termina siempre por llevarse la mejor parte el que ataca primero.

—Creo, mi querido hetmán, que usted es un gran caudillo y que conoce como pocos el arte de la guerra. De todos modos, le diré a mi marido que va a necesitar usted mucha ayuda. El rey ha recibido algunas cartas del Santo Padre, donde se confirman sus palabras. En ellas se dice que los turcos empujan a los tártaros a la lucha. Parece ser que les siguen espontáneamente. El Santo Padre está muy preocupado, porque piensa que toda la Cristiandad se ve amenazada...

—De hecho, así es. Al Sultán no le interesan tanto ni Podolia ni Ucrania, solo busca el camino para llegar al corazón de la Cristiandad.





La reina suspiró.

—¡Cuántas preocupaciones! ¡Qué tiempos más duros vivimos! Desde que me he convertido en vuestra reina, siempre me han afectado los intereses de Polonia. Me gustaría poder ayudar a mi marido en estos difíciles momentos. ¡Qué bien, mi querido hetmán, que haya nacido este acuerdo entre usted y el rey!

Sintió una punzada en el corazón. En el rostro juvenil de Leonor se dibujó una expresión de sincera alegría. Efectivamente, debía de haber deseado mucho aquel acuerdo al que él se había decidido solo después de reflexionar. De hecho, le resultaba imposible liberarse de la aversión y del desprecio hacia aquel hombre, al que seguía considerando un estúpido, un imbécil, un miserable. No podía tolerar el pensamiento de que aquel joven gordo y descarado, al que todos tomaban el pelo en la Corte de los Zamoyski, hubiera sido nombrado rey. ¡Aquel estúpido había tenido suerte! Pensaba también: ¿pero de veras ella le ama? ¿En nombre de qué? ¿Cómo había hecho para conquistarla aquel imbécil?

—Todos –dijo con una inclinación– admiran la bondad y la inteligencia de Vuestra Majestad.

—He consagrado mi corazón a Polonia. De la necesidad de hacerlo me ha convencido nuestro nobilísimo vicecanciller. Así que, mi querido hetmán, si me lo permite, le diré que estaría todavía más contenta si usted se comportara en el encuentro con el obispo tal y como se comportó ante su Majestad el Rey. Estoy convencida de que, si hablasen entre ustedes, abiertamente, llegarían a entenderse a la perfección...

Sonrió con gracia, alargó la mano derecha y la posó sobre la suya. Aquel contacto hizo que Sobieski sintiera que algo se removía dentro de sí, como si algo le hubiese quemado.

—¿Le gustaría, tal vez, satisfacer mi deseo? –dijo, mirándole fijamente a los ojos.

Si hubiera sido otro el que le propusiera ponerse de

acuerdo con Olszowski, lo habría rechazado inmediatamente con un gesto de ira. El rey provocaba su rabia. Creía que Wisniowiecki no estaba a la altura para ser rey. Pero el vicecanciller no era un hombre a despreciar; era un enemigo potente, peligroso, que suscitaba inquietud. Él era el que había logrado que eligieran a Wisniowiecki en contra de la voluntad de casi todos los magnates. Con métodos que solo él conocía había hecho ir a Varsovia con motivo de la elección a una multitud de pequeños nobles armados. Los pequeños vencedores de la batalla de Matwy rodearon amenazadoramente a los senadores y les convencieron con su actitud agresiva de que renunciaran a los candidatos extranjeros. Se pusieron a gritar: «¡Queremos un Piast! ¡Un Piast! ¡El rey debe ser un Piast!». Pero cuando llegó el momento de precisar quién debería ser ese Piast, hubo desconcierto general. Alguien gritó: «¡Wisniowiecki!», y miles de voces corearon aquel nombre. El joven, medio aturdido, fue arrebatado del gentío y levantado en hombros. Todo fue obra de una turba oscura, pero tras aquella turba estaba Olzowski.

No solo fue elegido rey Wisniowiecki. La nobleza lo consideraba su propio rey; cuidaba de él, preparada para hacer trizas a quien osara oponérsele. Se sabía que los magnates no estaban de acuerdo, que contra el rey elegido estaba el potente bando francés, financiado desde París, a la cabeza del cual estaba el primado Prazmowski. Tanto él como Sobieski eran sospechosos de tramar la revuelta contra el rey. Las viejas pretensiones de la batalla de Matwy se unieron a las nuevas, anulando el fulgor de la batalla de Podhjace. Sobieski era consciente de que le seguían, de ser espiado y observado; sabía que sus cartas eran interceptadas y leídas. Estaba convencido de que se conspiraba contra su vida. En las dietas provinciales, los nobles gritaban que era necesario quitarle los títulos a Sobieski. Se levantaron en armas y pidieron un tribunal contra el traidor. Mientras se encontraba en el campamento de Trembowla, durante el otoño, le llegó la noticia de que la dieta provincial de Sieradz había aprobado





una resolución por la que se le quería retirar el bastón de mariscal. En cuanto los oficiales y los compañeros de armas lo supieron, gritaron en una sola voz que tras aquella decisión se encontraba, sin duda, Olszowski. Se convocó inmediatamente un consejo militar y se eligió a los delegados que en la dieta de Varsovia deberían exigir que le fuera retirado al obispo el cargo de vice-canciller. Olszowski tenía también sus culpas: se le acusaba de utilizar el título de ministro, a pesar de que en Polonia no existía tal título, de haber acumulado excesivos títulos y de estar demasiado interesado en los ingresos de las abadías, de las parroquias y de las provincias o *starostie*. Sería mejor que se volviese a su casa, en Chemno, y que se dedicara a la actividad eclesiástica.

Intentó calmar a los enfurecidos soldados. No porque no creyese que tras aquella operación se hallase su adversario Olszowski. Si intentaba frenar a los soldados que le eran fieles, era porque se daba cuenta de que la lucha contra un adversario tan poderoso habría podido ser muy peligrosa para él. Marysienka estaba en París llevando a cabo importantes negociaciones. Prazmowski estaba decidido a iniciar la revuelta. En un momento como aquel, no era oportuno provocar a su terrible adversario...

No había permitido que se actuase en contra del obispo. ¿Pero de qué se suponía que tenía que hablar ahora con él? La belleza de la reina y aquel delicado contacto con la mano hicieron que se quedara sin palabras. Apenas consiguió mascullar:

—No creo que el señor obispo quiera hablar conmigo. Y además, ya casi estoy con un pie en el estribo...

—¡Qué va..! Me ha dicho que hablaría gustosamente con Vuestra Excelencia.

Le había sorprendido de tal manera con su naturalidad que, antes de que él pudiera hallar una respuesta, la reina ya había hecho llamar al paje.

—Vaya enseguida junto a Su Excelencia el obispo de

Chemno y pídale por favor que, en el momento que le sea posible, venga a verme.

Estaba en Polonia desde hacía muy poco y, sin embargo, se esforzaba en hablar en polaco. Marysienka había pasado en Polonia toda su vida y no estaba en condiciones de pronunciar una sola frase sin cometer errores.

—Usted, mi querido hetmán –dijo dirigiéndose a Sobieski–, no es solo un magnífico caudillo, sino también un corazón noble. No le niegue, se lo ruego –le interrumpió justo cuando pensaba decir algo–. He oído decir que los soldados le aman como a un padre. Su mujer, con un marido así, debe de ser muy feliz. ¿Cuándo regresará de su viaje?

—Es todavía difícil decir una fecha concreta –contestó en tono evasivo–. Está enferma, ha perdido una niña...

—¡Oh, qué desgracia! ¿Cómo ha sido?

—Murió al nacer...

—Entonces con mayor motivo desearán reencontrarse; el amor calma el dolor. Me han contado que Usted, hetmán, está tan enamorado de su mujer que no hace caso de las demás mujeres –le miró frunciendo el ceño sobre los ojos azules–. Su mujer debe estar realmente feliz –añadió.

Carraspeó, sin saber qué decir. Mientras, se abrió la puerta y entró el obispo Olszowski.

El vicecanciller era un poco mayor que Sobieski. Se parecía al hetmán por su gran estatura. Era calvo, con unos pocos rizos por el cuello y detrás de las orejas. Del labio superior caían dos finos bigotes. Aquellos bigotes le daban más aspecto de noble espadachín que de dignatario eclesiástico. Sin embargo era un hombre de gran sabiduría, formado en las universidades italianas y francesas, y también en la Academia de Cracovia. Trabajaba desde hacía años en la Cancillería Real; alguna vez había ejercido como embajador. Cinco años antes había sido nombrado vicecanciller de la corona, pero en realidad ejercía las funciones de canciller desde que, después de que el activo Prazmowski abandonara el cargo, había sido nombrado canciller el inepto Leszczynski.





Olszowski tendió la mano a Sobieski con gesto cordial.

—Nuestra reina es una gran maga –dijo–. Es capaz de encantarnos también a nosotros, duros hombres de política. Ayer mismo le recordé que sería cosa oportuna, mi querido hetmán, que nosotros dos hablásemos un poco, y hoy ya ha conseguido que nos encontremos. No podemos menos que admirarla.

—No hace usted bien, venerable obispo, alabándome tanto –la sonrisa no abandonó el rostro de Leonor–. Me han enseñado que si uno es alabado excesivamente y sin motivo, es fácil caer en el orgullo. Usted debería ponerme en guardia.

Se levantó.

—Señores –continuó–, ahora que ustedes han llegado a un mutuo acuerdo, tendrán muchas cosas que decirse. Yo no quiero molestarles; permítanme que les deje solos.

Hizo una inclinación de cabeza y, antes de que pudiesen pronunciar una palabra, salió rápidamente de la habitación. Cuando la puerta se cerró tras ella, Olszowski miró a Sobieski. En sus ojos grises relampagueó una chispa de alegría.

—Ya ha visto cómo es, mi querido hetmán; nos ha derretido con sus sonrisas. Parece una niña, pero tiene la inteligencia de una mujer madura. La difunta reina era de una gran personalidad, pero sus métodos eran diferentes. Debo confesar que no siempre me han gustado. Pero no quiero hablar mal de la difunta... Señor Dios, ilumina su alma. Hizo mucho por la Iglesia... Pero hablemos de nuestras cosas: ¿así que piensa partir, hacer frente al enemigo que avanza?

—Me voy muy preocupado. El ejército es pequeño y, como siempre, no pagado. Necesito refuerzos.

—Comprendo su inquietud, pero no puedo tranquilizarle. No espere ningún tipo de ayuda.

De repente no consiguió controlarse más, y estalló:

—¡Ah, muy bien, ¿me mandan contra un enemigo así con un puñado de hombres!? Así es como pretenden deshacerse de mí, ¿verdad?

La ira casi le cortaba la respiración. Pero el obispo respondió con calma:

—No se altere. Aquellos que quisieran librarse de usted podrían hacerlo de otro modo, créame... –mientras hablaba jugueteaba con las puntillas de la manga–. Todo aquello que se podía hacer ya se ha hecho. Ha sido mandada la invitación al ejército lituano. Han sido enviados los manojos de mimbres(*). Pero para reunir a los soldados de leva hará falta tiempo, mucho tiempo...

—¿Pero el rey qué es lo que hace? –continuó en tono colérico–. ¿No es capaz de obligar a los ciudadanos a acudir en defensa de la patria?

Olszowski seguía tranquilo.

—No se altere demasiado, egregio hetmán, y no la tome con el rey. Usted conoce bien a nuestros nobles; para que se muevan realmente deprisa tienen que tener una completa sensación de peligro.

—Claro –en la voz de Sobieski asomaba la ironía, cada vez medía menos sus palabras–, ¿para qué van a correr si yo no necesito el ejército para combatir a turcos y tártaros, sino solo para traer a Polonia al príncipe de Condé?

—Efectivamente, eso es lo que dice la gente –replicó el obispo.

—¡Y, mientras, los tártaros se nos echan encima! –la voz de Sobieski se volvió sofocada.

—Es cierto. Y de esto se debería informar a todo el mundo. Pero los reproches que se le hacen, egregio hetmán, no están del todo privados de fundamento. Tengo entendido que el príncipe de Longueville le ha escrito...

Sobieski se estremeció de inquietud. Por un momento, le pareció que le faltaba la respiración.

(*) En la antigua Polonia, el envío simbólico de manojos de mimbres equivalía a un aviso a los nobles de estar preparados para una expedición militar. (N. de la T.)





—También el Abad Couthonne está de viaje por Polonia y ha ido a verle a Jaworów... –continuó Olszowski.

—¿¡Me manda espiar, Excelencia!?

—Yo soy responsable de la seguridad del país y debo comportarme como el deber me lo impone. Estoy al corriente de sus preparativos. Por lo demás, su mujer tampoco permanece en Francia solo por motivos de salud...

—¿¡Así que usted nos acusa de traición!?

—Yo no he dicho eso. Precisamente porque le conozco bien, querido hetmán, me inclino a pensar que los antiguos lazos le retengan más de lo que le gustaría.

—¿Qué está diciendo, Excelencia?

—Siéntese, por favor –Olszowski seguía manteniendo la calma–. No es un secreto para nadie que la difunta reina le había atado al bando francés y que su matrimonio había sido la garantía de esa unión. Usted es un marido fiel y a pesar de que –si quiere que le sea sincero– yo hubiera preferido que su elegida fuera otra, como sacerdote me llena de admiración el respeto que usted profesa por la sagrada institución del matrimonio.

Sobieski dio un puñetazo sobre la mesa.

—¡No quiero ni oír hablar de esto, Excelencia! ¡No permito que se diga una sola palabra contra mi mujer! Si he aceptado hablar con Vuestra Excelencia, ha sido solo por el interés en la defensa de Polonia!

—La defensa de Polonia... Bien, hablemos. Cuando los hombres de reemplazo estén armados, entonces podrá ser aceptado como jefe. Pero, de momento, la nobleza no confía en usted...

—La nobleza ve en usted a su jefe, Excelencia.

Sobre la cara larga de Olszowski apareció una expresión de orgullo.

—No niego mi influencia sobre los nobles. Yo también tengo mis métodos –pasó el dorso de la mano, en la que brillaba el anillo de obispo, sobre la boca, como si quisiera limpiarse los labios–. Quiero hablarle con toda franqueza. Creo

que esta gris masa de nobles, y no los representantes de grandes familias pagados por cortes extranjeras, constituyen el Estado Polaco. He escrito también sobre la «Censura». Yo también formo parte de esta masa y usted también, mi querido hetmán, aunque, gracias a su padre, se haya convertido en un magnate.

De nuevo se tocó los labios con el dedo índice.

—Esta masa -prosiguió- es como un caballo de raza, con sus caprichos y sus costumbres. No es tan fácil guiarla...

—Pero se trata de salvar al Estado...

—Lo sé muy bien. Y créame, hetmán, confío en que realmente le importa la defensa del país. Por eso estoy hablando hoy con usted. Y haré todo lo posible para que los hombres de leva sean armados. Pero ni siquiera yo puedo hacer que la nobleza se mueva. Para reunirlos a todos, habrá que esperar a la primavera...

—¿Y mientras, cómo vamos a hacer?

—El hetmán Pac ha dado su palabra de honor al rey de que se dará prisa en venir a ayudarle. Yo también le escribiré. Usted, de momento, deberá resistir como pueda. Sin embargo... -se interrumpió, como si dudase. Miró a Sobieski atentamente por encima de las manos, unidas como si estuviera rezando.

El hetmán arqueó la frente. Con una voz en la que de nuevo bullía la ira, preguntó:

—¿Es que quiere poner condiciones, Excelencia?

—No las llamemos condiciones -el vicecanciller se había remangado-. Yo debo tener la total seguridad. Usted es, después de todo, el primado, el jefe del bando francés. Quiero decirle abiertamente que creo que la alianza con Francia es muy nociva para Polonia.

—Pero Francia es un país grande y rico, donde dominan el orden y el bienestar. Es Francia la que decide la suerte de Europa.

—Hay mucha verdad en lo que dice, hetmán. Yo también estaría del lado de Francia, si viese que Francia no considera





a Polonia solo un instrumento momentáneo para sus juegos políticos. Pero Francia no hace más que ilusionarnos con su amistad, mientras considera sus verdaderos aliados al sultán, al rey de Suecia y al elector palatino, Federico.

Pronunció la última palabra no fríamente, como suele hacerlo un diplomático, sino con el ímpetu de un sentimiento repentino. Se entretuvo un momento con las puntillas y luego recuperó el tono ordinario:

—¿Usted conoce al elector Federico de Brandemburgo? Yo le conozco bien. Es un traidor, un listo, falso en cada una de sus palabras, torturador del pueblo prusiano -en su tono frío se reflejaban los sentimientos que le despertaba todo aquello-. El viejo Roth se pudre en la cárcel, a pesar de las constantes protestas. Ahora, cono usted sabe, ha osado hacer algo nunca visto. Su agente Brandt ha secuestrado del lado del rey al coronel Kalkstein.

—Sí, ya había oído hablar. Estoy sinceramente aturdido. Conozco a Kalkstein y le estimo.

—A pesar de las peticiones del rey, Kalkstein no ha sido liberado. Lo cual quiere decir que el Gran Elector tiene en Polonia demasiados defensores y amigos. Sé con quién se relaciona su agente Scultetus, a los aliados polacos conseguiremos quitárnoslos de encima. Pero detrás de él está Francia. El rey francés apoya a este traidor. Ha sido el rey de Francia el que ha hecho que Federico Guillermo de Brandemburgo se convirtiera en contrayente con pleno derecho del tratado de Oliwa. Si esto no hubiese ocurrido, el elector habría pagado hoy con Prusia por lo de Kalkstein, y Prusia, independientemente de la religión que profesa, habría sacudido el juego del de Brandemburgo. Pero a Francia le hace falta un elector, para tener en jaque al emperador. Y a él le hace falta Turquía para debilitar a los Habsburgo. ¿Qué es lo que pasó con los suecos? No habían pasado ni quince años de su invasión y la difunta reina ya pactaba para hacer venir aquí a soldados suecos y, con su ayuda, subir al trono al príncipe de Condé. ¿Quién estaba detrás de todo esto? ¡Francia!

Calló, pero su respiración era fatigosa. Si se le miraba, se veía que se había dejado llevar por los sentimientos y que ahora hacía toda clase de esfuerzos por volver a recuperar la máscara fría de diplomático. Aquel momento de debilidad de Olszowski facilitó la respuesta Sobieski.

—Vuestra Excelencia ve el mal solo de la parte de los franceses. ¿Pero acaso la política de la corte austríaca es muy favorable al Estado Polaco?

Olszowski sonrió indulgente. Había vuelto en sí.

—En política, mi querido hetmán, no se deben buscar los sentimientos. No tiene ninguna importancia si el emperador es nuestro amigo o si solo nos atan intereses comunes.

Se inclinó confidencialmente hacia Sobieski, y continuó:

—Para serle sincero del todo, le diré que el candidato presentado por el emperador durante la última elección me gustó muchísimo. El príncipe Carlos es un hombre de méritos, es un buen cristiano y un caudillo muy capaz. A pesar de ello, he apoyado la candidatura del príncipe Miguel –un relámpago de maldad brilló por un momento en los ojos de Olszowski–. Solo la mujer de Vuestra Excelencia ha tratado con el representante del príncipe Carlos. Quizá quería tener el camino abierto también por la otra parte. O quizá quería conseguir, según se dice, algún objetivo más, visto que permitía al obispo de Bonzy escuchar los diálogos escondido tras las cortinas...

Sobieski se mordió los labios. Luego añadió:

—Veo que Vuestra Excelencia está perfectamente informado de todo...

El obispo se sacudió de la manga una mota de polvo invisible.

—Dejemos las cosas como estaban. Tenemos un rey Miguel y no un rey Carlos. La representante del imperio es aquí para nosotros la reina Leonor, cuya gracia y sabiduría ha tenido usted la posibilidad de apreciar, mi querido hetmán.

—Estoy lleno de admiración y de respeto...

—Pero usted sigue siendo un enemigo del rey...





Sobieski le lanzó una mirada sospechosa.

—No le escondo mi desaprobación. En nuestro país, solo un caudillo podría ser rey.

— El rey Miguel no es un caudillo ni lo será nunca. Tampoco su Luis, mi querido hetmán, es un caudillo, aunque sí es un príncipe joven e inteligente que, con el tiempo, podría llegar a ser un excelente monarca.

—¡El rey es un manirroto! ¡No ha traído nada y despilfarra el dinero público!

—Aquí puedo darle un poco de razón a Vuestra Excelencia. ¿Pero qué quiere que hagamos? Ha definido al rey como un despilfarrador. Sí, sí –dijo batiendo las manos–, que quede entre nosotros. El que es pobre y ha conquistado el poder quiere olvidar lo más pronto posible su pobreza. Es un defecto común a todos nosotros. Deberíamos darnos golpes de pecho –por un momento, la cara angulosa del obispo perdió su dureza. Parecía la cara de un gentilhombre que estuviese haciendo penitencia–, deberíamos darnos golpes de pecho e ir a ayudar al rey.

Sobieski levantó los hombros.

—Es la suerte la que le ayuda.

Olszowski miró a hurtadillas al hetmán.

—¿Creo oír cierta amargura en las palabras de Vuestra Excelencia? –sin esperar respuesta, continuó–: Eligiéndolo como rey hemos puesto un gran peso sobre las jóvenes espaldas del príncipe. Debe madurar aún para ser capaz... Pero a eso le ayuda la reina...

—Es difícil comprender cómo puede amarlo tanto...

—No se puede saber nunca por qué aman los hombres. En cuanto a la reina, ella ha sacrificado sus sentimientos. Es muy noble, ¿verdad?

—Sin duda...

De pronto, Olszowski cambió de tono:

—Se dice, mi querido hetmán, que usted quiere dejar Polonia y trasladarse definitivamente a vivir a Francia.

—He conocido muchas injusticias y mucha ingratitud...

quizá Vuestra Excelencia ya lo sabe... Siempre he de ir defendiendo mi nombre... Pero no pienso en lo más mínimo en abandonar Polonia en el momento en que se encuentra en peligro...

—Estoy seguro de que ahora no desea irse. Usted es un auténtico caudillo y se siente feliz al frente de sus soldados. Necesita, como todos, respeto, elogios, amor...

—No –fue la seca respuesta de Sobieski, como siempre en aquellos casos–. Yo solo sueño con la tranquilidad, con la vida familiar.

El obispo sonrió, pero esta vez en su sonrisa no había sombra de malignidad.

—Aquellos que han tenido por suerte ser grandes –dijo– a menudo están convencidos de que la única cosa que de verdad desean es la calma. Se ve que esta es la naturaleza humana. Pero su grandeza, hetmán, es necesaria; no debe, por tanto, dejarse someter. La huida de la grandeza por parte de los grandes no es modestia. Se lo digo como sacerdote...

Se hizo un largo y silencioso paréntesis. En aquella calma se distinguían a través de las paredes las órdenes y el rumor de pasos de los soldados que formaban en el patio.

—¿Entonces, tendré que resistir hasta la primavera? –preguntó finalmente Sobieski.

—Sí, debe resistir. Sea allá, en el campo de batalla, o aquí... –el obispo alargó la mano derecha y la posó sobre la rodilla de Sobieski–. Resista. Esta es una tarea para usted.

De nuevo se hizo el silencio. Después se escucharon unos pasos ligeros. Se abrió la puerta y en la habitación apareció Leonor.

—¿Molesto? –preguntó mirando primero al vicecanciller y después al hetmán–, pensaba que el coloquio ya habría terminado.

—Hemos terminado, por hoy –dijo Olszowski–. Gracias, hetmán, por este coloquio. Que Dios sea con Usted sobre el campo de batalla.

—También yo se lo deseo –dijo Leonor–. Que Dios le libere de todas las tristezas y haga para que, en el lugar de su hijita muerta, nazcan todavía otros muchos niños. Un niño concilia al hombre con cualquier dolor...





Sobieski no respondió, solo se inclinó profundamente y besó con respeto la mano de la reina. El obispo le acompañó hasta la puerta.

Leonor miró al obispo con aire interrogador.

—Y bien, Excelencia, ¿qué piensa de nuestro hetmán?

Olzowski no respondió enseguida. Quieto en el medio de la habitación, miraba la puerta por donde había desaparecido Sobieski.

—Aún es joven, y piensa solo en sí mismo –dijo pensativo–. Todavía debe sufrir mucho antes de madurar. Pero algo en él se ha removido... Noble Señora, usted tiene el mérito de haber hecho vibrar el corazón de ese hombre. Sin duda era necesaria una mano femenina...

La reina sonrió.

—De nuevo me halaga sin un motivo, Excelencia –dijo sonriendo–. Él tiene ya a su lado una mano femenina...

—La tiene. Y aquella mano lo tiene bien agarrado. Y sin embargo... Ese hombre es muy necesario para nuestro país...

# 3

Procedía lentamente, parándose al lado de cada árbol, y miraba con atención los frutos que se estaban formando. El árbol era para él algo a lo que concedía su mayor esmero. No había para él nada mejor que hacer crecer a un árbol, verlo primero como un tierno arbusto, después verlo coger fuerza, crecer, florecer y dar los primeros frutos. Allá donde hubiera estado, había plantado árboles. No solo árboles frutales. Amaba también plantar álamos, encinas, hayas, abedules, arces. Después gozaba viendo crecer los troncos de año en año. La vista de un arbolillo tronzado, o simplemente de una rama, provocaba su ira. Un árbol era un poco como la huella del hombre, con la diferencia de que el hombre un día se va, mientras que el árbol se queda. Dejar algo de sí mismo... -pensaba algunas veces-, quizá un árbol...

Marysienka no mostraba interés alguno por los árboles. Para ella, solo era admisible un jardín bien cuidado, recorrido por pequeños senderos, todos iguales, con aiuolas floridas y pequeños prados, en medio de los cuales crecían pequeños árboles con las hojas cuidadas como el pelo de un barbudito. Un jardín como aquel que había visto en el Palacio Encantado. El breve período en el que pareció que se interesaba por la estepa, por los caballos, por la caza, por la esgrima, se había acabado después del matrimonio. Ahora, su mayor placer consistía en residir en una habitación bien cal-

deada, tendida en un canapé con alguna golosina a mano y con una dama de corte que le leyera algo interesante. Por la noche solo quería un buen baño caliente en el cual poder estar horas sentada y un lecho de plumas en el que dejarse caer como sobre un montón de heno.

Cuando por la noche iba junto a ella, esperando siempre una cálida acogida, apagaba su ardor con estas palabras: «No me molestes ahora, estoy pensando». Cuando reflexionaba sobre algo, arrugaba el entrecejo hasta que aparecía sobre su frente una profunda arruga. Hundida en su lecho de plumas, hacía sus cálculos, urdía planes, soñaba despierta. Era capaz de calcular con exactitud cada movimiento. Pero, cuando se daba cuenta de que le estaban saliendo arrugas, estiraba enseguida la frente y empezaba a masajearla ligeramente con la punta de los dedos. Alguna vez se hacía traer por las damas de corte uno de los innumerables bálsamos de los que tenía el armario lleno. Sabía pensar y cuidar de su aspecto al mismo tiempo. Gracias a aquellos cuidados, a pesar de que estaba ya cerca de los treinta y de los continuos embarazos, había conseguido conservar el cutis liso y juvenil como ninguna otra dama de su edad.

Cuando él esperaba impaciente, devorándola con los ojos, ella comenzaba a lamentarse: «Hoy me siento tan mal... anda, sé bueno, no tortures a tu florecita...». Y él abandonaba la habitación suspirando. Pero, incluso cuando cedía a sus deseos, ya no era como antes...

—Este año habrá muchas manzanas –dijo dirigiéndose a Sujko, su labrador, que le seguía paso a paso–, parece que habrá una buena cosecha. Confiemos en que no lleguen los tártaros...

—Pues sí... –se hacía eco Sujko–, esos bribones han puesto los ojos en las tierras de Su Excelencia. En cuanto entren en Polonia, aparecen aquí enseguida. Y si ponen las manos en estos terrenos, lo destrozarán todo.

Era cierto. La guerra que libraba el Estado polaco era también su guerra personal. Los *ciambúl* tártaros sabían muy





bien dónde estaban los territorios que eran propiedad del gran hetmán, y para ellos devastarlos era un placer.

—La gente dice –comenzó a decir Sujko en una osadía ante la gentileza de Sobieski– que también este año el Turco se prepara para avanzar contra nosotros...

Inclinó la cabeza, pero no dijo nada. No quería hablar. Czausz había propuesto hacer una declaración de guerra, pero en Polonia nadie quería creer en aquella guerra. En las dietas provinciales, los oradores gritaban: «¡Son solo amenazas ridículas! ¡Palabrería! Los turcos quieren meternos miedo y el hetmán también quisiera meternos miedo con las amenazas de los paganos. ¡Y quién puede asegurar que no quiera guiarlos luego contra Su Majestad el rey!».

Llegó al final de una fila de arbolillos y miró una vez más su perfil regular. Suspiró. Desde luego, habían crecido maravillosamente. Sus troncos estaban cuidadosamente blanqueados, para defender la madera de los insectos. Por todas partes nacían numerosos frutos.

—El resto lo controlaré después de comer –dijo al labriego.

A pesar de que el jardín de frutales le atraía, y no se sentía en ningún modo cansado del paseo, un extraño sentimiento de inquietud le decía que debería regresar a casa.

La residencia de Jaworów era pequeña y de madera. A Marysienka no le gustaba, y la llamaba despreciativamente *le poulailler*, «el gallinero». Pero, cuando a finales de año había vuelto de Francia, había vivido allí hasta la primavera. Había descansado del viaje. Estaba de nuevo embarazada, y en aquel primer período no se había sentido nunca bien. Tenía verdadera necesidad de calmarse después de los enfados parisinos.

Cuando en diciembre, después de una larga separación, finalmente se encontraron en Pilaszkovice, todas las enfermedades de Sobieski, es decir, dolor de cabeza, piernas torpes y úlceras en la garganta, desaparecieron milagrosamente. Olvidó también enseguida todas sus amarguras. Marysienka

había vuelto muy abatida, débil, deprimida por las humillaciones sufridas. Parecía buscar en él protección y afecto. Cuando la encontraba así, su amor se encendía.

Pero aquel estado de cosas duró solo unos días. Marysienka se curó de su abatimiento y de sus depresiones. Volvió a ella la energía, comenzaron a nacer nuevas ideas. Por lo general, no hablaba de ellas enseguida con su marido. Empezaba a hablar solo cuando habían tomado una forma bien definida en su cabeza. Pero, si tenía algo en la cabeza, el lo veía enseguida, cuando estaba pensativa y cuando, por la noche, acogía sus visitas con un gesto de impaciencia.

Se maravilló de no tener que sufrir sus reprimendas por el hecho de haberse reconciliado con el rey durante su ausencia. Es más, acogió aquella iniciativa positivamente. Pero se dio cuenta enseguida de que ella le daba al asunto un valor diferente. Fue a pedir perdón a Wisniowiecki sin entusiasmo y sin lamentos, sabiendo bien que aquel era el único modo de evitar la guerra civil en casa, pero también con la intención de mantener la palabra dada. Marysienka veía en ello solo un gesto político que no obligaba a nada. Seguía hablando con odio de Leonor y con desprecio de su propio sobrino.

«¡Y se supone que eso es un rey! –decía torciendo la boca–. Durante años ha estado rondando por Zamosc intentando hacerse con el favor de mi marido. Nadie le hacía caso, todos se reían de él. En algunos momentos era hasta simpático, cuando intentaba gustarme. ¿Y semejante criatura se supone que es un rey? No es cuestión de ponerse a hacer comparaciones cuando se llega de París. Cierto que no es plan de ponerse a hacerle la guerra solos, sobre todo teniendo en cuenta que tiene detrás a todos esos «bastos campesinos». Hace falta pactar con él y pensárselo dos veces. Hace falta hacer un plan y enviar propuestas adecuadas al Palacio Encantado estableciendo todo lo que nosotros podemos hacer por Luis, y todo lo que Luis puede hacer por nosotros... ¡Nada debe ser gratis!»

Cuando le hubo manifestado sus verdaderas intenciones,





Sobieski se deprimió. ¡Entonces, nada había cambiado! Había pensado que Marysienka, golpeada por las afrentas parisinas, habría cambiado su manera de pensar. Y, sin embargo, ella volvía siempre a hablar de sus proyectos de partir a Francia. Solo se había vuelto aún más exigente. Al retraso de Luis se había decidido a responder con un premeditado retraso, y por cada afrenta sufrida pretendía un abundante resarcimiento.

No se movía de Jaworów, pero escribía muchas cartas. Estaba de nuevo con todo su corazón de parte del lado francés. Todas sus cartas estaban cifradas y, por tanto, le llevaba horas escribirlas y releerlas. Aquel por quien estaba ahora dispuesta a luchar era el hijo de la princesa de Longueville, el conde de Saint-Paul. Era él, el hijo ilegítimo de la hermana del príncipe de Condé y de La Rochefoucauld, quien debía conseguir el trono polaco. No obstante transitorias discrepancias, todas las simpatías de Marysienka estaban en el Palacio de Chantilly.

En la misma medida en que crecía en ella el entusiasmo por el candidato francés, disminuía su amor. Tenía la impresión de que solo en los breves períodos entre un embarazo y otro despertara en ella aquel ardor amoroso que le recordaba los años lejanos de aquella pasión prohibida, cuando él era alférez de la Corona y ella, la señora Zamoyska.

Llamaron a la puerta. Levantó la cabeza del libro que tenía abierto frente a sí, pero sin leerlo. Aquellos romances bucólicos que en su momento suscitaron en él tanto entusiasmo ahora no conseguían más que irritarlo y hacer más profunda su incertidumbre.

Entró el paje, con una carta en la bandeja.

—La ha traído un cosaco de Varsovia –anunció.

No le hizo falta mirar el sello para saber de quién era la carta. Prazmowski le tenía regularmente al corriente de cuanto sucedía en Varsovia. Rompió el sello. Además de algunas expresiones formales de gentileza, la carta estaba enteramente cifrada. Para poderla leer y entenderla era necesario

sentarse con calma frente a la mesa y traducir las cifras en palabras.

Ordenó al paje que saliera y que diera aviso de que nadie le molestara.

«... Francia ha atacado Holanda -descifró-. El rey francés no tendrá mucha fatiga con los herejes. Y una vez tenga el ejército listo, no será para él ningún problema mandar a Polonia algún regimiento de mosqueteros a las órdenes del Conde de Saint Paul. Todo, por tanto, promete lo mejor. Es ahora nuestro deber hacer que Miguel Wisniowiecki abdique por propia iniciativa. Es necesario ejercer sobre él una presión adecuadamente fuerte, para que no se atreva a pedir ayuda a la pequeña nobleza. Debemos actuar enseguida. Por esto, Excelencia, debe venir lo antes posible a Varsovia. Venga enseguida, armado y con fuerzas suficientes...»

La puerta se abrió sin que nadie hubiera llamado. Levantó irritado la cabeza de su trabajo, pero enseguida su cara se iluminó. Con un leve ruido de vestidos entró en la habitación Marysienka. Por la puerta entreabierta se coló detrás de ella uno de sus gatos. Tenía el pelo gris y suave y hostiles ojos verdeamarillo. La cola erguida. Normalmente los gatos no entraban en su habitación por miedo a los perros que salían de debajo de la estufa. Pero, sintiéndose cerca de su protectora, el gato se había vuelto descarado.

—¿Ha llegado carta del arzobispo? -preguntó.

—Sí, querida. Estaba justamente descifrándola...

Se apoyó en su espalda y se inclinó sobre el folio, para leer aquello que había escrito. Cuando la sintió apoyada sobre él, se le pasó el ligero temblor que había cogido. Hacía tanto tiempo que esperaba el regreso de aquellos momentos que -sin conseguir comprender el motivo- se habían acabado justo cuando se convirtieron en una regla aceptada.

—El primado tiene razón -dijo ella-. Hace falta actuar enseguida y con decisión. Wisniowiecki debe abdicar. Parte inmediatamente.

—Pero, amor mío, yo debo estar cerca de mi ejército. La





guerra se huele en el aire. Los tártaros y los cosacos pueden invadir el país de un momento a otro. Y los turcos avanzan...

Marysienka se encogió de hombros.

—Los turcos no harán nunca nada que no les sea permitido por el «Águila» -también durante la conversación nombraba a las personas con los criptónimos inventados para la correspondencia. El «Águila» era Luis XIV-. Hace falta asustar a Wisniowiecki y a esos «bastos campesinos». Deberías enviar al visir un hombre de confianza...

—Mi adorada Marysienka... -balbució-, ¿quieres que yo conjure con los paganos?

—¡Eres el ingenuo de siempre! -bufó irritada-. ¡Paganos! ¡Barbaridades! Fue tu madre quien te las enseñó, ¿verdad? Hace falta tener los pies bien firmes en el suelo. Ya has hablado otras veces con el Turco, y les has mandado mensajeros. ¡Hasta hablas el turco!

—Es una cosa muy distinta, cuando estamos en paz y firmamos tratados...

—Tampoco ahora estallará la guerra. Los Turcos escuchan siempre lo que dice el Palacio Encantado. Pero pueden querer meter miedo a Wisniowiecki...

—¡Dios mío! ¡Pero si es que precisamente me acusan de esto!

—Razón de más para actuar así. En cualquier caso, debes ir lo antes posible a Varsovia.

Sobieski cambió el tono.

—¿Me echas, señora mía? Y yo que hacía tanto tiempo que no te veía... No he tenido tiempo todavía de saborear el placer de tu cercanía...

Se apoyó de nuevo sobre su espalda.

—Calma, calma, querido mío -también ella había cambiado ahora el tono-. Tampoco yo he saboreado aún este placer. Pero, después de algunos días, te seguiré a Varsovia. Ahora no me encuentro muy bien y de mí no recibes demasiado alivio. Allí me sentiré, ciertamente, mucho mejor. Tú, mientras, podrás organizar todo. Wisniowiecki abdicará y

llegará a Varsovia el Conde de Saint Paul. Entonces podremos vivir por fin para nosotros solos... Te juro que yo también lo deseo...

Las últimas palabras fueron dichas en un susurro. Sus manos se apretaron fuerte sobre su espalda. Se sintió envuelto por el perfume de aquellas esencias con que se rociaba siempre. Se impacientó, estiró los brazos para agarrarla por el cuello, pero Marysienka se deshizo hábilmente y se dirigió hacia la puerta. El gato la siguió con la cola erguida.

Se paró bajo el umbral, se giró y dijo:

—Daré orden para que los siervos empiecen enseguida a preparar lo necesario en los carros. Yo me ocuparé personalmente. El arzobispo tiene razón: tendrás que ir armado. Llévate a los *dragones*, podrán serte útiles. Cuando te hayas ido te echaré de menos –dijo de nuevo en tono afectuoso–, *adieu, cher Céladon* –susurró, mandándole un beso con la mano.

Sobieski saltó de la silla, pero ya había desaparecido. Comenzó a recorrer la habitación a lo largo y a lo ancho con los dedos por el pelo. Hizo falta algo más de tiempo antes de que lograse calmarse. Se sentó de nuevo. ¿Cómo era posible –pensó– que aquella mujer hubiese conseguido dominarlo tanto? Especialmente ahora, cundo incluso pensaba que ya no le quería. Ni él mismo sabía lo que quería... Aunque la quería con locura, pensaba que no se habría ido con ella a Francia... Si hubiese ido, habría sido –incluso junto a ella– el más infeliz de los hombres...

Con un extremo esfuerzo de voluntad trató de concentrar su atención para terminar de descifrar la carta. No había nada mejor que hacer: el primado le reiteraba solamente la invitación de ir a Varsovia lo antes posible.

Me llevaré a mis *dragones* –pensó– y también el pelotón de los valacos. En cuanto a lo que escribe el arzobispo, resulta que en Varsovia se puede llegar a una verdadera noche de San Bartolomé... ¿Qué hace Olszowski en esta situación?

Tras aquel famoso coloquio no había vuelto a ver al vicecanciller. Durante mucho tiempo permaneció impresionado





por la conversación que había tenido con él. Le había parecido que con Olszowski se habría podido llegar a un acuerdo... pero ahora sus caminos se bifurcaban. El vicecanciller y el primado estaban el uno contra el otro como dos dioses griegos recíprocamente hostiles. Tenía modos de actuar completamente diferentes: el primado era violento, se airaba fácilmente, en todo momento era un oligarca. Olszowski, frío, controlado, hacía pensar en un testarudo gentilhombre de campo. Para Prazmowski, Francia lo era todo. Olszowski, aunque se dijera de él que estaba completamente sometido al emperador, escondía la que era su verdadera y única concepción política. Sobieski estaba ligado a Prazmowski por lazos y ambiciones familiares, mientras Olszowski le atraía por aquella capacidad suya de intuir los deseos de la multitud de nobles.

En otoño, durante las batallas de Mohylew, de Raszków, de Kalnik, Sobieski seguía pensando en su coloquio con Olszowski. Pero luego había vuelto Marysienka y le había atraído inmediatamente a un círculo de nuevas intrigas. El bando francés, incitado por ella, empezaba a moverse de nuevo con más vivacidad. Pero tampoco el otro bando perdía el tiempo. El conflicto se enardeció. El acto de reconciliación pasó al olvido.

Sobieski, por más que quisiera sustraerse a aquella guerra interna que se estaba preparando, no lo conseguía, sino que se veía obligado a tomar parte en ella. Esta constatación lo llenaba de amargura. Deseaba con toda el alma permanecer en Jáworow, o en Pilaszkowice, plantando árboles, leyendo libros, yendo de caza; pero todo era inútil. Era imposible escapar del círculo encantado.

¿Cómo se las habría arreglado su hermano Marcos? En ocasiones pensaba en su hermano casi con rencor. Su muerte misteriosa, y por tanto, más terrible todavía, lo liberaba de la necesidad de hacer una opción: él permanecía en la mente humana como una figura intacta. Su madre había recordado hasta el final de sus días que el hijo mayor, en su última carta

escrita antes de morir, le había rogado que pensase siempre en él, sin cesar. Y así había sido. Marcos estaba siempre presente en su memoria. Para el hijo menor, solo tenía palabras duras. Y un constante reproche por lo que ella llamaba «la traición de Marcos». «Él –solía repetir– jamás habría vivido como vives tú, Juan. No se habría juntado con la envenenadora de su marido, no habría servido ciegamente a los franceses. Habría conocido, como tu abuelo, la lucha en la defensa de la cruz... Marcos murió por tu culpa, Juan! Acuérdate, recuérdalo siempre, tú eres el culpable de su muerte!»

Pero ¿realmente era así? ¿Acaso Marcos se habría salvado si él hubiera estado presente en Batoh? Quizá hubieran podido morir los dos juntos... Aquellos reproches eran demasiado duros y habían provocado su alejamiento de la madre. Pero la amargura había quedado en su corazón. ¡Deseaba tanto que todos lo quisieran: su madre, Marysienka, los soldados, la nobleza y las órdenes monásticas que mantenía! No conseguía, a causa de aquella intensa sed de afecto, escapar a las solicitudes de Prazmowski, pero, a la vez, volvía siempre con el recuerdo a Oslzowski...

¡Olvidarme de complots y marcharme con mis soldados! –fue su repentino deseo. Sabía bien que ellos lo amaban sinceramente. En medio de ellos se sentía perfectamente a gusto. Marchar con ellos, dispersar a los *ciambúl* tártaros, asaltar inesperadamente sus campamentos, perseguir durante millas a los fugitivos... y luego volver como un triunfador, adornado con los vestidos conquistados, brillar ante los ojos de los espectadores entusiastas por su exótico botín, banquetear con los amigos: eso sí que era vida. Maldijo en voz baja y batió palmas. Ordenó a Kozaczek, que había irrumpido de inmediato en la habitación, que llamase a los comandantes de todos los batallones e hizo llamar a Sujko para decirle que no iba a ir a ver los árboles del huerto después de comer.

# 4

Pelotones armados habían acampado alrededor del palacio Ujazdowski. Junto a los cañones se levantaban pequeñas pirámides de balas y habían sido preparadas las cajas de pólvora. Junto al portón había guardias armados. El cortejo del hetmán fue saludado al llegar con gritos de alegría. Evidentemente, los habitantes del palacio, aunque dispuestos a defenderse, no se sentían demasiado seguros; por eso habían recibido con aquellas aclamaciones a sus aliados.

Los *dragones* fueron acompañados a sus pabellones mientras Sobieski fue rápidamente a ver al Arzobispo.

—¡Salve, hetmán! –el primado se levantó de la gran poltrona, adornada con escudos, y salió a su encuentro con la mano tendida–. Salve. Estoy contento de que haya venido. Me empezaba a preocupar de que le hubiera ocurrido algo por el camino.

—Y no se equivoca, mi querido primado. Mi salida no ha sido fácil. El enemigo se acerca a las fronteras y puede atacar de un momento a otro. Yo no tengo medios para resistirle, porque el comandante del ejército real me ha cogido parte del ejército...

—Lo sé. Con usted actúan así. Pero justamente por eso, usted es necesario aquí. Aquí –dijo indicando el suelo con el dedo– se debe decidir todo. Y pronto. *Periculum in mora.*

Siéntese. Antes de que nos sirvan en la mesa, beberemos un vaso de vino. Me han enviado uno excelente, del Rin.

—Con mucho gusto, Excelencia. Pero antes de nada, me gustaría oír las novedades.

—Hablaremos mientras bebemos.

El Arzobispo hizo una señal al vicecopero para que le acercase la botella. Llenó él mismo de vino las copas de cristal tallado con bordes dorados.

—Vino de las bodegas de un castillo de Alsacia. Pruébelo. ¿Se da cuenta qué aroma?

—Sí. También el sabor es óptimo. Pero estoy curioso por saber qué novedades...

Prazmowski bebió un sorbo, lo saboreó y posó la copa. Con un gesto hizo que se alejaran los sirvientes.

—En Varsovia, la situación es muy tensa –comenzó–. En la Dieta no hay más que chismorreos, gritos y peleas. Hasta ahora no ha sido posible deliberación alguna. A las sesiones ni siquiera voy, porque la mayor parte de los diputados está con Wisniowiecki, y me ultrajan con palabras hirientes. La pequeña nobleza se ha vuelto terriblemente belicosa.

—Entonces, ¿el rey tiene una posición fuerte?

—Está sostenido por canallas.

—¿Eso significa que se puede llegar a la guerra?

—A la guerra no se llegará si actuamos rápidamente. Esos nobiluchos no son más que bocazas que, cuando están diez juntos, son capaces de destrozar a uno, pero no tienen el coraje de afrontar una guerra con los soldados. Espero que usted haya venido con un buen contingente armado...

—He traído conmigo dos banderas de *dragones* y dos de valacos.

—Será suficiente para cerrarles el pico, huirán con el rabo entre las piernas.

—Pero en Matwy lo consiguieron con los mejores... –observó.

Prazmowski frunció el ceño y, durante un instante, miró con atención a Sobieski.





—Si fue así, entonces los motivos fueron otros... –farfulló. Son hechos que no se repiten. Entonces tenían a Lubomirski, que era alguien... Sobieski alargó la mano hacia la copa y mirando aquel líquido dorado preguntó:

—¿Y el vicecanciller?

Notó cómo de nuevo Prazmowski lo fulminaba con la mirada.

—Olszowski –comenzó a decir el primado– no ha cambiado. Pero él no llevará a los nobles a la guerra. Es un obispo y tiene sus ambiciones. Si se hiciese demasiado peleón, eso le perjudicaría. Sé que sueña con la púrpura...

—Por lo que yo sé –dijo–, la púrpura pertenece más bien a Vuestra Excelencia.

—Ciertamente –Prazmowski se envaró orgullosamente–. Con otro rey, hace tiempo que ya tendría la púrpura... Su Santidad Clemente no siente estima por Wisniowiecki; hasta el momento ni siquiera ha enviado un nuncio, mantiene relaciones a través de Viena. Nos hemos convertido en un colgante de la cadenita austríaca. Luis se comporta de otra manera: es capaz de asumir una actitud enérgica y, cuando quiera algo, lo consigue, aunque sea por la fuerza. En Roma, solo aprecian la fuerza. Es otro motivo para aliarse aún más estrechamente con Francia.

El arzobispo se levantó de su sillón y, bufando airado, recorrió unas cuantas veces la estancia a lo largo y a lo ancho.

—¿Para cuándo podemos esperar la llegada del Conde de Saint Paul? –preguntó Sobieski.

—El primado se paró y miró a Sobieski en silencio. Luego, siempre en silencio, volvió a caminar arriba y abajo por la habitación. Ahora, sus pasos eran más lentos, precavidos, como si cada uno de ellos le fuese necesario para preparar lo que estaba a punto de decir. Cuando llegó al fondo de la habitación, se paró de nuevo. Hizo un amago de paso como un soldado de guardia y dijo:

—El Conde no vendrá.

—¿Por qué?

—Está ya ante el Tribunal de Dios.

Sobieski dio un respingo.

—¿Ha muerto?

El primado se acercó e hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Ha muerto. Aquí todavía no lo sabe nadie.

—Parece ser que con su tío han atacado a los mosqueteros holandeses.

Giró sobre sus talones, tanto que hizo crujir la seda de su vestimenta talar y reanudó su ir y venir a lo largo y a lo ancho. Durante un momento reinó el silencio, Lo interrumpió Sobieski.

—Entonces, ¿qué ocurrirá con nuestros planes?

Prazmowski lo miró de reojo. Y, en lugar de ir hacia la pared, se dirigió hacia un escritorio de palisandro, lo abrió y, de un cajoncillo escondido en una pequeña columna, sacó un trozo de papel.

—Le hemos escrito una carta a Luis –dijo–. Le rogamos que se digne señalar un rey para Polonia. Antes de enviar la carta, he esperado a que llegase usted aquí para hacérsela firmar.

Sobieski tomó el papel en su mano y recorrió con los ojos el texto de la carta. Se sintió desagradablemente asombrado por el tono suplicante, pero al final de la carta estaban ya las firmas de Prazsmowski, de Morsztyn, de Leszczynski, de Wielopolski y hasta de una treintena más.

Levantó la mirada hacia el primado, de pie, frente a él.

—La carta no dice quién sea el preferido –observó.

—Si se buscase un candidato, sería necesario antes tratar con él todo el asunto. Y para eso no nos queda tiempo. Que Luis decida por sí mismo. Él lo sabe mejor que nadie. Cualquier francés que suba al trono de Polonia será una liberación.

—¿Cualquier francés?

En la pregunta de Sobieski aleteaba la duda; Prazmowski se dio cuenta.

—Cualquier francés –repitió con tono decidido–. ¿Acaso





necesita que le convenza yo de ello? Me parece que ya hemos hablado bastante del asunto.

—Sí, Excelencia, pero nosotros habíamos hablado de una persona concreta.

—El hecho de que sea un francés nos debe bastar –en la voz de Prazmowski se notó un cierto tono de irritación.

—Necesitamos un líder...

—Necesitamos a alguien que haga frente con mano dura a la pequeña nobleza, para que no sean recalcitrantes. Luis sabe muy bien que necesitamos un hombre así.

—Pero los turcos... ¿Está verdaderamente seguro, Excelencia? Yo he oído decir que en Estambul se habla abiertamente de que el sultán tiene la intención de sojuzgar a toda Europa.

—Usted debería saber bien en qué consiste el juego. Al sultán se le ha metido en la cabeza que la posesión de Constantinopla le da el derecho a la corona de emperador romano. Hace la guerra a Leopoldo de Habsburgo para recuperar la corona hereditaria de emperador romano. A nadie le interesa hoy el título de Emperador. El Imperio ya no es necesario ni para la Iglesia. Los tiempos de las Cruzadas hace mucho que pasaron a la historia. Solo el Papa no se sabe muy bien qué es lo que quiere...

—Pero, en las tierras conquistadas por ellos, los turcos transforman las iglesias en mezquitas. Los cristianos son arrastrados a las cárceles u obligados a abjurar de la propia fe.

—Usted es un soldado, y no sabe lo que pasa después de una batalla. La lucha provoca un estado de excitación. Ciertamente son cosas amargas, dolorosas –aquí el primado trató de dominar su irritación–, son cosas que molestan... pero no es por eso por lo que se lucha. Se combate por el título de emperador romano... Me mira usted, mi querido hetmán, como si estuviese diciendo herejías. Lo sé. Le han educado en el culto de su bisabuelo. Le han hablado de él como de un mártir de la fe. También su hermano, por lo que cuentan, habría dado pie a un segundo *Goffredo*... Pero los tiempos han cam-

biado. Los turcos viven en alianza con el gran monarca católico Luis. Usted, hetmán, se parece a su padre, y él era un hombre de los tiempos modernos. No le conozco de ayer...

Señaló la carta que estaba sobre a mesa, ante él.

—Firme. Aquí tiene la pluma y la tinta. Yo daré inmediatamente disposiciones para que la carta sea cifrada y enviada. Tengo una persona que me la llevará a París rápidamente y con la mayor seguridad.

La mano de Sobieski estaba ya a punto de coger la pluma, pero no lo hacía. Le irritaba el tono suplicante de la carta. Quienes la habían firmado daban la impresión de ser unos pobretones. Él recordaba muy bien cuanto decía Marysienka a propósito del absoluto desprecio con el que se hablaba de Polonia en el Palacio Encantado. Luis estaba dispuesto a enviarles a cualquiera. A un petimetre, a un charlatán cualquiera de palabra fácil, al que bien poco podrían interesarle los destinos de Polonia. ¡Hacer estallar una guerra civil por uno así! En el momento en que el enemigo estaba ya en la frontera...

Mientras se estaba acercando a Varsovia le habían salido al encuentro tres mensajeros del rey. Había sido un gesto de deferencia por parte de Wisniowiecki. Los mensajeros, en nombre de su majestad, le invitaban a un coloquio. ¿Quizá solo un indicio de miedo?

—¿Y qué pasará –preguntó– si Luis no lleva a cabo rápidamente nuestro deseo? ¿Qué haremos entonces?

—Es un poco demasiado sospechoso, querido hetmán. Luis entiende muy bien que la cosa es urgente, conoce nuestra situación. No entiendo sus dudas. Si estuviese aquí su mujer... Imagino que estará al llegar de un momento a otro...

—Debe llegar.

—Debemos liberarnos rápidamente de Wisniowiecki.

Se inclinó sobre la mesa. Mojó la pluma en el tintero y se la dio a Sobieski.

—Entonces, firme.

La pluma que Sobieski tomó de la mano del arzobispo le pareció pesada como una maza. Firmó. Prazmowski le





arrancó prácticamente de la mano la carta firmada. La enrolló y volvió a meterla en el cajoncito secreto. Con un tono ligeramente más alegre dijo:

—Se diría que acaba de formar un pacto con el diablo... Y sin embargo el rey de Francia supone para usted un gran futuro. En París confían en usted. Desde hace años es un fiel sostenedor de Francia. Con el nuevo rey se convertirá en el primer dignatario del reino. Se le abrirán todas las puertas. Gobernará en nombre del rey. A veces pienso que su mujer lo entiende mejor que usted. Quiero esperar que Olzowski no le haya transformado en un partidario de Wisniowiecki. Sé que tuvo una conversación con él le verano pasado.

—Es verdad. La reina fue quien los quiso. Mi actitud hacia Wisniowiecki no ha cambiado.

—De acuerdo. ¡Ese hombre debe abdicar!

—Yo estoy de acuerdo...

—¿Irá a verle?

—He sido invitado a un coloquio.

—Tratará de granjearse sus simpatías. Usted debe permanecer inamovible. Dígale que nosotros pedimos la abdicación del rey. Dígaselo claramente. Si no...

Se interrumpió. Su cara asumió un aspecto verdaderamente amenazador. Los labios del arzobispo se movían murmurando palabras incomprensibles. Continuó:

—¡Debe abdicar! ¡De todos modos! ¡No le haré concesión alguna! –saltó–. ¡Echaré del trono a ese muerto de hambre!

Se interrumpió para tomar aliento. Solo cuando el sofoco le pasó, el primado alargó de nuevo la mano hacia la botella y echó vino en las copas.

—¡A su salud! –dijo chocando su copa con la de Sobieski– y a la salud de su mujer. Estoy contento de poder volver a verle dentro de poco. Será para mí un placer que os hospedéis en mi casa. Y ahora, vamos a comer. Ciertamente, tendrá hambre después de este viaje, y yo le he entretenido con mis palabras. Perdóneme. Los criados lo habían intuido pero no querían molestarnos. Vamos.

# 5

Marysienka llegó algunos días después.

Como vivía en el palacio arzobispal, conversaba continuamente con Prazmovski. Aquellos dos se entendían de maravilla. Ambos presionaban a Sobieski para que fuera junto al rey y pidiera su abdicación. Pero Sobieski retrasaba día a día la visita al castillo. En la Dieta, los delegados seguían gritando contra los partidarios de Francia y les acusaban de traición. Se seguía sin creer en la amenaza turca. Si alguien hacía un simple gesto, en la Dieta se levantaban enseguida los gritos:

—¡Invenciones del primado y del hetmán!

—¡Qué turcos! ¡Lo que hace falta es estar atentos a los franceses en Danzig, no a los turcos en Ucrania!

—¡Si los turcos nos atacan, será una broma de esos perros franceses!

—¡El sultán hace lo que le dice el rey Luis!

—¡Hermanos, ataquemos a los franceses y a sus aliados, y los turcos ni siquiera se moverán!

—¡Hagamos pedazos a los traidores!

—¡Cortémosles el pescuezo!

—¡Quitémosles el pastoral y el bastón de mariscal!

Subió al estrado el vicecanciller Olszowski y en la sala reinó el silencio por unos instantes. Se esperaba que él acusara también a la facción francesa. Pero Olszowski declaró que había leído una carta enviada por el gran visir. Leyó con

calma, moderando la voz, aunque las noticias que comunicaba tuvieran tono de amenaza. El gran visir exigía la entrega de Ucrania y el pago, por parte de Polonia, del tributo establecido para ella. El asunto debería resolverse inmediatamente. «Si el rey de Polonia» –continuó leyendo Olszowski– «no complace los deseos de Su Esplendor el Pachá y no se pone bajo su protección, los ejércitos del Sultán atravesarán el Danubio y entonces no podrá haber más tratos. El visir *âzam* hará uso de toda la dureza necesaria con el recalcitrante estado polaco...»

Se podría pensar que aquellas palabras ofensivas habrían podido provocar la indignación de los delegados. Pero la tormenta de gritos que se elevó no estaba dirigida contra la carta del visir.

—¡Masacremos a los Condé y los turcos no nos volverán a amenazar!

—¿Quién sabe si esa carta es auténtica?

—¡Quizá la han escrito el hetmán y el primado juntos!

—¡Los turcos están lejos, pero los franceses están cerca!

—¡A por ellos, a por ellos, vamos a empalarlos!

—¿Quieren fiesta? ¡Cortémosles la cabeza!

Olszowski pidió de nuevo la palabra y aseguró a todos que la carta del visir era auténtica. Pero ni siquiera sus palabras consiguieron dominar aquel griterío. El odio oscurecía la mente de los delegados. Siguieron gritando:

—¡Muerte a los perros franceses!

—Los turcos están más allá de las montañas y los franceses ya están echando las garras.

—¡Defendamos al rey de los traidores!

—¡Hermanos, a las armas!

Quizá se pudiera haber llegado a la masacre, pero la nobleza estaba inmovilizada por el hecho de saber que en la ciudad estaban los soldados del hetmán. Sobieski, cuando le contaron lo que estaba sucediendo en la Dieta, se mesó desesperadamente los cabellos, comenzó a tirarse de los bigotes. La carta del gran visir había levantado su ira más violenta.



Pero el comportamiento de los nobles le enfurecía todavía más. De golpe, había decaído en él toda estima la que tuviera por el vicecanciller. Aquel hombre –pensó– ha liberado ahora unas fuerzas que ni él mismo está en condiciones de frenar. ¿De qué sirve que haya intentado hacer entender a los nobles cuál es el verdadero peligro que amenaza a Polonia? No le iban a escuchar.

Marysienka ya estaba llamando a la puerta para preguntar cuándo pensaba ir a ver al rey para pedirle y exigirle la abdicación del trono a favor del candidato francés, todavía desconocido, porque la carta para Luis todavía no había podido ser respondida. Al mismo tiempo se le había referido que los ejércitos del sultán habían partido de Adrianópolis y se encontraban ya en el Danubio. En la Dieta continuaban incesantes los gritos de los delegados, que exigían que fuesen llevados a los tribunales los que respaldaban a la facción francesa. Por las calles empezaban las trifulcas entre nobles y soldados.

No podía retrasar más el asunto. Al fin, se dirigió al castillo. Wisnioweicki le acogió sin hacerle esperar. Mirando al rey, Sobieski se dio cuenta enseguida del cambio que se había producido en el aspecto de aquel que había sido elegido por la masa de los nobles. A Wisniowiecki ya no le quedaba nada de aquel joven silencioso y bien vestido que había sido sacado de entre el gentío y llevado a hombros, mientras se le veía más asustado que feliz de cuanto le estaba ocurriendo. Pero tampoco era aquel en quien se había convertido semanas después, un hombre embriagado por el inesperado suceso, seguro de sí mismo hasta parecer ridículo, emperejilado, rodeado de lujos. Ahora, su cara larga, casi sofocada por una enorme peluca, estaba amarilla y expresaba un profundo cansancio. Las mejillas se le habían vuelto flácidas, la frente se le había llenado de arrugas. Los ojos negros, hermosos, heredados de su madre, habían perdido todo su esplendor.

A Sobieski no se le había pasado la rabia todavía contra

aquel «imbécil afortunado» que había conseguido subir tan alto. Sentía una alegría maligna, cuando veía que «el rey de los nobiluchos» se doblaba bajo el peso de las desgracias que habían caído sobre sus espaldas. Wisniowiecki ya no tenía el aire de quien consigue todo lo que se propone. Durante los últimos días habían llegado rumores a Sobieski según los cuales el rey reclamaba en palacio a los médicos continuamente y ya no comía con la voracidad con la que se solía comer cuando había sido elegido rey. Se decía también que entre él y la buena Leonor habían surgido incomprensiones, se decía que había abandonado a su bellísima esposa por mujeres todo menos interesantes...

—¿Ha oído, Excelencia -preguntó el rey-, las exigencias que ha impuesto el gran visir? -sin esperar respuesta, empezó a pasar la lista-: pretende Ucrania y Podolia. ¡Quiere Kamieniec y pretende su tributo! ¿Comprende? ¡Nuestro! ¡De Polonia! ¡Como si fuésemos Moldavia o Valaquia!

—Sí, he oído hablar yo también de este descaro de petición.

—¿Qué se sabe de los turcos?

—Se me ha informado de que el sultán quiere ponerse a la cabeza de su ejército. Y que este consta de trescientos mil hombres. Es una fuerza fuera de lo común.

—¿Qué deberíamos hacer, según usted?

—Formar un ejército lo más potente posible y moverlo contra el enemigo.

En los ojos negros hubo un relámpago de inquietud.

—¿Marchar con alguna decena de miles de hombres contra un centenar de miles?

—No es la primera vez que luchamos contra grandes potencias; pero lo que no hemos hecho nunca ha sido perder sin luchar!

—Eso es cierto...

Wisniowiecki dijo esto con un suspiro, e inclinó la cabeza. Los largos rizos cayeron hacia abajo y le cubrieron la





cara. Cruzó los gruesos dedos sobre las rodillas y permaneció un rato en silencio. Luego preguntó:

—¿Quiere ese ejército?

—Para combatir necesito soldados.

—Sabrá seguramente que los delegados de la Dieta piensan que usted quiere el ejército no para combatir contra los turcos, sino con otro objetivo.

La respuesta de Sobieski fue dura:

—¡No necesito dar explicaciones a los imbéciles!

De nuevo se hizo el silencio.

—Usted no quiere dar explicaciones... -dijo el rey sin levantar la cabeza- y ellos no le creen...

—¡Entonces he de encontrar el modo para que me crean! -rebatió-. Sin un ejército no podemos frenar a los turcos. ¿Qué les puede frenar, entonces? Kamieniec está indefensa. Falta pólvora, no hay reserva de víveres, no quedan hombres. Si Kamieniec cae, el enemigo inundará Polonia. Entonces, quizá los delegados crean en el peligro, cuando los tártaros quemen sus castillos, violen a sus mujeres y a sus hijas, y a ellos les arrastren con cadenas!

El rey levantó lentamente la cabeza.

—Pero usted se puso del lado de los soldados, cuando se rebelaron contra Wyzynski -dijo.

—Wyzynski no valía para comandante. Fue nombrado comandante en contra de mi voluntad.

—Le nombré yo -dijo el rey.

—Entonces, Majestad, usted mismo quiere crear conflictos. Yo soy responsable del ejército. ¡Y usted hace todo lo que la nobleza pretende!

Wisniowiecki no reaccionó ante aquel ataque de ira. Apoyó la frente sobre la mano, apretándose las sienes con los dedos. En los gruesos labios apareció una expresión de amargura. No dijo una palabra, y su silencio puso aún más nervioso a Sobieski.

—El momento es decisivo -empezó a decir con tono apasionado-. Majestad, debe decir claramente de parte de

quién está. O crea una ley para aumentar los efectivos del ejército o...

Wisniowiecki levantó de repente la cabeza. Sus ojos apagados relampaguearon; sobre su rostro flácido apareció la ira:

—¿Es una amenaza? –preguntó.

—Digo las cosas como son.

—Está hablando con el rey –su mirada de fuego no abandonaba el rostro de Sobieski–. Todos me amenazan, ahora. Primero me han ofendido, se han reído de mí a mis espaldas. Me han llamado «pobre siervo», «imbécil», «andrajoso». Ahora me amenazan. Me han elegido como rey, pero yo no soy un rey para ellos. No respetan mi título. No pueden perdonarme que no sea francés, ni sueco, ni lorenés. ¡A esos sí que les respetarían!

—Majestad... –intentó decir Sobieski.

—¡Déjelo! –repuso el rey con un gesto de su gruesa mano–. Es así, como yo digo. Ellos me odian. Y usted también. Y también su mujer. Hace tiempo, cuando estábamos en Zamosc, me sonreía. Me llamaba «pobrecito mío». Después de mi elección, todo ha cambiado.

—Nosotros esperamos de Vuestra Majestad...

—¿Y usted no piensa que yo también pueda esperar algo de todos?

Se hizo de nuevo el silencio. El rey apoyó la cabeza sobre la mano. Sobieski interrumpió el silencio. Con la voz sofocada y los dientes apretados dijo:

—Yo soy un hetmán y mi deber es combatir contra el enemigo. Si no consigo detener a los turcos...

—... ellos conquistarán nuestro país y nuestras discusiones no tendrán ningún sentido –dijo el rey, terminando la frase empezada por Sobieski–. Lo sé muy bien, aunque usted me considere un imbécil. ¡No lo niegue! –paró con un gesto de la mano la tentativa de protesta del hetmán–. No tiene ninguna importancia. Total, nadie nos oye. Hablemos normalmente y con sinceridad, como hablábamos una vez... Intento





entenderle... Usted me envidia... ¿O quizá se supone que yo le envidio a usted? Si usted supiera... Pero dejémoslo.

Sus rizos temblaron ligeramente. Con voz más calmada comenzó a decir:

—Sé que usted ha hablado con el vicecanciller. El obispo cree que solo usted podrá frenar al enemigo. Me ha convencido de que confíe en usted...

Parecía como si Wisniowiecki luchara consigo mismo. Su rostro dejaba ver un cansancio tal, que de un momento a otro podría desmayarse.

—Para mí no es fácil... Ya le tendí una vez la mano, pero me cuentan tantas cosas de usted... Prazmowski... Quizá sea un mal rey, pero también un mal rey necesita fidelidad...

Tragó saliva con dificultad y apretó las manos con fuerza en los apoyabrazos de la poltrona. Sobieski callaba. Su sensibilísimo temperamento había sufrido un golpe. A pesar de su aversión por Wisniowiecki, había entendido cuán atormentado estaba aquel hombre. ¿Debería decirle que un mal rey debería abdicar en favor de un rey mejor? ¿Pero por quién?

No dijo nada, y permaneció sentado sin decir palabra. Wisniowiecki prosiguió:

—Pero, aunque yo le diera mi confianza, eso no significa que la nobleza vaya a hacer lo mismo. Intente convencerlos, si puede, de que usted lo que quiere es hacer la guerra contra los turcos y no contra mí. Yo no puedo hacer mucho por usted... Daré orden de movilización general y yo mismo me pondré al frente del ejército. Pero, antes de que esté listo, podrá echársenos el enemigo encima. El Santo Padre nos ha puesto en guardia... Escribe que el sultán busca el remedio a las debilidades internas de su Estado en una gran guerra victoriosa, en el triunfo de la Media Luna... Usted deberá, por el momento, resistir con las fuerzas que tiene. Será muy difícil, ya lo sé, pero...

Calló. Sobieski también callaba. Wisniowiecki rompió una vez más el silencio y empezó a decir:

—Esto es todo cuanto quería y podía decirle. Pienso que

dentro de poco tendrá que ir a donde se encuentra el ejército. Por ahora, le digo hasta pronto y le deseo que consiga vencer las hostilidades con la nobleza. Quién mejor que usted para resolverlo... Salve, mi querido hetmán.

Alargó la derecha y estrechó la mano de Sobieski. Llamó. La puerta del gabinete se abrió. Sobieski se fue.

El patio del castillo estaba lleno de soldados. Frente al portón estaban los cañones. También aquí, como en Ujazdów, todo estaba listo para la batalla. Viendo todo aquello, Sobieski se pasó inquieto la mano por la nuca. No había conseguido convencer a Wisniowiecki de que debía abdicar; ahora se le ponía la piel de gallina solo de pensar en lo que iba a decir Prazmowski.



# 6

De vuelta en el palacio del primado, vio que el patio estaba lleno de carros parados. La multitud variopinta de cortesanos se afanaba en torno a los caballos. Por las ventanas del palacio se veía que las luces estaban encendidas. El arzobispo debía de tener alguna reunión importante. Estaba muy sorprendido, nadie le había dicho nada.

Apenas le dio tiempo a bajar de la carroza y ya le estaban invitando a entrar en la sala. En las poltronas se sentaba un numeroso grupo de senadores, de dignatarios y de potentados. Brillaban los gruesos botones de las casacas embutidas y las empuñaduras preciosas de los sables. La mayor parte de las personas reunidas allí vestían el uniforme polaco. Pero también se veían uniformes suecos y franceses, grandes pelucas, puntillas y golas.

Le saludaron muchas voces:

—¡Salve, Excelencia, señor hetmán! ¡Bienvenido, mariscal! Venga, venga, cuéntenos qué ha ocurrido. ¿Cómo ha encontrado al rey? ¿Le ha asustado como se merecía? ¿Ha decidido abdicar, por miedo, o todavía quiere negociar?

Entendió que Prazmowski había invitado a toda aquella gente para que fueran informados directamente por él de la capitulación del rey. Debía estar muy seguro, ¿o quería quizá subrayar también la actitud de Sobieski? Aquel encuentro, organizado sin un acuerdo previo con Sobieski, suscitó la ira

del hetmán. En un coloquio personal con Prazmowski habría sido mucho más fácil para él aclarar los motivos que le habían impedido pedir la abdicación del rey.

Declaró brevemente:

—El rey no tiene intención alguna de abdicar.

Se levantaron voces airadas:

—¡¿Se obstina, entonces, ese tipo?! ¡¿Rechaza?!

—¡Le gusta la corona a ese muerto de hambre!

Alguno tronó:

—¡Echémoslo del trono!

Los gritos aumentaban de intensidad. Algunos daban con los sables en el suelo. Cuando, por un momento, se hizo el silencio, se pudo oír una voz que decía:

—Escribamos a Madame de Montespan, para que nos mande una de aquellas hechiceras con las pócimas adecuadas...

Unos y otros estallaron en risas. Las voces se alzaron de nuevo. En aquel revuelo dominaba un grito:

—¡Echemos a este andrajoso! ¡Abajo el rey imbécil!

Sobieski permaneció en pie y se miró alrededor por la sala. Vio a Denhoff, ex vicecomandante de la guardia real, recientemente privado de su cargo, Morsztyn, Jablonowski, Koniecpolski, el joven Ostrowski, Zaslawski, Potocki, Radziwill, Wielopolski, Zelecki.

Prazmowski llamó a Sobieski y, cuando este último se inclinó, le preguntó en voz baja, para que nadie pudiera oír su pregunta:

—¿Pero le ha puesto o no frente a la alternativa?

—He hecho lo que he podido.

Prazmowski entrecerró los ojos, no dijo nada, pero las sienes empezaron a latirle, mientras una gruesa vena se le hinchaba en la frente. Sobieski se dio cuenta solo entonces de que, algo alejada del primado, estaba sentada Marysienka, y que a su lado había una poltrona vacía. Se encaminó hacia allí y se sentó, bufando con rabia.

Marysienka se volvió hacia él. Leyó en sus ojos negros





que también ella pensaba cómo no había sido capaz de comportarse de manera decidida.

—El arzobispo –dijo en voz baja– ha invitado aquí a todos para ser informados de que tú eras quien había forzado a Wisniowiecki a abdicar. ¡Te había confiado ese encargo! Y tú sin embargo... ¡has tenido piedad de ese imbécil!

—Amor mío, no te enfades, por favor, te lo ruego... De verdad, te lo explicaré...

Pero Marysienka resopló como una gata y le volvió la espalda.

Prazmowski se levantó. Hizo callar con un gesto a los asistentes, y comenzó a hablar con calma. Solo aquellos que estaban sentados más cerca pudieron darse cuenta de que el arzobispo temblaba de la indignación:

—Esperábamos que la visita del hetmán al rey trajera un resultado concreto. Wisniowiecki debería haber comprendido... pero no ha comprendido. Y ya no queda tiempo para seguir solicitando su abdicación. Mañana habrá que hacer el último intento. Iré yo en persona. Yo le diré que debe abdicar. Por el bien de Polonia, tendrá que irse enseguida...

—Y yo insisto –se alzó una voz– en que lo mejor es pedirle a la Marquesa de Montespan...

—¡No me vengan con propuestas de ese tipo! –rebatió duramente Prazmowski–. Será suficiente con que yo se lo diga. ¡Le obligaré! Iré a verlo mañana por la mañana. Y pondré al corriente a sus excelencias del resultado de mi coloquio.

Todos empezaron a levantarse. La sala se llenó de rumor de pies, del choque metálico de los herrajes de las botas, del tintineo de los sables, del murmullo de las voces.

Sobieski se acercó de nuevo a Marysienka.

—Intenta comprender, querida...

Le interrumpió:

—*N'en parle plus!* Me has escrito tantas veces que me ibas a obedecer en todo. ¿Y qué ha sido de todas tus promesas? *Tu ne sais pas t'en prendre à un nigaud?*

—Mi adorada, aquí hay en juego cuestiones de la máxima importancia...

—¿Y qué pasa, que acaso yo no soy para ti una cuestión de la máxima importancia?

—Lo eres, mi amor... Pero la seguridad de Polonia...

—¡Ah, sí! ¡Tus grandes palabras! Por palabras vacías eres capaz de sacrificar todo. A mí, a tus hijos, a tu futuro. Eres igual que uno de esos «bastos campesinos» tuyos...

—Marysienka...

—¡Cállate! Mañana el arzobispo obligará a Wisniowiecki a abdicar. Menos mal que estoy yo aquí...

Del grupo de senadores que le rodeaba se acercó Prazmowski. Miró por unos instantes a Sobieski con aire ceñudo.

—No ha quedado usted muy bien, hetmán... –dijo– pero dejemos correr esta historia, veo que su mujer ya ha hablado con usted... Yo le daré mañana a Wisniowiecki mi parecer, y él tendrá que escucharme. De todos modos, por prudencia, para impedir que esos nobiluchos empiecen a dar guerra, tendrá que ocupar la armería con sus soldados. Y tiene que ser hoy, antes de que se haga de noche. ¿Me he explicado?

La mirada de su único ojo no abandonó el rostro de Sobieski. Marysienka se dio prisa en asegurar:

—Así será, Excelencia.



# 7

Por la tarde, una centuria de *dragones* rodeó la armería. Los centinelas no tuvieron el coraje de oponer una resistencia decidida. Se opusieron sin demasiada convicción y, después de un breve altercado, cedieron. El edificio fue ocupado, los centinelas del rey fueron sustituidos por *dragones* del hetmán. Fue enviado inmediatamente un mensajero a Sobieski, que no había querido formar parte personalmente de la ocupación de la armería, y que estaba esperando en el Palacio Ujazdowski el resultado de la expedición.

A pesar de lo tardío de la hora, se dirigió inmediatamente a la armería. Dio orden de pagar de su propio bolsillo a los pobres centinelas quince *zloty*.

Prazmowski había previsto bien: en la armería había una buena reserva de pólvora y quien hubiera puesto la mano en aquel material podía estar seguro de llevarse la mejor parte, en caso de que en la ciudad se llegase a un enfrentamiento. El hetmán, después de haber controlado los almacenes, volvió al palacio. El primado, que tampoco se había acostado, estaba esperando la llegada de Sobieski.

—Y bien, ¿cómo ha ido? –preguntó con una voz que sonaba ligeramente temblorosa.

—Muy bien. La armería ha sido ocupada, la pólvora está en nuestras manos.

Prazmowski dio con satisfacción un golpe en su muslo.

—¡Les hemos sorprendido! Ahora Wisniowiecki no tiene elección. Ya no está en condiciones de combatir.

Pero inmediatamente después de aquel estallido de entusiasmo, el semblante del arzobispo se oscureció:

—¿Pero está usted seguro de que sus soldados no cederán si las tropas del rey intentaran volver a hacerse con la armería?

—No cederán, se lo garantizo.

El primado lanzó un suspiro de alivio.

—En ese caso, victoria. Siéntese y beba un vaso conmigo. Antes de que usted llegase, su mujer me ha estado haciendo compañía. Pero después se ha notado cansada y se ha retirado a sus habitaciones.

—Si me permite, Excelencia, me voy yo también.

—Por supuesto, es más, debe ir, porque ella le espera. Pero antes debe beber un vaso conmigo. Su mujer es un tesoro. Tiene verdaderamente la energía de un hombre. Si nuestros proyectos llegan a buen puerto, deberemos estarle todos agradecidos... Ella opina que usted debería ir junto a los soldados, y tiene razón. Después de la abdicación de Wisniowiecki, puede que haya algo de confusión. Debe ir a meter miedo a esos nobles.

—¿Tan seguro está, Excelencia, de que Wisniowiecki va a abdicar?

Prazmowski arrugó amenazadoramente el entrecejo:

—No puede no abdicar. Y yo no tendré ninguna clase de miramientos con él, de eso puede estar usted seguro. Tendrá que dejar el sitio a quien el rey Luis nos envíe.

—Pero Luis calla.

—La respuesta llegará de un día para otro. ¡Necesitamos un rey francés a cualquier costa! –observó atentamente la cara de Sobieski–. No está bien que su mujer haya sufrido esas afrentas en la Corte de París... Me lo ha contado.

—¡Los franceses son el pueblo más ingrato del mundo! Uno puede hacer por ellos los mayores sacrificios, que no le serán apreciados jamás.





El primado entrecerró el ojo y miró al hetmán de un modo aún más penetrante.

—No debería hablar así –dijo.

—No son palabras mías. Mi mujer...

—Ella puede permitírselo. Para ella es un capricho momentáneo. Esas ofensas le han tocado. Pero se olvidará pronto. Nosotros debemos ver las cosas de un modo distinto. Francia es un país de gente fuerte e inflexible, que sabe lo que quiere. Si alguna vez se ha podido dejar vencer por un momento de debilidad, no lo dejará ver jamás. Es más, con mayor motivo intentará demostrar que es una gran potencia. Por esto todos tienen a Francia en alta estima. El Papa, los turcos, el emperador. No como nosotros. Nosotros, aun teniendo la fuerza, no somos capaces de dar esa impresión a los demás... Usted es el mejor ejemplo...

—Su Excelencia no quiere entenderme...

—Yo le entiendo mejor de lo que usted cree. Y por esto me mantendré fuerte por mí y por usted. Créame: un rey polaco es una desgracia para nuestro país. Beba.

Acercó el cáliz a Sobieski. Cuando terminaron de beber, dijo:

—Ahora vaya junto a su mujer. Su ira contra Luis pasará, y no dejará huella. La difunta reina no ha sido capaz de transmitir todo a su querida pupila... Pero yo soy optimista. Váyase. Yo aún me quedaré un rato aquí. Tengo que pensar en todo esto. Me gusta tenerlo todo organizado con antelación en mi cabeza.

Sobieski se levantó, si inclinó ante el primado y se dirigió hacia el ala del palacio que les había sido destinada de habitación.

# 8

Nadie intentó atacar la armería aquella noche. Al amanecer, la ciudad estaba silenciosa, pero era un silencio ilusorio, como en un castillo del que todos saben que ha sido ya minado. Había tensión en el ambiente. Grupos de nobles se reunían por las calles, las cervecerías y hosterías estaban llenas, se oían las voces de los que discutían.

La carroza del primado, rodeada por un pelotón completo de soldados, se encaminó al castillo. Cada vez que adelantaba a grupos de personas paradas en los cruces del caminos se veía asaltada por el griterío de la gente:

—¡Perro vendido, bizco maldito, siervo!

Algunos le hacían cortes de mangas.

Alguno gritaba a espaldas de los otro:

—¡Ya llegará la hora de tu condena!

Pero eran solo gritos, nadie tenía el coraje de atacar el cortejo. Los *dragones* avanzaban con las bandoleras tan cargadas que les llegaban hasta las rodillas.

Sobieski esperaba en el palacio la vuelta de Prazmowski. El tiempo no acababa de pasar; no sabía qué hacer; para colmo, Marysienka estaba todavía enrabietada y no quería hablarle. Había reunido a sus damiselas y se había puesto a bordar con ellas. Las chicas cosían y cantaban canciones francesas. Marysienka estaba sentada como una estatua de bronce en medio de ellas. Su avanzado estado de gestación

empezaba a notarse. Reflexionaba. De vez en cuando le aparecía en la frente una gran arruga. Apenas se daba cuenta de ello, se acariciaba enseguida la frente y se la masajeaba con la punta de los dedos.

Los relojes daban las horas. Sonó el carillón. Llegó de la armería un mensajero y contó que alrededor del edificio dominaba la calma. Tenía unas ganas locas de ensillar su caballo y pegarse una galopada por los campos. Tal vez habría conseguido sacar de su madriguera a una liebre o a un zorro. Nada había que lo calmase tanto como una carrera a caballo y una batida de caza. Pero se daba cuenta de que no podía abandonar el palacio.

Prazmowski –pensaba– se ha ido seguro de lograr convencer a Wisniowiecki para que abdique, y, ciertamente, su convicción era fundada: a estas alturas, ¿qué podía hacer ya el rey? ¿Combatir? La ciudad estaba en manos de Sobieski. Aparte de los escuadrones de *dragones* que habían llegado con él, estaban otros que, por orden del hetmán, habían llegado a las puertas de la capital. ¿A quién tenía Wisniowiecki con él? A la mayoría de los obispos y a la masa gris de los nobles. Luego estaba Olszowski. Pero ¿quién sabe si también al vicecanciller no le está fastidiando su pupilo, de igual modo que a Leonor le aburre su marido?

Ese imbécil ha terminado por tener suerte –constató una vez más– y sin embargo aquella afirmación no le dejaba contento.

Tenía la impresión de ver como dos grandes ruedas de molino gritando y reduciéndolo todo a polvo. Ahora estaba triturando a Wisniowiecki. Pero, cuando le hubieran triturado a él, ¿a quién engancharían en su engranaje?

Oyó un clamor, gritos, el ruido de los cascos de los caballos, el chirrido de la puerta que se abría. Echó un vistazo desde la ventana. La carroza del primado estaba entrando en el patio rodeada de soldados. Sobieski notó que el corazón se le aceleraba. Lo que tenía que ocurrir ya había ocurrido.... Se levantó a la espera de que entrase el arzobispo.





La puerta se abrió violentamente. Prazmowski entró a toda prisa: avanzó unos pasos y se paró. Tenía la espalda cubierta por un manto forrado de armiño. Con un movimiento brusco agarró la fibia que tenía bajo el cuello, como si le sofocase. Cuando terminó de abrirla, el manto le cayó desde la espalda hasta el suelo. Avanzó con pasos vacilantes. Se acercó a la poltrona y se dejó caer en ella como si estuviese mortalmente cansado. Sobieski se sorprendió del color amarillo azulado de la cara del primado.

—¡Fuera! –gritó ante los servidores que habían acudido rápidamente a la sala–. ¡Fuera! –repitió con un gesto de la mano. Los criados se retiraron inmediatamente, llevándose el manto que estaba en el suelo como un ser inerte. Prazmowski apoyó la cabeza en el respaldo de la poltrona y respiró con pesadez. Sobieski estaba de pie junto a él; esperaba, sin pedir explicaciones.

Por fin, Prazmowski levantó la cabeza y dirigió su mirada al hetmán. La córnea de su único ojo estaba inyectada en sangre.

—¿Sabe lo que me ha dicho? –empezó a decir hablando en voz alta; pero, a medida que hablaba, la voz iba bajando de tono, hasta que se transformó en un fatigoso susurro–. Que yo quizá le he coronado, pero que yo no soy quien lo ha elegido... Que si los que lo han elegido quieren ahora librarlo del peso que soporta, restituirá la corona sin la menor oposición... Pero que no lo hará jamás a petición nuestra... porque nosotros no representamos al Estado polaco... así que él no abdica...

Parecía como si aquellas palabras lo ahogasen. Su mano, cargada de anillos, trataba de arrancar la gola.

—¿Y entonces, qué habéis decidido? –preguntó Sobieski.

Prazmowski arqueó el ojo inyectado en sangre.

—Que no abdicará... Le he dicho que tendrá la guerra... Él ha respondido que, si se derrama sangre, la culpa será mía... y que por esa sangre él me invita al juicio de Dios... Él... me invita a mí... ¡a mí...!

La voz se le interrumpió, solo se notaba su aliento ansioso.

—Ya decía yo que no iba a abdicar –comenzó a decir Sobieski.

Prazmowski le interrumpió con un gesto brusco de las dos manos. Se levantó de golpe pero enseguida recayó en la poltrona. Hizo como que iba a decir algo, pero de su boca solo salía un balbuceo incomprensible. Luego, la cabeza del arzobispo se deslizó hacia abajo sobre el respaldo de la poltrona. Sobieski, preocupado, gritó para llamar a los criados. Un cortesano echó a correr alocadamente en busca del médico del primado. El médico escocés llegó inmediatamente. Le tomó largamente el pulso al arzobispo. La expresión de su cara no hacía presagiar nada bueno. Ordenó a los criados que llevasen al primado con cuidado a su habitación, y explicó a Sobieski:

—Su Excelencia el primado debe descansar. Debe estar muy tranquilo, sin hablar, sin preocuparse de nada, sin pensar en nada desagradable...



# 9

El primado estaba enfermo y Sobieski se quedó solo. Ahora era él quien tenía que decidir en nombre de todos los representantes del bando francés que lo tenían como jefe. Mientras tanto, los acontecimientos se precipitaban, llegaban noticias preocupantes sobre el ingente ejército turco, que, guiado por el propio sultán, avanzaba desde el Danubio hacia las fronteras de Polonia. En la Dieta, los delegados seguían acumulando acusaciones contra los partidarios de Francia, pero ya se veía que también entre ellos empezaba a surgir la inquietud y la convicción de que la amenaza turca estaba poniendo en peligro verdaderamente al país. Se había dejado de gritar que la carta del visir era solo un invento del primado y del hetmán. La obstinación de antes se había transformado en pánico: los nobles empezaron a huir de Varsovia y a refugiarse en casa de parientes y de amigos. Finalmente, la Dieta fue disuelta por Stanislav Ubysz. Apenas si dio tiempo a deliberar sobre el reclutamiento masivo. Ahora todos abandonaban a toda prisa la capital. Se decidió concentrarse en Golab, entre los bosques a lo largo del Vístula. El rey siguió también a los nobles hasta Golab.

Sobieski no tenía ni idea de lo que debía hacer, sus soldados tenían en sus manos Varsovia, pero en Varsovia no había adversarios. Marysienka había sugerido un plan para atacar el castillo y ocuparlo, pero se había sentido mal y había de-

jado de hablar de aquel plan. Sobieski decidió llevarla a Jaworow, y desde allí llegar hasta Kamieniec, donde estaban sus tropas. Se sentía irresistiblemente atraído por aquella zona, la atmósfera de la guerra lo excitaba y lo apartaba de los juegos políticos.

Los Sobieski estaban ya en camino cuando llegaron nuevas noticias. Las vanguardias turcas, dirigidas por el pachá de Aleppo, habían cruzado la frontera junto con los cosacos de Dorosenko y con los tártaros de Seli'm Girej. La noticia era tan trágica que Sobieski cambió de planes, y en lugar de ir a Jaworow, decidió enviar a Marysienka a Gniew, por la ruta del Vístula.

—Allí estarás segura. Únicamente, no te olvides, amor mío, de escribirme lo más a menudo que puedas –le suplicó–. Estaré preocupado...

Marysienka miró con ironía a su marido:

—Hablas de inquietud... ¿Pero no ves que tus ojos te brillan de las ganas que tienes de ir con tus soldados?

—Por nuestro amor, Marysienka... la guerra es así...

—La guerra, la guerra, ¿me quieres decir que no te gusta la guerra? Tu único sueño es saltar a tu silla y blandir tu sable. Luego están los banquetes con los camaradas, las muchachas, las zíngaras, las ucranianas... Para vosotros los polacos, la guerra y el ocio vienen siendo lo mismo.

—Si las tentaciones me persiguen, es culpa tuya, señora mía, pero siempre te he garantizado y te garantizo...

—No me garantices nada.

—Si tú no me dejases siempre solo...

—Ahora eres tú el que me echas.

—No, ahora es otra cosa. En Danzig podrás dar a luz con toda tranquilidad. Rogaré a Dios para que des a luz a un hijo varón...

—Ruega a Dios que el parto vaya bien. En Polonia no hay asistencia alguna, no es como en Francia.

—Eres injusta, querida, para ti solo existe Francia.





—Porque solo allí se vive de verdad. No estaré tranquila hasta que nos vayamos allí.

Sobieski suspiró. Olvidaba tantas aspiraciones... pero de aquello no se olvidaba jamás. La guerra no le interesaba. Solo quería una cosa, un rey francés en Polonia, honores y reconocimientos en Francia.

—Trata de cuidarte, amor mío –dijo despidiéndose–. No te olvides de tu Juan y quiérelo como le quisiste en otro tiempo. En Lublín estaré en el monasterio de las carmelitas y te confiaré a sus oraciones, pagaré para que se celebren misas y haré ofrendas en varias iglesias...

Marysienka partió en una dirección y él, en la opuesta. Sus cartas no llegaban, quienes traían la correspondencia eran siempre asaltados. Ocurría que incluso los correos desaparecían junto con la correspondencia que traían. No tenía la menor duda de que continuaban siguiéndolo, y de que sus cartas eran interceptadas. Y eso le llenaba de ira.

Wisniowiecki –pensaba– decía que habría tratado de tener confianza en mí, pero prefiere leer lo que mi mujer y yo nos escribimos. ¡Y yo ni siquiera sé cómo está, mi pobrecilla...! Desde Pilaszkowice envió una orden al comandante jefe Luzecki para que llevase al ejército a Kamieniec, pero las cosas sucedieron de otro modo. En el río Bug Luzecki fue asaltado por el enemigo y sufrió una derrota tal que del campo de batalla pudieron escapar solo unos cuantos supervivientes. En lugar de avanzar hacia Kamieniec, los escuadrones diezmados se concentraron en Biala Cerkiew.

Se hizo el vacío en torno a Kamieniec. La solidísima fortaleza, carente ya de pólvora y de municiones, con una guarnición de apenas mil hombres, no podía constituir un obstáculo para el ejército turco que avanzaba. Tras un asedio de dos semanas, los defensores capitularon, logrando condiciones bastante favorables.

La noticia de la caída de Kamieniec cayó como un rayo en cielo sereno. El país había abierto de repente sus puertas al invasor. Los ordenados, disciplinados regimientos turcos,

se extendían como una riada. No saqueaban ni mataban, pero iban precedidos por hordas de tártaros que destruían, robaban y hacían prisioneros por millares. Encontraban una particular satisfacción robando e incendiando las propiedades de Sobieski.

En pocos días llegaron al Vístula. Los nobles, reunidos en Golab, se vieron asaltados por el terror. Los pelotones enviados en avanzadilla traían noticias terroríficas: muy a menudo también falsas, ya que los que eran enviados evitaban encontrarse con los tártaros y se contentaban con recoger rumores y chismorreos. De todos modos, los tártaros estaban realmente allí. La región del otro lado del Vístula estaba en llamas: los resplandores de los incendios se veían cada noche en el cielo. Columnas de prófugos atemorizados hasta la muerte se arrastraban a lo largo del camino llevando consigo sus miserables petates y arreando sus rebaños de animales.

En Golab, con los aristócratas, estaba también Wisnowisecki. Había perdido el ánimo por completo y no era capaz de tomar decisión alguna. Cuando Sobieski envió a los nobles reunidos la invitación a que fueran a combatir con él, ellos la rechazaron. Unos decían que no era cierto que hubiera tártaros, y que lo único que quería el hetmán era atemorizar de ese modo a la gente; otros hacían correr que jamás de los jamases irían a combatir bajo el mando de Sobieski, porque había sido el hetmán quien había hecho venir a los tártaros a Polonia.

Convencido de que no iba a lograr que los nobles cambiasen de parecer, renunció a la idea de poner en marcha la movilización general. Hizo venir a Krasnystaw a los escuadrones diezmados de Luzecki y los reforzó con los suyos propios. No es que fuesen demasiados, pero eran soldados valerosos. Ante el peligro olvidó a Marysienka, al niño que iba a nacer, la hostilidad de los nobles, el silencio de Luis, la enfermedad de Prazmowski, las cartas interceptadas, y hasta sus enfermedades y desavenencias matrimoniales. Se había convertido en un hombre completamente diferente. Nada más llegar, puso





a punto al ejército y, aquella misma noche, lo hizo avanzar a marchas forzadas con dirección a Zamosc. Le había llegado noticia de que las bandas tártaras se encontraban por allí y avanzaban lentamente arrastrando a multitud de gente prisionera. Sobieski cayó sobre los tártaros cuando menos se lo esperaban, como un halcón pica desde el cielo sobre una zorra que le ha robado la presa. Los derrotó, los echó definitivamente y liberó a los prisioneros. Animados por el hetmán, los aldeanos se dirigieron hacia los bosques armados con hoces y con horcas para dar la puntilla a los restos de las unidades tártaras. Mientras tanto, él, de noche, se dirigió a marchas forzadas hacia Krasnobród. Aquí atacó a otra banda de tártaros, les quitó a sus prisioneros y a lo largo de millas y millas les persiguió, aterrorizándolos y pasando a espada a todos aquellos a los que alcanzaba. Mandó de nuevo contra los tártaros a los aldeanos que empuñaron con entusiasmo hoces y garrotes. La noche siguiente se dirigió con varios escuadrones hacia Narol Niemirov y Komarno, sin descansar más de tres o cuatro horas al día, efectuando bruscas marchas atrás y avanzando solo de noche consiguió que los tártaros, allí donde estuviesen, entre el Bug, el San y el Vístula, se sintiesen siempre amenazados. Fueron presa del terror, porque aquel misterioso adversario parecía como si estuviera a la vez en todas partes, y como si adivinase sus intenciones. Un *ciambúl* tras otro, una horda tras otra, abandonaban a los prisioneros y huían lo más rápidamente posible porque, por todas partes, Sobieski había armado a los campesinos y estos mataban sin piedad a todo aquel que, aunque fuera por un momento, se hubiera alejado del grupo. Sobieski seguía actuando a su manera. Permitía a sus hombres solo breves descansos. Los soldados comían nabos crudos y pan duro, cuando encontraban algo que llevarse a la boca, y seguían avanzando preocupados solo en dar de comer a los caballos. En las cercanías de Komarno echaron al sultán Kusnuradyn, persiguiendo a los tártaros llegaron hasta la Dniéster y pasaron el río a nado. Aquí le llegó la noticia a Sobieski de que los

tártaros en fuga se estaban concentrando en los bosques cerca de Bolechów. Después de haber sufrido una desbandada cerca de Komarno, Djimbet Girej se unió con Adji-Girej. Sobieski pidió de nuevo ayuda a los campesinos. Con su ayuda, por medio de alambradas, se cerraron las salidas del bosque, y los soldados del hetmán, con las primeras luces del alba, asaltaron por tres partes a la vez a los tártaros, todavía medio dormidos, y muy convencidos de que aquel espantajo de Sobieski estaba todavía muy lejos del Dniester. El que no murió en la batalla, fue asesinado por los campesinos. El ejército del hetmán, que contaba apenas con tres mil soldados, en nueve días limpió el país de tártaros.

Sobieski hizo entregar a los niños capturados en sus posesiones. Envió a algunos ex prisioneros a Golab, para que su aspecto convenciese a los nobles de que el peligro tártaro no era una invención, pero que los tártaros podían ser retados y vencidos.

Después escribió una carta al rey, en la que le relataba los acontecimientos. Escribió también a Marysienka. Le encantaba vanagloriarse de sus propios éxitos; así que, en vez de descansar, después de aquellos días de esfuerzo sobrehumano, escribía una carta tras otra, asegurando a los destinatarios que la guerra contra los turcos no había sido tan terrible como pensaban, y que lo importante era saber cuál iba a ser el mejor modo de afrontar al adversario. Le hubiera gustado escribir también al príncipe de Condé.

Pero justo cuando estaba deleitándose en su triunfo y casi esperaba que los nobles, convencidos de su causa, empezarían a llegar a Golab para ponerse a sus órdenes, le llegó una noticia increíble: justo en los días en los que había derrotado a los tártaros, en Buczacz, los comisarios del rey habían firmado un tratado con los turcos. Las condiciones eran vergonzosas. A los turcos se les había dado Kamieniec y Podolia: la Ucrania de la parte de aquí del Dnieper, en cambio, había sido cedida a los vasallos de la Puerta. Los comisarios del rey, aterrorizados y convencidos de que todo estaba perdido,





aceptaron también pagar un tributo por la cantidad de veintidós mil ducados, suma que debería pagarse anualmente al sultán del Estado Polaco.

Sobieski perdió enseguida el entusiasmo. Quedaba solo la desesperante convicción de que todo estaba perdido y, para más inri, los nobles cargarían sobre él la responsabilidad de semejante vergüenza y humillación. Le acusarían de la capitulación de Kamieniec, del hecho de que nadie se hubiera opuesto a los ejércitos turcos y al tratado de Buczacz.

Para colmo de males, seguía sin recibir carta de Marysienka. Empezó a preocuparse: ¿qué le estaría pasando a su mujer? En los días en que él estaba luchando contra los tártaros, tendría que haber dado a luz... Pero no le llegaba noticia alguna. Estaba tan preocupado que empezó a sentir dolores en la garganta y en las piernas, hasta tal punto que tuvieron que practicarle una sangría.

Cada día llegaba alguna noticia desfavorable. Los mensajeros enviados por él a Golab con los prisioneros le informaron de que los nobles habían constituido una confederación. Como mariscal de la misma había sido elegido Stefan Czarniecki, *starosta* de Kaniów. Aunque fuese nieto del comandante a cuyas órdenes había combatido Sobieski durante años, era hostil al hetmán. Fue declarado como objetivo de la confederación defender al rey de los complots de la facción francesa. Entre el griterío de la multitud y un tumulto increíble, el primado Prazmowski fue expulsado de su despacho y se emitió la orden de confiscar sus bienes. Los que llegaron de Golab no supieron explicar por qué no se había procedido con Sobieski del mismo modo. Oyeron con su orejas los gritos de hostilidad que los nobles proferían contra el hetmán. Le acusaban de traición, de haber traído a los tártaros a Polonia, de haber vendido a los turcos Kamieniec. Aquellos gritos de los nobles habían sido fomentados por el gran hetmán de Lituania Michal Pac. Y todo fueron gritos, y todos requirieron la espada del verdugo.

Las discusiones de los nobles eran tan tumultuosas, que

siempre terminaban en una trifulca general. Algunos de ellos, que habían osado defender la facción francesa, fueron masacrados. Hubo un momento en el que Czarniecki, para tranquilizar a quellos que estaban reunidos, tuvo que hacer intervenir a los soldados con los mosquetones dispuestos a disparar.

Finalmente, los nobles aprobaron que se llevara a cabo el reclutamiento masivo. Los pelotones de nueva formación deberían estar, no bajo las órdenes del hetmán, sino del mariscal de la confederación. Para aquel ejército, la nobleza, por norma siempre lenta a la hora de pagar, había desembolsado una importante suma de dinero.

Llegó por fin la carta de Marysienka. En realidad no estaba escrita directamente por ella. El maestro de Jacobo, su hijo, el reverendo Kostrzycki, anunciaba a Sobieski el nacimiento de una hija, a quien la madre había dado el nombre de Barbilune. Contaba, al mismo tiempo, que la mujer del hetmán había sufrido una verdadera crisis de desesperación cuando le llegó de Francia la noticia de la muerte de su madre y de su hermano. Luis de Arquien había caído en Holanda. El reverendo escribía que Marysienka, de la desesperación, había dejado de comer, había perdido la leche y no dormía, y que no hacía más que hablar de su deseo de morir...

Sobieski se llenó de rabia. No era que amase demasiado a la familia de su mujer. Marysienka, educada lejos de los suyos, los había vuelto a ver solo cuando había ido a Francia después de casarse con Zamoysk. Había nacido en ella un amor increíblemente intenso por aquella familia con la que se reencontraba después de tantos años. Los D'Arquien pertenecían a aquella pequeña nobleza ávida, que estaba continuamente a la caza de títulos y privilegios. Aunque fueran primos lejanos del rey, no tenían ni una posesión y no gozaban de ningún prestigio en el ambiente de la Corte. El padre de Marysienka, según se le había contado a Sobieski, era el hazmerreír de los salones parisinos. Sus rabiosos enfrentamientos con su «primo» por ciertos bienes que se suponía que él le había robado, eran motivo de burla entre todos. Los padres, las hermanas y los hermanos ponían todas sus esperanzas en Marysienka, en Sobieski, en Polonia. Sobieski había tenido que mandar dinero a los padres y mantener a los hermanos de su mujer que habían pasado años enteros en Polonia, hablando mal de aquel país en todas las ocasiones. Marysienka intentaba buscarle marido en Polonia a su hermana la pequeña, Mariana. Estaba llena de afecto por la familia, amaba a los suyos como si no tuviese nada más querido en el mundo.

Sobieski, por el amor que tenía por su mujer, estaba siempre dispuesto a hacer cualquier cosa por los D'Arquien. Pero se llenaba de amargura cuando veía que Marysienka demostraba más amor por ellos que por él. Compartía con los familiares secretos de los que no quería ponerle al corriente. Eso era lo que más le dolía. Era capaz de soportar sus caprichos, su lejanía durante meses y su frialdad, pero deseaba ser el primero para ella, y el más íntimo. Estaba dispuesto a cualquier sacrificio por ella. Podía decirle las cosas más amargas, pero la indiferencia no era capaz de soportarla.

Volvió a ocurrir aquello que tantas veces le había pasado en su vida: cuando se trataba de intereses del país, cuando tenía que estar alerta, actuar, tomar decisiones, sentía una angustia particularmente grave por Marysienka.

Un poco más tarde de la carta del reverendo Kostrzycki, llegó también la carta de Marysienka. Escribía con melancolía que, después de la muerte de su madre y de su hermano, ya nada le ataba a este mundo. Cuando leyó aquellas palabras, casi le dio un ataque de histeria. Afuera, en el campo, había muchas cosas que arreglar. Los oficiales y los camaradas de armas reunidos, le pedían que respondiese a la confederación de nobles con una confederación de soldados. En el ejército se había producido una fractura: algunos pelotones, tentados por las promesas de Czarniecki de que recibirían la paga –mientras los pelotones fieles a Sobieski tenían que es-

perar pacientemente mucho tiempo– le traicionaron y le abandonaron. Entre los pelotones de uno y otro bando se llegó al choque armado. La situación empezaba a hacerse cada vez más tensa. Era necesario tomar una iniciativa. Mientras, la carta de Marysienka le había quitado por completo la tranquilidad. Sentía que debía ir lo antes posible junto a su mujer, arrancarla de la melancolía, consolarla. Seguía creyendo que su amor la haría más feliz.

Cuando ya se había decidido ir a Gniew, llegó la carta del primado que le invitaba a ir cuanto antes a Lowicz. Inmediatamente tuvo la sensación de que ya había llegado la respuesta del rey Luis.

Sobieski quería evitar la guerra civil. Pero habían sido los nobles los que habían empezado. Sus posesiones habían sido asaltadas. Lo acusaban, lo amenazaban, querían quitarle el mando del ejército. ¡Muy bien! –pensó entonces–, ¡tendrán la guerra! Empezó a actuar con energía. Llevó al ejército que le era fiel hasta Szczebrzeszyn. Bajo su mando se constituyó una confederación contraria al reclutamiento proclamado por Czarniecki. Prácticamente, eso significaba lanzar el guante a la otra confederación y al rey.

Una vez dado aquel paso, fue necesario acudir al encuentro de Prazmowski. Era imposible encontrar tiempo para ir a Gniew, a ver a Marysienka. A fin de cuentas, ya lo sabía: no le habría perdonado ir tras ella con palabras de amor, en vez de darse prisa en hacer algo por el candidato francés al trono de Polonia.



# 10

Cuando llegó a Lowicz, a Sobieski le costó reconocer al primado. La enfermedad y los disgustos provocados por las noticias de que estaban vendiendo sus bienes a bajo precio, habían destruido el físico de Prazmowski. Daba pena verlo. La cara la tenía llena de arrugas, las mejillas caídas, los labios ennegrecidos e inflamados. Solo su único ojo brillaba por la excitación. Estaba sentado en una poltrona, con una piel de zorro envolviéndole el cuello y otra piel cubriéndole las piernas.

—¡Usted! ¡Por fin ha llegado! –exclamó, saludando a Sobieski–. Empezaba a tener miedo de... –comenzó a decir, pero no acabó la frase–. Nada, nada. ¿Qué es lo que quieren esos estúpidos de los nobles? A lo mejor también han intentado darle la lata a usted...

—Han incendiado algunos de mis pueblos. Pero personalmente no me ha atacado nadie. A lo mejor porque viajaba con hombres armados... Pero por todas partes era como estar en un país enemigo. Cuando mandaba a alguien a pedir que nos hospedaran, me cerraban en las narices las puertas de las casas...

—¿El ejército ha permanecido fiel?

—La mayoría no se ha dejado atrapar por las promesas de Czarniecki. Solo dos pelotones han desertado y uno de

ellos está negociando para volver. Pero mis hombres han luchado contra los soldados del rey...

—¿Se ha llegado a la lucha abierta?

—Sí, por desgracia.

—¿Por qué «por desgracia»? Es bueno que sea así. Visto que Wisniowiecki no ha entendido nada de lo que usted ha hecho por él... Estoy pensando en la campaña contra los tártaros. Ha sido una acción fantástica. Atacar con algún pelotón a decenas de miles de hombres... Usted sabe cuánto admiro a los comandantes franceses. Pero –que quede entre nosotros– ninguno de ellos habría sido capaz de llevar a buen término algo parecido. En Francia, la guerra es matemática... Con su victoria ha salvado a Wisniowiecki. Se habría reducido a la miseria si los tártaros hubieran incendiado y saqueado todo el territorio anterior al Vístula. Y los turcos habrían sido aún más duros en las negociaciones.

—¿Pero qué más iban a pedir? Nos han impuesto un tratado vergonzoso.

—Podrían haber pedido mucho más. Pero el acuerdo aún debe ser ratificado. Aún nos queda algo de tiempo. Mientras, la situación ha cambiado...

—Entonces, ¿ha habido respuesta de Francia?

Notó cierto alivio. Entonces, pensó, por fin se ha decidido. Por fin terminará esta situación increíble.

Prazmowski le miró atentamente.

—No, no ha respondido –dijo.

Sobieski abrió unos ojos como platos.

—Pero usted, Excelencia, está hablando de un cambio de situación...

—En Occidente, la situación ha cambiado. Los franceses han sido expulsados de Holanda. El príncipe de Orange se ha puesto a la cabeza de los ejércitos holandeses y por poco no ha deshecho al ejército francés. Y su éxito ha hecho surgir una coalición contra el rey Luis...

—¿Y quién participa?

—El emperador Leopoldo, el príncipe de Lorena, España





y Baviera. Y ahora, Federico de Brandenburgo, el Elector... Ha concluido un pacto con Leopoldo de Habsburgo.

—¡Qué listo es!

Prazmowski hizo una mueca.

—Usted habla del Elector como hablaría Olszowski. El Elector tiene sus defectos y sus méritos. Yo no puedo apoyarlo porque es un hereje. Tampoco puedo alabarlo porque se ha puesto en contra de su gran protector. Pero, en cierto sentido, su traición nos viene francamente bien. Luis ha antepuesto siempre los intereses del Elector a los nuestros. Ahora le toca cambiar de actitud. Tendrá que hacer todo lo que nosotros le exijamos.

—Entonces, estará bien que él intente obligar a los turcos a retirarse. Como usted sabe, primado, el ejército del sultán ha acampado bajo Kamieniec y solo está esperando a que llegue el verano...

—Claro que lo sé. Pero sobre todo, y antes que nada, debe indicar el candidato al trono. Los turcos no exigirán a un rey francés las mismas condiciones que han exigido a Wisniowiecki.

—¿Entonces, todavía no hay un candidato?

—No...

—¡Pero tiene que haberlo! ¡Lo antes posible!

Sobieski miró a Prazmowski, y de pronto se asustó al ver al primado. El arzobispo estaba doblado en la poltrona con la boca semiabierta. Su respiración se había hecho repentinamente fatigosa.

—Excelencia... ¿se encuentra mal? ¿Quiere que llame a alguien?

Pero Prazmowski negó con la cabeza.

—No... siéntese... –dijo con fatiga, casi balbuciendo. Sobieski se tuvo que inclinar hacia él para entender sus palabras–. Estoy enfermo... fatiga... Él me ha desafiado... ¡No perdono...! Usted... Usted debe...

—¿De qué está hablando, Excelencia?

Las palabras pronunciadas por el hetmán eran cada vez más ininteligibles.

—Debe... Usted... Solo usted... solo usted puede obligarle a abdicar...

Ahora Sobieski comprendió lo que Prazmowski quería decir.

—Pero usted lo sabe, Excelencia.

—No, no... –le interrumpió con un movimiento impaciente de la mano–. Ve cómo estoy de enfermo... Usted debe estar a la cabeza del bando francés.

—¡Pero hay otros que están en grado de hacerlo!

—Para los otros, Francia significa solamente dinero... –por un momento pareció que iba a conseguir vencer la debilidad que se estaba adueñando de él–. Tiene que volver a escribir a Luis...

—¿Yo? ¿Tengo que escribirle yo?

—Sí, usted. No habrá súplicas colectivas. Usted es actualmente la persona más creíble del país. Ha vencido a los tártaros. Está a la cabeza de la Confederación. Ha atravesado el Rubicón...

—No entiendo...

—Usted ha lanzado el guante del desafío a Wisniowiecki. Sus hombres han vencido a los soldados del rey. Ahora que ha dado el primer paso, debe dar también el siguiente... Escriba una carta en este sentido, sin súplicas de ningún tipo. Debe exigirlo. Tiene el derecho...

La voz temblorosa del primado calló. Sobieski quedó sin palabras. Quizá tenga razón –pensaba. No había dentro de él furia ninguna. No amaba tener enemigos, es más, daba la mano con placer a los adversarios.

—Pero Wisniowiecki... –empezó a decir.

—¡Debe abdicar! –insistió Prazmowski con renovada energía–. En su abdicación está la salvación de Polonia. Usted ha antepuesto siempre los intereses de la patria a los privados... Escúcheme... –su voz se hizo ronca, rota, delirante– Escúcheme... Está llegando a Varsovia desde Colonia el nuncio pontificio Buonvisi. Es un viejo zorro... Traerá las promesas del Papa... dinero... a Wisniowiecki una espada y un yelmo bendecidos, a Leonor una rosa de oro... ¿Y sabe por qué? Para su lucha contra los turcos. ¡Les hace los regalos a ellos! ¿Comprende?





—Sí –murmuró Sobieski, ceñudo.

—Usted combate, mientras el otro recoge las bendiciones... Quién sabe qué más traerá Buonvisi... ¿Quizá la púrpura? Él querrá reforzar el otro bando... Por eso, debe usted escribir... Rápido, enseguida... Debe escribirle que le somos fieles... Pero que esperamos...

De nuevo, las palabras de Prazmowski se transformaron en un balbuceo apenas comprensible. De las comisuras de la boca le resbalaron unos regueros de saliva blanca. La voz se le quebró.

—Debe hacerlo... Prométamelo... Usted ha desafiado... Yo no puedo... Es el final... Usted... usted... debe... prométamelo...

Sintiendo que no habría podido oponerse, Sobieski dijo:

—Le escribiré.

# 11

Sobieski salió de la habitación del primado con una sensación de laceramiento interno.

Prazmowski tenía razón cuando decía que el primer paso le obligaba a dar el segundo. Como se había puesto a la cabeza de la confederación constituida en Szczebrzeszyn, declaró la guerra a Wisnowiecki. Ahora escribiría una carta a Luis, y con aquel gesto se convertiría automáticamente en el jefe de la oposición. Y entonces debería asumir la dirección del bando francés.

En aquella situación no estaba en condiciones de pensar en ir a Gniew, a ver a Marysienka. ¡Y sin embargo lo deseaba tanto! ¡La echaba tanto de menos! Cuando Marysienka había sufrido alguna desgracia era cuando le parecía más cercana y accesible. Siempre creía que, si hubiera podido consolarla, habría reencontrado también aquel amor perdido...

Entró muy deprimido en las habitaciones que le habían sido asignadas. En la puerta le esperaba un cosaco. Solamente de verlo, a Sobieski se le aceleró el corazón. Era uno de los fieles servidores que había enviado con Marysienka a Gniew para que, en caso de necesidad, hubiera podido servir de mensajero. El cosaco hizo una profunda inclinación y dio a Sobieski una carta.

Evidentemente, Marysienka sabía que él habría ido a Lowicz. Se encerró en su habitación, después de haber dado or-

den a los servidores de que nadie le molestara. Con los dedos temblorosos, rompió el sello. La carta estaba escrita de puño y letra de Marysienka. Empezó a leerla con avidez.

Según iba leyendo, su estado de ánimo, lleno de expectativas afectuosas, dejaba paso a la ira. Marysienka hablaba de nuevo del dolor que le había provocado la muerte de su madre y su hermano. Repetía una y otra vez que, después de aquella pérdida, ya no deseaba nada en este mundo, y que pensaba solo en la muerte. Pero luego seguían unas palabras que le llenaron de desesperación y estremecimiento. Escribía:

«Una persona en cuyas palabras creo, me ha dicho que, cuando en las cercanías de Komarno habéis liberado a los prisioneros de los tártaros, muchas hermosas y jóvenes mujeres se han acercado a Vuestra Señoría y le han abrazado, y que Vuestra Señoría no solo no las ha rechazado, sino que ha aceptado agradecido aquellas caricias. Todos los que estaban presentes han visto que aquellas caricias te gustaban. ¿Qué sentido tiene hablar tanto de amor, si prefieres las caricias de una campesina cualquiera al amor de tu mujer que está viviendo un luto tan terrible? Creo que Céladon hace tiempo que olvidó a su Rosa y esto me explica por qué desde hace tres semanas no recibo ni una sola línea. Vuestra Señoría no se merece mi amor y jamás se lo ha merecido. A tu silencio debería responder con mi silencio. Pero te escribo para decirte que te dispenso con gusto de la fidelidad, visto que tanto te molesta. Me propones ir a Bydgoszcz para encontrarnos allí, pero yo solo pienso en irme a París, donde me llaman asuntos de carácter patrimonial en relación con mi familia. Así que soy yo la que invita a Vuestra Señoría a venir aquí conmigo y acompañarme en el viaje, visto que nuestros intereses nos llevan a aquella parte. Harías, de una vez para siempre, lo que tantas veces me habías prometido... El Águila necesita hombres de valor, y estoy segura de estará más dispuesto a escuchar cuando sepa lo valerosamente que te has comportado combatiendo contra los tártaros...»

En un primer momento arrugó la carta que acababa de recibir. Pero algo después la volvió a abrir y la releyó, como quien sigue tocándose el punto de dolor que no le deja en paz.

Se lamenta porque no le escribo –pensó–. Y sin embargo le había escrito tantas veces... Dormía una, dos, tres horas al día, se caía de sueño y de cansancio, pero le escribía. ¿Qué podía hacer él si había alguien que robaba las cartas o si los mensajeros le traicionaban?

¿Y su fidelidad? En siete años de matrimonio habían sido muy pocos los meses que había podido pasar con su Aurora. Ahora estaban en guerra, ahora era ella la que pretendía que él se ocupara activamente del bando francés. Pero las separaciones más largas eran cuando ella partía. Durante largas semanas y meses, él se quedaba solo, y entonces, junto a la nostalgia, comenzaban a atormentarlo los recuerdos de su exuberante juventud y de los buenos momentos que habían pasado juntos cuando ella era todavía la mujer de otro. El recuerdo de todo lo que había sucedido le hacía hervir la sangre. Las tentaciones se hacían insoportables. Le persuadía ver a sus compañeros que se divertían a cada momento. Ellos no tenían escrúpulos ni enfrentamientos con sus mujeres. Estaban convencidos de que el simple hecho de que ellas no estuvieran presentes les absolvía de todos los pecados. Había también algunos tartufos que se excusaban diciendo que no eran capaces de resistir a las demasiado insistentes exigencias fisiológicas. Él, en cambio, rechazaba las tentaciones hasta el punto de suscitar la maravilla y la burla de los demás. Cuando estaba enfermo, los médicos sacudían la cabeza de modo significativo. ¡Y a cambio recibía reproches y propuestas de separación!

¡Y ahora, aquel bellaco chismoso! ¿Quién podía habérselo dicho a Marysienka? Se veía en el momento en el que pasaba a caballo en medio del gentío liberado de las manos de los tártaros. Había salvado a miles. Sobre todo, a niños y mujeres jóvenes. Los niños estaban atontados y asustados; en sus ojos muy abiertos podía leerse el terror. Miraban con el mismo miedo a los cadáveres de los tártaros que a los solda-

dos ensangrentados y excitados por el combate que les habían liberado. La mayor parte de ellos no tenían a sus padres entre los prisioneros, y se encogían en la turba temblorosa.

Las mujeres, en cambio, se dejaron llevar por una alegría instintiva. Rodearon a Sobieski, empezaron a besarle las manos y el borde del manto, y a abrazarle las rodillas. Puede ser que en la excitación general hubiera besado a alguna, pero no se acordaba, tan feliz estaba en aquel momento por la victoria. En cada uno de sus triunfos encontraba un signo benigno de gracia. La conciencia de sus culpas no le abandonaba jamás. Solo después, más tarde había empezado a vanagloriarse y a darse aires delante de la gente. Había olvidado las palabras de su madre, que había predicho un castigo para él.

Después, cuando había exagerado con la jactancia, despertaba en él cierta inquietud.

Aunque fuese tan sensible a todas las tentaciones, aquella vez, en cambio, abrazado y besado por todas las mujeres, no había pensado nada inmoral. ¿Quién había sido aquel cerdo que le había contado a su mujer las cosas a su manera?

La cólera se transformó en tristeza y en amargura. Aquellas mujeres demostraban su alegría con el afecto... ¿Y ella? Desde hacía mucho tiempo no recordaba un signo de afecto por su parte...

Volvió a aparecer ante él el cuadro de la gente que había salvado en Komarno. Y vio de nuevo el montón de niños que había salvado de manos de los tártaros. Cabecitas rubias: niños de villas nobles y de cabañas de campesinos. Miraba cada una de aquellas cabezas con amor. Quería mucho a los niños. Los suyos propios no le bastaban. El pequeño Jacobo, de cinco años, y aquella hija que le acababa de nacer, que todavía no había visto y por quien había temblado, sabiendo que era débil, enfermiza... Dos se le habían muerto. El pequeño Giacomo, curado con mercurio, tenía un aspecto muy miserable para su edad... ¿Pero tendría todavía la posibilidad de alegrarse de sus propios hijos? Tenía cuarenta y tres años, estaba siempre enfermo, le preocupaba su creciente obesidad.





Pero también era cierto que su padre, el señor Jacobo, había tenido su primer hijo con su edad y solamente entonces había conocido la alegría de la vida familiar. Solo que su padre había tenido éxito en la vida política, había hecho carrera rápidamente, siempre había sido respetado, honrado, amado... Pero ¿y él? ¡Si quedase solo un poco del antiguo afecto por parte de Marysienka! Entonces habría podido soportar el odio de los nobles y la participación en aquellas conjuras que no le gustaban nada.

Permaneció largo tiempo sentado, inclinado sobre la carta, inmerso en pensamientos tristes. Hasta que tomó una decisión. No iría junto a Marysienka. Si ella quería ir a París, que fuera. Él no la iba a acompañar.

Escribiría a Luis, como quería Prazmowski. Pero aquella iba a ser la última cosa que haría en interés del candidato francés. Iba a darle a Luis un plazo. Un plazo breve, hasta el quince de abril. El país no podía esperar más, ni él iba a permitir que esperara más. Primero, la patria, después, los intereses del trono. Antes de nada, defender la patria de los turcos, luego...

¿Pero regresaría luego el amor?

Por primera vez en su vida, dudó. Antes se había sentido siempre seguro de que, solo si se le hubiese permitido amar en paz, habría podido reconquistar el antiguo amor. Solo las circunstancias les habían quitado el ardor de los sentimientos. Ahora nacía en él el pensamiento de que quizá el amor de Marysienka se había apagado definitivamente. ¿A lo mejor había conocido allá en Francia a alguien?... A lo mejor había alguien de quien se había enamorado...

Dio un vuelco. Él no hubiese sido capaz de amar a otra mujer. No lo haría jamás, aunque Marysienka hubiera sido injusta y cruel con él. Habría luchado por volverla a tener. Le habría enseñado lo que era capaz de hacer por ella. Cuando todos se queden impresionados de lo que podría llegar a hacer por ella –intentaba convencerse–, entonces también ella le amará de nuevo...

# 12

El sol se escondía detrás de los cristales escarchados de las ventanas de la villa Danillowicz. Después de la trágica muerte del tío Estanislao, también la villa de Varsovia había pasado a ser propiedad de Sobieski. Había sido incendiada durante la guerra contra los suecos y había sido reconstruida solo en parte. El hetmán se solía quedar allí cuando estaba solo en Varsovia. Marysienka quería sus comodidades, así que, cuando estaba con él, Sobieski alquilaba la villa Burattini, o bien disfrutaba de la hospitalidad del primado en el Palacio Ujazdowski. Entonces hacían vida de sociedad, iban a hacer visitas y recibían invitados. La zona era muy bonita y se prestaba a las excursiones en carroza y a las batidas de caza.

En la villa Danillowicz no había sitio para recibir invitados; allí solo había espacio para unos pocos servidores. Pero Sobieski amaba la tranquilidad y la soledad.

Cumpliendo con el deseo del primado, escribió al rey Luis. Estaba convencido de que aquel iba a ser su último paso realizado a favor del bando francés. Para evitar presiones, abandonó Lowicz y se mudó a Varsovia. Nada más llegar, se recuperó enseguida de la atmósfera que dominaba en el Palacio de Prazmowski. Le esperaban noticias y cartas de las zonas de frontera. Se dio cuenta de que la cuestión más

importante, la cuestión que a él le tocaba más, era la guerra que estaba amenazando a su país.

Empezó a preparar un gran memorial sobre la defensa de Polonia y decidió presentarlo a Wisniowiecki. Se convenció de que los enfrentamientos entre sus soldados y los soldados del rey no habían provocado una ruptura de relaciones entre él y el rey. La corte se comportaba como si nada hubiera ocurrido. Los pelotones rebeldes habían vuelto bajo su mando. Czarniecki seguía enrolando soldados, pero eso no era un problema para el hetmán. Se acercaba, sin embargo, la convocación de la Dieta, que debería ocuparse del pacto concluido en Buczacz, y decidir ratificarlo o rechazarlo. No había dudas de que no se llegaría a ratificarlo. Y en tal caso, Polonia no podía esperar otra cosa que la guerra; una guerra para la que el país no estaba preparado.

Para afrontar en guerra a la potencia otomana, según los cálculos de Sobieski, hacían falta sesenta mil hombres. Hacía falta crear lo más pronto posible una infantería nacional, visto que aquel arma estaba únicamente representada por los regimientos de formación extranjera. El hetmán le daba también mucha importancia a la formación del mayor número posible de regimientos de *dragones*, que, como había podido comprobar, eran los que más habían contribuido en la lucha contra los turcos. Pidió que se aumentaran los regimientos de húsares y la caballería pesada. Y también era necesario reforzar la artillería: comprar o fundir alguna docena de cañones, según el modelo perfeccionado empleado en Occidente. Sobieski soñaba con una modernización del armamento. La caballería necesitaba pistolas, a los *dragones* les hacían falta mosquetones, en la infantería era necesario sustituir las picas por las hachas, ya que estas últimas podían servir tanto en la lucha cuerpo a cuerpo como de apoyo a las armas de fuego.

Escribió todo esto en su memorial. Invitó a su casa a los oficiales más fieles y se reunió en consejo con ellos. Trabajó duramente, durante días enteros, a veces hasta altas horas de





la madrugada. Sofocó con aquel esfuerzo cualquier sentimiento de amargura o nostalgia.

Pero no se encontraba bien. Le daban la lata multitud de achaques. Le torturaban los sueños: a menudo se despertaba con las manos entumecidas. Le dolían las piernas y la garganta y sufría vértigos. Seguía engordando, aunque no comía demasiado. Los médicos le practicaban sangrías y le daban tisanas para beber.

No tenía dudas acerca del origen de aquellas indisposiciones. El cuerpo reclamaba sus derechos. Le venía una y otra vez el mismo pensamiento: ¿a razón de qué sacrificarse? Además, le había dispensado... Pero enseguida rechazaba aquel pensamiento. Se daba cuenta de que, si él se hubiera aprovechado de la libertad que le venía concedida, Marysienka se habría sentido enseguida justificada para su falta de amor. Porque, sea como fuere, mientras él siguiera demostrando su amor incondicional, ella, por respuesta, aun inconscientemente, tenía que amarlo. Con su sacrificio le obligaba a amarlo. ¿Quizá le había hecho aquella propuesta porque estaba cansada de la situación? Él, de todos modos, no quería ceder. Sentía que de ese modo la tenía desesperadamente ligada a su persona.

Fue a verla por unos cuantos días durante las fiestas de Navidad. Marysienka al final no había ido a París. Prazmowski le había convencido con sus cartas de que Sobieski en aquel momento tenía muchas cosas que hacer en Polonia. Lo acogió con extrema cordialidad, como si no recordase los reproches que le había hecho. Y él, obviamente, no iba a imponerse evitar sus abrazos, si ella no le rechazaba... Pero apenas había vuelto a Varsovia, empezaron a llegarle cartas llenas de lloriqueos. Marysienka llevaba mal el nuevo embarazo. Barbilune estaba siempre enferma. En la carta de Marysienka aparecía, además, un reproche nuevo e inesperado: él era el culpable de la enfermedad que había causado las muertes de los niños. Leyó aquellas palabras con los dientes apretados. ¿Se había olvidado ya de la clase de hombre

que había sido Zamoyski? ¿De cómo se lo pasaba junto a su compañero de juergas Boguslaw Radziwill? Él no negaba alguna ligereza y algún pecadillo durante el período prematrimonial, pero ¿cómo podía compararse a sí mismo con Zamoyski? Desde el momento en que había hecho el voto en la iglesia de los Carmelitas, todo había cambiado. Por aquella fidelidad, pagaba ahora con la salud. ¡Y era capaz hasta de dar la vida para que Marysienka no fuese exenta de la obligación de amarlo!

Aquel día se levantó tarde, después de haber pasado una mala noche. Le dolía la cabeza y le dolían los ojos. Comió sin apetito la sopa de cerveza en la que nadaban trozos de requesón y se dirigió hacia la habitación en la que solía trabajar.

No fue capaz de ponerse a escribir enseguida. Retrasaba el momento de empezar a trabajar: se levantaba, caminaba arriba y abajo por la habitación, repasaba las cuentas presentadas por los prestamistas y los prestatarios, echaba un vistazo a los libros que estaban en la estantería. Pasó más de una hora, antes de que lograse vencer aquella apatía. Finalmente consiguió sumergirse en aquel montón de cálculos y de informes.

Pero, mientras estaba ocupado con todo aquel trabajo, la puerta chirrió y por el agujero apareció la cabeza de un sirviente. El joven tenía una expresión temerosa: sabía muy bien que el hetmán, una vez había entrado en su ritmo de trabajo, no toleraba ser interrumpido, y que cuando se enfadaba era muy impulsivo y que molestarlo podía acarrear dolorosas consecuencias.

Sobieski, efectivamente, mugió, todavía inclinado sobre los papeles:

—¿Por qué vienes a molestarme, imbécil?

El muchacho, por el miedo, solo consiguió balbucir.

—Ha llegado un monje, Señoría. Ha traído un carta, dice que es importante y urgente...

—¡Dame esa carta!





—Clarísimo Señor, es que ha dicho que debe dárosla en persona...

—¡Iros al diablo! ¡Tú y ese monje! ¡Lo que me faltaba! Como luego sea una estupidez os vais a enterar los dos! ¡Unos cuantos palos no te los quita nadie!

El muchacho quedó invadido por el miedo, sobrecogido por la voz atronadora del hetmán. Sobieski estaba convencido de que se trataba de una estupidez. Seguramente, alguna petición de dinero. ¡Le llegaban tantas! Él daba bastante, pero no le gustaba que le molestaran. Le gustaba dar cuando quería y cuando tenía en la mano el dinero contante y sonante. Ahora, sin embargo, andaba mal de liquidez. Los prestamistas hebreos habían pagado muy poco, y se excusaban con la historia de que, tras la invasión tártara, no había ya nadie a quien exprimir.

El trabajo se le fue de las manos y se dio cuenta de que no le iba a ser fácil retomarlo una segunda vez. Tenía la cabeza demasiado pesada. La llegada del monje desconocido había sido una verdadera liberación. Pero no quería admitirlo. Volvió a gritar:

—¡Tráeme aquí a ese fraile! ¡Te vas a enterar...! –dijo, amenazando al muchacho con el índice levantado.

El hombre que entró en la sala vestía un hábito blanco. No era joven. Sus cabellos rubios, cortos y afeitados a los lados, se mezclaban con las canas; su cara larga de labrador estaba surcada por profundas arrugas. Tenía el rostro muy moreno, como de quien pasa mucho tiempo al aire libre, y no metido en una celda monacal. Las manos grandes, evidentemente habituadas al trabajo duro, salían de las largas mangas y caían inertes.

Se inclinó profundamente y tendió la carta.

—¿De quién es? –preguntó Sobieski antes de cogerla.

—El obispo de Chelmno me ha pedido que le entregue esta carta personalmente, poderoso hetmán.

¿El vicecanciller? Después de aquel encuentro con la reina no había vuelto a tener ocasión de hablar con Ols-

zowski. Una vez empezada la guerra contra el rey, estaba absolutamente convencido de estar automáticamente en guerra también con el vicecanciller, aunque Olszowski no se había declarado nunca públicamente en contra de él.

Cogió la carta y rompió los sellos. Era breve, estaba escrita de puño y letra del obispo. Olszowski escribía:

«Noble hetmán, aprovecho de una persona que goza de mi absoluta confianza para proponerle un nuevo encuentro, como el del año pasado. Tengo la impresión de que tenemos que volver a hablar abiertamente y sin testigos. El día y el lugar, querido hetmán, le ruego que lo establezca con el portador de la presente, el padre Stanislao. Creo que es aconsejable la discreción, así que, en cuanto la haya leído, queme mi carta...»

Sobieski quedó un rato pensativo, girando aquella carta entre las manos. No le gustaban los encuentros secretos y para él era evidente que Olszowski, deseando encontrarse con él, había dado aquel encargo a una persona de confianza. Pero ¿debía verdaderamente acudir a aquella cita? ¿Qué quería de él el vicecanciller? Sobieski no se sentía nunca tranquilo con aquel hombre. ¿De qué se supone que tenían que hablar? Wisniowiecki había dicho que el canciller le había aconsejado que tuviera confianza en el hetmán. Pero él, después, había firmado personalmente la carta para el rey Luis de Francia. Era cierto que los nobles seguían clamando contra él, que invadían sus propiedades y que enrolaban a los soldados destinados a estar bajo sus órdenes... ¿De qué podía hablar con él si la carta para el rey Luis ya estaba en Francia? Ahora que él estaba a la cabeza del bando francés, cada palabra suya tenía un peso mayor que no tenía un año antes.

Se rascó la cabeza, preocupado. Después levantó la cabeza y sus ojos se encontraron con los ojos azules del hombre que estaba frente a él. En la mirada del monje había una profunda sinceridad que parecía ajena a cualquier juego. Era una persona que inspiraba confianza.

Sobieski preguntó:





—Usted, padre, ¿conoce el contenido de la carta de Su Excelencia el obispo?

El monje agachó la cabeza con gesto afirmativo.

—Sí. Su Excelencia quiere hablar con Vuestra Señoría sin presencia de testigos.

—¿Pero de qué quiere hablar?

El hombre del hábito blanco se encogió de hombros.

—No sé decirle. No es algo que me concierna; nunca tendría el valor de preguntarlo. Y además, ¿para qué?, ¿por simple curiosidad? La curiosidad conduce al hombre al pecado. Es mejor que el hombre sepa solo lo que es justo que sepa. Su Excelencia el obispo es un gran dignatario, como usted, poderoso hetmán. Yo no soy nadie. He venido a Varsovia y dentro de poco me marcharé...

—¿Puedo preguntarle de dónde viene, padre?

—De Cracovia. Me ha invitado el obispo de Poznan, para que me ocupase de la iglesia que ha fundado en la Nueva Jerusalén, llamada también Monte Calvario. Pero antes de empezar con ese trabajo, su Excelencia el obispo de Chelmno ha querido que yo ocupara junto a él el cargo de confesor...

Sobieski, pensativo, se estiró los bigotes.

—Ahora entiendo por qué dice que tiene tanta confianza en usted. Usted, padre, ¿a qué orden pertenece? Desde luego no es de los Paulinos, aunque lleve el hábito blanco...

—La regla a la que pertenezco es completamente nueva y todavía no ha sido confirmada por el Santo Padre.

—Pero usted lleva ya el hábito...

—Sí, me ha dado permiso Su Excelencia el obispo de Cracovia. Yo era capellán de la Hermandad de la Inmaculada Concepción. Su Excelencia el obispo me dio permiso para intentar vivir en el desierto junto a mis compañeros...

—¿Quería ser usted ermitaño, padre?

—No, queríamos solo prepararnos con el trabajo y la oración en el desierto para ese trabajo que nos espera.

—Y si me permite, ¿qué trabajo es ese?

—No es ningún secreto. Queremos trabajar como traba-

jan nuestros hermanos de esa maravillosa regla que es la orden de los Escolapios.

—Y entonces, ¿por qué no vais a trabajar con ellos?

Sobre el largo rostro del monje, apareció por un momento algo parecido a una profunda expresión de tristeza. Respiró profundamente y bajó la cabeza.

—Soy un mísero pecador –dijo– y la orden de los Escolapios es grande y santa. Evidentemente, estaba destinado que fuese así... Dios ha elegido a los más pobres para que afrontasen un deber que está por encima de las fuerzas humanas, el de crear la primera regla polaca...

—¿Una regla polaca? –Sobieski estaba cada vez más interesado en las palabras del hombre de blanco–. ¿Entonces, vuestra regla sería la primera regla polaca? La cosa me interesa muchísimo. Siéntese, padre, y explíqueme todo mejor. ¿Quiere un vaso de vino?

El monje sacudió la cabeza con un brusco gesto negativo.

—No, agradezco de corazón a Su Señoría el ofrecimiento, pero uno de nuestros votos exige que ninguno de nosotros se lleve a los labios otra bebida que no sea agua.

—Es un voto digno de admiración. Os hará falta una gran ayuda de Dios para no pagar con la salud vuestro celo...

—No nos cabe duda de que Dios nos va a ayudar. Pienso que hay pocas cosas que le resulten tan desagradables como la borrachera, que anula en el hombre la voluntad y la claridad de ideas. Esta es una plaga que aflige a nuestro pueblo, sea entre las personas de alto rango, como entre los soldados o los individuos más toscos...

—Quizá tenga razón, padre. Pero ¿cuál es su nombre?

—Stanislao, de Jesús y de María.

—¿Y su familia?

— Papczynski...

—Francamente, no conozco ese apellido...

—Somos unos pobrecillos que queremos obtener el título de siervos de Jesús y de María...

—¿Y sois muchos?





—Muy pocos, solamente cuatro.

—¿¡Cuatro!? Es verdad, que había dicho usted que solo estaban empezando... ¿Qué otros votos habéis tomado?

—Queremos vivir en la pobreza, trabajando, callando y haciendo penitencia, para aprender a despreciarnos a nosotros mismos y a soportar sin discutir cualquier adversidad. Queremos honrar e imitar en todo a la Inmaculada, y llevar donde sea necesario la palabra de Dios.

—Muy bien, muy bien. Viviendo así, conseguiréis pronto la santidad.

El monje sonrió bondadosamente.

—¡Pero qué dice Su Señoría! Nosotros no podemos permitirnos pensar en la santidad. Somos todos pecadores cargados de innumerables culpas. Y yo el que más... Mis compañeros son todos ex soldados. Uno es un ex Lisowczyk. Otro ha estado entre sus soldados, poderoso hetmán...

—¿Cómo se llama?

—Entre nosotros, hermano Juan de la Inmaculada Concepción. De laico se llamaba Krajewski.

—¿Nicolás?

—Sí.

—Le recuerdo bien. Estaba en el ejército de Czarniecki en Cudnów. Después ha combatido en Matwy...

Se interrumpió y quedó pensativo. Se acordaba bien de Krajewski. Era un soldado valiente, pero un pendenciero, un borracho, un violento, insoportable. A menudo le llegaban quejas de su comportamiento. Los labradores lloraban, porque pretendía a la fuerza alojamiento y víveres. Una vez había sido violada una muchacha... Y en Matwy...

Volvió a ver ante sí aquella batalla. Recordaba cómo, por orden del rey, los antiguos regimientos de Czarniecki, los más valerosos de todos, habían pasado a nado el río Notec, todavía lleno después de la reciente crecida de San Juan. A lo largo de las orillas se veían terrenos cenagosos atravesados por una línea de tierra seca que conducía al vado. Para atra-

vesar más deprisa el río, los pelotones se estiraron en estrella y se mezclaron entre ellos. Ninguno mantenía el orden. El regimiento de *dragones* con el que había atravesado el río se había mezclado con el regimiento de los hombres de coraza.

No fue fácil volver a reunirse todos en la otra orilla del río, que también era un terreno húmedo. Cada uno intentaba abrirse camino entre matas de hierba. Pero, de pronto, de detrás de los alisales que se levantaban en la lejanía, salió el eco de unos disparos. Los caballos comenzaron a caer y a aplastar a los caballeros. Hubo mucha confusión. Inmediatamente después de los disparos, de los montículos que les rodeaban, salieron los confederados, que se lanzaron sobre los soldados como un enjambre de abejas enfurecidas. Las trompas retumbaron, pero ni un pelotón pudo volver a las filas. Empezó un combate encarnizado. Los hermanos se encontraban con los hermanos, el hijo combatía contra el padre. Los confederados llevaban un pañuelo atado al cuello para reconocerse. Todos los que no llevaban pañuelo fueron pasados a espada sin piedad, incluidos aquellos que juraban rendirse.

Sobre el terreno cenagoso, la masa de los confederados tuvo la mejor parte ante el pequeño y desorganizado ejército del hetmán, cuyos soldados fueron presa del pánico. Retrocedieron todos en masa hacia el río. Los confederados les siguieron con extremo encarnizamiento, tanto que la orilla estuvo pronto cubierta de cadáveres.

Entre los gritos de los vencedores, oyó también su nombre: «¿Dónde está Sobek?» «¡A por Sobek! ¡Buscadlo! ¡Cortadle las orejas! ¡Colgadlo!». Su pesado caballo quedó inmovilizado, sin poder sacar las patas del fango. En vez de pensar en ponerse a salvo, Sobieski se tuvo que ocupar del hermano de Marysienka que se encontraba junto a él. El joven francés se encontraba en una pésima situación, hacía falta cubrirlo de las puntas de las lanzas y los sablazos. Mientras lo defendía a riesgo de la propia vida, temblaba pensando en lo que podría ocurrirle al cuñado. ¿Qué habría pasado si él hubiera muerto? Solo cuando el francés estaba ya en el río pudo en-





trar también él con su caballo. El Notec estaba lleno de caballeros y de hombres que habían perdido sus cabalgaduras. El que cayó terminó bajo las pezuñas de los caballos, muchos se ahogaron, mientras que los confederados, desde la otra orilla, disparaban contra los soldados en fuga.

El caballo de Sobieski se hundió en el barro hasta las rodillas. Para permitir al animal salir mejor, bajó de la silla. El caballo empezó a moverse e hizo caer a Sobieski. Se había apenas puesto en pie cuando algunos caballeros que corrían precipitadamente le hicieron caer de nuevo. Esta vez cayó en aguas más profundas, quedó sumergido con toda la cabeza dentro del agua y tragó un montón de agua. La visera de la celada le cayó sobre la cara, y no pudo ver nada. Perdió el sable y un puñal. Agobiado por el peso de la coraza, se hubiera ahogado si sus fieles *dragones* no hubieran venido en su ayuda. Le sacaron del agua y lo izaron sobre otro caballo sobre el que salió finalmente del río.

Salvado de milagro de la muerte, se informó enseguida febrilmente de dónde estaba el joven D'Arquien y envió a los *dragones* a buscarlo. Junto a él pasaban los soldados buscando sus pelotones. Entonces vio a aquel Krajewski. Tenía los ojos tan abiertos y horrorizados y una expresión de tal desesperación en el rostro, que Sobieski se dio cuenta. Con un gesto cansado, tiró al suelo el sable que tenía desenvainado en la mano. Más allá del río se oía el eco de los disparos y los gritos de los confederados que masacraban los restos de los conquistadores de Kolding...

Se recobró de aquellos recuerdos y levantó la cabeza. Se dio cuenta de que el monje le miraba con una expresión de sincera compasión.

—Entonces Krajewski está con usted, padre... –dijo.

—Sí. Él y yo siempre hemos deseado hacer penitencia. Hemos decidido añadir a los votos monásticos comunes uno más, el de rezar siempre por las almas de todos los que mueren en la guerra. El obispo de Cracovia está de acuerdo.

—Santa intención –admitió–. Y verdaderamente ade-

cuada a la regla polaca. En nuestro país, de hecho, son casi todos soldados. También usted, padre, lo era, ¿verdad? Veo que tiene una cicatriz en la frente...

—Yo no he sido soldado. La cabeza me la ha roto un sueco porque quería convertirlo a la verdadera fe.

—Hacía falta haberle respondido a ese imbécil con los mismos argumentos.

—Así seguramente no le habría convencido.

—Si lo hubiera hecho, entonces habría visto dónde está la verdad. Los suecos y los brandenburgueses están obstinados en su herejía como los turcos en su fe. No hay nada que hacer con ellos, para convencerlos hace falta someterlos. Es nuestro deber defender a la Iglesia; debemos protegerla de los paganos. Aquellos que caen por defender la fe pueden estar seguros de su salvación.

El monje entrelazó los dedos y los apretó hasta hacerlos crujir.

—La sangre derramada por una causa justa –dijo– puede redimir muchas culpas... Pero... no podemos ser como ellos...

Sobieski levantó la cabeza, sorprendido.

—¿Qué quiere decir, padre?

—Los musulmanes dicen que sus fieles que mueren en un campo de batalla combatiendo por el Profeta van directamente al Paraíso. Nosotros no podemos sostener lo mismo.

—Está bien, ¡pero nosotros somos los defensores de la verdadera fe! Los turcos quieren eliminar el cristianismo. Incendian las iglesias o bien las convierten en mezquitas. ¡Cuando han entrado en Kamieniec han quitado las cruces de las iglesias!

—¿Y nosotros no haríamos seguramente los mismo si conquistáramos una ciudad suya?

—¡Habla verdaderamente de un modo extraño, padre! –gritó–. La tierra a la que han venido es un país cristiano.

—Es cierto. Son muchas las tierras cristianas que los musulmanes han ocupado, o a las que han impuesto su fe, o donde persiguen a los cristianos. Más allá de Moldavia y de





Valaquia se extienden las tierras cristianas de los búlgaros, de los Serbios, de los Montenegrinos, de los Albaneses... ¿pero no pertenece acaso todo el mundo a Cristo?

—¡Ciertamente!

—Luego hace falta conquistarlo para Él. Pero no con la espada, no matando. De este modo no lo conquistaremos jamás.

—Ahora es cuando veo que usted no ha sido nunca soldado. ¿Cómo va a lograr la victoria sin combatir?

—Los misioneros actúan de forma diferente.

—La obra de los misioneros es hermosa, no lo niego. Sé bien con qué dedicación trabajan los Franciscanos, aunque los turcos y los tártaros son a menudo crueles con ellos. Pero no acabarán los infieles con su actividad. No piensan ni siquiera en detenerlos cuando parten a una expedición por tierras cristianas. También ahora el ejército turco está listo para invadir Polonia y hacerla un vasallo del sultán. No lo consentiremos jamás. Combatiremos como combatieron nuestros padres. ¡En aquella lucha cayeron mi abuelo, mi tío y mi hermano!

—He oído hablar de eso. Eran grandes caballeros y fervorosos cristianos. Yo soy un pobre pecador. Pero he visto lo que un soldado es capaz de hacer incluso contra los suyos... La gente del campo le teme a usted como teme a los turcos...

—A veces se cometen injusticias, eso es cierto...

—Se llevan a cabo muchas injusticias, poderoso hetmán. Se hacen tantas que la gente se pregunta si es mejor el pagano o el soldado con la cruz en el pecho... ¿Se puede acaso conquistar el mundo para Cristo, si en el nombre de Cristo se tortura al hombre?

—Pero vamos a ver, ¿qué es lo que quiere, padre? Si todos los soldados dejaran las armas y se fueran a hacer penitencia con ustedes...

—Creo que la guerra es el destino del hombre. No la gloria del triunfo, pero el destino... Si los cristianos están obligados a combatir, deben ser diferentes en la lucha... Deben combatir de modo diferente...

Se interrumpió, intentando inútilmente exprimir el pro-

pio pensamiento. Sobieski no afrontó la discusión. El hombre que tenía enfrente a él suscitaba en él extraños sentimientos. Pensaba: es un monje lleno de fe, pero ingenuo como un niño. No conoce las reglas de la guerra. Se ve enseguida: es un campesino, no un noble... Pero, a pesar de aquella convicción, no le abandonaba la sensación de confianza que el monje había suscitado en él desde el principio. Tomó la carta de Olszowski. Se giró y alargó la mano hacia los cepos que ardían en la chimenea. La llama, como salida de la nada, lamió el borde de la carta, haciéndola contorsionarse y transformándola en una negra escoria. Sobieski tiró en la chimenea también el resto.

—Como ve, padre, he quemado la carta –dijo–. Dígaselo a su Excelencia el vicecanciller. ¿Dónde puedo encontrarlo?

—Está con los Padres Bernardos. Su iglesia ha sido destruida, pero la sacristía se ha podido salvar. Allí hay silencio y tranquilidad. Nadie irá a molestarlos, nadie sabrá...

—Muy bien, iré donde los Bernardos. ¿Cuándo? ¿Mañana?

—A mediodía en punto.

—De acuerdo.

—Su Excelencia el obispo esperará.

El monje se levantó, dijo *Laudetur Jesus Christus* y se dirigió hacia la puerta.

Sobieski llamó al siervo para que acompañase al huésped.

El muchacho, después de haber acompañado al monje a la puerta, volvió atrás y se paró asustado ante el hetmán. Por la expresión pensativa de Sobieski no conseguía imaginar qué le esperaba. El hetmán estaba sentado con los ojos fijos sobre las cartas que tenía frente a él. No estaba mirando las cuentas. Seguía pensando en el hombre con quien había hablado hacía un momento. Solo después de un rato levantó la cabeza. Vio al muchacho de pie, en actitud humilde. Metió una mano en el bolsillo de la chaqueta y sacó una moneda de plata.

—Toma –dijo echando la moneda en la mano del siervo maravillado.



# 13

Para no atraer la atención de los curiosos, Sobieski llegó en una carroza sin emblemas. No llevó consigo ni al pelotón de *dragones*. Solo dos vasallos armados estaban de pie sobre la parte trasera de la carroza, mientras otros dos le acompañaban a respetuosa distancia. Los confederados estaban en sus palacios, pero siempre podía darse un encuentro desagradable.

Bajó de la carroza y entró enseguida en el pequeño vestíbulo en ruinas.

La iglesia había sido incendiada durante la conquista de Varsovia. Entre sus muros se había llevado a cabo la lucha más sangrienta. Habían sido años económicamente difíciles y, por eso, la iglesia todavía no había sido reconstruida; solo habían empezado a repararse sus muros ahumados, y estaban cubiertos de un techo provisional, para que fuera posible celebrar los servicios. Un pórtico bajo que se prolongaba a lo largo del huerto del monasterio, en aquel momento cubierto de nieve, llevaba a la sacristía. Frente a la puerta de la sacristía estaba esperando un fraile de hábito marrón con las manos entrelazadas sobre el pecho. Hizo una profunda reverencia y abrió la puerta. La sacristía era muy grande y oscura. Se podía ver en lo alto una bóveda de crucero, parecida a la tela aflojada de una tienda. Al fondo se abría una ventana con rejas. Bajo la ventana, en un profundo nicho excavado en los

espesos muros, había dos poltronas, evidentemente preparadas para los dos personajes que debían encontrarse allí.

—Acomódese, poderoso hetmán –dijo el fraile indicando las poltronas–. Su Excelencia el obispo ya está aquí; ha ido un momento a rezar a la capilla sobre la tumba del Beato Ladislao. Voy a decirle enseguida que ya ha llegado usted.

—Espere un momento, padre. Dígame, ¿ese Ladislao que acaba de nombrar pertenecía a su regla?

—Sí, poderoso hetmán. Era nuestro padre provincial, gran predicador y autor de cantos religiosos. Vivió aquí hasta su muerte. Ha hecho grandes milagros. Y otros milagros suceden continuamente sobre su tumba. La gente dice que a él debe la ciudad haber sido salvada de manos de los suecos... Pero Su Excelencia podrá contarle más, porque ha estudiado su vida y los escritos que dejó.

Hizo una reverencia y salió. Sobieski se quedó solo en la oscuridad de la sacristía. Se arrebujó todavía más en sus pieles, porque de los muros y de la ventana soplaba un aire frío. Miró alrededor. En las paredes había colgados algunos cuadros, pero en la penumbra no podía distinguir qué representaban. Sobre la puerta dominaba un crucifijo. Sobre los armarios y sobre las paredes se veían las marcas dejadas por los sables. Justo allí, en la sacristía, un grupo de suecos se había defendido encarnizadamente, hasta que desde el primero hasta el último fueron diezmados por una masa de adolescentes y de aprendices. Sobre las lastras de piedra del pavimento había corrido la sangre. La ciudad había puesto todo, su vida y sus haberes, para sostener la lucha.

El chirriar de la puerta le arrancó de aquellas meditaciones. Sobre el umbral apareció la alta figura de Olszowski: la cabeza estaba cubierta por un pequeño gorro, llamaban la atención unos largos bigotes que le caían hacia abajo, y la larga espalda. Se movió con paso decidido hacia Sobieski:

—Le estoy agradecido que haya venido, poderoso hetmán –dijo, estrechándole la mano.





—Cuando está en peligro el país –dijo Sobieski–, también los adversarios tienen el deber de apartar sus diferencias.

—Me parece bien que piense usted así. Habla de nosotros dos como si fuésemos adversarios, pero quizá no lo somos en absoluto.

—Cuando hablamos la última vez, usted dijo, Excelencia, que consideraba una ruina para nuestro país la alianza con Francia...

—Y usted defendía la causa de esa alianza a la que ha permanecido fiel. Por eso, sin duda, ha escrito al rey Luis, para que envíe aquí a su candidato al trono...

Sobieski se echó bruscamente hacia atrás, tanto que la poltrona chirrió pavorosamente.

—¿Así que me ha espiado? –saltó. Casi por instinto, la mano de Sobieski buscaba la empuñadura del sable.

El obispo hizo con la mano un gesto tranquilizador.

—Mi deber es saberlo todo. Pero tratemos de hablar con calma. Yo no le he dicho nada al rey y no se lo diré, pero ¿sabe por qué, hetmán? Porque las consecuencias de esa carta serán completamente contrarias a lo que usted pensaba. Y, espero, favorables para nosotros.

Sobieski calló sorprendido. Olszowski siguió hablando con el tono tranquilo que le caracterizaba.

—Creo que se da cuenta del hecho de que, poniendo un plazo al rey Luis, le ha ofendido en su ambición. A mi parecer no recibirá respuesta a esa carta. Y, si mis suposiciones son correctas, tendremos que hablar de lo que sucederá cuando termine el plazo.

Sobieski siguió en silencio. Olszowski se arrellanó mejor en su poltrona y luego continuó:

—Jamás he sido un mantenedor de la unión con Francia, pero no soy contrario a esa alianza en cualquier caso. Y la situación ha cambiado. Luis se ha puesto a hacer una guerra que lleva tras de sí a todo el imperio, pero que ha logrado también que ahora el Elector se encuentre del lado de los adversarios de Francia. Francia puede necesitarnos ahora...

—También entre nosotros los hay de la misma opinión -dijo Sobieski.

—Entonces, ya lo ve usted, que hay algo que nos acerca. La persona de Federico Guillermo de Brandenburgo era lo que nos dividía. ¡Ahora creo que Francia querrá acabar de una vez con ese liante!

—¡El primero que lo desea soy yo! -replicó enérgicamente Sobieski.

—Creo en su entusiasmo, hetmán, pero hay otros de su bando que han entrado en demasiadas intimidades con el Gran Elector.

—Ahora todo cambiará.

—¡Ojalá! Este es un momento en el que todos debemos estar de acuerdo y en armonía. Tenemos que saldar cuentas con los turcos, eso es lo primero.

—Ciertamente. Los turcos están en la frontera como un negro presagio.

—Para hacerles frente es necesario el acuerdo de todos. No podemos contar con la ayuda de nadie. Francia está atenazada por la guerra y no hará nada. Su influencia sobre el sultán es menos quizá de lo que muchos creen. Moscú parece que retrasa la ayuda que prometió. Se lo repito, es necesaria la concordia. Y además, gracias a Dios, le tememos a usted, hetmán: el jefe más valeroso que hay en Europa.

Instintivamente, Sobieski se alisó los bigotes.

—Me adula demasiado, Excelencia.

—No son alabanzas, es la verdad objetiva.

—Ni el mejor de los jefes puede vencer sin un ejército.

—Eso es verdad, así que tendrá que tener un ejército. Me han contado que está trabajando en un plan de defensa. Tráigamelo lo antes posible. Quiero verlo enseguida, de manera que pueda hacer cuanto esté en mi mano para que sea aprobado.

—Yo pido mucho. Quiero un ejército de sesenta mil hombres, nuevos cañones y nuevas armas.

—Son peticiones muy elevadas. Pero el rey ha conseguido





medios notables. El nuncio ha traído el dinero del Santo Padre.

—¿Pero el rey permitirá que un ejército así sea mandado por mí?

—Todo no depende de la voluntad del rey. Debe haber concordia en la nación. Ahora es usted el jefe del bando francés. Tan solo debe hacer en su nombre y en el de su bando un juramento de fidelidad y no habrá obstáculos para que usted pueda mandar el nuevo ejército contra los turcos.

Sobieski se levantó de golpe y volvió a sentarse de nuevo en la poltrona.

—Pero, Excelencia, usted mismo ha dicho que está al corriente de mi carta...

Olszowski sonrió.

—Pero también le he dicho que imagino cuál será la respuesta, o mejor dicho, que no recibirá respuesta alguna.

—¿Cómo puede estar tan seguro de eso?

—¿Quiere convencerse de ello? Espere que termine el plazo. Entonces tendrá las manos libres. El rey le confiará el mando del ejército y usted vencerá a los turcos, Luego, marchará con el mismo ejército contra el Elector y aplastará a esa serpiente. Créame, su Luis, una vez que le haya librado de ese traidor, le tratará con más respeto que si usted hubiese desencadenado para él la guerra civil en Polonia.

Se quedó de nuevo sin palabras. Todo era silencio alrededor. Del bajo techo de la sacristía parecía caer un polvo gris.

—Luis -dijo- desea tener a un francés en el trono de Polonia...

—Es ahí donde usted se equivoca -Olszowski sacudió la cabeza-. A Francia le interesa tener en Polonia a un aliado, pero no le importa en absoluto que haya un rey francés en Polonia. El francés que Luis podría proponer como candidato acabaría por convertirse en un igual suyo, y esto no lo quiere. Por eso no contestará a su carta.

—Excelencia, usted piensa... -empezó a decir Sobieski en tono incierto.

—Yo considero -parecía como si Olszowski adivinase los pensamientos del hetmán- que solo usted, como jefe, puede decidir hacia qué dirección tiene que moverse Polonia.

Sobieski trató de dominarse y de no reaccionar ante aquellas palabras, pero dijo:

—¿Y usted querría, por eso, que yo traicionase a mis amigos y compañeros?

Olszowski se encogió de hombros tranquilamente.

—Usted no me ha entendido, hetmán. Yo no deseo que usted traicione a sus amigos, y ni siquiera la alianza con Francia. Por eso propongo que aplace usted su decisión hasta el día en que termine el plazo. Aparte de todo -empezó a decir tras un instante de silencio-, ¿qué puede unirle a usted a gente como el primado o como Morsztyn? ¿La fortuna? Su padre los ha elevado por encima de la masa de los nobles, y usted no volverá jamás entre aquellos pequeños nobles, por más que todo parezca unirle a ellos. Tiene ante usted un único camino, le de la independencia y el de la soledad.

Sobieski sonrió.

—No soy ni un sacerdote ni un monje.

—La soledad -dijo el vicecanciller, volviendo la vista sobre el hueco de la sacristía cargado de sombras- es también el destino de los hombres grandes.

Sobieski no respondió enseguida. Aquella vez, en el castillo, le había parecido que Olszowski era un hábil pero frío diplomático. Ahora se daba cuenta de que, tras aquel modo de actuar del hombre político, se escondía otro aspecto más humano.

—En resumidas cuentas, de todo lo que me ha dicho, Excelencia -dijo finalmente-, veo que me está proponiendo una especie de compromiso, ¿no?

Olszowski sonrió de buen humor.

—Estoy dispuesto a entenderlo así.

—No moveré un dedo hasta que haya transcurrido el plazo -puntualizó enseguida Sobieski.

—Yo nada espero antes de esa fecha. Aprecio -noble hetmán- su fidelidad hacia cualquier compromiso. Esperaremos. Y dentro de unos días volveremos a hablar de nuestro acuerdo.





Uno y otro suspiraron aliviados, como hombres que al menos por un momento se hubieran liberado de la pesada armadura de combate. El obispo dijo:

—Le enviaré de nuevo al padre Estanislao.

—Pero ¿quién es ese extraño fraile, dónde lo ha pescado, Excelencia?

—Desde luego, es una persona poco común -admitió Olszowski-. Era un escolapio, un magnífico profesor de retórica, pero los Escolapios lo denunciaron a Roma, porque, para su gusto, se preocupaba demasiado por la suerte de los campesinos. Salió hacia Roma con la intención de explicarlo todo, pero fue detenido en Hungría. Fue llevado a prisión, es más, creo que hasta torturado...

—¿Pero por qué?

—Él no suelta una palabra, es un hombre que no acusa a nadie, y que asume todas las culpas. En Roma le habían perdonado, habría podido quedarse con los Escolapios; pero él abandonó la regla y quiere fundar una nueva congregación...

—Sería la primera congregación que funda un polaco...

—Sí. El obispo Trzebicki le ha dado permiso para probar, pero no es que haya encontrado muchos candidatos. Exige condiciones muy duras y se pide muchísimo, tanto a sí mismo como a todos los que deberían seguirle. El obispo Wierzbicki lo ha llamado para que se dedique a la actividad misionera en los bosques que rodean Czersk. Hasta que haya tomado posesión de aquella parroquia, yo lo tengo como confesor.

—¿Y está contento con él, Excelencia?

Olszowski fijó la mirada en un ángulo oscuro de la sacristía.

—No es fácil decir que uno está contento de alguien que te da la vuelta a todos los axiomas y te demuestra lo poco que vale... pero, está bien... Si alguna vez su señoría desease algo así, le deseo sinceramente que lo acepte por confesor.

# 14

—¿Te has vuelto loco?

Estaba frente a él, iracunda, con la cara roja. Un gesto airado velaba su belleza. Pero él no se dio cuenta. Para él, también ahora, era la mujer más bella, la mujer que a la que amaba más que a su vida. Había sido tan feliz cuando había aparecido inesperadamente en Varsovia. Pero apenas habían pasado dos días de felicidad, y habían llegado a aquel coloquio. También en él había nacido la ira, pero, como siempre, ante Marysienka sabía frenarla.

—Amor mío –dijo, respirando pausadamente, como después de una larga carrera–, amor... eres injusta... ¡no puedes pretender esto!

—¿Cómo que no puedo? ¿No has dicho quizá tantas veces que te someterías en todo a mi voluntad? ¿Que soy inteligente, más inteligente que tú? ¿No fue esta la razón por la que me diste carta blanca para actuar en Francia, para que hiciese todo como yo quería? ¡Como siempre, palabras humildes y comportamiento opuesto!

—Marysienka... por Dios, no resisto...

—¿Por qué no me gritas? ¿Por qué no me pegas?

—Dios mío, pero qué dices... ¿Yo?... ¿Pegarte?

—Vosotros los polacos sois así –continuó con ardor, pero midiendo atentamente las palabras–. Os creéis que tenéis la galantería francesa, porque habéis aprendido su lengua.

¡Cada uno de vosotros cree ser un gentilhombre francés! ¡Pero, cuando se os viene algo a la cabeza, entonces los galantes gentilhombres se transforman enseguida en brutos campesinos! ¡Buenos solamente para hacer la guerra, para beber, para dar la lata a las mujeres!

La puerta chirrió, una dama de corte introdujo la cabeza por el agujero, como para decir algo, pero Marysienka gritó:

—*Va t'en coquine!*

Entrelazó los dedos, en cada uno de los cuales llevaba un anillo, y apoyó el mentón sobre las manos cruzadas.

—Me esperaba otra cosa de ti... Estoy convencida de que, si la mujer le preguntase a Jablonowski...

—Pero, mi niña, ¡no podías esperar eso de mí!

—¿Ah no? ¡Me lo habías jurado!

—¡Dios grande y justo! ¿Pero no ves que el país está en peligro? Se trata de mi patria...

—Bastará una palabra tuya y tu patria se convertirá en Francia.

—Marysienka, tienes que entenderme. Yo he nacido aquí...

—Y yo he nacido en Francia. Decías también que por mí estabas dispuesto a mudarte. Seguías diciendo que aquí se cometían injusticias contigo, que te retiraban los cargos, que todos estaban en contra tuya. Y yo he tenido que trabajar muchísimo para darte en Francia una acogida digna...

—Lo sé, lo sé, dije muchas cosas... Y efectivamente, por tu amor estaba dispuesto...

—¿Admites que tu amor se ha acabado?

—¿Mi amor por ti? ¡En nombre de Dios, nunca! Te juro por la cabeza de nuestros hijos que...

—¿Entonces dónde está ese amor?

—La patria está en peligro. El enemigo está en las fronteras y yo no puedo abandonarla.

—En esta patria están todos contra ti. Estos campesinos te odian, estarían encantados de poder matarte de unos dis-





paros! ¡El rey es un payaso y es tu enemigo, y tú, en cambio, quieres ir a pedir perdón y a besarle la mano a ese imbécil!

Dio un puñetazo encima de la mesa, con desesperación.

—¡Ah, esta lengua mía que no se sabe controlar! Perdóname, Marysienka. Yo no voy a pedir perdón. Voy a concluir un acuerdo. Si no estamos de acuerdo, no podremos defendernos. El embajador turco pide la ratificación del tratado de Buczacz. Amenaza con la guerra. Y nosotros no podemos ratificar ese tratado. ¡Nadie en Polonia lo firmará! ¡No hemos sido nunca vasallos de nadie; peticiones como esas las vamos a rechazar, aunque tuviésemos que combatir con el diablo en persona!

—Así que has escrito a Luis.

—Cedí al primado. Le he escrito, pero no he tenido respuesta.

—Todavía puede responder... No deberías haberle puesto un plazo al Águila.

—No podemos seguir esperando indefinidamente. La cuestión más importante es la seguridad de Polonia.

—Si te humillas delante de ese andrajoso, Luis no te hará caso jamás y no podremos ir a Francia. ¡Y tú no conseguirás lo que ya me habías prometido!

—¡Si no trato con el rey, la Dieta no aprobará la ley sobre el ejército!

—¡Oh, pobre de mí! –exclamó levantando las manos en alto–. ¿Cómo podría yo esperar semejante ingratitud? Y me suplicaste que fuera tu mujer... Me rogaste postrándote a mis pies... Me dijiste que de otro modo morirías... Tuve que ceder. Me has empujado al pecado y a la enfermedad... Me juraste fidelidad, y he hecho lo que tú has querido. Pero tú me has traicionado, sí, traicionado, no lo niegues! No te echo en cara aquellas sucias mujeres... Pero teníamos que servir a Francia. Teníamos que hacer lo que el Águila exige. ¿Y tú qué has hecho...?

—Marysienka, amor mío... Si el príncipe de Condé viniese

aquí e hiciese una campaña contra los turcos, entonces, aunque no me caiga bien...

—¡Es a Francia a la que no amas, y no al Gran Condé! Mientes cuando intentas decir lo contrario. Y yo no puedo vivir en esta Polonia vuestra. Cuando estoy aquí me pongo mala. ¡Me pongo enferma por tu culpa!

—Amor mío, pero sabes que...

—¡No quiero saber nada! Estoy enferma por culpa de uno de vosotros. Los médicos me han dicho que no podré volver a tener niños. Y aquellos que tengo, se mueren uno detrás de otro...

—¿Qué médicos te han dicho eso? ¡Me van a oír esos sinvergüenzas!

—Son médicos buenos. Son franceses.

—¡Charlatanes! ¡Había que hacerles pedazos! ¡Empalarlos!

—¡Cállate, no grites!

—Cuando me dices ciertas cosas me obligas a gritar.

—Solo eres capaz de gritar; pero por mi salud no haces nada. Siempre había deseado solo tres cosas: el silencio, la paz y el amor. Pero me obligáis a luchar, no sé por qué principios... ¡Yo no quiero esto! Quiero estar sana y feliz, quiero tener otro hijo...!

—¡Y lo tendrás! ¡Lo juro! ¡Pagaré para que se celebren cien misas! Llenaré de tal manera de regalos a los monjes que no harán otra cosa que rezar por esto, noche y día! ¡Haré construir una iglesia! ¡Dos iglesias! ¡Haré colocar una lámpara frente al cuadro de la Virgen de Czestochowa, en Jasna Góra...

—Las oraciones no sirven para nada. Los médicos han dicho...

—Dios es más poderoso que tus médicos. Te pido solo que confíes en mí y verás...

—¿Qué quieres que vea? Has hecho tantas promesas y luego...

—Haré por ti lo que ningún otro haría.

Marysienka se encogió de hombros con indiferencia.





—No harás nada. Están todos contra ti; solo en Francia podrías verdaderamente conseguir los honores, pero tú has renunciado...

En sus palabras ya no había agresividad, solo amargura. Estaban los dos cansados de aquella interminable discusión. Sobieski caminaba arriba y abajo por la sala, bufando, mientras Marysienka se había dejado caer en la poltrona con la mirada fija en un rincón de la habitación. Solo después de un largo silencio, preguntó fríamente:

—¿Por qué no estás junto a Su Excelencia el Arzobispo?

—Tengo que estar en Varsovia cuando la Dieta empiece a valorar mi propuesta para la formación de un ejército.

—Para ti, la guerra está siempre en el mismo sitio –rebatió–. Para poder combatir a los turcos nos sacrificarías a mí y a los niños...

—Marysienka... –gimió–, ¿... otra vez con lo mismo?

—Yo siempre digo lo mismo. Todo esto lo has aprendido de tu madre... ¡yo la odiaba!

Suspiró entristecido.

—No hables así, por favor... Hablas así solo cuando te dejas llevar por la ira. Pero, en realidad, tu fondo es bueno...

—Eso no es cierto: nadie me ha enseñado la bondad... He tenido que tener siempre a mano las armas para defenderme...

—Pero ahora no es necesario...

—¡Sí es necesario! Sea por mí, que por mis hijos, que por ti...

Cerró la boca, apretando los labios. El entrecejo se le arrugó profundamente. No se dio cuenta, no intentó estirarse la frente. A él le habría gustado acercársele, abrazarla, cubrirla de besos. Naturalmente, no creía aquello que decía. Estaba convencido de que lo estaba «poniendo a prueba». ¿Cómo podía ser entonces que, al principio, no hubiera problemas entre ellos? Se había sometido, compartía sus opiniones. Solo después del matrimonio, todo había empezado a cambiar.

Quedó impasible, temía poder ser rechazado o bien oír algo que luego, durante meses, no habría podido olvidar. Él amaba, y sin embargo tenía que renunciar al gesto amoroso...

—¿Con quién quieres ir a ver al rey? –preguntó.

—Con Morsztyn, con Potocki... Quizá también con Luzecki.

—El arzobispo no lo soportará. Él cuenta contigo. Lo que estás a punto de hacer puede llevarlo a la muerte.

—Su Excelencia el Primado sabe muy bien que el plazo que yo le di a Luis ha expirado hace un tiempo y que no podemos esperar más.

—Estaba en contra de que le pusieras un plazo. Cree que has dejado de escuchar sus consejos.

—Me ha confiado la dirección del bando francés, así que he de comportarme cabalmente. Todos quieren oír mis decisiones, pero se cuidan bien de asumir responsabilidades. Estamos en tiempo de guerra, y yo seré siempre un hetmán.

—Entonces, ve a combatir. Yo me vuelvo a Gniew.

—¿Me dejas ya? ¿Me dejas solo?

—Me has tenido aquí tres días.

—Pero te necesito. Más cuando he de tomar tantas decisiones...

—No te soy en absoluto necesaria. Para aquello que tú necesitas, ya te he dado la dispensa...

—¡Yo no quiero dispensas! ¡Ni aunque tuviese que morir!

—No morirás, querido, no morirás... –la ironía se entrenzaba en sus palabras mientras despertaba una bondad inesperada–. De eso no se muere uno. Te volverás cada vez más religioso; podrás llegar a santificarte... *Non, non, je suis pas tellement méchante.* Sé que es un momento difícil para ti. Pero irás a combatir y te olvidarás de todo. ¡De todas formas, escríbeme, ¿eh?!

—Amor mío, yo te escribo siempre, ya lo sabes...

—Oh, no siempre...

Sonrió, como si no hubieran existido aquellas duras palabras. Le hizo una caricia en la mejilla y salió de la habitación.



# 15

Ahora lo tenía todo a favor. Se había verificado el mismo cambio de entonces, después de Podhajce. Los mismos nobles que habían conspirado contra su vida en Matwy y que estaban dispuestos a pasarlo a espada en Golab, ahora habían votado en la Dieta por unanimidad a favor de su plan de defensa, para que le fuese confiado el mando del ejército, para que fuera garantizada la seguridad de sus hijos. Encontraron también el dinero necesario, cosa que siempre había sido una dificultad. Fue posible, sin posterior demora, comenzar a organizar el ejército.

Las cartas con las invitaciones para enrolarse fueron enviadas y enseguida numerosos voluntarios empezaron a presentarse ante los oficiales de las unidades de reclutamiento. Muy a menudo eran viejos soldados que, después de no haber sido pagados durante años, habían abandonado sus regimientos, pero ahora volvían. Hombres no faltaban. También los voivodatos empezaron a organizar sus unidades, mientras los magnates organizaban regimientos enteros. De pronto, todo el país ardía de entusiasmo.

Sobieski, en su proyecto, había pedido sesenta mil hombres y se quedó en aquella instancia. Estaba claro que, pese al entusiasmo suscitado, aquel número no se iba a alcanzar. Y eso llenaba de ira al hetmán. ¿Por qué Francia –pensaba irri-

tado– puede poner en el campo un número cuatro veces mayor de soldados?

Estaba ocupado de la mañana a la noche, dormía solo unas pocas horas al día. Quería verificar todo personalmente. Controlaba también el entrenamiento de los escuadrones. Le interesaba particularmente la artillería, cuyo mando había sido confiado al general Katski. Se preocupó de que se trajeran nuevos cañones, fundidos según modelos más recientes. Sabía que la artillería del sultán era productiva, potente y peligrosa. En decenas de talleres se forjaban espadas, lanzas, armas de fuego; los mercaderes traían también armas del extranjero.

Los días volaban siempre más veloces. No tenía mucho tiempo para pensar en Marysienka y en los niños. Tenía tantas ocupaciones que había olvidado por completo hasta los propios achaques.

Las tardes se las pasaba inclinado sobre el mapa. Iba señalando el recorrido del ejército. Podría concentrarse en Gliniany, cerca de Leopolis, y allí dirigirse hacia Chocim donde, como le habían informado, estaba acampado el ejército del sultán.

Era una gran suerte que los Turcos no hubieran desencadenado la ofensiva al principio de la primavera, y que el ejército se hubiese quedado quieto en las fronteras. Corrían extrañas voces de que el sultán estaba pasando por ciertos problemas personales en la Corte y que no podía ponerse a la cabeza de los ejércitos que deberían marchar contra Polonia. Los fieles informadores de Sobieski eran los armenios de Leópolis, tradicionalmente fieles a la causa polaca, que, por otro lado, mantenían contactos comerciales con sus primos que vivían en el estado otomano. Aquella primavera no se vio ni siquiera a los Tártaros. Evidentemente, se estaban lamiendo todavía las heridas producidas por Sobieski el año anterior. La guerra se retrasaba día a día, lo cual permitía preparar el ejército y poner al día los planes de batalla.

Aquellos planes tenían miras muy altas: Sobieski pretendía no solo derrotar al ejército del sultán, sino llevar la guerra más lejos, a las estepas de Moldavia y de Valaquia. No es que tuviera mucha confianza en aquellos *gospodari*, los príncipes locales, pero sabía que entre la población era muy fuerte la simpatía por los Polacos. Pensaba que, si sus ejércitos llegaban muy al sur, las guarniciones turcas de Kamieniec y de las otras ciudades de Ucrania se encontrarían en una muy difícil situación.





El pacto con el rey fue hecho público en un gran acto de concordia nacional. Durante el encuentro, Wisniowiecki no tuvo más que palabras amables para Sobieski. Tenía bastante mal aspecto y daba la impresión de estar muy deprimido.

Declaró que se iba a poner él mismo a la cabeza del ejército, pero aseguró a Sobieski que el mando prácticamente estaría en sus manos. La presencia del rey a la cabeza del ejército era para Sobieski decididamente útil. Se daba cuenta de que Wisniowiecki, unido por el pacto y positivamente orientado por Olszowski, podía convertirse en un valioso mediador en los enfrentamientos con los otros hetmanes. El hetmán de la corona Dymitr Wisniowiecki –a pesar de los lazos de parentesco– era hostil a Sobieski. Aún iban peor las cosas con el gran hetmán de Lituania, Pac, que odiaba a Sobieski desde hacía muchos años y más de una vez le había hecho intuir su hostilidad.

Llegó abril. Había que partir hacia Leópolis, para estar más cerca del ejército. Se estaba preparando para el viaje, cuando apareció en la villa Danillowicz el padre Stanislao con una invitación del obispo Olszowski.

Esta vez, la invitación era evidentemente oficial: Sobieski tenía que ir al castillo.

Cuando el hetmán entró con su carroza en el patio del castillo, fue inmediatamente llevado a las estancias de la reina. Le esperaban Leonor, Olszowski, el cardenal Buonvisi y el obispo de Cracovia, Trzebicki.

—Bienvenido, hetmán –la reina extendió su mano para que la besase–. Bienvenido. Está usted sorprendido de vernos

reunidos aquí a todos... Pero como he sabido por Su Excelencia el vicecanciller que usted se va de Varsovia, deseaba que antes de que se fuese intercambiara algunas palabras con Su Eminencia el cardenal, que dentro de poco dejará Polonia, y que quisiera saber directamente de usted algo sobre los preparativos de guerra que está haciendo, y sobre los que aún queda por hacer...

—Hemos sido informados –añadió el obispo Trzebicki– de que usted está trabajando con gran decisión. La gente admira su silencio y su energía...

—Le agradezco la valoración tan positiva de mi trabajo... –dijo Sobieski, inclinándose ante le obispo de Cracovia. Trzebicki, favorable al emperador, no era un aliado político–. Hago lo que puedo.

—El Santo Padre –dijo el cardenal– sabe que usted, poderoso hetmán, es un ardiente defensor de la santa fe y de la Iglesia. Está contento de saber que el mando de las operaciones de la guerra contra los infieles está ahora en sus manos. Un gran peligro amenaza a todo el mundo cristiano. No es solo Polonia la amenazada por los turcos. Y, sin embargo, las demás naciones cristianas, en vez de unirse y afrontar juntas el peligro, sostienen entre ellas guerras fratricidas. Es verdaderamente encomiable que usted, hetmán, haya apartado sus intereses privados para servir a Dios y a la patria con libertad de sentimientos.

—Me confunde usted, Eminencia. Servir a la patria es un deber, no un mérito...

—Me ha sido confiado –añadió Buonvisi– que a la misma máxima fue igualmente fiel su bisabuelo, que dio la vida en defensa de la fe. Me han asegurado que lo mismo ocurrió con su hermano, que también murió joven...

—Es cierto, Eminencia. Mi madre, cuando yo era un niño, me acompañaba a la tumba de mi bisabuelo y me decía siempre que mi vida debería modelarse según aquella virtud. Mi hermano Marcos, cuando todavía era un muchacho, y estudiábamos juntos en Cracovia, en una oración escrita por él





decía que nosotros no hemos nacido solo para nosotros mismos, sino para la patria, y que para ella, en la medida de lo posible, se debería de morir incluso mil veces... Estas son las enseñanzas que yo he recibido, y yo intento solo no perder de vista los ejemplos que me dieron... El peligro es grande, debemos actuar enseguida. Pero el ejército no lo es todo: hacen falta medios para mantenerlo.

—Cuidaremos de que no le falten –aseguró Trzebicki.

—El Santo Padre nos ha ayudado con sus propios medios. No falta en todo el país el espíritu de sacrificio. He decidido poner bajo su mando un regimiento de mi infantería...

—Cada uno hace lo que puede –dijo Olszowski–. Hacía mucho que Polonia no veía tanta dedicación por parte de sus ciudadanos.

—Se lo agradezco. Pero el tiempo vuela, y yo tengo miedo de que no podamos alcanzar el número de hombres que yo había pedido y que creo que es indispensable...

—¿Qué haremos entonces? –preguntó preocupado Buonvisi.

—Una vez me había escrito –dijo Trzebicki– que los turcos no son tan terribles como pueden parecer en un primer momento. Así que quizá las fuerzas que se están concentrando sean suficientes para un comandante experto como usted para conseguir la victoria...

Sobieski alargó los brazos en señal de desesperación.

—Sí, es cierto, tengo cierta experiencia, pero el número de soldados no es un factor indiferente. Más de una vez hemos combatido contra los Tártaros y los hemos vencido, a pesar de su superioridad numérica. Pero el ejército turco es distinto, es más disciplinado: los jenízaros son soldados formidables. El sultán tiene una óptima infantería y una artillería excepcional. Y para colmo son tan numerosos...

—Vendrá a ayudarle el ejército lituano... –dijo Trzebicki.

—¡Sí, Eminencia, pero esperemos que no se vaya antes de tiempo, como ya pasó una vez! –suspiró. No añadió nada

más, porque no quería hablar del comportamiento del hetmán Pac delante del representante del Papa.

—Nosotros confiamos en su habilidad de comandante –dijo el cardenal–. Estarán con usted las oraciones de toda la cristiandad. El Santo Padre ha invitado a la Iglesia a rezar y hacer procesiones... Dígame cómo está la moral del ejército...

Habló largo y tendido, mientras los obispos hacían gestos de asentir con la cabeza.

Mientras hablaba, Sobieski miró de reojo a Leonor. Seguía tan hermosa como siempre. No turbaban la belleza de su rostro ni la nariz de los aubsburgo, ni el labio inferior ligeramente caído. Pero había desaparecido aquel aire encantador del año anterior. El rostro se le había vuelto triste. En Varsovia corrían voces cada vez más frecuentes sobre las profundas desavenencias entre el rey y la reina.

Una vez hubieron escuchado el relato de Sobieski, el cardenal y el obispo Trzebicki le dieron las gracias por las informaciones y, después de haberlo saludado, dejaron la estancia. También Leonor, sonriendo, dijo:

—También yo les dejo, Señores. Su Excelencia el vicecanciller tendrá seguramente muchas cosas de que hablar con Vuestra Señoría, hetmán, y no quisiera molestar. Y como no sé, querido hetmán, si le veré antes de su partida, le ruego que acepte por mi parte el agradecimiento por su trabajo. Le deseo que regrese vencedor de esta empresa, y que usted pueda conseguir la gloria y el respeto que se le debe. Sé de varios reproches injustos que se le han hecho y quisiera que usted me creyera si le digo que jamás les he prestado atención. Yo profeso hacia usted una sincera amistad y sería feliz si, a pesar de sus opiniones políticas, usted profesara por mí la misma amistad en relación a mis discusiones. Quiera Dios misericordioso tener lejos de su persona todos los disgustos que yo no conozco, pero que imagino que existirán...

Leonor salió. Olszowski y Sobieski se quedaron solos.

—Veo a la reina un poco triste... –obeservó Sobieski.

—Ha visto bien, hetmán. Por desgracia, este matrimonio





no ha ido bien. Nosotros los políticos hacemos las cosas preocupándonos sobre todo por el interés del Estado, pero los corazones humanos son siempre los mismos... Creo que entiende lo que le quiero decir. Pero ¿es verdad –dijo cambiando de tema– que su niña está tan gravemente enferma?

—Es verdad, Excelencia. Estaba dudoso de conseguir mantener con vida a esa pequeña.

—Tiene usted toda mi compasión. Ese dolor le ha llegado justo cuando más fuerza debe tener. A menudo pienso que usted está hecho para ser un verdadero padre de familia, rodeado de hijos a los que ama y que le aman... Y sin embargo... Pero tenga fe. Dios es misericordioso. Quizá un día no sean sus hijos sino sus nietos los que le traigan la gloria más intensa...

—Gracias, Excelencia. Pero yo ya no soy joven...

—Su padre no era más joven que usted cuando usted y su hermano vinieron al mundo...

—Eso es verdad. Pero sobre mis hijos pesa una enfermedad...

—Aunque así sea, Dios es el mejor médico. Dejémosle a Él estos problemas y volvamos a nuestros problemas terrenales. Entonces, como yo había previsto, ¿Luis no ha respondido?

—Usted, Excelencia, lo sepa quizá mejor que ningún otro.

—Me alegro de que mis previsiones se hayan cumplido. Ahora tiene las manos libres y puede dedicarse con todas sus fuerzas a la guerra.

—Es lo que estoy haciendo...

—Está usted haciendo muchísimo. Las alabanzas que ha oído hoy son justas y verdaderas. Lo más importante es que no solo usted se preocupe de la defensa, sino que haya traído a su lado hombres del otro bando. He leído recientemente las poesías de Morsztyn en las que invita con bellas palabras a la guerra contra los turcos y hace fulgurar la visión de nuestras tropas llegando a Constantinopla.

—Los poetas son como los pájaros, saben volar. Pero es

inútil intentar imitarlos cuando entran en juego los problemas de la guerra.

—En la guerra, también usted es capaz de ser un poeta. Cada batalla suya con el enemigo es diferente, cada vez más ingenioso... Su amigo Jablonowski es un soldado perfecto. Pero es capaz de llevar a cabo el ataque de un único modo...

—¿Por qué me habla de Jablonowski, Excelencia?

—Por poner un ejemplo. Ustedes son parecidos y no lo son... Me parece que usted tiene siempre una visión más profunda y más amplia que los demás.

—¡Hoy son todo cumplidos!

—No son cumplidos. No sé si será mérito suyo, pero usted es así... En algunos momentos me parece que usted pertenece a nuestra generación solo con una parte de su ser. Quizá ha nacido demasiado tarde, o demasiado pronto... Pero, a decir verdad, hay muy poco de polaco en Morsztyn... Creo que algún día se dará cuenta solo. Tanto usted como Morsztyn se han casado con mujeres extranjeras, pero usted no ha dejado nunca de ser polaco...

—El amor por la mujer no puede hacernos perder el amor por la patria.

El obispo miró a Sobieski de modo significativo.

—Eso es cierto. En el hombre, el amor más grande debe absorber al menor... Debo decirle, querido hetmán, que algunas veces le admiro... No es fácil para el hombre permanecer en las turbinas del mundo, ser combatiente de la causa que uno cree justa y, al mismo tiempo, mantenerse lejos de la ira y de la pasión. El padre Stanislao, al que usted conoce, mete a sus hombres en los bosques para que aprendan a dominarse a sí mismos. Puede ser que sea una buena escuela. Pero también ellos tendrán que regresar al mundo, porque no se hace uno monje solo para sí mismo... Hace falta vivir con la gente, guiarla... Guiar a la gente y, a la vez, dejarse guiar por Dios... Esta es la mayor dificultad.

—Pero usted, Excelencia, ha guiado a los nobles y los ha puesto de acuerdo.





—Sí, es cierto, pero no ha sido nada fácil, sobre todo para mí, hombre de iglesia. Hace falta que alguien se encargue de esto en mi lugar...

—¿Puedo saber en quién piensa, Excelencia?

—Pienso en usted.

—¿Yo? Pero si sabe perfectamente que los nobles me odian.

—La multitud es como los niños. Hoy odia a alguien y mañana lo adora. Si gana, le llevarán a las estrellas.

—Ya fue así una vez. Pero luego... Empezarán de nuevo a lamentarse de los franceses, y a llamar mastines a los que apoyan la alianza con Francia.

—Mire... le ruego que me crea si le digo que admiro no menos que usted la cultura, el arte, la capacidad de gobernar de los franceses. Pero ellos lo unen todo al egoísmo, al desprecio por los demás, a la avidez, al deseo de su propia comodidad... El filósofo inglés Barclay ha escrito de ellos que creen solo en lo que quieren creer y que juegan hasta con las cosas que ellos mismo veneran. Sé que también usted se ha quejado de ellos y de sus pretensiones. No se sorprenda entonces de nuestros nobles. También nosotros tenemos nuestros defectos, por los cuales otros nos tienen manía. La alianza con Francia es una cuestión política y hace falta conseguir que, incluso soportando a los franceses, no se pierdan nuestras ventajas políticas.

—Usted podría ser un gran político, Excelencia –de las palabras de Sobieski emanaba un tono de profunda convicción. Oslzowski sonrió.

—Yo también pensaba eso de mí e incluso, a veces, estaba orgulloso. Pero mi confesor me ha puesto un poco en guardia de todo esto. También usted posee esa capacidad, aunque quizá no sea consciente de ello...

—¿Y usted, Excelencia? –preguntó levantando la mirada hacia Olszowski–. ¿El nuncio no le ha traído ningún título nuevo?

—No, naturalmente, no... –dijo sonriendo de nuevo–. Pero estas son cosas sin importancia. Lo importante es su papel.

—Yo soy un hetmán y el rey parece habérseme vuelto favorable, hecho que debo a usted, sin lugar a dudas.

—Por ahora es suficiente. Luego tendremos que pensar en el Brandenburgo.

Sobieski hizo una mueca y se rascó la cabeza.

—Comparto su pensamiento, Excelencia. Pero con este rey...

Olszowski le puso una mano sobre la espalda. Dijo:

—Resista, hetmán. Hemos hecho muchísimo, incluso con el rey actual, así que podremos hacer incluso más...

Sobieski no respondió. En el silencio que siguió se oyeron pasos veloces. De pronto, la puerta se abrió y en el umbral apareció Leonor. Por la expresión de su rostro se deducía que debía haber alguna novedad importante. Mientras estaba todavía en el umbral, con voz rota por la emoción, dijo:

—Hay una grave noticia, señores míos... El arzobispo ya no se encuentra entre los vivos...



# 16

El otoño fue seco. Las hojas caían de los árboles secas y ennegrecidas. En el aire, atravesado por el brillo intenso del sol, estaba suspendido el polvillo, como una telaraña extendida.

Sobre un gran campo de matorrales desfilaban los regimientos. Los precedían los pelotones de la caballería ligera, llamada tártara o valaca. Los caballeros montaban pequeños y veloces caballos. No llevaban corazas, sino largas casacas recogidas en la cintura con un cinturón. Cada uno de ellos iba armado con un sable curvado y un arco, y llevaba en la mano una lanza corta. Con sus grandes colbacks de piel sobre la cabeza no se diferenciaban mucho de los auténticos tártaros; algunos de ellos tenían sobre la silla también lazos enrollados.

Seguían a la caballería ligera los pelotones de acorazados. Era la caballería más pesada. Los caballeros llevaban corazas con escamas o rígidas, e iban armados con sables y lanzas. Se veía que algunos tenían arcos y carcaj, pero la mayoría llevaba bandoleras con vainas.

Detrás de las unidades acorazadas venían, por fin, los pelotones de húsares, rechinantes por culpa de las alas que algunos caballeros llevaban bien en la espalda, bien en las sillas. A pesar de su aspecto, aquella no era la caballería pesada. Gracias a sus caballos excepcionalmente veloces, los

húsares, en lo que a celeridad se refiere, podían competir con la caballería ligera. Cada uno de ellos llevaba coraza y yelmo, iba armado con sable, espadones y pistolas. Los húsares llevaban en la mano lanzas extremadamente largas, que se usaban solo en los combates o en los desfiles, pero que durante la marcha iban en los carros. En lo alto de las lanzas ondeaban al viento pequeños pendones blancos y rojos. De las espaldas de los húsares colgaban pieles de animales: los oficiales tenían pieles de tigre y de leopardo; los infantes y los pajes llevaban pieles de lobo.

Después de la caballería nacional polaca desfilaron, vestidos de vistosos colores pero iguales, los regimientos de dragones ligeros y de caballeros mercenarios con armamento pesado. Las órdenes de aquellos regimientos venían impartidas en alemán y había muchos oficiales extranjeros, pero los soldados eran polacos. Los dragones sostenían los mosquetes apoyados en las rodillas.

Se acababan de dispersar las nubes de polvo levantadas por el paso de la caballería, cuando aparecieron las columnas de infantería. También aquí los soldados eran polacos, aunque las divisas y los comandantes fueran extranjeros: húngaros y alemanes. Sobieski, viendo aquellas filas ordenadas, se sintió orgulloso. Había conseguido con gran esfuerzo que los soldados fueran dotados de armas nuevas. Todos tenían mosquetones, y en muchos de los regimientos, las picas habían sido sustituidas por las hachas, que eran armas terribles durante el cuerpo a cuerpo, pero podían también servir de ayuda al mosquetón cuando se disparaba.

Por último, tras las nubes de polvo en las que, como en una red, se enredaban los rayos de sol, avanzaba el orgullo del nuevo ejército: la artillería. Avanzaban con un ruido sordo cañones sobre el afuste, bombardas, falconetes. Tenían solo cincuenta cañones, pero la mayor parte de ellos eran piezas que se habían hecho venir recientemente de Augusta, o bien fundidas en Leopolis por Francowic o Herle según los modelos más recientes.





El rey había hecho un esfuerzo excepcional. En abril se había firmado el acuerdo entre el rey y el bando francés, y ya a mediados de agosto, en el campamento de Gliniany se había concentrado un ejército que contaba con cuarenta mil hombres. Eran menos que los que hubiera querido Sobieski, pero el número estaba compensado por la modernidad del armamento. El ejército tenía un óptimo aspecto. Antes de que se llegara al desfile ante el rey, el hetmán controló personalmente durante unos cuantos días los entrenamientos de los regimientos y quedó satisfecho con lo que vio. La atmósfera de pánico y de temor histérico que se había manifestado entre los nobles durante el congreso otoñal de Golab desapareció. El miedo dejó sitio a la obstinación y a la irruencia.

Había cambiado también la actitud en sus careos. El ejército lo adoraba como siempre, los oficiales de todos los grados le agradecían su confianza. Pero los nobles, que poco antes no querían ponerse bajo sus órdenes y que en cualquier ocasión levantaban voces hostiles, se habían vuelto silenciosos y sumisos a la disciplina militar. No se hacía ilusiones, sabía que aquella sumisión no iba a durar mucho tiempo. Hacía falta, pues, actuar con rapidez y poner cuanto antes a sus hombres ante el enemigo. Por lo demás, también el tiempo incitaba a darse prisa. De un día para otro podría acabar aquel otoño lleno de sol y empezar la estación de la lluvia y el frío. En primer lugar, hacía falta sacar al ejército fuera de las fronteras del país. Mientras estuvieran en Polonia, cada dificultad podía empujar a los soldados a abandonar las filas y a volver entre las plumas calientes de casa.

Hubo que convencer al rey sobre la necesidad de darse prisa. Sobieski miraba de vez en cuando a Wisniowiecki que, a lomos de un corcel blanco amanzanado, observaba el desfile. Tenía el aspecto de un enfermo. Su rostro estaba aún más flácido que de costumbre, los labios estaban quemados. Hacía como que escuchaba atentamente las explicaciones que le daban los hetmanes, pero sus negros ojos, semicerrados, parecían como muertos; la expresión del rostro hacía

pensar que sus pensamientos estaban bastante lejos de allí. El vicecanciller, que había llegado con Wisniowiecki, susurró a Sobieski: «Su Majestad está enfermo. Creo que no podrá seguir al ejército...».

En otra ocasión, ese comentario quizá le hubiera gustado. Aunque Wisniowiecki le había asegurado que no iba a entrar en cuestiones tácticas, la presencia del rey al lado del ejército le condicionaba a consultar con él cualquier orden por anticipado. Sobieski estaba preocupado por el próximo encuentro con el ejército lituano. Los lituanos, que se encontraban en las cercanías de Beresteczko, contaban con un ejército de doce mil soldados. Estaban al mando del hetmán Pac, su obstinado enemigo personal y político, de carácter difícil, duro, intolerante. La presencia a su lado del hetmán Radziwill no iba a servir de mucha ayuda si surgieran problemas.

Por otra parte, era imposible menospreciar la ayuda lituana. El apoyo de los valerosos regimientos lituanos era una necesidad imprescindible, a pesar de que entre los ejércitos polaco y lituano estallaran siempre continuas controversias. El más pequeño roce se convertía enseguida en una pesada ofensa.

Lo peor de todo era el odio que Pac era capaz de crear en sus enfrentamientos, un odio antiguo, que se remontaba a los tiempos de la juventud. Un duelo de juventud provocado por el amor a cierta señorita Orchowska, saldado con una herida a Sobieski, había provocado que, durante la expedición contra los tártaros, no hubiera podido hallarse en Batoh junto a su hermano Marcos... El odio por Pac había crecido cuando el magnate de Lituania, después de la abdicación de Juan Casimiro, había pasado de apoyar a Francia a apoyar al Imperio, y había respaldado a Wisniowiecki. El año antes, en Golab, había hecho todo lo posible para que los nobles declarasen traidor a Sobieski y lo privasen del cargo de hetmán. ¿Cómo se iba a mostrar ahora, cuando los dos ejércitos se encontrasen?

Cuando estaba todavía en Varsovia, había trazado el plan





de guerra. Los turcos se habían retirado a los cuarteles de invierno, en el viejo campamento polaco de Chocim. Pensó que hacía falta acercarse sigilosamente a aquel campamento y atacarles a traición. Hacía falta adueñarse enseguida del campamento para no permitir que llegaran refuerzos para los turcos.

¿Quién sabe si Pac iba a aprobar aquel plan, valiente pero arriesgado? Quizá ante el rey no iba a tener el valor de oponerse. Por eso le gustaría que el rey permaneciese al lado del ejército, al menos hasta que se encontraran con los lituanos.

# 17

Las trompetas resonaron. El rey dejó a caballo el campo y se dirigió a la tienda bajo la que estaba preparado para él un almuerzo militar. Bajó de la silla con dificultad, ayudado por los cortesanos.

—Me gusta este ejército, me gusta mucho –dijo a Sobieski, mientras el hetmán lo acompañaba a la tienda–. Hacía mucho tiempo que Polonia no tenía un ejército que se presentase tan bien. Y tampoco ha hecho falta mucho para organizarlo. Es mérito suyo, hetmán. Quiero darle mi más caluroso agradecimiento por el esfuerzo que ha hecho...

Las palabras tenían un tono amable, pero estaban pronunciadas casi como si el rey no pensara en aquello que decía. Sus pensamientos vagaban lejos. Sobieski se inclinó, pero pensó para sí, «¿qué sabe él del ejército? Se ha hecho todo sin que él se enterase de nada. Parece increíble que este sea el hijo de uno de los mejores jefes militares de Polonia, cuyo mayor logro fue la victoria de Beresteczko».

Wisniowiecki se mezcló entre los oficiales y generales distribuyendo sonrisas e inclinaciones de cabeza. Pero aquellos también eran gestos exteriores. Bajo todo aquello había cierta torpeza, o quizá algún grave pensamiento que lo absorbía por completo. Apenas se sentó en el puesto de honor, hizo la señal de dar inicio al banquete. Se excusó diciendo que no iba a comer porque no se encontraba bien.

—Discúlpenme, señores –empezó a decir–. Les ruego que me disculpen. Me gustaría muchísimo probar los platos de su cocina, pero los médicos me han dicho que debo abstenerme absolutamente de comer. Discúlpenme y explíquenselo también a sus camaradas...

Debía estar realmente enfermo, porque su cara, semiescondida entre los rizos de la enorme peluca, estaba extraordinariamente pálida y llena de surcos. En los ojos apagados y en la boca, casi como una mueca, se dibujaba una expresión de dolor. Sobieski, que lo observaba de cerca, se dio cuenta de que, en los últimos tiempos, Wisniowiecki había adelgazado mucho. Tenía los labios hundidos y una extraña lentitud de movimientos.

Tampoco quería beber; solo hizo el brindis con un cáliz de vino tinto. El comportamiento del rey influyó en el humor de los presentes. Todos comían en silencio, bebiendo moderadamente, esperando a que Wisniowiecki se fuera. Sobieski, que estaba sentado al lado del rey, intentaba de vez en cuando iniciar la conversación, pero se interrumpía, porque Wisniowiecki respondía solo a medias y daba la impresión de que no tuviera mucha idea sobre aquello que se le contaba. Tenía los ojos semicerrados y, aunque había adelgazado, los dedos los tenía gordos, como hinchados. Los anillos se veían como cordelillos que ataran un paquete blando.

En un momento dado, el rey se inclinó sobre Sobieski y, sin tener nada que ver con lo que el hetmán le acababa de comentar, dijo:

—He alabado, noble hetmán, todo cuanto ha hecho por el ejército, y he dicho la pura verdad. Usted, evidentemente, piensa que yo no entiendo de cuestiones militares, y tiene razón. Mi padre estaría muy triste... He aprendido otra ciencia y ahora es demasiado tarde para aprender nada en este campo. Pero, a pesar de mi ignorancia en cuestiones de carácter militar, decidí partir a la cabeza del ejército. Sé muy bien que esta campaña es decisiva para la suerte de Polonia,





y también para mi suerte... Yo no quiero ser un vasallo del sultán.

Las últimas palabras fueron dichas con una inesperada violencia.

Calló por un momento. Luego, como si hubiese recuperado la fuerza necesaria, empezó de nuevo:

—Mi salud ha empeorado tanto que no podré partir. El Maestro Laciosi me ruega que vuelva a Leópolis y que me someta a los cuidados necesarios. Debo aceptar su proposición como un decreto de la Providencia. Dios manda el castigo, pero también en este es misericordioso...

—Es un buen médico –Sobieski comprendió que el rey estaba preocupado por su salud e intentó consolarlo–. En sus manos se repondrá completamente, Majestad, y podrá alcanzar luego al ejército.

Wisniowiecki movió la cabeza.

—No –dijo–, me quedaré en Leópolis. Por eso he decidido, noble hetmán, poner en sus manos no solo el ejército, cosa que ya tiene por el hecho de ser hetmán, sino también el derecho de decidir sobre cuanto concierne a la defensa del Estado. Cada decisión suya tendrá el apoyo de mi voluntad.

—No sé cómo agradecer a Vuestra Majestad la excepcional prueba de confianza...

—Ya había conquistado mi confianza antes, cuando había apoyado sus planes y, con pesar para muchos, le había dejado al mando del ejército. No me ha defraudado y, además, estoy seguro de que no me defraudará. Vaya, lleve al ejército a luchar. Usted deberá decidir dónde va a ser el combate. El destino del país está en sus manos. Mis más cálidos augurios le acompañarán. Esperaré pacientemente sus noticias. Dios quiera que vuelva vencedor.

—Agradezco profundamente de corazón a Vuestra Majestad esos augurios.

—No me lo agradezca. He puesto en sus manos un gran honor y un gran peso. A veces, a los hombres nos parece que

los honores no tengan peso alguno... Quizá algún día se convenza de que no es así.

Entrecerró de nuevo los ojos, parecía como si de nuevo se hubiese rendido ante el peso de un pensamiento que le agobiaba. Su gruesos dedos hacían girar sin sentido algunas migajas halladas en la mesa.

—Pero permítame, Majestad, que le haga un ruego...

No sin esfuerzo consiguió decir aquellas palabras. Gran parte del antiguo rencor hacia Wisniowiecki se había apagado cuando había sido firmado el acuerdo, pero, a pesar de eso, todo se rebelaba en él cada vez que tenía que pedir algo a aquel rey tan menospreciado.

Wisniowiecki levantó los párpados como si estuviese haciendo un doloroso esfuerzo.

—Hable, hetmán...

—Dentro de dos o tres días alcanzaremos al ejército lituano. Vuestra Majestad sabe bien cuánto odio me tiene desde siempre el hetmán Pac. Me gustaría muchísimo poder prescindir del ejército lituano. Pero los lituanos son necesarios. Si Vuestra Majestad se pudiese quedar con nosotros esos pocos días que quedan hasta encontrarnos con el ejército lituano... El hetmán Pac le es sumiso. Así podremos preparar el plan de acción en su presencia...

El rey permaneció silencioso. Apoyó la frente en una mano y empezó a juguetear de nuevo con las migajas de pan.

—Entiendo su preocupación –dijo por fin–. Pac pertenece al bando que me apoya, eso es cierto. Pero es un hombre difícil, a pesar de ser un hombre reconocido por su religiosidad... Me ha dado su palabra de honor de que iba a traer al ejército lituano a la guerra y ha respetado la promesa. He pedido a su Excelencia el obispo vicecanciller que preparara una carta para él en la que le prevenía de que iba a poner el mando de toda esta campaña en sus manos, hetmán Sobieski. Más no puedo hacer. Usted sabe muy bien cómo funcionan las cosas en nuestra Polonia... El rey solo puede pedir...

—Pero si Vuestra Majestad...





—Quisiera ayudarle, pero no puedo. Créame, tengo que volver a Leópolis. Me espera la reina, y necesito verla...

Pensativo, movió el grueso índice arriba y abajo por el mantel.

—Ella me espera... –dijo a media voz, hablando más para sí mismo que para Sobieski–. Es una mujer excepcional. Mientras que yo... Tengo que hablar con ella... Tengo que disculparme... Si no la veo no podría...

Inclinó la cabeza. Pareció como si volviese a caer en aquel estado de apatía, como si se fuera a quedar sentado, sin hablar, como al principio del banquete. Pero se recuperó enseguida.

—¿Sabe –dijo de pronto– que ha sido la reina la que me ha convencido de que confiara en usted? Es a ella a quien tiene que estar usted agradecido. Ahora ha invitado a toda la ciudad de Leópolis a rezar por el éxito de su expedición... –apoyó las manos encima de la mesa–. Tengo que ir junto a ella. Salve, noble hetmán.

Se levantó y los demás hicieron lo mismo.

—Discúlpenme, señores –dijo–. Tengo que dejarles. Mi salud no solo no me permite comer hoy con ustedes, sino que además me impide poder participar en su empresa. Estoy francamente desolado. Dejo, pues, el mando de la expedición al hetmán Sobieski, como he confirmado en una carta. Sus decisiones son desde este momento mis decisiones. Estoy seguro de que, bajo su guía, regresarán vencedores. Les saludo. No se levanten de la mesa, por favor, el hetmán me acompañará.

Pasó entre los invitados y salió de la tienda. Sobieski lo acompañó a la carroza.

—Me desagrada despedir a Vuestra Majestad –dijo–. Espero, sin embargo, oh rey, que podemos volver a verle de regreso y con buena salud.

Wisnowiecki le miró pensativo.

—Adiós –dijo. Alargó la mano y estrechó fuertemente la

de Sobieski–. Ahora no es el rey quien le saluda, sino el hombre que tantas veces le ha envidiado...

—Majestad...

—¿Pensaba que solo usted era el que envidiaba? ¡Salve! Tengo que ir junto a la reina... tengo que llegar a tiempo...

Subió a la carroza. El vehículo partió levantando tras de sí una gran nube de polvo. Sobieski volvió a la tienda con una sensación de liberación, tirándose nerviosamente de los bigotes.



# 18

Aquella noche no durmió más de tres horas. Por la mañana, el correo enviado en avanzadilla informó de que los dos hetmanes de Lituania estaban llegando. Esperó su llegada excitado y tan inquieto que el fiel Matczynski tuvo que intentar calmarlo.

Por fin, frente a la villa en la que estaba acuartelado, llegaron las carrozas de los hetmanes. Sobieski salió a saludar a los recién llegados.

Michal Pac era un hombre delgado, alto, algo encorvado. Tenía una cara alargada, que parecía aún más larga por la incipiente calvicie. Los bigotes largos y grises le caían hacia abajo. Tenía siempre los ojos bajos, semiescondidos por unas pobladas cejas. Cuando por un momento los levantaba hacia la persona con la que estaba hablando, se veía que eran grises, que tenían una mirada dura, inflexible. El pelo canoso lo llevaba corto y desordenado. Tenía, complaciente, los largos dedos metidos por el cinturón, sobre el vientre.

Sobieski saludó a Pac con gentileza, y luego estrechó la mano del cuñado. Michal Radziwill era corpulento y obeso. Su mentón, caído y lleno de surcos, se apoyaba en una gola sueca sin almidonar.

—Les ruego a los señores que entren, adelante, por favor –se esforzó al máximo por ser amable–. Un invitado en casa es como Dios en casa. Les haré traer enseguida vino para que

puedan refrescarse la garganta. Los caminos están totalmente secos y llenos de polvo. En cuanto hayan descansado, hablaremos de todo. ¿O prefieren almorzar antes? Haremos como ustedes prefieran.

—Entonces será mejor fortalecer el cuerpo –dijo Pac–. Yo, al menos, pienso así.

—Se hará como gusten –dijo Sobieski, y llamó enseguida a los servidores para dar las órdenes necesarias. Pero no estaba satisfecho con la intención de Pac.

«Ahora», pensó, «se pondrán a beber y a comer, y después, cuando estén bebidos y hayan comido hasta saciarse, tendrán necesidad de reposar, y el consejo de guerra tendremos que dejarlo para mañana.» Y el caso es que no solo cada día, sino cada hora que pasaba se había hecho decisiva. Calló e intentó disimular su desacuerdo, convencido de que, si Pac se daba cuenta, por maldad, alargaría aún más la situación.

—¿Su Majestad el rey ha partido ya hacia Leópolis? –preguntó Radziwill cuando ya estaban sentados a la mesa.

—Sí, se ha ido. Ha dicho que se sentía muy mal y que los médicos le han prohibido participar en la campaña. Efectivamente, tenía un aspecto pésimo, y no ha comido nada...

—¿Así que, entonces, ha dejado todo el mando a Vuestra Excelencia? –preguntó Pac. Se inclinó sobre el plato y se puso a sorber ruidosamente la sopa, metiendo los bigotes dentro. Comía abundantemente y con avidez, tanto que era difícil entender por qué era entonces tan delgado. Hizo aquella pregunta en un tono casi banal, sin mirar a Sobieski, pero el hetmán estaba seguro de que aquella era una cuestión que interesaba particularmente a Pac.

—Su Majestad ha expresado el deseo de que yo lo sustituya durante la expedición –dijo–. Me ha hecho entender que habría escrito a Vuestra Excelencia en mérito.

Pac tosió en signo afirmativo, sin levantarse de encima de la comida. Hubo un silencio en el que solo se oía el ruido que el hetmán hacía al sorber la sopa.

—Entonces, habrá dispuesto ya los planes de guerra, ¿no,





noble hetmán? –bufó de nuevo, como si hubiese tenido que escupir un hueso–. A nosotros no nos ha dejado nada, ¿eh?

—Los planes los tengo, pero no quiero decidir nada sin aconsejarme de ustedes dos. Por eso les había rogado que vinieran lo antes posible.

—¿Y qué propone entonces, Excelencia? –preguntó Pac sin dejar de comer.

—¡Quizá será mejor que nos ocupemos de esto después de comer!

—Bien dicho –corroboró Radziwill–, bien dicho. Durante la comida no se deben discutir asuntos importantes, porque, si no, se digiere mal.

Se pusieron a comer y a beber. Los servidores traían la comida. Sobieski empezó a llenar los vasos, pero la conversación no acababa de entablarse. Inútilmente buscaba los argumentos más variados; solo Radziwill le respondía. Pac comía y bebía en silencio.

Pero, a pesar del temor de que los dos hetmanes quisieran dormir después de la comida, Pac se limpió la boca y dijo:

—Bien. Y ahora, en nombre de Dios, veamos qué planes son esos.

Sobieski llamó a los servidores para que quitaran la mesa y trajeran los mapas que estaban en su habitación. Apenas estuvieron los mapas estirados sobre la mesa, empezó a decir:

—Siempre he creído que, cuando se tienen problemas con los turcos y con los tártaros, no se debe nunca esperar a que lleguen ellos, sino movernos a su encuentro y sorprenderlos con la rapidez de acción. Según las informaciones que me han llegado, el ejército turco se encuentra en las cercanías de Chocim y se prepara ya para alcanzar los cuarteles invernales. Están guiados por el pachá Husein. En el castillo han recogido gran cantidad de víveres y de forraje, porque el ejército es numeroso. Según lo que nos cuentan los mercaderes armenios, hay también un segundo ejército turco, guiado por el pachá Kaplan, que estaría dispuesto a pasar el invierno en los alrededores de Cecora. Los dos ejércitos están lejos el

uno del otro, para poder sobrevivir fácilmente durante el invierno. Ahora mi plan es el de moverse a marchas forzadas hacia el sur, pasar el Dniester en las cercanías de Sniatyn y desembocar, a través de los bosques, al sur de Chocim, cortar cualquier contacto entre Chocim y Cecora y, sin tiempo de por medio, atacar inmediatamente a Husein.

—¿Atacar un campamento fortificado? –Pac levantó las cejas hirsutas.

—Sí. Lo repito, los turcos son débiles cuando se les pilla por sorpresa. Los Tártaros no están con ellos allí, porque este año ni siquiera se han movido de Crimea. El ejército turco está perezoso, porque no ha combatido desde hace mucho. Numéricamente somos superiores y, además, tenemos una fantástica artillería...

Hubo un intervalo de silencio. El primero en interrumpirlo fue Radziwill:

—En fin, yo pienso que el plan es temerario, pero que es bueno...

—No, no es bueno –dijo Pac moviendo la cabeza–. Yo opino de modo distinto. Reflexionen, señores: la estación está avanzada. El otoño hasta ahora ha sido árido y soleado, pero ahora llegarán las lluvias y el frío; quizá este año el frío llegue antes, porque siento dolores en los huesos... –rozó con la mano la parte izquierda de la espalda–. ¿Y con semejante tiempo de perros se supone que tenemos que ir a las tierras del sultán? ¿Debemos empezar en esta situación el asedio a un campamento fortificado? A mí me parece una locura. Si nos quedamos en Chocim algo más, entonces llegará ese Kaplan desde Cecora y nos tomará por la espalda. Y luego, aún están las fuerzas turcas de Kamieniec. No es un buen plan, mi querido hetmán.

Sobieski sintió cómo la ira le subía por la garganta, pero hizo un gran esfuerzo para no hacerlo notar.

—La estación está avanzada, eso es cierto –dijo–. Pero usted sabe bien, querido hetmán, que no ha habido medios para moverse antes. Ha sido necesario llevar a cabo el reclutamiento masivo, reunir al ejército, armarlo. Pero en esto hay también una ventaja para nosotros. A los turcos no les gusta combatir bajo la lluvia y el frío. Soportan el mal tiempo peor que nosotros. Para nosotros será duro, pero para ellos lo será mucho más.





—Eso es cierto. Pero ellos estarán en el campamento y nosotros, al aire libre.

—Pero les perseguiremos hasta dentro del campamento.

—Dice bien, hetmán, pero antes de que nosotros superemos esos bastiones, pasará el tiempo. Los nuestros, una vez, en Chocim, resistieron muchísimo tiempo. Para conquistar un campamento fortificado, como muchos estrategas sostienen, es necesario tener una superioridad numérica por lo menos del doble, del triple para los cañones. ¿Acaso la tenemos? ¿Y los refuerzos y los víveres? Usted ha dicho que los turcos habían llevado a Chocim muchas reservas. Pero ¿qué vamos a llevar nosotros saliendo de los bosques? ¿Dónde vamos a encontrar en una zona tan desierta víveres y forraje? Aparte de que tenemos que atravesar las tierras polacas, y que ya nos va a costar encontrar solo lo necesario. ¡Este es el problema!

—Sí, efectivamente, así es, Juan –dijo Radziwill–. No sé cómo harás tú, pero nuestros soldados están siempre en peleas con los campesinos. Esa gentuza ha escondido todo y no nos quieren dar víveres. A menudo nos pasa que pueblos enteros huyen y se esconden en los bosques. Había que colgar a unos cuantos para dar ejemplo...

—Admito que yo también tengo problemas con las provisiones. ¿Qué queréis que le hagamos? Nuestro país está agotado por las continuas guerras. El año pasado, los tártaros no han permitido ni siquiera recolectar a los campesinos. Y no todos tuvieron semillas para sembrar. No hay por qué sorprenderse de que esos pobres escondan cada espiga y cada cabeza de ganado. Por eso insisto en que no tenemos tiempo que perder. Hace falta moverse enseguida y caminar a marchas forzadas. Si nos damos prisa, el país sufrirá menos. Y cuando lleguemos a Chocim, tendremos que conquistar el

campamento rápidamente. Podremos así sobrevivir con las reservas almacenadas por los turcos.

Pac se estiró y se acarició con el dorso de la mano los largos bigotes, y dijo, en tono flemático, mirándose los dedos apoyados en el borde de la mesa:

—A una empresa tan arriesgada nosotros no podemos ir. El rey nos ha pedido que vengamos a defender vuestras fronteras y hemos venido. Ahora el rey no está, y usted nos quiere llevar más allá de la frontera para ir a pelear contra los Turcos...

—¿Cómo decía, hetmán, que ustedes habían venido a defender nuestras fronteras? ¿Y no son las fronteras del Estado Polaco?

—Sí, pero son tierras de la Corona.

Una vez más tuvo que hacer un esfuerzo para dominar la ira que bullía en él.

—¿Y cuál sería el plan que usted propone?

Pac levantó un momento la cabeza. Bajo las cejas hirsutas, relampaguearon dos ojos grises, fríos. Metió las manos en la cintura y dijo:

—Estamos hablando de su proyecto, hetmán, no del mío.

—Visto que el mío no le gusta, hágame ver el suyo.

—La guerra contra Turquía no es un problema que afecte a Lituania. Y si hay alguno –aquí la voz se hizo sibilante– que busque apoyo en Francia, entonces tendría que intentar influir en el rey francés, para que convenza a los Turcos de guardar a la Corona...

—¡También usted, hetmán, formó parte del bando francés!

—Sí, es cierto, no lo niego. Pero aquella alianza me ha desilusionado. Se lo dije también y sin tantos miramientos a la difunta reina, que era una alianza muy desigual, una alianza que azuzaba a los infieles contra los cristianos. Hasta se llegó a decir que, después de mis palabras, a la reina le dio un ataque de apoplejía... –aquí estalló en una seca carcajada–. Yo





no sé si eso será verdad, pero tenía que decirle algo y se lo dije. Yo soy cristiano y con los infieles no quiero estar.

Sobieski apretó los dientes, tanto que rechinaron. Recordaba bien que no eran aquellos los motivos que habían convencido a Pac, años antes, a abandonar el bando francés y a pelearse con María Luisa.

—Si no ganamos ahora a los turcos, cuando no tienen a los tártaros y a los cosacos, en primavera nos atacarán ellos. La guerra ha sido declarada y el sultán exige que cumplamos las condiciones impuestas por él en Buczacz. ¡Pero Polonia no aceptará esos pactos! ¡No pagaremos el tributo!

—Usted lo llama tributo, pero ellos querían solo un regalo...

—¿Y a eso le llama usted «regalo», hetmán? –bufó Sobieski, ya sin poder dominarse–. ¡Le voy a enseñar yo qué clase de regalo es! ¡Se lo voy a enseñar! –la ira sofocaba por completo, tanto que apenas podía encontrar las palabras. No tenía intención de hablar de aquello, el asunto le quemaba demasiado. Pero el enfrentamiento con Pac provocó que se decidiese a discutir frente a todos también aquel argumento. Se levantó de golpe y anduvo decididamente hacia un baúl recubierto de pieles que estaba en un rincón de la habitación. Levantó la tapa nerviosamente y sacó un largo vestido verde forrado de marta gibelina, con cordones de hilo dorado. Lo echó sobre la mesa, sobre los mapas estirados–. ¡Miren bien! –gritó.

Miraron desconcertados. Pac alargó la mano y tocó el borde de aquella tela carísima. Radziwill levantó los ojos hacia Sobieski.

—¿Qué significa esto? –preguntó.

—¿Que qué significa? ¡Es el *hil'at* de vasallo del sultán! ¡Vestido así, el vasallo frota la frente en el estribo del caballo del sultán! ¿Saben para quién era este vestido? ¡Para nuestro rey!

—¿Pero quién se lo ha dado? –preguntó Pac sin levantar la cabeza y sin soltar el vestido.

—Uno de los destacamentos de Sieniawski en Kamieniec ha encontrado y destruido una caravana turca. Este *hil'at* lo han encontrado en el cargamento y uno de los prisioneros ha explicado lo que significaba y para quién era. Me lo han traído hace algunos días. No se lo había enseñado a nadie y había decidido no enseñárselo jamás a nadie. ¡Ardo de vergüenza... es una ignominia! ¡Mientras nuestro Estado ha sido un verdadero estado, nadie nos ha hecho jamás un «regalo» de este tipo! ¡En nombre de Dios! Usted, hetmán, habla de un regalo. El emperador de los turcos no espera ningún regalo. La respuesta está en esta vestidura. He aquí la prueba de por qué debemos enfrentarnos a los turcos lo antes posible! ¡Tenemos que borrar esta ignominia, antes de que nadie llegue a saberlo!

Siguió un largo silencio, y en aquel silencio se podía oír la pesada respiración de Sobieski. En el rostro de Radziwill se observaba que la vista de aquel *hil'at* había producido en él cierta impresión. También él empezaba a escamarse... El rostro de Pac permanecía impasible. Seguía arrugando la seda con los dedos. De pronto, con los ojos bajos, como siempre, dijo:

—Desde aquí a Chocim, el camino es largo...

—Es largo –admitió Sobieski.

—El ejército estará muerto cuando llegue el momento de combatir...

—Ya ha pasado más veces.

Pac dejó caer por fin el tafetán.

—Podemos caer todos bajo los bastiones de Chocim...

—Mejor morir en el campo que vivir en la ignominia. ¿Acaso le gustaría, hetmán, que nuestros nietos, cuando un día lloren su libertad perdida, digan que la perdieron por nuestra culpa?

Pac no respondió. Se quedó sentado con la cabeza apoyada en el respaldo de la silla, con los ojos fijos en la tela que estaba encima de la mesa.

—No quiero discutir su plan, hetmán –dijo finalmente,





como si de su boca no hubiera salido nunca una palabra de oposición–. Usted quería que consultásemos juntos el plan, y yo le he expuesto mis objeciones. Dado que el rey le ha dado plenos poderes, decida. ¿Cuándo quiere partir?

—Lo antes posible. Mañana nos concentraremos, y pasado mañana partiremos.

—¿Debemos encontrarnos en Trembowla?

—Considerando las dificultades de aprovisionamiento, será mejor que cada ejército avance por su cuenta por el camino más corto hasta el vado del Dniester. Justo... aquí... –dijo señalando un punto sobre el mapa–. Donde está el pueblo de Luka. Podemos avanzar tranquilos. Sieniawski ha llegado con sus destacamentos hasta Bar y no ha encontrado por ningún lado grandes unidades militares. Los turcos están seguros de que nosotros no vamos a movernos por el momento. Ahí reside nuestra fuerza.

Pac miraba el mapa en silencio, acariciándose los bigotes. Luego dijo:

—Sea como usted quiera, gran hetmán.

Levantó por un momento la cabeza y Sobieski pudo ver sus ojos grises, pero sin llegar a leer nada en ellos. Estaba cansado, pero exultante.

# 19

Efectivamente, había mucho de verdad en lo que habían dicho los dos hetmanes a propósito de las dificultades de aprovisionamiento en el Sur. Las dificultades empezaron desde el primer día, apenas habían empezado a moverse hacia Najarów, y se hicieron cada vez mayores. Estaban atravesando un país destruido y despoblado; encontraban los pueblos vacíos, y sus habitantes huidos, si no presos. Los campos estaban cultivados solo a trozos, y no se veían huellas de ganado en el campo.

El disciplinado ejército turco no mataba a la gente y no destruía los cultivos, como, por lo general, tampoco destruía las iglesias. Pero los turcos iban precedidos de las correrías de los Tártaros que dejaban tras de sí ruinas, cenizas humeantes y terrenos devastados. Algunas decenas de miles de personas que Sobieski había conseguido arrebatar el año anterior de manos de los tártaros, constituían solo una aparte de los prisioneros caídos en la esclavitud.

Ordenó que se trajeran reservas de víveres de sus tierras, y de dejarlas en varios puntos del camino que estaban recorriendo. Pero eso no llegaba ni mucho menos para todo el ejército. Los pelotones y los regimientos enviaban destacamentos en avanzadilla, a la búsqueda de alimentos, y ellos arrebataban brutalmente a los campesinos todo aquello que encontraban. Si estos últimos se resistían, incendiaban los

pueblos, mientras la población huía hacia los bosques como si fueran los tártaros los que les perseguían. No se respetaron ni las villas de los nobles: se levantaron numerosas protestas por parte de un gran número de personas que habían sufrido torturas, y se presentaron ante Sobieski, cada cual con su queja. En vano mandaba el hetmán a los oficiales de los *dragones* para que buscasen y apresasen en el acto a aquellos que estaban saqueando. A menudo se llegaba a verdaderos enfrentamientos armados, con heridos y hasta con muertos. Los robos no cesaban, y las quejas aumentaban.

Las previsiones de Pac se evidenciaron, el tiempo empeoró. Después de las semanas de calor y de sequedad, empezaron las lluvias, el mal tiempo y el frío. Las lluvias continuas transformaron los caminos en un lodazal en el que se hundía la infantería, mientras los cañones se atascaban. La enorme masa de carruajes que seguía al ejército se arrastraba con lentitud. Los robustos caballos de arrastre, continuamente mojados, perdían toda su fuerza y procedían miserablemente, con las cabezas gachas.

Pasó lo peor que podía pasar: empezaron a desaparecer los hombres. Un soldado tras otro, cansados por el esfuerzo, abandonaban las filas y tomaban el camino en dirección a su casa. Primero lo hacían furtivamente, después, cada vez de manera más abierta. En las filas de la caballería empezaron a abrirse huecos. Los repartos extranjeros aguantaban más, pero también en sus filas empezaron a aparecer huecos.

Sobieski animaba a darse prisa, dándose cuenta de que solo la rapidez podía salvar la integridad de su ejército. Pero marchar más rápidamente era muy difícil, dado que la lluvia seguía cayendo y la situación con los víveres era cada vez peor. Se avanzaba lentamente. El entusiasmo había disminuido, y también la voluntad de combatir, mientras aumentaba la atracción por el hogar doméstico. El ejército estaba seguido continuamente por los correos que traían las cartas; aquellas cartas despertaban la nostalgia de la casa, de las comodidades, de los hijos. ¡Llevaban ya dos semanas de marcha y aún no habían tocado el Dniester!





Por fin, el decimoquinto día, después de abandonar Gliniany, se encontraron en las orillas del río. En el pueblo de Luka, que debería ser el punto de encuentro con el ejército guiado por Pac, no encontraron a los lituanos. Si no hubiera sido por las noticias enviadas cada dos o tres días, de las que se deducía que el ejército lituano seguía avanzando, Sobieski se habría inclinado a pensar que el gran hetmán de Lituania había hecho volver a sus hombres.

Llegó a Luka mortalmente cansado. Durante la marcha había tenido que estar, como un perro pastor, siempre atento a la grey que guiaba. A veces tenía que gritar a la cabecera de la columna que se apresurasen a secar los caminos mojados cubriéndolos de ramajes, o tenía que quedarse atrás para despabilar a los rezagados y parar a aquellos que se preparaban para volver a casa. Otras veces tenía que vigilar los flancos para controlar que no hubiera soldados intentando robar... Los caballos estaban cansados de aquel continuo galopar, y a menudo tenía que cambiar de caballo. Los caballos sobre los que Sobieski había viajado estaban todos llenos de barro, y él mismo estaba calado hasta los huesos. Por la tarde, en el campamento, le esperaba siempre el mismo montón de gente con sus quejas, los jefes de las divisiones con diversas pretensiones, los informes sobre las defunciones y los de las patrullas de vanguardia; luego, estaban las cartas a las que a veces era necesario responder inmediatamente.

De Marysienka le había llegado solo un carta. Se lamentaba de muchas cosas que, desde el punto de vista de las dificultades por las que él estaba pasando en ese momento, parecían estúpidas e insignificantes. Pero la amaba demasiado para no preocuparse de sus angustias. A su modo le reprochaba que se estuviera divirtiendo en el ambiente militar, y quizá aprovechándose de la dispensa que ella le había dado. Se lo echaba en cara, y repetía que ella no retiraba la dispensa de fidelidad, visto que él así lo deseaba. De modo meta-

fórico o cifrado, le comunicaba que el Palacio Encantado estaba indignado con Sobieski porque, conduciendo la expedición contra los turcos, reforzaba la posición de Wisniowecki. Según París, lo que tendría que haber hecho el rey era pactar con el sultán y pensar en una alianza con los turcos...

Leyendo aquella carta, suspiró pesadamente. No se sentía con fuerzas como para mantener una polémica sobre aquel argumento. Cada día, por lo general a altas horas de la noche, escribía a su mujer asegurándole su amor, luego le enviaba cálidos abrazos y luego se echaba en la cama para dormir un breve sueño de alguna hora.

Como siempre le pasaba cuando estaba muy cansado, su salud era buena. Tenía nostalgia de su mujer, y necesitaba de alguna palabra de amor por su parte, pero el cansancio absorbía la nostalgia.

El Dniester estaba crecido. El río, oscuro y lodoso, corría rápido entre las altas orillas. Cerca del pueblo, las orillas eran más bajas. Normalmente, allí estaba el vado. Pero ahora, el agua había crecido, y no se podía pensar en atravesar el río. La caballería tendría que pasar a nado; para la artillería, la infantería y los carruajes, habría que construir un puente, o bien transportarlos en barcas y balsas.

Apenas acababan de llegar, cuando dio la orden de prepararse para atravesar el río. Los pelotones de armadura ligera pasaron a nado, lo que costó la muerte por ahogamiento de algunos caballos y de un hombre. Sobieski ordenó acampar en la otra orilla y organizar un servicio de informaciones. Mientras se construían las balsas, se realizaba el paso de las otras divisiones.

Luka era un pueblo pequeño, y por tanto fue necesario, mientras duraban los preparativos para atravesar el río, acomodar a los regimientos en los pueblos y aldeas de los alrededores. Empezaron de nuevo a llegar noticias alarmantes de robos y violencia. Empezaron a repetirse las quejas. La lluvia ya no caía continuamente, pero una violenta borrasca produjo precipitaciones pasajeras más de una vez durante el día.





Empezó a hacer mucho frío. Las reservas de víveres almacenadas antes en Luka, desaparecieron en un dos por tres. Los destacamentos se vieron obligados de nuevo a ocuparse ellos solos del abastecimiento. Aumentaron las deserciones.

Hacía tres días que estaban ya en Luka. Sobieski, de pie en la orilla, observaba cómo las barcazas llevaban a la otra orilla a la infantería y los cañones, cuando llegó un correo para decirle que habían llegado dos mujeres que pedían ser recibidas por el hetmán inmediatamente. Al momento dio orden de que se las alojara; él iría enseguida. Se había instalado muy modestamente en una cabaña de la aldea. Había sido invitado a alojarse en una villa de los alrededores, pero lo había rechazado diciendo que deseaba estar cerca de los soldados y controlar la travesía del río.

Observó una vez más el traslado a la otra orilla de dos pequeños cañones. Montó a caballo y se dirigió hacia su alojamiento.

La sala que le servía de oficina y de comedor había sido toda ella cubierta de alfombras por sus criados. Allí le esperaban las dos mujeres. Antes de entrar, miró con curiosidad el coche parado frente a la casa en el que habían llegado las damas. Era modesto, sin escudos, pero sólido, con los asientos forrados de piel de lobo. Los caballos tenían un óptimo aspecto. En el pescante se sentaban dos jóvenes cosacos. Entró en las sala y saludó a las dos señoras. Una era joven, tenía una cara redonda, con los cabellos de un rubio oscuro, peinados en trenzas en torno a la cabeza. Sus ojos grises tenían una mirada decidida, y el rostro era moreno. No era una dama de la corte, pintada con colorete y con polvos en las mejillas, con el lunar que subrayase su belleza, junto a la boca. Vestía de manera modesta, con una capa de piel apretada en la cintura por un cinturón ancho. Llevaba botas altas. Delgada y ágil como era, vestida así parecía un muchacho. Estaba acompañada por una mujer más anciana, a la que se dirigía con gentileza llamándola «tía».

Fue la más joven quien explicó inmediatamente el motivo por el que habían venido:

—Me llamo Gabriela Cieplinska -dijo de manera decidida y sencilla-. Soy la propietaria de Ponikwa, y de Woloski Bok, a unas millas de aquí. Es una pequeña propiedad que heredé de mi marido...

—¿Su señoría está ya casada? -preguntó maravillado-. Tiene un aspecto tan joven...

—Estoy casada y viuda, poderoso hetmán. Mi marido sirvió a sus órdenes y murió en Kalnik...

—¡En nombre de Dios!, entonces, ¿la señora es la esposa de Marcyn Cieplinski!?

—Exactamente.

—Estoy verdaderamente abrumado... Su marido, señora, murió salvándome la vida. Habíamos saltado al ataque de los bastiones, y cuando dispararon, él me cubrió con su cuerpo. Más de una vez he pensado que debería pagar tal deuda con su familia...

—Y lo ha hecho, poderoso hetmán. Personas enviadas por usted vinieron hasta mí y me preguntaron qué necesitaba, pero yo no necesitaba nada. Todavía soy joven y fuerte, y puedo administrar perfectamente mis propiedades y educar a los niños...

—¿Tiene muchos niños?

—Dos, todavía pequeños. Mi hija nació después de la muerte de su padre...

—Ahora me acuerdo de cuando su marido me habló, antes de morir, de un bebé que todavía tenía que venir al mundo. También me habló de usted, señora...

Se interrumpió. Los recuerdos volvían. Eran muchos, y unos oscurecían los otros. Tantos soldados valientes habían muerto a su lado... Cieplinski, aquella vez, había murmurado algo mientras estaba tendido, destrozado por una bala de cañón. Hablaba de su niño y de su mujer... No recordaba lo que había dicho. Después, otros habían referido que el joven soldado amaba extraordinariamente a su mujer y que esta le correspondía con otro tanto. Había sido un gran amor, de esos que suceden pocas veces.





—¿Habló de mí? -preguntó, levantando hacia él sus ojos grises.

—Sí. Habló de usted. Y dijo que la amaba mucho, gentil señora...

—Nos hemos querido -dijo con calma-. Nos hemos querido mucho. Sé que entre los vecinos se decía -sonrió- que en Polonia solo hay dos parejas de esposos que se aman así: usted con su esposa, hetmán, y nosotros... Quizá por eso mi marido no quería que usted muriese... Dios lo ha querido así, que se haga su voluntad...

Hubo un instante de silencio. Tomó la palabra la mujer más anciana:

—Sí, esta pobrecilla se ha quedado sola y no quiere ni oír hablar de consuelo. ¡Es un ama de casa ejemplar! Han venido tantos a pedir su mano...

—Pero, tía, no digas tonterías, por favor. Solo estamos haciéndole perder tiempo al señor hetmán. Vamos a decirle cuál es nuestro problema y nos marchamos enseguida.

—¿En qué puedo servirlas, señoras? -preguntó. Estaba contento de que cambiase el tema de conversación.

—Se trata de algo muy desagradable. Anteayer, nuestra casa fue literalmente asaltada por los soldados. Me pidieron alimentos y forraje, pero no se contentaron con lo que yo estaba dispuesta a darles. Se llevaron lo que les dio la gana, destruyeron el granero y se llevaron las vacas y los caballos. El comandante del pelotón llegó hasta el punto de intentar atentar contra mi honor...

—¡En nombre de Dios! -exclamó interrumpiéndola-. ¿Quién era? ¿Qué pelotón era?

—Era un pelotón de húsares. El pelotón del voivoda ruso...

—Pero ¿quién era el que tuvo esa osadía? ¿Quién fue ese desgraciado?

La mujer dudó.

—No tengo miedo, me defendí...

—Quiero saber quién fue.

—El ayudante de campo Pavel Klonski...

—¡Antes o después lo tendré en mis manos! –replicó Sobieski apretando los dientes.

—Y hará muy bien –dijo la mujer más anciana– porque para tal comportamiento hace falta una pena muy severa... ¿Cómo puede comportarse así un oficial de húsares? Gabriela lo puso inmediatamente en su sitio, y tuvo que irse con la cabeza baja, pero si no lo hubiese hecho ella, yo misma me habría atrevido en dispararle un tiro en la cabeza. Tengo mis años, pero cuando hace falta soy capaz también yo de usar las armas, igual que cuando era joven.

—Olvídalo, tía –le interrumpió la Cieplinska–. Con aquel señor me las supe arreglar muy bien. Y no hemos venido aquí para presentar una querella al señor hetmán, solo deseamos justicia. Nuestra residencia ha sido saqueada y hemos tenido que refugiarnos en el bosque para no afrontar nuevas agresiones. No ha pasado mucho tiempo desde que teníamos que defendernos de los turcos, y ahora tenemos que defendernos de los nuestros!

—Haré que se controle la situación inmediatamente –se apresuró a asegurar–. ¡No perdono a los culpables! ¡Una violencia semejante en la casa de un viejo compañero de armas...! Para mí ha sido un sufrimiento hasta el oírlo contar.

—Para mí ha sido un sufrimiento tener que contarlo. Dudaba si venir o no aquí. Usted, hetmán, está ocupado con problemas mucho más graves...

—Estoy cargado de problemas, porque estamos en guerra. Pero es inadmisible que semejante injusticia quede impune. Antes de que yo dé las órdenes correspondientes, mis queridas señoras, tengan la bondad de sentarse conmigo a mi modesta mesa de soldado.

Dio palmas y ordenó que sirvieran la mesa. Apareció Matczynski. Durante la comida, Sobieski le contó todo cuanto había sucedido.





—Te ruego que vayas con estas señoras y las acompañes de vuelta a su casa. Llévate un pelotón de *dragones*, diles que se queden en la villa y que vigilen la seguridad de las mujeres. Hay que encontrar a los sinvergüenzas que han saqueado la casa. En cuanto al tal Klonski, tráemelo. Apunta los daños, y lo que no se pueda recuperar, devuélveselo en dinero...

—Gran hetmán, eso es demasiado... –dijo la Cieplinska.

—Le ruego, señora, que no proteste, así debe ser. Y además, su difunto esposo me salvó la vida. Todo deberá ser recompensado. No permitiré que la viuda de un compañero de armas tan valiente deba sufrir pérdida alguna, ni que sus hijos carezcan de alimentos, Vuelvan tranquilas a su casa, mis queridas señoras. El *starósta* Matczynski, mi viejo mío, hará lo que sea necesario para que venza la justicia. Perdónenme que no vaya con ustedes, pero no puedo alejarme del ejército. Si Dios nos concede la victoria sobre los turcos, iré a verlas.

Cuando, al despedirse, se inclinó para besar la mano de la Cieplinska, sintió como una extraña punzada en el corazón. Hacía mucho tiempo que una mujer no le impresionaba tanto desde el primer momento. Su mano era áspera, la mano de un ama de casa. La Cieplinska, ciertamente, no hablaba francés, ni leía novelas francesas, ni las comedias de Monsieur Moliére, pero tenía que ser una compañera incomparable. Lo había deducido de algunas de sus palabras, cuando había recordado las batidas de caza junto con su marido, de cómo entre los dos habían rechazado un asalto de los tártaros... Le parecía haber leído mucho en su rostro moreno. Y más que nada, le habían conmovido las palabras de la mujer, cuando había dicho que dudaba si venir o no hasta él, para no hacerle perder tiempo con sus problemas, cuando sabía que todas sus preocupaciones estaban en su ejército... Marysienka jamás se había preocupado de que sus quejas o peticiones fuesen o no oportunas...

Me encargo yo del tal Klonski –reflexionó con rabia. Le había hecho sentirse todavía más violento contra el coman-

dante de los húsares el haber escuchado la defensa que de él había tratado de hacer la Cieplinska.

Intentó, casi a la fuerza, alejar de sí la imagen de aquella joven mujer. Cuando la Cieplinska y su tía se hubieron marchado, volvió a la orilla del río. Lentamente continuaba el paso de las tropas. Los lituanos todavía no estaban a la vista.



# 20

El ejército lituano llegó al Dniester solo cinco días después del polaco. Todavía era más extravagante que el ejército de Sobieski. Su llegada había estado precedida por noticias de violencias y latrocinios cometidos durante todo el trayecto.

Pac y Radziwill se presentaron rápidamente ante Sobieski. El rostro del viejo adversario tenía una expresión dura. Los labios estaban apretados, los ojos, como siempre, bajos y ocultos bajo las cejas hirsutas. La barba apuntaba bajo los bigotes.

—¡He venido para decir a vuestra Excelencia que nosotros no seguimos! –declaró brevemente. Se acomodó en la silla y estiró las piernas. Sus botas de cuero tenían las puntas gastadas. Cruzó sus manos sobre el vientre–. He dicho que no vamos a seguir.

—¡Pero usted, gran hetmán, había aceptado mi plan!

—Usted nos persuadió y nosotros aceptamos, pero yo ya le había puesto en guardia de que no se puede hacer frente a semejante viaje sin alimento y sin forraje. Se lo he dicho y se lo he explicado, pero usted se ha obstinado y ha utilizado al rey como defensa. ¿Y ahora qué? Los hombres están acabados, y los caballos no pueden más. Mientras tanto, los turcos nos esperan bien descansados y a panza llena. Cada vez hace más frío. ¡No, no, no seguiremos!

Un silencio sordo siguió a las últimas palabras de Pac.

Llegaban desde el río gritos humanos y el relincho de los caballos obligados a entrar a la fuerza en el agua. Los últimos pelotones del ejército polaco estaban pasando a la otra orilla.

—¿Qué me dices de eso tú, Michal? –dijo Sobieski dirigiéndose al cuñado.

Radziwill abrió los brazos con aire de impotencia.

—Las cosas se ponen feas, querido amigo. El ejército se rebela y no quiere seguir adelante. Los hombres están cansados y desencantados. Los nobles huyen a sus casas. Dicen que les llevamos a la perdición. He oído decir que también tú has perdido muchos soldados.

—Es verdad. Pero esto no me detiene. El ejército ya ha atravesado el río, y de allí ya no huirán más. Debemos continuar.

—¿Así que queréis ir solos? –preguntó Pac. Permanecía sentado con las piernas estiradas y con las manos metidas en la cintura. Echó una mirada fugitiva a Sobieski y se puso de nuevo a mirar fijamente las puntas de sus botas.

—Si vosotros no me seguís, está claro que iré yo solo –dijo Sobieski sopesando lentamente las palabras–. La situación no ha cambiado tras nuestro último coloquio, gram hetmán. Tenemos que emprender la lucha ahora y tenemos que vencer...

—¿Y si no vencéis?

Pac no dejaba de mirarse las puntas de las botas.

—¡Mejor morir que sufrir la ignominia que se abatirá sobre Polonia! –gritó.

Hubo un momento de silencio, y luego se oyó la voz de Radziwill.

—No te abandonaré, cuñado. Nosotros somos pocos, pero mis hombres te seguirán.

—Te doy las gracias...

Cayó de nuevo el silencio. Un silencio pesado. Habían vaciado el saco, y todos los temas habían sido tratados a fondo.

El día anterior, había llegado al campamento de Luka el padre Estanislao con una carta del vicecanciller. Olszowski





escribía: «El momento es difícil, y es necesario que usted los sepa. Mientras para usted se acerca cada día más el enfrentamiento con el enemigo, Su Majestad el rey está consumido por una extraña enfermedad que contrajo cuando fue con su ejército a Gliniany. Ha resultado más grave de lo que inicialmente se creía, y los médicos se rompen la cabeza para descubrir la causa. Se ha empezado a oír incluso que el rey ha sido envenenado. La reina asiste a su consorte con gran espíritu de sacrificio, y todos admiran su abnegación. El rey rebosa gratitud y gentileza. Aunque ente ellos habían existido ciertos roces, ahora, sin duda han desaparecido. ¡Ojalá que no sea demasiado tarde! Frente a las dificultades en que se encuentra Polonia, muchos dudan que sea posible salvarla. Estamos completamente solos y no podemos esperar ayuda alguna de nadie. El emperador está convencido de que los turcos han concentrado todas sus fuerzas contra Polonia y cada vez multiplica más su esfuerzo militar contra Francia. No hace falta que le hable de los sentimientos del Gran Elector, creo que usted sabe de sobra que sueña con una sola cosa: aprovechar el debilitamiento de Polonia y arrancar de nuevo algo para él. Moscú no piensa ni por asomo en venir en nuestra ayuda. También el zar está contento de que la avalancha tártara esté en nuestras fronteras y le permita sofocar las revueltas que en los últimos tiempos han explotado por todas partes en su Estado. Dorosenko se considera ya señor de toda Ucrania bajo la protección del sultán. Francia, implicada en una guerra con toda Europa, nos vendería por cuatro cuartos a Suecia, con tal de obtener su apoyo militar. Estamos solos, completamente solos. Usted debe saberlo, hetmán. El destino de Polonia está en sus manos. Han llegado noticias de Roma de que el Santo Padre ha ordenado oraciones y procesiones en pro de su victoria. También nosotros rezamos en todas las iglesias de Leópolis. La reina, aunque debe ocuparse del rey, participa en las funcione religiosas, también de Czestochowa llegan noticias de que allí se reza ante el icono milagroso...».

Nada más leer la carta, Sobieski llamó al fraile, y el resto

de las horas de la noche las pasó hablando con él. El padre Stanislao no entendía de política y no hacía más que repetir «usted, gran hetmán, debe ponerse en manos del Señor... Debe confiar en Él plenamente...». Antes de separarse, Sobieski pidió al padre Stanislao que lo confesara.

Se sobrepuso a sí mismo y reanudó su razonamiento:

—Ya le había dicho más de una vez a su Excelencia que no se puede actuar de otra manera. Si nos retiramos y no iniciamos la lucha, los hombres se dispersarán y la próxima primavera no habrá ni uno en armas. Y los turcos se moverán antes. Entonces Polonia se verá atravesada por un único grito: ¡auxilio, sálvese quien pueda! Empezarán a implorar la ayuda extranjera... Y cualquier ayuda de ese tipo será nuestra ruina...

Mantuvo la respiración por un instante, como el que sumerge la cabeza en agua fría. Apretó las manos sobre los pomos que adornaban los apoyabrazos de las sillas. Tenía ahora la voz ronca y hablaba fatigosamente:

—El ejército lituano es un ejército famoso, y lo necesitamos si queremos vencer. Si ustedes se van, yo proseguiré con el ejército del rey. Pero la suerte de la lucha será muy incierta... Por eso, gran hetmán, quiero hacerle una proposición... Su Majestad el Rey me ha confiado el mando de la expedición, es decir, me ha ordenado que decida en su nombre. Si aceptáis continuar la marcha con nosotros, le dejaré el mando a usted, para que nos guíe a todos.

—¿Pero cómo? –exclamó Radziwill–. ¿Cedes el mando?

Inclinó la cabeza sin proferir palabra. No era capaz ni siquiera de pronunciar una sílaba, no estaba preparado para tal gesto. La idea de tomar esa decisión había sido para él como un rayo en cielo sereno, y él mismo estaba como aturdido. Se levantó respirando a duras penas.

Pac, según su costumbre, mantenía los ojos fijos en el suelo, y únicamente sus largos dedos apoyados sobre la mesa se movían bien en un sentido, bien en otro, como si acariciasen algo. Parecía que estaba reflexionando. Por fin dijo:





—Que Dios omnipotente y sus santos apóstoles Pedro y Pablo, a los cuales he erigido un templo en Antokol, que la Virgen de Ostra Brama, a la que yo venero, me guarden de aceptar de manos de Su Excelencia el mando que le ha sido conferido por el rey. Siga teniéndolo en sus manos, gran hetmán. Hablaré una vez más a mis hombres y les diré lo grave que es la situación y hasta qué punto la salvación de Polonia depende de esta expedición. Que se olviden de su cansancio... Voy inmediatamente a dar las órdenes para que se preparen a atravesar el río.

Sobieski estaba tan cansado que no consiguió articular palabra. Sintió la mano del cuñado que se posaba sobre su hombro.

—Vamos con vosotros –dijo Radziwill–. El gran hetmán de Lituania es un caudillo formidable, y si llama a sus soldados a combatir, ellos le seguirán.

—¿Pero qué está diciendo? –interrumpió Pac excusándose–, yo no soy más que un pecador...

—Gracias, nobles amigos –consiguió balbucear por fin Sobieski.

# 21

Ambos ejércitos se encontraron, por fin, al otro lado del río, y una vez reunidos, se movieron hacia Sniatyn. Mientras tanto, el invierno había llegado de repente. Las noches eran muy frías, las ramas de los árboles y la hierba estaban blancos de escarcha de madrugada, mientras los charcos amanecían helados. De vez en cuando, la lluvia se convertía en nieve.

Se pasó la frontera y el ejército se adentró, según los planes de Sobieski, en los bosques de Bucovina. Eran unos bosques densos y salvajes. El ejército, para cruzarlos, tuvo que tratar de mantenerse en el camino que llevaba a Iasi. La columna se alargó. El frío había hecho endurecer el barro y se podía avanzar con más rapidez. Sobieski, como de costumbre, iba recorriendo todos los batallones y los animaba a apresurar la marcha. Antes de que el ejército desapareciese en lo más profundo del bosque, había temido que espías turcos pudieran seguirlo. Ahora nadie los veía, pero la dirección de marcha traicionaba sus intenciones. Las cartas estaban jugadas, ahora había que actuar con rapidez.

Solo tenían los víveres y el forraje que se habían traído consigo. Junto a Sniatyn, había un depósito que, anteriormente, había sido preparado por los furrieles del hetmán. Todo lo que allí había fue repartido entre los soldados. Eran como el ejército de Pirro, cuyas naves habían sido destruidas por una tempestad, pero que, una vez llegado al continente,

siguió avanzando contra el ejército de Levin. Había leído tantas veces aquella descripción de Plutarco, que era un entusiasta de ella.

La caballería ligera fue enviada como vanguardia. Una vez que llegó al final del bosque, Sieniawski mandó decir que nada hacía pensar que los turcos estuviesen esperando el ataque. El ejército de Husein se había emplazado en un campamento construido por las tropas polacas medio siglo antes. Este campamento estaba en dirección Sur; su ala posterior se apoyaba en la orilla rocosa del río. Su ala derecha estaba defendida por un castillo y la izquierda, por algunos profundos terraplenes que llegaban hasta el río. Al sur, surgían bastiones de tierra reforzados con empalizadas y defendidos por fosos.

El pachá, que tenía en el campamento treinta y cinco mil hombres, podía sentirse seguro ante cualquier ataque. Y, aunque le habían llegado noticias sobre el acercamiento de tropas polacas, le había dado muy poca importancia.

Sobieski, una vez fuera de los bosques, dio orden inmediata a la caballería ligera de cortar las comunicaciones del campo por el lado Sur. Algunos hombres hechos prisioneros habían confesado que, en el campamento de Husein, solo había turcos reforzados por repartos de valacos, moldavos y bosnios. En Chocim no había ni tártaros ni cosacos.

Al encuentro se presentaron los cuatro hetmanes.

—Bien, Excelencia, nos ha guiado como quería usted -dijo Pac a Sobieski- pero las cosas han ido como decía yo. Los turcos son más fuertes que nosotros, y se mantienen tras sus trincheras al calor y con todas las comodidades, además de estar bien alimentados. En cambio, nosotros somos unos desesperados, expuestos al frío y sin comida. Dicen que para vencer a un enemigo encerrado en una fortaleza hace falta una superioridad numérica de al menos el doble.

—Yo también he oído hablar más de una vez de los cálculos matemáticos necesarios para vencer. En ellos se tiene en cuenta los cañones y el número de hombres, pero no se tienen en consideración a los soldados mismos. Están los famosos regimientos turcos, pero con ellos hay siempre una muchedumbre de la más variada ralea. Los bosnios son buenos soldados, pero los valacos son cobardes. Los soldados turcos se han acostumbrado ya al descanso y a las comodidades, mientras los nuestros están endurecidos por la marcha. Los más débiles, los más cobardes, ya se han largado. Y los que han quedado, pelearán con toda valentía, porque saben que no hay retorno que valga...





—Claro que no lo hay. Dice usted muy bien. Nosotros estamos aquí en la misma situación en la que una vez se encontró su bisabuelo en Cecora. Pero todavía estamos a tiempo de pensárnoslo dos veces, si no quiere que muramos todos.

Antes, estaba agitado por la incertidumbre, pero ahora, frente al enemigo, le dominaba una fría determinación.

—Si verdaderamente quiere eso, piénseselo, hetmán. Pero, aunque su ejército se marche, yo mañana atacaré con las tropas polacas.

—No se salvará ni uno.

—Ya lo veremos. Y usted, hetmán, si ama la vida, puede irse.

Se midieron airadamente con la mirada. Pac sibiló entre dientes:

—Los Pac no han abandonado jamás un campo de batalla. Lucharemos... Pero la responsabilidad de todo lo que puede ocurrir será solo suya, gran hetmán...

Al alba, se movió Sobieski, rodeado de sus oficiales, para recorrer las posiciones y asignar los puestos de combate. Entre el centro y las alas, los artilleros habían excavado durante la noche las trincheras, y habían emplazado sus cañones detrás de ellas.

Los turcos se agrupaban en sus bastiones. Se escuchaban sus voces y sus gritos. Se señalaban unos a otros cómo Sobieski galopaba sobre un semental gris de un regimiento a otro. Los soldados polacos que habían luchado ya con los turcos eran capaces de distinguir, por en medio de sus posiciones de defensa, las insignias de los regimientos de los *yeniçe-*

*riler* (jenízaros), de los *cebeciler* (coraceros) y de los *kapi kulular* (soldados del serrallo).

Tras haber controlado la alineación de todos los regimientos y haberles informado de que a mediodía comenzaría el ataque, Sobieski volvió a su tienda. Cuando la batalla se acercaba se sentía de repente tranquilo, e incluso de buen humor. Nada más entrar en su tienda se encontró al padre Estanislao. Sobieski se había traído consigo al fraile deseoso de enviar a través de él las primeras noticias sobre la suerte de la batalla. La presencia del padre Stanislao, entre otras cosas, influía positivamente sobre los soldados que escuchaban sus sermones y hacían cola para confesarse con él.

—¿Qué hay de nuevo, padre? –preguntó.

—He celebrado la misa y he confesado. Mañana es la fiesta de San Martín, patrono de los soldados... Lucharemos bajos su protección.

—¿Cómo encuentra la moral de los soldados?

—Creo que muy bien. Cuando estaban en marcha se lamentaban, imprecaban, volvían la mirada atrás... Ahora solo esperan la lucha y saben que tienen que ganar. Cada uno me ruega que no olvide su alma si cae en la batalla. Están hechos así: son indisciplinados, inquietos en tiempo de paz, pero renacen en el momento de la lucha... También he estado con Klonski...

Apretó los dientes, recordando airado al teniente de húsares. Matczynski había dicho que todas las quejas de la Ceplinska no solo eran verdad, sino muy atenuadas con relación a lo ocurrido, que había sido mucho pero de lo que se podía creer. En el ímpetu de la ira, había hecho llamar al teniente, le había reprochado con aspereza, lo había condenado a muerte, y lo había sometido a vigilancia. Jablonowski había tratado de defender a Klonski, explicando su culpa a causa de la naturaleza fogosa y la temprana edad del oficial, pero Sobieski no quería ceder. El recuerdo de la joven mujer que había buscado justicia en él lo hacía intransigente.





—Esta condena se hace esperar un poco –murmuró– pero después de la batalla tendrá que ser colgado.

—Pero, disculpe, hetmán, ¿no le parece más bien que habría que darle la posibilidad de borrar sus culpas en la batalla? –preguntó el fraile.

—¡La lucha en la defensa de la fe es un honor! –replicó Sobieski–. ¡Y este honor no se lo ha merecido!

—¿Y usted cree acaso que los otros se lo han merecido?

El hetmán iba a responder de manera airada, pero de repente le faltaron las palabras. Aquel hombre, algunos días antes, había lacerado su conciencia, y había sacado a la superficie aquel mal que, olvidado y minusvalorado, había quedado en ella como un fragmento de flecha en lo más profundo de una herida.

—Cuando David tomó a la mujer de Urías el hitita –dijo con calma el fraile–, ciertamente no merecía convertirse en progenitor de nuestro Salvador... y sin embargo fue así... La culpa de aquel hombre no era, pues, tan grave.

Sobieski no dijo nada. Mientras tanto, los servidores habían traído su frugal comida. Apareció Matczinsky, que siempre estaba al lado de Sobieski y compartía su mesa. Los tres se sentaron a la mesa en silencio.

—¿Qué tiempo hace fuera, Marcos? –preguntó Sobieski.

—Se ha nublado. Se ciernen negros nubarrones, se ha levantado un viento frío. Dentro de poco empezará a llover. Quizá caiga también algo de nieve.

—Bien.

—¿Cómo bien? –preguntó maravillado el fraile–. Yo pensaba que usted prefería el buen tiempo, hetmán.

—No, prefiero el mal tiempo. El peor posible. Recuerdo que mi padre me contaba cómo hace cincuenta años, cuando los nuestros fueron asediados en Chocim, consiguieron resistir y obligaron a los turcos a retirarse a causa del mal tiempo. Entonces era octubre, y ahora es noviembre. Los turcos no resisten el frío. Nuestros soldados se quejan, pero, si es necesario, resisten con un tiempo de perros.

—Usted es un experto caudillo, hetmán, y conoce bien a nuestros soldados. Con mayor razón me gustaría que se tomase con interés la cuestión de ese joven...

Sobieski bajó la cabeza y permaneció un momento en silencio. Luchaba dentro de sí, pero, por fin, se forzó.

—Escúchame, Marcos -dijo dirigiéndose al *staròsta*–, el padre Stanislao no me deja en paz con ese Klonski. Lo he condenado a la horca... No he querido escuchar las insistencias de Jablonowski... pero, ya que la condena no ha sido cumplida y estamos en vísperas de la batalla, di a los guardias que lo dejen libre, que vuelva con sus soldados... Si se comporta bien en la batalla le perdonaré...

—A la orden. Creo que haces bien. Estoy contento -dijo dirigiéndose al fraile– de que el padre Stanislao haya conseguido convencer al hetmán. Ese muchacho es culpable, pero es un buen soldado...

—No he sido yo quien ha convencido al hetmán. Yo solo se lo he pedido...

—Basta con esta historia -interrumpió Sobieski–. Hemos comido. Y ahora es el momento de volver con nuestros soldados. A decir verdad, no es que me haya dado mucha cuenta de que he comido, pero mejor es sentirse ligero antes de la batalla. He ordenado que se distribuya a los soldados el resto de lo víveres. Ya no tenemos nada. Únicamente, lo que tengan los soldados en sus zurrones. Para poder comer mañana, habrá que conseguir las reservas de los turcos...

Maczinski salió. Sobieski continuó:

—Rece por nosotros, padre.

—Rezaré. E iré enseguida con los heridos...

Sobieski calló un instante y luego dijo:

—Si yo muriese, deberá decir a mi mujer que no me guarde rencor. Ha sido todo culpa mía... Pero la he querido y la he sido fiel... A mis hijos lléveles mi bendición... y que ellos recen por mi alma, porque tengo mucha necesidad de sus oraciones...



# 22

Frente a la tienda le esperaban los oficiales. Aunque fuera poco más de mediodía, la jornada parecía que tocaba a su fin: el cielo estaba cubierto por un gran nubarrón negro-violáceo, que parecía casi un caballo emplumado. Se había levantado un viento cortante, frío, que levantaba nubes de polvo, haciendo un torbellino de arena y hojas secas.

El hetmán hizo una señal. Sobre la llanura se elevó un penetrante sonido de trompas. Se mantuvo durante largo rato, como si hubiera sido devuelto por el eco, porque la señal dada desde la tienda del comandante había sido acogida por las trompas de todos los regimientos. También en el campamento turco resonaron los metales y dieron las alarmas. Entonces, como el fragor del trueno que se extiende después de un relámpago que se ha sostenido en el cielo durante un tiempo, resonó al tiempo el disparo de muchos cañones. Era la artillería de Katski, que apuntaba contra los bastiones. Se veía muy bien cómo sus precisos tiros empezaban a abrir brechas y huecos entre los hombres que estaban allí de pie.

A los cañones polacos respondió la artillería turca. Era más numerosa y más pesada que la polaca, pero los *topçular* (bombarderos) turcos no debían de ser demasiado hábiles, porque los proyectiles, en vez de explotar entre la infantería que se acercaba poco a poco a las fortificaciones, explotaba a sus espaldas. Aquel fuego ineficaz solo conseguía que los soldados apresurasen el paso, y, cuando estaban a un tiro de escopeta de los bastiones, se abalanzaran sobre ellos al grito de «¡Jesús! ¡María! ¡Al ataque!».

El ataque fue tan rápido, y el fuego de la artillería turca tan impreciso que, en pocos instantes, los atacantes alcanzaron los bastiones. Enseguida, de detrás de las defensas saltaron hordas de jenízaros y de coraceros, e iniciaron un cuerpo a cuerpo con los atacantes. Empezó así un sangriento y encarnizado combate. Daban golpes con las culatas de los mosquetones, las hachas y las espadas cortaban cabezas, la infantería se defendía con azadas que encontraba. Los cuerpos de los heridos y los muertos se amontonaban en el foso. Siempre nuevas hordas de combatientes de una y otra parte se unían a los anteriores. La artillería polaca movió el fuego por encima de la cabeza de los combatientes hacia el centro del campamento.

Pero, a pesar del entusiasmo con el que la infantería polaca había comenzado el ataque, la resistencia del adversario resultó más fuerte. No solo caían al foso los muertos. Eran siempre más numerosos los que se batían en retirada. Aquellos que en un primer momento habían atacado los bastiones, ahora también huían. Por todas partes se elevaban los gritos triunfales de los turcos. El ataque fue rechazado. Sobieski dio la señal de retirada para evitar la masacre de aquellos que seguían combatiendo encarnizadamente.

El primer ataque fue muy breve. El hetmán se acercó a aquellos pelotones que, después de haber sido rechazados, se preparaban de nuevo para el ataque. Las pérdidas habían sido numerosas, pero no por eso había disminuido la combatividad de los soldados. Aquella infantería, toda de campesinos, vestidos con chaquetillas cortas sin mangas, acostumbrada a oír órdenes en lenguas extranjeras, era capaz de resistir como aquellas hordas de campesinos que el año anterior había armado y enviado a luchar contra los tártaros. Habló brevemente a los soldados desde el caballo, diciéndoles que la derrota era solo momentánea: «¡Tenemos que vencerles, y lo conseguiremos! ¡Nos vengaremos por las iglesias profanadas, por las aldeas quemadas, por los hermanos muertos!».

Sobieski volvió al viejo puesto de mando. Las nubes estaban ahora encima de sus cabezas. La lluvia, que venía cayendo





desde el día anterior, se hizo ahora más intensa. A ratos se desencadenaban verdaderos chaparrones, que rodeaban a los soldados en una auténtica pared de agua. La tierra que pisaban se había convertido en barro. Empezaba a oscurecer pronto, a las tres ya apenas se veía. Los pelotones estaban, pues, dispuestos a combatir de nuevo. También los turcos, totalmente empapados, estaban en los bastiones, dispuestos a rechazar el ataque; los caballeros no habían bajado de sus sillas, y los caballos, calados hasta la médula, se removían haciendo sonar los arreos, y cambiaban continuamente de posición. La artillería había disminuido el fuego, pero no paraba del todo: de vez en cuando dejaba caer una descarga de disparos sobre los soldados que estaban en los bastiones. Los turcos también disparaban, pero siempre con poca precisión.

De la tiniebla de la tarde se había pasado a la oscuridad más absoluta. La lluvia se transformó en nieve, en la noche se veían caer los blancos copos. El barro en el que todos se hundían, empezaba a endurecerse y se cubría de hielo. Los hombres empezaron a saltar y a frotarse las manos. Se levantaron voces, primero bajas y aisladas, después cada vez más altas e iracundas:

—¡Al diablo! ¿Por qué estamos aquí parados?

—¡Volvamos al campamento!

—¡Nos vamos a congelar!

—El hetmán se ha vuelto loco... ¿quiere combatir de noche?

—¿Tiene miedo de que los turcos nos ataquen?

—Deben estar completamente entumecidos...

—¡Vamos a calentarnos! ¡Combatiremos durante el día!

—¡Ya estamos hartos de estar aquí!

—¡Basta!

—¡Encendamos fuego! ¡Preparemos el rancho!

Sobieski escuchaba perfectamente aquellos lamentos. No solo eran los soldados los que llevaban mal la espera. Uno tras otro, llegaban emisarios de los hetmanes y de los comandantes a preguntar si podían abandonar el campo. Vino tam-

bién un emisario de Pac, declaró que el gran hetmán de Lituania estaba constipado, y preguntaba cuándo sería posible beber una cerveza caliente. Sobieski respondió que la batalla continuaba, y que todos debían mantenerse listos y a la espera. Cuando el reloj dio las diez, dio la orden a los señaladores, que hicieron sonar las trompas. En las filas de soldados hubo un gesto de sorpresa. Inmediatamente cesaron los lamentos. Aquellos que imprecaban y gemían estuvieron enseguida prestos para la acción. También en el campamento turco resonaron las trompas que daban la señal de alarma.

Era lo que quería: la seguridad de que también los adversarios tenían que vigilar y temblar de frío. A paso lento, las filas polacas se acercaron a los bastiones. De cerca se podía ver que el ejército turco estaba de nuevo listo para el ataque. La artillería de Katski, de tanto en tanto, hacía fuego en aquel montón de hombres, y cada vez que ocurría, se elevaban gritos y se oían los cascos de los caballos, asustados por las detonaciones.

Hizo parar a los soldados a un tiro de escopeta de los bastiones. Miles de hombres estaban ahora parados unos frente a otros. Las horas de la noche transcurrían lentamente. Pero ahora los soldados estaban silenciosos, porque habían entendido cuál era el plan de su comandante. Ninguno quería dar a entender al enemigo que estaba cansado. También los turcos callaban, reinaba un silencio sepulcral. Los caballos temblaban, las armas tintineaban.

Sobieski levantó la vista hacia el cielo nublado del que seguían cayendo copos blancos. Rezó sin palabras.

Hacía un rato que había pasado la medianoche. La tortura de resistir el frío era tal que quitaba cualquier posibilidad de pensar. En el silencio absoluto, lleno de pesadas respiraciones, Sobieski oyó avanzar el caballo, y el crujir del hielo de los charcos bajo los cascos. De pronto oyó la voz del coronel Mieczynski.

—¿Dónde está el hetmán Sobieski?





—Está aquí.–respondió un coro de voces.

—Estoy aquí. ¿Qué quieres?

El *starosta* de Luck pertenecía al séquito del hetmán. Se acercó, y levantándose de la silla, para que sus palabras pudieran ser oídas solo por Sobieski, dijo:

—Ghika ha enviado emisarios.

—¿Qué quieren?

—Tienen la orden de decírselo solo a usted, gran hetmán.

—¿Dónde están?

—Le esperan junto a la tienda.

En alta voz, para que pudieran oírlo sus *dragones*, que estaban allí cerca, dijo:

—Me alejo unos momentos. Que Bidzinski se quede aquí hasta que yo vuelva. Si pasara algo, mandad enseguida a alguien a llamarme.

Frente a la tienda esperaban dos hombres vestidos con las capas negras de los valacos. Cuando vieron acercarse la imponente figura de Sobieski, se inclinaron profundamente.

—¿Qué nuevas tenéis?

—Traemos una carta del *gospoda*.

—Entrad en la tienda.

Una vez dentro, el mensajero descosió el forro de la capa y sacó un folio que, tras una profunda inclinación, entregó a Sobieski. El hetmán ordenó a un paje que le sostuviera cerca una vela encendida. La carta era breve. El *gospoda,* evidentemente, temía que sus emisarios hubieran podido caer en manos de los turcos. Aseguraba solo que Konstanty Ciurur era un hombre de su confianza.

—¿Eres tú Ciurur?

—Soy yo, noble hetmán –el hombre cayó a los pies de Sobieski.

—Levántate. ¿Tienes que decírmelo de viva voz?

—Sí, Vuestra Excelencia.

—Habla.

—El *gospoda*, mi señor, me ha ordenado decirle, gran y

poderoso hetmán, que junto con su ejército pretende pasar a combatir a su lado contra los infieles.

—¿Cuántos sois?

—Cinco mil.

—Escúchame, Ciurur. Dile al *gospoda* que yo no quiero que abandone a los turcos antes de tiempo, pero que espero que hará que sus hombres no luchen contra nosotros. De lo que me dices, me ocuparé luego. ¿Has entendido bien lo que te he dicho?

—Sí, poderoso hetmán. Será como usted quiera. En usted está la esperanza de que nos libere de la esclavitud de los infieles.

—Si venzo, iré a liberaros.

—¡Así sea! Solo usted, poderoso hetmán, puede traernos esta victoria.

El emisario cayó de nuevo de rodillas ante los pies de Sobieski. El hetmán le ordenó que se levantara: no le gustaban aquellos signos orientales de servilismo.

Los emisarios salieron. La tienda, con su calidez, le invitaba a quedarse, pero no se dejó tentar. Los soldados estaban aún en pie de guerra y él quería estar junto a ellos. Frente al regimiento de *dragones* halló a Bidzinski.

—Aquí estoy. Gracias por haberme sustituido.

—Sería mejor que su Excelencia descansara.

—Descansaremos todos después de la batalla.

—Me imagino que, con este estado de alerta, pretende desmoralizar a los turcos.

—Sí. Si los nuestros apenas resisten, imagínese esos de ahí...

Según se iba acercando la mañana, el frío se hacía más punzante. La nieve había dejado de caer, las nubes se habían abierto y sobre las cabezas de los soldados apareció un fragmento de cielo raso en el que brillaban las estrellas.

Ahora resistir se hacía verdaderamente difícil, pero no se elevó ninguna voz de protesta. Miles de hombres estaban parados en aquel profundo silencio, apretando los dientes.



# 23

Por fin apareció en el horizonte una franja de claridad. La oscuridad comenzó a pasar poco a poco del negro al gris del acero, mientras la visibilidad se hacía cada vez mayor. Sobre los bastiones blancos de nieve se podían distinguir los pelotones turcos. También desde lejos se podían ver los huecos que se habían abierto en sus filas.

Sobieski se dio con satisfacción un golpe en el muslo:

—¡Los tenemos! ¡Los tenemos! ¡Que el diablo me lleve si no los tenemos!

Las trompas resonaron. El ejército, que se había quedado inmóvil, como petrificado y congelado, de pronto se reanimó. Se oyó relinchar a los caballos y el ruido de los cascos, el tintineo de los yelmos, el estrépito de las armas.

Sobieski dio una orden y los regimientos de *dragones* comenzaron a desmontar de los caballos. En cuanto los palafreneros se llevaron los caballos, las filas de soldados se movieron veloces hacia los bastiones. Los cañones polacos retumbaron sembrando huecos en las filas turcas. La artillería turca callaba. Ni siquiera los mosquetes, que estaban mojados, se hicieron oír.

—¡En nombre de Dios, seguidme! –gritó, y partió al ataque con la primera fila de su regimiento de *dragones*.

Los soldados de infantería emitieron un breve grito, y

echaron a correr. Sobieski corría junto a los soldados, pero enseguida decenas de manos lo agarraron por la capa.

—¡Usted no puede ir al asalto, hetmán!

—¡No puede hacerlo, tiene que dirigir las operaciones!

—¡Dejadme! –rebatió.

—¡No, no, quédese! –gritaron–. ¡Podemos apañárnoslas solos!

—¡No debe correr riesgos, hetmán!

Había tanta afectuosa obstinación en las palabras de los que intentaban retenerlo, que cedió y se paró jadeante frente al foso. Mientras, los variopintos *dragones* se habían precipitado dentro y estaban ya a punto de superar el bastión. Los hombres caían y rodaban por el terraplén resbaladizo, pero se levantaban enseguida. La masa de los soldados estaba ya sobre el bastión y caían sobre las filas turcas. Utilizaron los mosquetes, los sables, las azadas, las hachas. Mientras unos peleaban, otros, con ardiente entusiasmo, se dedicaban a cavar la tierra. Arrancaban los palos, hacían trizas las defensas, y todo caía en el foso. Sobieski, firme al pie de los bastiones, seguía enviando adelante siempre nuevos regimientos de infantería. Mandó atacar también a los hombres de servicio.

La infantería turca fue derrotada y empujada fuera de los bastiones. La batalla se trasladó al centro del campamento. Pero la débil resistencia turca aumentó de tal manera el entusiasmo de los atacantes, sobre todo de los hombres de servicio, que, tirando las azadas, se lanzaron a las tiendas en busca del botín. El hetmán, preocupado, enviaba un emisario tras otro llamándoles al orden, bajo pena de horca.

Pero las órdenes del hetmán no surtieron efecto. De pronto, entre gritos altísimos se abrió una puerta que estaba junto al ala derecha de los pelotones polacos y de ella salieron corriendo, primero, los grupos de los que habían intentado saquear, e inmediatamente detrás, una horda de caballeros turcos. Los *sipahiler* galopaban gritando y agitando las lanzas y la cimitarras. Daban golpes y herían a los fugitivos, y luego se lanzaron derechos contra los pelotones de caballería





pesada de Bidzinski y de Soraszewski. El golpe llegó tan de improviso que a la caballería polaca no le dio tiempo de reaccionar y avanzar, y tuvo que aguantar el ataque en el sitio. Cerró las filas, e hizo muro con las lanzas. Los caballos se plantaron con las patas separadas. Los turcos se les echaron encima de golpe, como una potente ola que choca contra la costa y destruye todo lo que encuentra por el camino. Pero aquella corriente de agua dio contra los polacos como contra una pared de piedra. Los caballos tuvieron que recular, pero resistieron el golpe. Los corceles turcos se tropezaban, caían, se pisaban unos a otros. Las lanzas se partían con fragor, los escudos retumbaban por los golpes de espada y de sable.

—¡Adelante! ¡Al asalto! –gritó el comandante.

Ahora, los coraceros se habían puesto delante. Sus poderosos cuadrúpedos se encontraron con los caballos de los adversarios. Por un instante se oyó un rugido espantoso. Todo parecía asumir el aspecto de una única masa. En aquella confusión, los golpes volaban sin piedad. Los turcos no pudieron resistir y se retiraron hacia la puerta. Pero los coraceros no les permitieron huir. Como un perro después de haber quitado a dentelladas la piel de un zorro en fuga, entra con ella en la madriguera, así los coraceros, enredados en los caballeros turcos, se dirigieron hacia la puerta del campamento.

Sobieki vigilaba y empezaba a dar nuevas órdenes. Los caballeros que estaban combatiendo se encontraban ya dentro del campamento, cuando de pronto se levantó un fragor parecido al de una gigantesca ola marina. Eran los cascos de cientos de caballos, que estaban alcanzando a los húsares de Jablonowski. Sus caballos necesitaban espacio para correr libremente; ahora los húsares galopaban, haciendo ondear los banderines con las lanzas y las alas bajadas.

—¡Vamos! ¡Al ataque! –se levantó un único grito y las trompas resonaron.

Los otros caballeros les cedían el puesto, haciendo formar una especie de pasillo en medio al que galopaba la caballería húsara, barriendo todo lo que se encontraba en el ca-

mino. Nada podía resistírsele. Ahora que había tomado impulso, entraba siempre más profundamente en el campamento turco, como una lanza hundiéndose en un cuerpo. Ponía en fuga la caballería y la infantería, abatía las tiendas, arrancaba los palos de los recintos. Bajo su empuje se rompían las empalizadas, dentro de las que estaban encerrados centenares de camellos y de cabezas de ganado. Manadas de animales se precipitaron en fuga pisoteándolo todo.

—¡Mi caballo, mi caballo! –gritó Sobieski. Dos siervos le ayudaron a subir en la silla de su impaciente corcel. El bastión conquistado por los *dragones* ya había sido derribado, y a través de la brecha se precipitó en el campamento la caballería lituana. Pac, agitando el sable, corría a la cabeza de sus húsares. Los palafreneros de los *dragones* les alcanzaban desde atrás y les devolvían los caballos a los soldados. Ahora los *dragones*, en regimiento tras otro, comenzaron el ataque a caballo.

Después de haber ordenado que cuatro pelotones de húsares se quedaran en la reserva, Sobieski, a la cabeza de los suyos, entró en el campamento. El ataque de los húsares perdió al fin su ímpetu. Los húsares tiraron las lanzas rotas y empuñaron los sables y las espadas. El combate fue violento. Cualquier reconstrucción de los pelotones era impensable. Se formaron pequeños grupos de caballeros, cada uno de los cuales comandaba su propia batalla. Los turcos, aunque habían perdido la ventaja, combatían encarnizadamente. Los montones de muertos aumentaban de tal manera que casi era imposible combatir sin pisar los cuerpos.

La lucha más sangrienta estaba en torno al visillo verde del profeta. Ya había caído más de una vez en manos de los polacos pero siempre lo habían perdido. Allí estaban cayendo los *pachás*, uno tras otro, los jenízaros más valientes, vendiendo a un alto precio la propia vida. Por encima de los combatientes se elevaba un único grito, parecido al del aullido de un lobo.

Sobieski hizo salir del combate a los pelotones de *dragones* más disciplinados y los mandó enseguida a otro punto, buscando lentamente poner orden en el caos de la batalla. Dirigió el ataque de tal modo que los turcos no pudieran salir ya del campamento, clavándolos en la orilla del río. En las filas turcas comenzaba ya el pánico, y los soldados, aterrorizados, se dirigían en masa hacia el puente. Viendo esto, el hetmán envió un emisario a Katski para que dirigiese el fuego de los cañones en aquella dirección. De todos modos, antes de que la orden llegase al general, ya Katski había apuntado los cañones hacia allá por propia iniciativa, y poco después los proyectiles empezaron a explotar sobre el puente de los fugitivos. Uno de los pilares que lo sostenían, tocado de lleno, se partió. Los hombres, empujándose entre ellos, empezaron a caer en el agua como espigas bajo la hoz. En la superficie del río aparecieron decenas de cabezas de los que intentaban luchar contra la corriente helada.

Parecía que la batalla estaba llegando a su fin cuando, inesperadamente, de detrás de las tiendas donde se había escondido, surgió un grupo de algún centenar de caballeros turcos. Intentando abrirse camino, los turcos se encontraron de frente con el regimiento del hetmán. Los *dragones* cubrieron enseguida a Sobieski, pero eran demasiado pocos para resistir el empuje de la mejor caballería del pachá de Bosnia; la compañía que Sobieski tenía ante sí fue liquidada en un abrir y cerrar de ojos.

El hetmán se encontró frente a un peligro mortal. Ninguno de los que estaban combatiendo en el centro del campamento se había dado cuenta de nada. Sobieski echó mano del sable y, rodeado de un grupo de fidelísimos, intentaba rechazar los golpes de sus atacantes. Lejos quedaban aquellos tiempos en los que era capaz de enfrentarse solo al enemigo cuerpo a cuerpo. Los turcos se hacían cada vez más amenazadores, y sus fieles caían uno tras otro. Se dio cuenta de que en poco tiempo iba a quedarse solo y que caería muerto justo en el momento en que se había creído seguro de su victoria.

De pronto, los turcos retrocedieron. Los pelotones de hú-

sares que, en el momento oportuno, se había decidido dejar en reserva acudieron en su ayuda. Uno de ellos se puso entre el hetmán y los jenízaros que lo rodeaban, lanzándose encima de ellos como un arrebatado. Pero los adversarios eran demasiados; antes de que llegasen sus compañeros, rodó del caballo. Pero el hetmán había conseguido salvar la vida. Los otros turcos fueron barridos por los húsares.

Ahora, al enemigo no le quedaba otra alternativa que la fuga. Al no poder huir a través del puente destruido, desde la orilla se tiraban al agua. Pero eran pocos los que fueron capaces de atravesar a nado el río crecido y helado. Otros buscaron la salvación en los barrancos que rodeaban el campamento. Pero, cuando los encontraban, eran pasados a espada. La sangre corría a ríos. Si se hacían prisioneros, eran solo jóvenes que en casa podrían servir para trabajar en los campos.

Las riquezas que encontraron en el campamento fueron tales que se pudo satisfacer tanto al rico como al pobre. Aquellos que habían conseguido más botín, revendían a los demás lo que habían conquistado. También se encontraron muchos camellos, que llegaron para todos. Cada uno de los vencedores iba cargado de botín y empujaba delante de él a un esclavo doblado por el peso de las pieles, de las armas, de los vasos de oro y plata, de relojes y piedras preciosas. De dentro de las tiendas se arrastraba a cientos de muchachas, de las más variadas razas y nacionalidades. A la vista de los vencedores, cubiertos de sangre, se arrancaban los vestidos, pensando que, si les ofrecían sus cuerpos, quizá consiguieran salvar la vida. Los ayudantes de los húsares y sus coraceros, carcajeándose, se repartieron entre ellos aquellas mujeres semidesnudas.

Pero, sobre todo, los soldados se echaron sobre la comida. Por fin pudieron comer hasta saciarse. No fue fácil sacarles de la glotonería y los banquetes que montaron en las tiendas turcas. Ninguno quería volver a filas y solo gracias a los soldados de los pelotones extranjeros fue posible organizar los servicios necesarios para el campamento.





Era cierto que no había nada que temer. Después de la conquista del campamento turco, el castillo de Chocim capituló sin combatir. El ejército elegido por Husein no solo había sido vencido, sino destruido. En el campamento se amontonaban miles de cadáveres. Los servidores despojaban a los muertos de sus vestidos, y tiraban los cuerpos al río. Husein había conseguido huir a través del puente, y probablemente se encontraba ya en Kamieniec. La bandera verde del Profeta había sido conquistada junto con centenares de emblemas y estandartes. Fueron conquistados más de cien cañones. Los jefes moldavos y valacos se abstuvieron de hacer participar a sus hombres en el combate y, cuando todo hubo acabado, vinieron a rendir honores a Sobieski.

# 24

Sobieski, una vez en la tienda del campo de batalla, se tiró sobre el lecho y durmió profundamente hasta la mañana siguiente. Al alba, en la tienda de Husein, se celebró una misa cantada y solemne en la que tomó parte todo el ejército. Para que todos pudieran ver el altar, los flancos de la tienda fueron enrollados. Los soldados pusieron frente al altar los estandartes conquistados, así como la bandera verde del Profeta, una de las tres que había sido traída desde la antigua Kaaba de Mahoma. La bandera había acompañado a los soldados del sultán en la expedición contra Polonia del año anterior, y luego el sultán se la había pasado a Husein.

La tienda de Husein constituía el botín de Sobieski. Tras la ceremonia religiosa, el hetman se quedó allí y ordenó que le trajeran sus cosas, junto con innumerables trofeos. Los siervos siguieron trayendo todo el día montones de pieles, de telas, de sedas, de vasos preciosos. Sobieski se sentó en una mesita incrustado en madreperlas y se puso a escribir sus cartas.

Antes de nada escribió a Marysienka. Durante la marcha hacia Chocim le había llegado solo una carta de su mujer, donde le daba la noticia del próximo nacimiento de un niño. No habían llegado más cartas y en el corazón de Sobieski, junto a la inquietud, había surgido el amor y la nostalgia. No guardaba rencor a su mujer por el silencio, es más, dentro de

sí la excusaba. Estaba demasiado enferma y débil para escribir. O quizá escribía, pero sus cartas no le llegaban; cualquier mensajero deshonesto podía haberlas perdido o dejado en cualquier parte, en vez de llevarlas lo antes posible a sus manos.

Después de aquellas semanas de tensión le sobrevino una profunda sensación de calma y un gran deseo de afecto. Pensaba en Marysienka con amor, no recordaba las maldades de ella, veía solo las suyas propias. Se acordaba de la pelea que tuvieron antes de separarse y el recuerdo de cada palabra pronunciada por él le hacía daño. ¿Cómo había podido hablar así? Ella pensaba que quizá él ya no le amaba como antes. Quizá eso le hacía sufrir, o se sentía desilusionada... Y, sin embargo, para él no existía nadie más en el mundo que Marysienka, y soñaba con poder demostrarle su amor del modo mejor y más sincero. A ella le parecía que la mejor manera de demostrarlo sería abandonando el país e irse a vivir a Francia con el título recibido del rey francés. ¡A Francia, nada menos! Él quería demostrarle su amor mediante la gloria conquistada en la patria.

Gracias a Dios, esto es lo que había sucedido. Había llegado el momento feliz de la victoria memorable. El rey y todo el país tendrían que reconocer sus méritos y la grandeza de su triunfo. Marysienka entendería por fin la importancia de semejante empresa, cumplida por él. Describía con fervor en la carta los horrores de la batalla que había terminado con tan espléndida victoria. ¿Qué comandante francés (¡ella hablaba siempre de los franceses con tanta admiración!) había conseguido jamás una victoria que pudiera equipararse a aquella? De aquel triunfo hablaría el mundo entero. El Papa pediría oraciones de acción de gracias en todo el orbe católico. Quizá llegara a instituir una nueva fiesta, como después de la famosa victoria de medio siglo antes. Él, Sobieski, había salvado a toda la cristiandad y aquel gran triunfo se lo ofrecía a ella junto con su amor. Su gloria, a fin de cuentas, era también la gloria de ella.



La inquietud que, por lo general, tenía ante cada parto de Marysienka estaba sofocada por un orgullo y una gloria que le henchían el pecho. «Cuando la noticia de la victoria le llegue», pensaba, «su amor florecerá de nuevo, reconquistará el ardor de aquellos años...» Habían sido años de pecado, sí, pero no podía recordarlos sin entusiasmo. Después había pasado algo que él no alcanzaba a comprender y el amor se había apagado... Pero ahora volvería. Ahora sería todo como antes. Tenía que ser así. Cuando Marysienka entendiera la grandeza de su empresa, no tendría más remedio que responder a sus sentimientos con otros sentimientos igual de ardientes...

¿Cómo iba a ser de otro modo, si aquel triunfo iban a tener que reconocerlo todos? Los nobles entenderían ahora quién les había salvado; los adversarios políticos se verían obligados a inclinar la cabeza, el rey tendría que rendirle los debidos honores, Condé y los demás tendrían que admitir la importancia de su hazaña. También el Palacio Encantado apreciaría su gesta. Si Francia inclinase la cabeza ante él, ¿no debería entonces Marysienka amarlo con renovado ardor?

Tras haber descrito en la carta la victoria, enumeraba los tesoros conquistados. Aseguraba a Marysienka que pondría todo en sus manos y que no iba a ponerse a regalar cosas a diestro y siniestro, como había pasado otras veces, cuando ella se había quejado. Hablaba de las pieles de animales desconocidos, de tapices persas, de tejidos de seda, de vestidos de telas carísimas, de vasos preciosos, de mesillas de piedra dura, de armarios y poltronas, de relojes, de caballos, de camellos y de esclavos. Calculaba en ducados cada trofeo. A Marysienka le gustaba hacer aquellos cálculos y se volvía loca con el lujo alrededor de ella: adoraba mostrar a los demás sus objetos más preciados. Mientras Marysienka se jactaba, su corazón estallaba de alegría, porque le parecía que todo eso hacía crecer más el amor en ella. ¡Ahora iba a ver lo que le llevaba!

La carta siguiente era para Olszowski: «Hemos logrado la

victoria sobre los infieles –escribía–, una victoria de las que los siglos no habían conocido. El ejército ha sido anulado en dos horas. El campo se ha llenado de miles de muertos, han caído tres pachás, y cuatro han sido hechos prisioneros. Husein ha conseguido escapar llevando consigo solo la guardia de corps. Todos los estandartes están en nuestras manos. Hemos conquistado la bandera del Profeta, que para los turcos es sagrada. Hemos conquistado ciento veinte cañones y un enorme campamento. Al batalla ha sido sanguinaria y encarnizada. Entre los nuestros han caído muchos jóvenes valerosos, más de la mitad de las lanzas se han partido; es necesario decir –escribiendo se entusiasmaba– que no se ha visto jamás ejército más valeroso como este con el que hemos vencido. Apenas hemos entrado en el campamento, ha faltado poco para que yo sucumbiese y para que nuestra vistoria se transformase en derrota. Pero la Providencia divina no nos ha abandonado: hemos conseguido un gran triunfo sobre los paganos en nombre de Su Majestad, que podrá escribir esta victoria en los anales de su reinado...»

El mismo día le fue consignada la carta al padre Stanislao, y partió para Leópolis.

Sobieski siguió escribiendo cartas hasta por la noche, como borracho. Se dejaba incadir cada vez más por la vena literaria. Le gustaba escribir y contar, y aquellos que leían o escuchaban aquellas cartas admiraban lo pictórico de su contenido. «Aprenda a escribir verso, Excelencia –le decían a veces en su círculo de amigos–, y Morsztyn podrá irse a tomar la bendición. ¡Qué Morsztyn! ¡Superará usted a Homero y Virgilio! Morsztyn exprime sentimientos dulzones y se exalta ante el rostro de la primera doncella que ve. Usted, en cambio, es capaz de describir las grandes hazañas...»

Sobieski no se conformaba con vivir en la tienda de Husein. Dormía en su cama, comía en su mesa, usaba sus despensas, se vestía con los trajes que había encontrado en los armarios del pachá y había hecho ensillar a los caballos con





las sillas tomadas al comandante turco. Todo eso le suponía una alegría inmensa.

El día después de la batalla se celebró un funeral por los soldados caídos. Se cantaron exequias sobre sus tumbas, todos los cañones dispararon salvas, también aquellos conquistados a los turcos. Habían muerto casi cincuenta mil hombres en el ejército polaco y algunos centenares en el lituano. En el lazareto yacían miles de heridos. Solo la mitad del ejército había conseguido salir relativamente sano y salvo.

El 11 de noviembre terminaba el plazo del servicio militar, pero Sobieski estaba seguro de que, tras una victoria semejante, no iba a tener problemas para pagar a los soldados incluso el trimestre siguiente por adelantado. Porque para él la guerra no había terminado. Estaba decidido a continuarla, y, a pesar de lo avanzado que estaba el invierno, pretendía cazar al sultán por la fuerza. En manos de los turcos quedaban Kamieniec y casi todas las ciudades de Ucrania, más allá del Dnieper. El príncipe Romodanowski había unido su ejército al de Hanenko, pero no había ni siquiera intentado reconquistar las ciudades ocupadas por los turcos. Los dos *gospodas* intentaban con insistencia convencer al hetmán para que, sin tiempo de por medio, se moviese hacia el sur y liberase los principados abandonados por los turcos. Ghika afirmaba que el pachá Kaplan, al conocer la noticia de la derrota de Chocim, habría huido más allá del Danubio. Los dos países deseaban volver a su condición de vasallos del Reino de Polonia. Según la opinión de los príncipes moldavos y valacos, era necesario llegar a Cecora antes del gran frío y prepararse para invernar allí, aprovechando las reservas acumuladas por Kaplan.

Los coloquios con los jefes moldavos y valacos abrieron frente al hetmán enormes perspectivas. Además de Moldavia, Valaquia y Transilvania, mas allá del Danubio y hasta Grecia, vivían poblaciones cristianas asoladas y oprimidas por los turcos. Llevar la libertad a aquellos pueblos era una gran empresa. Venecia había intentado defender el litoral dalmático,

pero poco antes había perdido Creta. El Imperio estaba enfrascado en la guerra en Occidente, y, por otra parte, su ayuda no era muy bien vista por los pueblos balcánicos. De otra manera se acogería la ayuda de Polonia. Una empresa semejante podría ser de gran importancia para la nobleza polaca. La arrancaría de las contiendas locales y de las guerras intestinas, habría satisfecho la necesidad de vivir intensamente, habría despertado la religiosidad. Mientras que el Imperio y Francia, peleándose entre ellos, dañaban la unidad de la Iglesia, ahora era posible volver a llevar a la Iglesia aquellas poblaciones que, durante un tiempo, le habían sido arrebatadas por los infieles.

Kamieniec, Ucrania, todo volvería sin esfuerzo a Polonia si el ejército polaco llegase al Danubio y lo atravesara.

Pensando en todo esto. Sobieski se pasó la noche dando vueltas en la cama sin poder dormir. Pensaba: «me preocupo por Marysienka, estoy angustiado por mis hijos... Si me embarcara en una gran empresa, desaparecerían quizá estas pequeñas angustias y amarguras...».

# 25

Tres días después de la batalla, por la mañana, los hetmanes empezaron a llegar a la tienda de Sobieski. El primero fue Radziwill:

—Salve, Juan -dijo besando al cuñado en la mejilla-. Salve. Ya he descansado un poco, pero todavía no puedo creer lo que ha ocurrido. Hace tres días estábamos aquí hambrientos y cansados, el enemigo era superior en todo. Ahora, en cambio, celebramos banquetes en sus tiendas y vivimos de sus reservas. ¡Es un verdadero milagro! ¿Has escrito ya?

—Ayer no he hecho otra cosa que escribir cartas.

—Antes de nadie, me imagino que a tu mujer.

—¿A quién si no? No tengo noticias suyas desde hace mucho tiempo, y ya ha salido de cuentas.

—Seguro que ha ido todo bien, ya verás. Siempre estás preocupado, y luego, nunca tienes motivos para preocuparte. No es raro que las cartas no te hayan llegado. Estoy seguro de que la salud del rey mejorará, cuando sepa la victoria que le llevamos. Sé que no estás entre los que le apoyan, pero, tienes que admitirlo, si no hubiera juntado un ejército como este, no habría sido posible conseguir la victoria.

—Eso es cierto...

—Estoy convencido de que acabarás apreciando al rey Miguel.

Entró en la tienda Dymitr Wisniowiecki, también él lleno

de entusiasmo por la victoria conseguida. Luego llegó Pac. El gran hetmán de Lituania estaba como siempre encorvado, con las manos metidas en la cintura. Echó un vistazo al tapiz persa y se sentó en un taburete bajo, mullido por los cojines.

—Oh, es bajo e incómodo -observó-. Hay que cruzar las piernas como lo hacen los turcos. Se ve enseguida que no es un objeto cristiano. Yo no lo querría, se lo daría a esos perros.

Sobieski mandó traer vino y manjares fabulosos, preparados por el cocinero del pachá. Dos negros, que también habían sido siervos de Husein, traían la comida en bandejas de plata. Durante la comida no se habló de argumentos serios. Los hetmanes hablaron del botín que cada uno de ellos había conquistado, elogiaron las propias acciones, exaltaron el heroísmo de los soldados.

—Dios misericordioso -dijo Sobieski una vez terminaron de comer- nos ha concedido una gran victoria. Ha permitido que vengáramos la ofensa que se le había hecho a Polonia. Los turcos se han convencido de que no pagaremos tributo a nadie. Pero la potencia otomana aún no ha sido vencida. Tenemos que empujar al enemigo lo más lejos posible de nuestras fronteras. Nuestra victoria será completa cuando echemos a los turcos de los dos principados que ruegan nuestra protección. Según mi punto de vista, hace falta moverse enseguida hacia el sur y atravesar el Prut. ¿Qué piensan ustedes, señores?

Siguieron unos instantes de silencio.

—La idea es grandiosa -empezó a decir Radziwill-. Pero creo que olvidas que mañana termina el plazo del servicio de los soldados.

—Lo sé muy bien. Pero creo que, si le prometemos a los soldados, con nuestra palabra de hetmanes, que intervendremos en la Dieta para que se les prorrogue la paga, aceptarán quedarse. Han conquistado grandes riquezas, y yo estoy dispuesto a darles algo de lo mío...

—Pero algunos ya se han vuelto a sus casas...





—Por eso hace falta decidirse por continuar la guerra y hacérselo saber al ejército.

Instintivamente, los ojos de todos se dirigieron hacia Pac. El gran hetmán de Lituania se sentaba en silencio, con la mirada fija en la punta de las gastadas botas.

—El ejército lituano no seguirá adelante -declaró secamente.

—¿Quiere dejar a medias una campaña que ha empezado tan bien? -saltó Sobieski.

—La campaña ha terminado...

—Si empujamos a los turcos más allá del Danubio, no tendremos que temer más incursiones y podremos eliminar sin dificultades las guarniciones de Kamieniec y de las demás ciudades.

—Ese es un asunto de la corona de Polonia y no nos incumbe. Nosotros hemos hecho nuestra parte. El ejército lituano ha perdido a muchos hombres, tenemos muchos heridos. Hace falta llevarlos a casa.

—Nosotros tenemos muchos más. Los llevaremos a casa, y a los que no están en condiciones de partir, les aseguraremos la asistencia aquí. Aquellos que todavía están sanos son suficientes para moverse con ellos hacia el sur. Tenemos víveres suficientes y en Cecora nos esperan las grandes reservas acumuladas por los hombres de Kaplan.

—Es una idea fija que tiene, esta de ir a Cecora. ¿De qué le sirve tener víveres? La estación está avanzada, el invierno se acerca. ¿Sabe lo que se dice en nuestra tierra? Que si hace frío por San Martín, será un invierno frío y malo. ¿Y usted, con un frío así pretende llevar al ejército a un país extranjero? No creo en esos valacos. Son falsos. Le convencen de ir al sur y, mientras tanto, los turcos le cortan el camino de vuelta en Kamieniec.

—Pretendo dejar una parte del ejército para bloquear Kamieniec. En las tierras de los valacos, además, el invierno no es tan duro como el nuestro.

—Eso lo dice usted, Excelencia. Pero yo sé que allí no fal-

tan la nieve y el hielo. Y cuentan que, a veces, la tierra tiembla...

—¡Pero son tierras cristianas que están sufriendo la opresión turca!

—En el mundo hay muchos países en la misma situación, y no es nuestro deber liberarlos a todos.

—Podremos conquistar otro botín.

—Suficiente con el que hemos conquistado aquí.

—Si llegamos al Danubio, podremos realizar grandes empresas. Más allá del Danubio hay tierras de cristianos que, desde hace siglos, esperan la salvación...

—Cierto, cierto. También a Constantinopla la dominan los turcos, y usted quisiera conquistar también Constantinopla, ¿verdad? He oído decir que Morsztyn está escribiendo versos en su honor, en los que dice que usted libertará Constantinopla...

—¡... No estamos hablando de poesía!

—¿Entonces, hablamos de su gloria?

—La gloria será para todo aquel que tome parte en la misión.

—A mí me basta con la gloria que tengo. Y mis soldados no van a ir a buscar más gloria al fin del mundo, su servicio ha terminado. Ha llegado el momento de volver a casa. Todos tienen nostalgia de su mujer y de sus hijos. Yo he cumplido la promesa que le hice al rey. Ahora volvemos a casa.

—¿Es esa su última palabra?

—Se ve que usted está acostumbrado a regatear con los hebreos, hetmán. Lo que le he dicho es definitivo. Pac solo tiene una palabra.

Resopló como un lirón irritado.

Sobieski dominó la ira y, tratando de mantener la calma, dijo:

—Si es así, iremos solos.

—Le deseo mucha suerte. Cuando su señoría haya llegado a Constantinopla, no olvide hacerse nombrar sultán.

A Sobieski le mudó el color. Su mano buscó instintiva-





mente el sable. ¡Cuánto odiaba a aquel hombre! ¡Cuántas veces no le había servido más que de obstáculo! La cabeza le ardía en llamas, las palabras del confesor, que le había invitado a dominar la ira, se alejaban cada vez más en su memoria. Parecía ya que Pac no se iba a ir sin pagarla, cuando Radziwill tomó la palabra.

—Yo me quedo con mi cuñado.

—Yo no le retengo –Pac infló las mejillas, y resopló. Se levantó, se arregló el cinturón y cogió su gorro. Los servidores se apresuraron a ponerle su capa de piel.

—Sigan bien, señores míos –dijo inclinándose–, mañana partimos.

Cuando Pac salió, todos permanecieron un rato en silencio.

—Terco como una mula –dijo Radziwill–. Lástima. Con un ejercito más fuerte habría sido más fácil, pero mis guarniciones son pocas y están diezmadas.

—Tu ayuda me será útil, Michal. No es la primera vez que me ofreces tu apoyo.

Se pusieron a hacer el recuento de los soldados que les quedaban. No eran muchos, tanto más cuanto que había que pensar todavía en las guarniciones que tendrían que contener Kamieniec.

Además, no tenían ni idea de cuántos eran los que realmente permanecían con ellos. Los nobles, con sus ayudantes, abandonaban en masa las filas del ejército y se volvían a casa. Al principio, lo habían hecho a escondidas, pero ahora que terminaba el plazo de su servicio, se iban abiertamente.

—Si hemos de movernos, hagámoslo inmediatamente –dijo Wisniowiecki–, o dentro de un par de días no quedará ninguno.

—Tienes razón –dijo Sobieski–. Urge convocarlos cuanto antes y explicarles nuestros planes. Espero que el ejemplo de los lituanos no influya sobre nuestros soldados. Las peleas entre ellos y los soldados de la corona a la hora de repartirse

el botín han sido tantas que, cuando se vayan, será mucho más fácil convencer a los nuestros de que se queden...

Días después, Sobieski, con cuatro mil hombres, y apoyado por los dos ejércitos de los príncipes valacos, se movió hacia el sur. El invierno se acercaba, nevaba, el hielo se extendía cada vez más. Pero el ejército, bien descansado y bien alimentado, marchaba veloz hacia Iasi, respaldado por las patrullas de la caballería valaca. Sobieski mandó también por delante una patrulla compuesta por cinco pelotones. Llegaron al Prut, sin haber encontrado ni rastro del enemigo.

Durante un descanso, escuchaba el hetmán el informe de un enviado de la vanguardia, cuando llegaron de Leópolis algunos mensajeros con importantes noticias. Sobieski rompió el sello de la carta del vicecanciller. Tuvo que leerla dos veces, tal era la importancia de las noticias que contenía.

Mandó que se reuniera inmediatamente a los oficiales más antiguos y les dijo:

—Escuchen, señores, lo que escribe su Excelencia el arzobispo... –quería leer con calma las palabras de Olszowski pero la voz lo traicionó. En lugar de alargarse con las frases retóricas de las cartas, dijo, o más bien, gritó–: ¡el rey ya no está en el mundo de los vivos...!



# 26

La expedición tuvo que dar marcha atrás. No se podía seguir avanzando, ignorando lo que estaba a punto de suceder en la patria. Sobieski envió inmediatamente una carta al primado Czartoryski, rogándole en su nombre y en el de sus soldados que convocase lo más pronto posible la Dieta por la seguridad del país. Según el hetmán, el nuevo rey tendría que estar a la cabeza de su ejército en abril. De vuelta a Chocim, dejó una parte de los suyos bajo el mando de Sieniawski y envió a los demás a Cracovia, temiendo que la facción austríaca diese algún paso para garantizar la elección de un candidato imperial.

En Snyatin encontró una carta de Marysienka que lo llenó de inmensa alegría. Hacía tiempo que no recibía una carta así: Marysienka le comunicaba el nacimiento de una hija a la que había puesto de nombre Manon. Hacía ya un mes que había nacido la niña, pero la carta que traía la noticia debía de haberse perdido por el camino. Había sido enviada después de que Marysienka conociese la victoria de Chocim. Aquella carta tenía muchas expresiones de ternura y de afecto. Según la iba leyendo (y la leyó muchas veces) sentía que se le derretía el corazón. Tocaba la carta, se la llevaba a la boca, la besaba, la acercaba a la nariz, tratando de encontrar en ella el perfume que tan bien conocía. Marysienka

no se lamentaba de nada, no hacía reproche alguno, solo hablaba de su amor y de su nostalgia.

Con gran alegría para Sobieski, le garantizaba que se encontraba estupendamente, hasta tal punto que estaba dispuesta a partir enseguida para encontrarse con su adorado marido. Esperaba poder encontrarlo en Kalusz. Mientras tanto, los niños se quedarían en Gniew, donde había encontrado una maravillosa nodriza para Manon. Al final de la carta escribía en términos cifrados que había puesto al corriente al Palacio Encantado de la disponibilidad de Sobieski a aceptar durante las elecciones todas las condiciones del Águila, y apoyar al candidato francés.

Con un pequeño trineo tirado por cuatro caballos y rodeado por un pelotón de *dragones*, Sobieski partió como un rayo para salir al encuentro de Marysienka, temblando solo de pensar en que algún cambio de programa pudiese retener a Marysienka. Pero ella le esperaba sonriente y llena de ternura. Ni siquiera tenía la acostumbrada arruga entre las cejas; la tenía cuando había llegado, pero la había borrado totalmente de su frente.

Partieron ambos hacia Leópolis, donde estaba el cadáver del rey, y donde se habían reunido todos los magnates del reino. Sobieski no anunció su llegada a las autoridades de Leópolis, pero la noticia de que estaba llegando lo precedió, de modo que, cuando el trineo entró en la ciudad, todas las campanas de las iglesias repicaron para saludar su llegada. Toda la ciudad estaba de luto, pero solo era una capa negra sobre un traje de fiesta; un solo gesto habría sido suficiente para quitarla y despertar la alegría que inundaba los corazones. Leópolis había acogido con entusiasmo la noticia de la victoria. Un año antes, la ciudad, asediada por las tropas del sultán, estaba casi segura de encaminarse al exterminio. Temblaba al no saber si el conquistador habría aceptado el rescate ofrecido y habría perdonado la vida a los habitantes, al menos por aquella vez. La victoria de Sobieski la había librado de todo temor. La gente sabía bien a quién debía su



propia salvación. Aquí, Sobieski era conocido, querido y admirado. Le admiraban todos: los polacos, los armenios, los rutenos, los griegos y los hebreos. Al rey nadie lo conocía y nadie lo quería. Al repicar de las campanas, la gente empezó a salir a la calle. El trineo fue saludado a su paso con gritos y ovaciones. Fueron tendidas entre los caballos alfombras, capas y tapices. Los sacerdotes y los frailes salieron en procesión con los cirios encendidos y llevando las reliquias. Los mercaderes ofrecieron al vencedor preciosos regalos, los consejeros le ofrecieron el pan y la sal. El trineo tenía que pararse a menudo porque había alguien que pronunciaba un discurso de saludo, o bien, muchachas que declamaban poesías. Sobieski se separó por un momento de Marysienka, radiante de alegría, para abrazar y besar a la gente. Estaba tan emocionado que las lágrimas surcaban sus mejillas.

Los Sobieski habían llegado ya a su residencia, pero la ciudad seguía estallando en aplausos. Cuando cayó el crepúsculo fueron encendidas centenares de antorchas y de hogueras. Se quería disparar los cañones, pero del castillo llegó la orden de desistir de tal iniciativa puesto que el cadáver del rey aún estaba sobre el catafalco. Así que no hubo salvas de cañón, pero nadie pudo reprimir el entusiasmo que había hecho presa en toda Leópolis.

—Es todo por ti, por ti, amor mío –repetía una y otra vez Sobieski a Marysienka.

No decía nada, pero miraba a su marido mientras los ojos negros le brillaban y se encendían en ellos chispas luminosas. Cuando él la abrazaba impaciente, o bien la atraía hacia sí bajo la gran manta de pieles de zorro, ella hacía como que se escandalizaba, pero su rostro entonces era todavía más provocador. Cada poco le apretaba la mano y entonces el hetmán tenía la impresión de que la cabeza le daba vueltas y de que su felicidad no tenía límite.

La insólita ternura que Marysienka demostraba al marido no había disminuido su actividad política. Antes de llegar a Kalusz, se había encontrado con mucha gente, y enviado nu-

merosísimas cartas. También eran bastantes las que había recibido. De todo ello informó brevemente a Sobieski, que estaba tan perdido dentro de su felicidad, que las palabras de su mujer le llegaban como a través de una densa niebla: «el Águila enviará a su embajador, que llevará el nombre del candidato. No sé aún a quién querrá que elijamos como rey... El embajador será el obispo de Marsella, Forbin-Janson. Lo conozco, es un hombre cortés, gentil y muy favorable a nosotros...». Marysienka se había traído consigo una vistosa bolsa llena de oro, particularmente útil en un momento en que los gastos de guerra habían devorado por completo la fortuna del hetmán, que había tenido que endeudarse con los usureros hebreos. No le preguntó de dónde venía aquel dinero: se lo imaginaba.

El día después de llegar a Leópolis, Sobieski fue recibido por la reina, y le presentó sus condolencias. Leonor salió a recibirlo pálida, con grandes ojeras, pero siempre hermosa.

—Gracias, hetmán, por sus palabras –dijo una vez que le hubo besado la mano–. Como pasa a menudo, en este mundo, una mala noticia viene junto con una buena. El rey ha muerto, aunque todavía era un hombre en la plenitud de sus fuerzas. El único consuelo es que ha muerto como un verdadero cristiano, arrepentido de sus debilidades y sometido a la voluntad de nuestro Salvador. Mientras tanto, usted ha conseguido una magnífica victoria, que ha alejado de Polonia el peligro de la invasión turca, y, por lo que dicen, ha sacudido el poder de los infieles, que ya empezaban a amenazar a todo el mundo cristiano. Desde lo más profundo de mi corazón le doy las gracias por el servicio tan impagable que ha rendido al país. No puedo ofrecerle nada más que palabras, pero estoy segura de que el nuevo monarca apreciará lo que valen sus acciones. Estoy también convencida de que toda Polonia, sin esperar al reconocimiento por parte del rey, será capaz de demostrarle su gratitud como ya se lo demostraron ayer los habitantes de Leópolis. Querido hetmán, usted se merece el afecto de su país, el respeto y la felicidad personal. Le deseo que consiga todo ello sin perder nada...





De las estancias de la reina, Sobieski pasó a los aposentos del obispo Oslzowski. También el vicecanciller empezó por las alabanzas:

—Ha escrito usted que ha sido la mano del Señor la que ha guiado su victoria, y ha escrito bien, como conviene que haga un buen cristiano. Pero Nuestro Señor en sus acciones se sirve del hombre y con esta finalidad erige a los más dignos. Quien ha llevado a cabo una empresa como la suya, merece el elogio. Tengo entendido que ha tenido usted dificultades con el gran hetmán de Lituania...

—Se me encoge el corazón solo con hablar de eso. Sin la oposición de Pac, nuestro ejército estaría ya en Iasi.

—Lo guiará otra vez, hetmán. Pac incuba odio contra usted, las viejas rencillas no quieren apagarse. Tampoco la mujer del canciller de Lituania ve con buenos ojos a su mujer, y mueve contra ustedes a toda la familia. Pero yo pienso que quizá sea mérito de la Providencia el hecho de que usted se haya encontrado en un momento tan grave cerca de la patria. La muerte del rey exige una acción rápida e inteligente...

—He escrito sobre ello también al primado.

—Lo sé. Su Excelencia el primado está enfermo, pero ha hecho todo lo que ha podido por acelerar la convocatoria de la Dieta. Se reunirá en enero.

—Bien. ¿Hay ya candidaturas?

—Habrá muchas, evidentemente. Más de las que había hace cinco años.

—Candidato del emperador será seguramente el príncipe Carlos.

—Es una excelente candidatura. También el Gran Elector presenta a su hijo, como el zar presenta la suyo. Esperamos la candidatura de Francia. Sé que su esposa está en permanente correspondencia con París. Quizá usted podría decirme a quién propone el rey Luis.

—Si es que aún no lo sé...

—¿Pero usted a quién querría ver como candidato?

Sobieski se atusó el bigote y miró hacia la ventana tras la que caía la nieve como en una cortina.

—Pienso -dijo en tono de duda- que debería ser el príncipe de Condé. Necesitamos un jefe...

—Pero ¿tanto le estima?

—Ha conseguido muchas victorias...

—Pero en condiciones muy distintas a las nuestras...

—En cualquier caso, tiene que ser un auténtico caudillo.

—¿No cree usted que el príncipe Carlos podría ser un jefe de gran talla, aunque no se preocupa como el príncipe de Condé por dar a conocer al mundo entero sus hazañas? Se lo digo no porque yo quiera convencerle de que apoye la candidatura austríaca, aunque, si le hablo con sinceridad, es una candidatura que me gusta. También la reina sería entusiasta de esa candidatura. Ella ha amado al rey, por extraño que parezca que una mujer tan bella haya podido sentir algo hacia una persona tan poco agraciada... Los secretos de los corazones femeninos son innumerables. Recuerdo bien, de todos modos, todo lo que decíamos, y tengo bien presente nuestro pacto. La alianza del Imperio con el Elector hace imposible esa candidatura.

—Tenemos de esperar que Francia presente a su candidato.

—Tenemos que esperar... Pero si no llegara a ser el Condé...

—Estoy convencido de que el rey Luis, conociendo nuestra situación, le propondrá precisamente a él...

—¿Tan seguro está? Quizá tenga razón... la candidatura del Zarevic sería apoyada por los Pac. Sé que, con este objetivo, han enviado una embajada al príncipe Dolgorukij. Pero esa candidatura no triunfará, por causa de la diferencia de religión. Tampoco temo la candidatura del Hohenzollern... ¿Cuándo piensa salir hacia Varsovia?

No respondió inmediatamente. Se acarició de nuevo los





bigotes, pero en aquel gesto había mayor incertidumbre que cuando habían hablado de la candidatura del Condé...

—Por ahora no pienso en absoluto en salir hacia Varsovia -dijo por fin-. Sería bueno estar allí, pero no puedo abandonar el ejército. Me han llegado noticias nada buenas de Sieniawski...

Después del día memorable de la entrada en Leópolis, había amanecido una mañana totalmente distinta. La noche anterior, los Sobieski estaban cansados de las ovaciones y del entusiasmo que les rodeaba. Marysienka, tan vivaz durante el día, tenía ahora dolor de cabeza. Durmió hasta bien entrada la mañana. Mientras, Sobieski, recibió el correo de Chocim. La situación, tan favorable en el momento en el que había dejado el ejército, empezaba a cambiar. Los turcos, adivinando las intenciones del hetmán de ocupar los dos principados, a pesar de que el invierno estuviera en puertas, mandaron allí a los tártaros. También el ejército de Kaplan había pasado de nuevo a la otra orilla del Danubio. Sieniawski, preocupado, hizo retroceder a todas sus tropas hasta Chocim. Junto a él se retiró el príncipe valaco. En su lugar, los turcos nombraron a otro. El principado, privado de apoyo, volvió a ser un feudo turco. Mientras, las guarniciones turcas que se encontraban en las ciudades de Ucrania se habían consolidado e intentaban también ataques. La ciudad de Bar, que Sobieski antes de partir había dicho ordenado conquistar, no había sido conquistada aún. Los soldados, todavía sin paga, se lamentaban y amenazaban con volverse a casa...

Sobieski reflexionaba sobre las noticias que había recibido, rascándose la cabeza preocupado, cuando de pronto apareció Marysienka en bata, estirándose y bostezando. Quiso abrazarla, pero ella le huyó.

—Déjame, cariño, déjame. No tortures a tu rosa. ¿Qué pasa? Veo que han llegado cartas...

Se inclinó curiosa para leer la correspondencia.

—¿Noticias militares?

—Sí, mi amor, y no precisamente buenas. Creía que iba a poder ir contigo a ver a los niños y veo que no voy a poder alejarme del ejército.

—Yo tengo que volver lo antes posible.

—No tengas tanta prisa, apenas he tenido tiempo de disfrutar de tenerte cerca...

—Ya tendrás ocasión, yo ahora tengo que irme...

—¿Cuándo? ¡En nombre de Dios!

—Mañana, querido mío. No son solo los niños los que me esperan. Visto que tú te vas a tener que quedar aquí, yo tendré que ocuparme en tu nombre de los asuntos relacionados con la elección del rey.

—Sobre la elección decidirá el tiempo, cuando se convoque la Dieta...

—Después de la Dieta puede ser tarde. Sé muy bien qué está tramando esa víbora de Leonor...

—En nombre de Cristo, Marysienka, ¿cómo eres capaz de sospechar de una mujer tan piadosa?

—Para ti, es una mujer piadosa. Es una de esas que os vuelven locos a los hombres, os gustan las mujeres así. Te conozco muy bien... Si te la diesen quizá junto con el trono –levantó un dedo–, me plantarías enseguida.

—¿Pero qué me vienes contando hoy? ¿Dejarte yo? ¡Ni por un trono!

—¿Estás seguro? –agachó la cabeza, entrecerró los ojos y lo miró con un aire entre la broma y el reto.

—¡Cómo deseo la salvación para mi alma! –exclamó dándose un fuerte golpe en el pecho.

—A lo mejor, la conciencia te impediría hacerlo... Pero no estoy yo muy segura. Yo te digo que Leonor está preparando una sorpresa. Hará venir a Polonia a ese espanto de hombre de Lorena, y os obligará a elegirlo como rey...

—¡Imposible!

—Y sin embargo yo te digo que es posible. ¡Tiene detrás a todos los obispos, además del primado y del nuncio!

—No lo permitiré. He mandado tropas a Cracovia...





—Has hecho bien. Pero eso no es suficiente. Para ciertas cosas hace falta estar siempre pendientes y bien atentos. Ahora tengo que irme.

—Marysienka, amor mío, si no hemos estado juntos ni siquiera una semana...

—Elegid entre todos un rey francés, y verás como podrás estar más tiempo con nosotros. Ahora tengo que irme. Los niños no están bien. Barbilune está siempre enferma. También Menon ha nacido algo débil. Tengo una nodriza estupenda, pero la niña apenas quiere mamar...

Suspiró. Ahora era la salud de los niños. No estaban sanos. El pequeño Jacobo tenía siete años, pero su salud siempre había sufrido complicaciones. La alegría con la que se había acostado la noche anterior había desaparecido por completo.

—Si es necesario, por ti y por los niños haré todo lo que quieras –dijo melancólicamente.

Lo acarició en la mejilla.

—Eres muy cariñoso –dijo–. Tu rosa te ama y piensa en ti. Algo inventará, no te preocupes... Pero ahora tengo que irme. Llevaré a los niños de Gniew a Varsovia. Sabrás, supongo, que el Palacio de Casimira te ha sido asignado como residencia durante el período de elección del rey. Iré para allá, y prepararé todo para cuando vengas.

La agarró de la mano, la giró y la besó ávidamente en los labios. Cuando empezaba a hablarle con aquel tono amable y comprensivo, se sentía desarmado frente a ella dos veces más de lo corriente.

—No, no puedo ir a Varsovia... –repitió.

—Si lo ha decidido así –dijo Olszowski– será porque tiene motivos serios para hacerlo. Siempre le he admirado, hetmán, porque para usted todo pasa a un segundo plano cuando se trata del deber por cumplir... Pero quién sabe, quizá sea mejor así. Nuestro pacto nos incumbe a los dos, así que puede confiar en mí. Quédese con sus tropas y déjeme el

resto a mí. Yo me ocuparé de nuestros intereses comunes. En abril comenzará la Dieta para la elección y entonces tendrá que ir a Varsovia. Llévese con usted a todo el ejército, todos los hombres que pueda. Haga alarde de armas y de magnificencia, tráigase con usted los estandartes conquistados. Haga ver al candidato que salga elegido los soldados que tenemos. Hágaselo ver también a los que vayan a elegirlo... Yo le haré saber cuándo tiene que partir. Cuídese, hetmán. Cada uno de nosotros tiene ahora delante unos meses de gran actividad. Nos veremos en Varsovia...



# 27

El invierno continuaba persistente. La primavera parecía que no iba a llegar nunca. Durante todo el mes de abril había hecho frío y habían caído heladas. A menudo, aún caía la nieve. Los brotes, apenas abiertos, se quemaban con la escarcha. Sobieski se preocupaba por el estado de sus frutales y enviaba una recomendación tras otra a sus administradores para que atendieran a los árboles.

Terminó la Dieta convocante. En la Dieta electiva fueron anunciadas numerosas candidaturas. Entre ellas, las más fuertes eran las del príncipe Carlos de Lorena y la del príncipe de Condé. Esta última había sido presentada y sostenida, por decisión de Sobieski, por el bando francés, aunque no hubiera sido presentada directamente desde París. El embajador francés tardaba en llegar. Los obispos y el nuncio se oponían categóricamente a la candidatura del Elector, a pesar de que el embajador de Prusia, Hoverbeck, plantease las más insólitas propuestas, como incluso la conversión al catolicismo del joven príncipe, a la vez que invertía gran cantidad de dinero para conducir a los nobles a favorecer a su candidato.

Durante la Dieta convocante, los Pac, con parte del bando austríaco, plantearon una moción que excluía al candidato polaco. Nadie hacía misterio del hecho de que se quería cerrar el acceso al trono a Jerónimo Lubomirski, quien se vanagloriaba

de descender de los Piast. Pero la moción no pasó, porque fue considerada ofensiva para la memoria del rey difunto.

El dos de mayo se abrió la Dieta para la elección y, aquel mismo día, Sobieski apareció en Varsovia. El hetmán había llegado –como había sido proyectado por Olszowski– rodeado de hombres armados y de lujo. Centenares de soldados y de servidores desfilaban en su cortejo, todos con vestidos nuevos, portando los estandartes conquistados y con innumerables carros cargados de botín. Entre las filas de los soldados había también una reata de caballos y de camellos requisados al enemigo, recubiertos de gualdrapas doradas, llevados por muchachos negros. Se exhibió también una compañía entera de jenízaros constituida por prisioneros turcos. Los escuadrones militares iban precedidos por una ruidosa banda de música.

Junto con Sobieski llegó una quincena de escuadrones del ejército, que, sin embargo, no se dejaron ver por la ciudad, sino que se pararon por los alrededores de Czersk.

Marysienka, que desde hacía algunas semanas tenía su *menage* en el Palacio de Casimira, salió al encuentro de su marido y se encontró con él en Warka. Sobieski encontró a su mujer alegremente excitada, llena de ideas y de proyectos. Pero ante sus sentimientos y su ternura, Marysienka mostraba una cierta impaciencia. Todo su ser estaba ocupado por algo completamente distinto. Hablaba poco también de los niños: solo aseguró a Sobieski que el pequeño Jacobo crecía y esperaba al padre, mientras las niñas seguían mostrándose muy débiles, y los médicos tenían que mantenerlas bajo control continuamente...

Sentada en la carroza junto al marido, Marysienka participó en la solemne entrada del hetmán en Varsovia. También aquí había una gran multitud situada a lo largo del trayecto entre el Palacio Ujazdowski y el Palacio de Casimira. La carroza fue acogida con gritos y grandes ovaciones; mujeres y niños cubrían de flores a los dos esposos. Las campanas de la iglesia de la Visitación repicaban, y los sacerdotes y misioneros salieron





en procesión. De todos modos, el entusiasmo fue menor que en Leópolis. No se había borrado aún la antigua desconfianza y hostilidad. Pero, aunque en la multitud la curiosidad y el desinterés prevalecían sobre la cordialidad y el entusiasmo, Sobieski, que conocía bien los humores humanos, intuyó que se estaba llevando a cabo un cambio y que aquella ciudad tan difícil de conquistar empezaba a demostrarle simpatía.

La pareja provocaba también respeto exteriormente. Él, con su alta estatura, vestido con una casaca dorada, tenía un aire magnífico. Ella llevaba un bellísimo vestido confeccionado especialmente para la ceremonia de la entrada triunfal. Al cuello, sobre el pecho, en el cabello, en las orejas y en los dedos, brillaban innumerables joyas: cadenitas, anillos, brazaletes, pendientes. Las mejillas delicadamente embellecidas, subrayaban la negrura de los ojos y el rosa de los labios. Su rostro era terso, no se notaba ni la menor arruga entre las cejas. Gracias a lo mucho que se cuidaba, y a pesar de sus treinta y tres años, Marysienka podía parecer una chiquilla. Se apretó al marido con un gesto afectuoso. Parecían las dos personas más felices del mundo. Las vendedoras del mercado se daban codazos: «¡Miradles, cómo se deben de querer!».

El embajador, Forbin-Janson, no había llegado aún a Varsovia, pero estaba ya en Danzig, y había dado noticia de su llegada saludando a los Sobieski y confiándoles el encargo de ocuparse del candidato del rey Luis, pero no dijo una palabra sobre quién era ese candidato.

—No logro entender por qué hasta ahora no nos ha dicho qué ha decidido Luis –dijo Sobieski cuando llegaron a casa–. ¿Qué significa ese silencio?

Marysienka se frotó cuidadosamente la frente con un dedo y luego dijo:

—Creo que el candidato no va a ser el príncipe de Condé.

—¿¡Que no va a ser el Condé!? ¿Es que tú sabes algo?

—Solo sé que el Águila no tiene confianza en el Condé. Y, además, el candidato se vería obligado a tomar por esposa a ese sapo de austríaca. ¡Ya ha mandado bastante esa!

—No es una condición indispensable.

—Vuestros «bastos campesinos» no están dispuestos a desembolsar dinero para mantener a las viudas de los reyes.

—Es que para el Estado es, efectivamente, un agravio. Pero, en resumidas cuentas, ¿quién es?

Se encogió de hombros.

—En unos días lo sabremos...

—Este retraso juega mucho en contra nuestra. Los demás escriben y hablan de sus candidatos y, ¿qué pasará, mi amor, si llega a saberse que ese candidato es un mocoso cualquiera?

—¿Pero tú insistes en la candidatura del Condé?

—Sabes muy bien que no siento demasiada simpatía por él. Es soberbio, desprecia a Polonia... Pero es un jefe. Y nosotros necesitamos un jefe. Como ya te he dicho, estoy tratando con el sultán a través de la mediación de Ghika. Debo hacerlo a escondidas, porque quiero tener la certeza de que no se va a mover antes de lo previsto. He llevado la situación a tal punto de poder estar seguro de que, para mover pieza en la guerra, él espera a que sea elegido un rey... Mantendrá su palabra, pero se prepara para una nueva guerra. Los turcos no perdonan la derrota sufrida. A Husein le han dado una cuerda para que se ahorque y Kara Mustafá será elegido nuevo jefe. Es un hombre cruel, donde él manda corre la sangre, y hay violencia por todas partes. Es como para tener miedo y pensar en qué pasaría si cruzase las fronteras de Polonia.

—El candidato del Águila le parará los pies a ese Kara Mustafá, o como se llame.

—No estoy ya tan seguro, Marysienka, de que los turcos obedezcan a Luis en todo y para todo.

—Tonterías... Bastará que el Águila haga un gesto, y el sultán parará a su ejército. De un momento a otro estará aquí el embajador. Confía en los tuyos. Yo me ocuparé de que seas justamente premiado por todos tus esfuerzos y tus méritos. ¡Debe ser un candidato tal que tú seas el primero junto a su trono! ¡Y ella no tiene que ser la Reina! ¡No, no, déjame! Hoy me siento mal. Y debo estar tranquila para ser capaz de pensar...



# 28

Por fin llegó a Varsovia el obispo Forbin-Janson. Era un marsellés pequeño, de pelo negro, vivaz como la plata viva, charlatán, que acompañaba sus parrafadas con gestos apasionados. Desde el primer instante de su encuentro con los Sobieski, de la boca del obispo fluyó un ininterrumpido y arrasador torrente de dulces palabras y promesas. Les aseguró por enésima vez que los intereses polacos le llegaban al corazón al rey Luis más que cualquier otra cosa. Su amor por Polonia era indecible, se sentía lleno de admiración hacia la valentía de los polacos, por su espíritu de sacrificio y hacia la belleza y la elegancia de las mujeres polacas. Estaba dispuesto a hacer cualquier cosa por Polonia, a apoyar sus intereses, mediante la diplomacia, el oro y, si hubiera sido necesario, también con las armas. Lo importante en aquel momento era que Polonia pudiese reprimir los impulsos del aliado rebelde, en otro tiempo vasallo, y hoy infiel intrigante, el Elector. El rey Luis miraría con gran favor cualquier acción contra el Brandenburgo, y nada tenía en contra de que Polonia reconquistase el Ducado de Prusia. Pero, por su parte, el rey esperaba que Polonia terminase inmediatamente su guerra contra Turquía...

Sobieski escuchó las últimas palabras del obispo con cierta sorpresa.

—De todos modos –hizo lo posible por añadir–, no es Polonia la que ha atacado al sultán...

Forbin-Janson levantó sus pequeñas manos en un gesto enérgico.

—¡Desde luego, desde luego! Pero se trata de un equívoco. El sultán desea liberar Hungría y Transilvania del yugo imperial. Es una intención justa y loable, que el rey también apoya. Pero el sultán querría tener la certeza de que Polonia será su aliada en la lucha contra el Imperio. Así que, en lugar de atacar a Polonia, se moverá con todas sus fuerzas contra Hungría.

Sacudió la cabeza con decisión.

—Nadie en Polonia estará jamás de acuerdo en una alianza con los infieles contra los cristianos. Podrá haber diferente puntos de vista entre los nobles, pero, en esto, todos están de acuerdo.

—Ya sé que sois un pueblo auténticamente cristiano. Eso es muy hermoso. Pero el emperador se comporta con vosotros de un modo falso. He traído conmigo estos documentos que ahora le enseño. De ellos se deduce que, cuando hace dos años, el sultán cruzó las fronteras de Polonia, entonces el emperador incitó a algunos magnates vuestros a que pusieran bajo su protección Cracovia y su territorio...

—No tengo la menor duda de que fuese así. Hace dos años fue para Polonia un momento de gran terror, y el emperador intentó aprovecharse, pero nos salimos con la nuestra. Pusimos en fuga a los tártaros y derrotamos a los turcos. De todos modos, aunque hay hastío contra el emperador, nadie en Polonia se meterá con los turcos, se lo puedo garantizar, Excelencia. Por el contrario, firmaremos bien a gusto la paz con los turcos, y auguramos que el rey francés nos ayude a realizarlo.

—Los turcos quieren estar seguros de que vosotros os convertiréis en sus aliados. No es necesario que los apoyéis tanto...





—Nosotros no los apoyaremos ni mucho ni poco. ¡Paz sí, pero alianza no!

—Sin alianza no será fácil convencerlos a que desistan de la guerra.

—No creo que eso sea imposible.

—El rey piensa que la alianza, incluso si no implicase compromisos, lo haría todo más fácil. El sultán se considera un gran monarca, y le gustaría tener la satisfacción de que, si ha declarado la guerra a Polonia...

—De todo lo que dice su Excelencia resultaría que al sultán no le interesa una alianza, sin una dependencia feudal...

—El sultán puede entender las cosas de ese modo, pero nosotros las entendemos de otro... Habéis firmado con él un tratado de paz...

—¡Polonia no ha aceptado el tratado de Buczacz!

—Todo se simplificaría si no se discutiese de pequeñas formalidades...

La ira se adueñó de él y su cara mudó de color.

—¡No son formalidades! –explotó–. A la ofensa contra Polonia hemos respondido con las armas, ¡y si Dios quiere responderemos una vez más cuando el vencedor de Rocroi se convierta en rey de Polonia!

Fue como si, de repente, al obispo se le hubiera helado el entusiasmo. Ahora se agitaba en silencio en su poltrona, se atusaba el pelo de detrás de las orejas, y se deshilaba los bordados de las mangas.

—No es deseo del rey Luis –murmuró– que el príncipe de Condé se convierta en rey de Polonia...

Sobieski se levantó de golpe de la poltrona en la que estaba sentado. Estaba de pie frente al obispo, grande, rojo, con las manos apoyadas en las caderas.

—Entonces, Excelencia, ¿cuál es la candidatura que nos ha traído?

Forbin-Janson lanzó una mirada llena de reproche en dirección a Marysienka, la cual, aunque presenciaba el coloquio, no había proferido todavía una sola palabra.

—Le ruego que domine su ira, hetmán –dijo temeroso–. Su Majestad desearía que se convirtiese en rey de Polonia Guillermo, Príncipe de Neuburg...

—¿Cómo? ¿Ese fantoche? –gritó–. ¡En nombre de Dios, no era eso lo que esperábamos!

El obispo extendió los brazos en un gesto de desconsuelo.

—Este es el deseo de Su Majestad. Y para elegir a su candidato, el rey ha utilizado dinero. Mucho, mucho dinero. También para vosotros, para usted y para su esposa... ¿Quiere decirme ahora, hetmán, quién debe ser compensado...? Créame, no es una candidatura mal elegida, el príncipe es joven, completamente sometido a las órdenes del rey, es un buen cristiano y no está casado, y también está de acuerdo en casarse con la viuda del difunto rey...

—¡Nosotros necesitamos un jefe, no un figurín, ni un imberbe! ¡Esperábamos la candidatura del Príncipe de Condé!

—La elección del Príncipe de Condé no tiene en contra oposición alguna por parte de Su Majestad, pero para su elección no podré ofrecerle medios financieros...

Sobieski dio una patada al suelo.

—¡El príncipe de Lorena es un jefe! –exclamó.

El obispo se cogió la cabeza entre las manos. En sus ojos se leía el desencanto.

—¡Tenga piedad, hetmán, ni lo diga siquiera! ¡El rey es absolutamente contrario a esa candidatura, no puede estar de acuerdo con ella! Me ha mandado que le diga a usted y a sus amigos que desea que, en modo alguno, se llegue a la elección de ese candidato. *Madame* –dijo dirigiéndose a Marysienka mientras la voz le temblaba–, trate de influir en su marido...

—Deseo decir a vuestra Excelencia que respecto a esta cuestión estoy perfectamente de acuerdo con mi marido.

Sobieski, al oír las palabras de su mujer, volvió a sentarse, sin dar crédito a sus propios oídos.





—Nosotros no apoyaremos la candidatura del píncipe de Neuburg.

—Pero, *madame*... Su Majestad... –balbució Forbin-Janson– ha dicho claramente... ha pedido... *madame*...

—Aquí estamos en Varsovia, no en París –declaró seria–. Tenemos siempre en consideración los deseos de nuestro gran amigo el rey de Francia, pero hay que conocer a los polacos. Quieren como rey a un *chef, pas un gamin, pas un nigaud* (un jefe, no un muñeco, no un tonto). Ni tampoco está en nuestro interés que la austríaca siga siendo reina. Si ese muchacho llegase a ser su marido, a fe mía que sería ella y no él quien gobernara el país. ¿Entiende ahora, Excelencia?

—Sí, efectivamente, empiezo a entender, *madame*... Pero las instrucciones que he recibido...

—Las instrucciones tedrán que ser modificadas, y lo serán si explica bien todo esto en París. Es necesario que usted lo haga, sin más pérdida de tiempo, y mientras tanto, urge que usted actúe según los intereses de Francia. Si no me equivoco, le ha sido prometido el capelo cardenalicio si es capaz de llevar el asunto a buen puerto...

—Su Majestad me ha hecho feliz con esa promesa...

—Si se lleva a cabo, nos alegraremos de ello.

—Pero la elección será de un día a otro... La respuesta a mi carta no tendrá tiempo de llegar a París.

—Por eso tendrá que ser razonable y confiar en los amigos.

—Bien me gustaría... Así lo haré... pero no puedo abandonar al candidato que me ha sido ordenado presentar...

—Y no lo abandone antes de tiempo, preséntelo en la Dieta. Al final se convencerá de lo poco popular que es esa candidatura, y, en el momento oportuno, vuelva aquí conmigo...

El obispo Forbin-Janson pronunció en la Dieta un brillante discurso, embelleciendo su latín, cuando oyó decir que eso respondía a los gustos de los polacos. Pero el latín sonaba en su boca de modo poco comprensible para los oyentes, quienes, además, no conseguían entender todas las argumentaciones del

obispo. Siguió tratando de convencer de manera expresiva a los diputados y senadores de que ellos eran los representantes de uno de los más maravillosos pueblos del mundo. Los auténticos franceses del norte. «En consideración a esta semejanza, Francia y Polonia están unidas», decía, «por lazos de profunda amistad. Para demostrar esa amistad, el rey de Francia, Luis, propone como candidato suyo para el trono huérfano de Polonia a Guillermo de Neuburg, hijo de un príncipe bien conocido para los polacos, y hace tiempo candidato también él al trono polaco. El joven príncipe llevará a Polonia no solo a una alianza con Francia, sino también muchas virtudes personales. Es un ardiente fiel de la fe católica romana y no está casado. Al presentar su candidatura el príncipe Guillermo, presenta también la petición de mano de la viuda del difunto rey Miguel, de cuya belleza y prudencia ha oído hablar mucho. Está dispuesto a jurar todas las condiciones que le sean planteadas...» El obispo Forbin terminó su largo discurso asegurando a todos que estaba seguro de que los diputados acogerían con gratitud las propuesta del rey de Francia, apreciando la amistad y el favor que, al proponer aquella candidatura, demostraba el rey Luis al país cuya capital con su extraordinaria belleza recordaba a París...»

Acabado el discurso sonaron algunos aplausos. A los diputados les había gustado que el embajador les llamase «franceses del norte» y que hubiese comparado Varsovia con París. Pero el obispo, que no conocía el polaco, pero que tenía el oído sensible y una cierta experiencia diplomática, así como algunas personas distribuidas por la sala, se convenció de que los Sobieski tenían razón. Incluso las elevadas sumas que el rey Luis había dispuesto para atraer de su parte a los sostenedores del príncipe de Neuburg podían ser insuficientes para el logro de aquel objetivo. Lo más veloces que pudieron, los mensajeros volaron hacia París, pero no había esperanza de que la respuesta llegase dentro del plazo de tiempo necesario.

Mientras tanto, ocurrió algo nuevo: murió de repente el primado Czartoryski...



# 29

El obispo Olszowski levantó la cabeza, incrédulo, cuando oyó decir que había llegado la consorte de Sobieski. Era algo que hasta él, que se tenía por profundo conocedor de los hombres, no se esperaba.

—Bienvenida, bienvenida, mis mayores cortesías –exclamó yendo a su encuentro, y se inclinó llevándose la mano al corazón, y luego haciendo un largo gesto con las manos, como si extendiese una tela de seda bajo los pies de la recién llegada–. Un honor insólito le ha tocado a mi casa, que usted ha querido honrar con su visita.

La tomó por la mano y la acompañó con gesto ceremonioso hasta la poltrona. Marysienka llevaba un vestido confeccionado con la seda encontrada en la tienda de Husein. Los cabellos rizados iban cubiertos por un chal de muselina con pespunte de oro. La blancura de sus mejillas quedaba subrayada por un pequeño lunar pegado al ojo izquierdo.

Cuando se sentó, Olszowski se le sentó enfrente, jadeando ligeramente. Después de un abril frío y caprichoso había llegado un mayo espléndido y el robusto obispo se sentía algo cansado, tanto más si se tenía en cuenta que los trabajos y responsabilidades para la Dieta electoral que habían recaído sobre sus espaldas después de la imprevista muerte del primado, no le concedían un momento de descanso. Se atusó los bigotes. No había conseguido sobreponerse a la maravilla

que le había provocado aquella visita, e inútilmente se dejaba la cabeza intentando comprender el motivo. Con Marysienka había tenido alguna que otra conversación, pero siempre durante los encuentros largos. Era capaz de apreciar la gracia y la belleza de aquella mujer, pero también la influencia que tenía sobre su marido, lo que despertaba su inquietud. Sobieski, por su rectitud, aunque lo dividía la pertenencia a dos bandos políticos diversos, era un hombre que podía ser conquistado para el interés de la causa nacional. La influencia de Marysienka, según el obispo, disminuía la grandeza de su persona y lo hacía víctima de los caprichos de su mujer. Pero no podía evitar sentir admiración por la capacidad política de aquella mujer.

—¿Qué puedo ofrecerle?

—Le agradecería un vaso de vino.

Hizo traer una botella y vertió él mismo el vino fresco en las copas de cristal labrado. Empezó a hablar del tiempo, de los niños, de una historieta reciente, esperando pacientemente a que Marysienka manifestase la primera el objetivo de su visita.

La mujer no lo dejó esperar demasiado, y presentó enseguida la cuestión en términos muy claros.

—He oído decir, Excelencia, que usted ha hablado con mi marido y sé que han llegado ustedes a un acuerdo en lo concierne a la alianza con Francia.

Olszowski inclinó la cabeza en silencio.

—La elección del rey puede llegar, según mi opinión, de un día para otro... –continuó ella.

—Sin duda.

—El embajador francés ha presentado ayer la candidatura que desea el rey Luis. Yo ya había oído hablar de ella antes. Pero no me parecía justo hablar del asunto ni siquiera a mi marido, hasta que hubiese sido presentada...

—Su reserva es admirable. También yo había oído hablar ya de esa candidatura...





Se miraron a los ojos y, por un momento, sus miradas se midieron.

—Mi marido –comenzó a decir Marysienka– estaba seguro de que el candidato al trono iba a ser el príncipe de Condé.

—El gran hetmán veía en el Condé a un jefe extraordinario. Y no se equivoca cuando mantiene que Polonia, en el momento actual, necesita de un jefe. Debemos admirar la humildad cristiana de su marido, constatando que la gloria con la que se ha cubierto en sus hazañas militares no le ha impedido apreciar también el talento de los demás... El marido de Vuestra Señoría, aunque inigualable sobre el campo de batalla, no siempre parece darse cuenta de ciertas cuestiones que conciernen a su persona...

En los ojos de Marysienka relampagueó una mirada maliciosa.

—La excesiva sencillez impide a veces al hombre elevarse a las más altas cimas. A menudo pienso que, si yo no hubiese estado cerca de él... Quizá hay quien cree que yo no sé apreciar el gran amor que le demuestro, pero yo lo veo muy bien. Solamente me gustaría excitar su ambición, convencerle de que queriendo se puede lograr todo. Su Excelencia entiende, sin duda, lo que trato de decirle...

Olszowski sonrió.

—¿Por qué piensa eso? –preguntó.

—Yo creo –dijo mirándole fijamente a los ojos– que nosotros dos somos bastante parecidos. Nos gusta el juego... ¿no es verdad?

Acercó la copa a la boca y humedeció los labios con el vino; luego, mirándolo de reojo, dijo:

—La silla del primado está de nuevo vacía. Si pudiéramos lograr revestirla de nuevo de rojo...

Olszowski sorbió también un poco de vino y luego dijo:

—Antes de perder el tiempo en otros problemas tenemos que elegir al rey.

—¿Está de acuerdo, Excelencia, en que no podrá ser elegido el príncipe Carlos o no?

Se acarición de nuevo los bigotes, dudando en la respuesta:

—Estoy de acuerdo –dijo por fin–, aunque lo cierto es que me molesta un poco. El príncipe es un hombre de gran valor, es un jefe, que podría convertirse para Polonia en un segundo Bathory... un buen cristiano. Por lo que yo sé –dijo sonriendo, y guiñando tenuemente el ojo–, hubo un tiempo en que usted lo apreciaba muchísimo.

—Sí, es verdad. Y pienso también que un candidato tan excepcional, si no consigue la corona del rey, al menos, y como consolación, debería llevarse de Polonia a la mujer a la que siempre ha amado y que lo ha favorecido...

Olszowski se quedó durante un instante sin palabras. Con la boca en una media sonrisa.

—Son sentimientos muy nobles, señoría, sobre alguien a quien ahora tenemos que combatir juntos, pero el candidato del rey francés ha expresado también el deseo de desposar a esa mujer de la que usted habla.

Marysienka agitó nerviosamente el pañuelo bordado que tenía en la mano.

—Es una mujer madura, y él es un muchacho. Sería una pareja mal repartida.

—En el gran juego de la política se dan también matrimonios de ese tipo. Cierto que raras veces son matrimonios felices... La reina siempre ha sentido simpatía por el príncipe Carlos... A fin de cuentas está en el trono desde hace cinco años...

—Hay quienes la han considerado santa. A su parecer, ¿cree que los honores han alcanzado todo su valor para ella?

Olszowski levantó el labio inferior y suspiró.

—Todos somos así... A mí me resulta difícil prever cuál será la decisión de su Majestad.

—Me parece, sin embargo, que la candidatura del Príncipe de Neuburg no es del gusto de vuestra Excelencia.





—¿Ha sido acaso esa semejanza que su señoría ha advertido entre nosotros la que le ha llevado a esta conclusión?

Las cejas de Marysienka se fruncieron amenazadoramente. No lo recordaba, quizá estaba demasiado preocupada por lo que decía como para pensar en alisar su frente. Miró fijamente a los ojos entrecerrados del vicecanciller.

—Es alemán –dijo–. Hace años, su padre, cuando luchaba para conseguir su elección, buscaba ayuda y protección en el Elector...

—Le ruego que me crea que yo no lo he olvidado –reiteró inmediatamente el vicecanciller–. Con mayor razón me maravilla que, en la actual situación, el rey Luis haya visto precisamente en él a su candidato.

—Sería el caso de convencer a mi egregio cuñado...

—Sería justo, pero, degraciadamente, falta tiempo para hacerlo. Lástima que el rey, al enviar al obispo Janson, no se haya acordado de esta parentela...

Sus miradas se entrecruzaron como los filos de dos sables.

—¿Su Excelencia querría decir –añadió despreciativamente– que no le ha dado la gana de acordarse de eso?

—No digo eso. Pienso únicamente que no ha conseguido valorar bien la situación. Lástima. Todo hubiera estado a favor de los intereses franceses...

—Hubo un tiempo, Excelencia, en que usted mantenía que en el trono de Polonia tenía que sentarse un rey polaco, usted fue quien favoreció la coronación de Wisniowiecki.

Olszowski hizo un gesto de humilde denegación.

—Lo eligieron los nobles. Y yo fui y sigo siendo un sostenedor de los Piast. Y si ese Piast fuese, a través de la mujer, cuñado del rey de Francia –añadió dejando de lado los preámbulos–, ¿qué más se podría desear?

Le miró y, con los ojos plenamente abiertos e imprevistamente radiante, exclamó:

—¡Usted es un hombre de estado excepcional, Excelencia!

El obispo hizo un gesto como para defenderse.

—Me gustaría ser tan modesto como su marido, mi que-

rida señora. El obispo Janson, en todo caso, ha presentado la candidatura del príncipe de Neuburg...

—Lo ha hecho porque se lo han mandado hacer. Es un hombre miedoso. Pero yo puedo influir sobre él para que conduzca las cosas de acuerdo con la justicia y según los verdaderos intereses de Francia. Ese será mi objetivo.

—¿Y la candidatura del Condé apoyada por el Gran Hetmán?

—Detrás de esa candidatura no hay nadie, salvo mi marido. Pero si alguien grita «aquí hay alguien que es más grande que el Condé...», ¿qué más podrá decir?

—¿Pero hay alguien capaz de hacerlo?

—Yo tengo la persona adecuada.

—¿Diablonowski?

Los dos estallaron en risas.

—Por lo que veo, Excelencia, sabe usted incluso el apodo que yo le doy.

Elevó la mirada y suspiró.

—Yo necesito saber muchas cosas...

—Si el voivoda Jablonowski, conocido como amigo de su señoría el Hetmán, sale con una propuesta semejante, estoy seguro de que tendrá éxito.

—Pero me preocupan los Pac.

—A esos déjelos de mi cuenta. Por ese flanco habrá ciertamente una resistencia, y el hetmán tendrá que tomar una actitud dura con ellos; espero que realmente lo haga, porque todavía se siente ofendido por él, al haberle dejado abandonado tras la victoria de Chocim. Y ellos no irán al conflicto armado porque saben lo mucho que los nobles de la corona están encolerizados con ellos. Urge resolver la situación de manera decidida.

—En ese caso... Pero hay todavía un problema, Excelencia.

—Dígame, señora mía.

—Usted ha dicho que es muy importante que el elegido sea cuñado del rey de Francia... Ese puede ser un argumento de extrema importancia en el momento de la elección. Luego,





en cualquier caso... estoy segura de que esa mujer no se dejará quitar fácilmente la corona.

—Imagino lo que pasa por su mente, señora mía. Soy un sacerdote de la Iglesia, egregia señora. Y jamás estaré de acuerdo en separar lo que Dios ha unido. Por lo demás, son sentimientos antiguos...

—¡No creo en esa beata!

—La gente cree, y quizá no le falta razón, que entre el beato y el santo hay una fontera insuperable. Pero sucede también que quien dice cosas sublimes puede encontrarse ante la necesidad de confirmarlas con la vida... Pienso, señora mía, que usted es injusta con la reina...

—¡No la soporto! ¡La odio!

—Déjeme a mí ese problema. Si considera que puede lograr convertir al obispo Janson en alguien capaz de pensar autónomamente, todo lo demás se resolverá...

—¿También la oposición del Elector?

—¿Oposición?

—¡Que intente oponerse! –durante un instante, la voz de Olszowski perdió su tono moderado–. Pero estoy seguro de que, después de la elección, será el primero en mandar al mensajero con las felicitaciones...

Marysienka tembló. Se pasó las manos a lo largo de las caderas, como si quisiera arreglarse el vestido. Casi podía pensarse que iba a ponerse de pie y dar palmas. Pero se dominó. Ahora permanecía sentada con el busto erguido, muy digna, con el rostro orgulloso y con un aire inaccesible.

—No olvidaré su ayuda, Excelencia –dijo. Su voz resonó extraña, como si perteneciese a otra persona–. Ahora permítame que le deje.

Alargó la mano hacia él, Olszowski la tomó por la punta de los dedos y se inclinó profundamente, más aún que cuando había llegado. Casi para terminar la frase que había dejado interrumpida dijo:

—Pero yo le precederé. Yo seré el primero que ya hoy diga: Majestad...

# SEGUNDA PARTE

# 1

Era un día soleado. La hierba y los arbustos cubiertos de nieve parecían esculturas fantásticas. En el parque había un aire de vacío, lo árboles plantados hacía poco no habían tenido tiempo de arraigar. En las paredes del Palacio brillaban las ventanas y su blancura competía con la de la nieve.

En la plaza frente a la casa jugaban los niños y los perros. Teresa, de siete años, Alejandro de seis, y Constantino, de tres, se tiraban bolas de nieve. El más pequeño, Juanito, sentado en un brazo del columpio, agitaba las manos como si quisiera salir de aquellos brazos y correr con sus hermanos. En el aire gélido, junto con las bolas de nieve, volaban los gritos de los niños, que hablaban todos en francés.

Lo más importante es que están, que están vivos, dijo hablando para sí, y observando los juegos de los pequeños. Cuando, tras la batalla de Chocim, había sido aclamado rey unánimemente, en casa estaba el pequeño Jacobo, siempre enfermo, y las dos niñas, debiluchas desde su nacimiento, y que muy poco después murieron casi a la vez. Los médicos habían diagnosticado a Marysienka que no volvería a tener hijos. Ahora, sin embargo, todo había cambiado, como si fuera por mérito de la corona. Habían recomenzado de nuevo cada año los embarazos pero ahora los niños venían al mundo sanos y hermosos. Tres hijos más le habían nacido

además de Jacobo. Hijas, solo tenía una, su adorada Pupusienka, acaso la más querida de su corazón.

—*¡Papa, viens ici! ¡Viens jouer avec nous, papa!* –gritaron los niños cuando lo vieron desde lejos.

Estaba seguro de que la primera que le había llamado había sido Teresa. Había veces que pensaba que era la única que lo quería de verdad. Los chicos no eran tan sentimentales y todo los ligaba a la madre. Marysienka los tenía bajo su protección. Había hecho venir para ellos desde Francia a los maestros e institutrices, exigía que se vistiesen a la francesa y que hablasen francés. Se habían convertido en copias de su madre, también Jacobo, aunque, en los últimos tiempos, Marysienka había comenzado a preferir a los hijos más pequeños. En ciertos momentos le parecía a Sobieski que lo miraban casi con desprecio. Solo Teresa era sincera y abierta. Únicamente ella, aunque obligada a hablar francés, se esforzaba por hablar con el padre en polaco, como si hubiera intuido que eso le agradaba. Había enseñado también al pequeño Juan a llamar al abuelo *táta* en polaco.

Demos gracias a Dios –pensaba– de que están, y de que están vivos y sanos. Teresa estaba sana como un pez, y estaba seguro de que, cuando creciera, sería como las mujeres de su estirpe, alta y bien hecha. Los hijos eran de tez oscura y delgados, como Jacobo, pero tampoco ellos tenían problema alguno de salud.

Todas las enfermedades habían abandonado de repente su casa. Marysienka, que durante años había tenido que cuidarse, y que se había lamentado del clima polaco, ahora florecía de salud y de belleza. Nadie quería creer que hubiese sobrepasado ya los cuarenta, parecía que tuviese todavía poco más de veinte años. Era más hermosa ahora de cuanto nunca lo había sido. Los pintores la retrataban con entusiasmo, y ella permanecía durante horas, para ese fin, sentada e inmóvil, escuchando con placer los cumplidos que le hacían durante las poses. Su arruga de la frente había desaparecido definitivamente. Había aprendido modales y movi-





mientos regios. Iba siempre elegantísima, y todas las señoras del reino imitaban su manera de vestir. Innumerables joyas le cubrían el cuello, el pecho y los dedos. Adoraba el oro, y le llegaba a riadas. No solo era la reina, sino que era también una de las mujeres más ricas de Polonia. Ordenaba una tras otra transacciones financieras que le rentaban pingües beneficios: prestaba dinero con intereses, tenía contratas, cambiaba dinero. Conseguía puestos a quienes eran capaces de pagárselos dignamente. No era al rey, sino a ella, a quien se debía acudir para pedir poder ocupar un cargo vacante. Siempre había sido una mujer activa, pero ahora su actividad era verdaderamente insólita. Su corte era enorme. Las damas de su corte, exclusivamente francesas, eran como un ejército disciplinado. Cada una de aquellas mujeres o de aquellas muchachas –independientemente de sus funciones– tenía una tarea precisa. Como antes hiciera María Luisa, Marysienka tejía matrimonios polaco-franceses con una finalidad bien precisa. Escribía como antes muchas cartas, y recibía muchas más. Recibía a obispos, *voivodas*, senadores. Estaba informada de todo lo que ocurría en Polonia. Mantenía relaciones estables con los representantes de los Estados extranjeros. El marqués de Vitry, embajador del rey Luis, era su huésped cada día. Venía a menudo a verla también Hoverbeck, el representante del Elector.

La situación política, que le interesaba a Olszowski, había cambiado mucho. Después de la coronación, Sobieski trató de que se le concedieran los títulos de arzobispo y de primado, pero Olszowski murió tres años después, justo cuando él más necesitaba su ayuda. Había venido a faltarle el hombre con el que Sobieski estaba más de acuerdo. Mientras tanto, los acontecimientos habían tomado una dirección completamente inesperada. Francia, de la que Sobieski era fiel aliado desde hacía tantos años, había concluido su guerra en Occidente. Con hábiles tratados había conseguido mucho más de lo que habría logrado con las armas. Pero, cuando firmó la paz con el emperador, volvió a estrechar una

alianza, a escondidas de Sobieski, con Federico Guillermo de Brandenburgo. Se desvaneció la esperanza de reconquistar Prusia. Polonia estaba como dividida en bandos tras los que maniobraban potencias extranjeras y dinero extranjero. Las grandes reformas que Sobieski había soñado no se habían podido realizar.

En la Dieta de Grozno, el Gran Elector, sembrando oro por todas partes, encaminó a los bandos austríaco y francés hacia una acción común contra el rey. Aquella era la venganza por los planes de Sobieski. Se trató también de golpearlo directamente. Se empezó a hablar de la necesidad de destronarlo, bajo la excusa de que una continuación del reinado de Sobieski llevaría al país a una revolución abierta. Se estaba repitiendo todo lo que en otro tiempo había ocurrido en relación con los Wisniowiecki. El embajador francés, Marqués de Bethune, casado con la hermana de Marysienka, escribía ya a Luis que nada iba a poder salvar a Sobieski... Le salvaron los nobles, que habían sido conquistados masivamente para su causa, primero por Olszowski, y luego por la victoria de Chocim. Solo los nobles permanecían fieles al rey. Aquella nube gris de pequeños nobles en otro tiempo tan hostiles...

Pero los partidarios de los soberanos no capitularon. No había sido la facción austríaca, sino la francesa, que hasta hacía poco tiempo era la suya, la que se había convertido ahora en su peor enemigo. A su cabeza estaba el tesorero de la corona y poeta Morsztyn. Morsztyn había conjurado junto con Grzymultowski, que estaba a la cabeza de los partidarios de los Hohenzollern. Uno y otro hicieron correr la voz entre los nobles de que Sobieski llamaba al ejército aparentemente para combatir a los turcos, pero que en realidad era para consolidar el trono de su hijo. La Dieta de Varsovia emprendió un acción común. Había sido sometido a discusión el problema de una insólita provocación llevada a cabo por Federico Guillermo. El príncipe de Brandenburgo, sin pedir el consentimiento del rey, hizo casar a su hijo con la hija de Boguslav Radziwill, sobre la que tenía la tutela. De este modo, las grandes propiedades de los Radziwill pasaron a manos del príncipe de Brandenburgo. Para Sobieski fue una verdadera bofetada moral, ya que la Radziwill estaba destinada a casarse con Jacobo. El rey no pensaba soportar tal afrenta, pero tras el de Brandenburgo estaba Francia. Morsztyn y Grzymultowski impulsaron al diputado Andrzej Przyjemzki, dueño de Chelmno, y antiguo mosquetero del rey de Francia, a suspender la Dieta.





No fue posible castigar al Elector. No fue posible poner a Morsztyn frente a sus responsabilidades, reo de haber aceptado de Luis el cargo de secretario del rey de Francia, a pesar de ser diputado y tesorero. Ni siquiera fue posible aprobar el aumento de efectivos militares, por más que en aquel momento se sabía que los turcos se preparaban para una nueva guerra. Francia no quería todo aquello. Para Sobieski no era un secreto que el embajador francés en Estambul, Nointel, por respeto a sus escrúpulos cristianos había sido reclamado a la patria y que su puesto había sido aceptado por Guillerague. Este tenía todavía menos escrúpulos que su soberano. La orden que el nuevo embajador había recibido era la siguiente: convencer al sultán de que llevase a cabo una expedición contra el Emperador. Evidentemente, los consejos franceses surtieron su efecto, porque, desde Estambul, le fue referido al rey que se estaban llevando a cabo grandes preparativos bélicos.

Los turcos lucharán contra el imperio. ¿Qué sucederá si cambian de itinerario y asaltan Polonia? Por lo demás, incluso si apuntasen directamente sobre Viena y la conquistasen, el destino de Cracovia quedaría bien pronto marcado.

Olszowski tenía razón cuando decía que las alianzas entre los Estados no quedan decididas por las simpatías, sino por la necesidad de defensa del país. Pero ¿en el corazón de Sobieski quedaba todavía mucha simpatía hacia Luis y hacia Francia?

—*¡Viens, papa, viens!* –gritaban los niños.

Sonriendo les hizo un guiño. No soportaba a aquellas dos francesas que vigilaban los juegos de los críos. Una de ellas había acusado recientemente a un joven cortesano del rey de amenazar la vida de un paje francés de la corte de la reina. Este juró y perjuró que la acusación era falsa y Sobieski le creyó. Pero Marysienka se entrometió en la cuestión y pretendió que el fiel y devoto polaco fuese alejado de la corte. Sobieski acogió con amargura la petición de la mujer. Sabía, por lo demás, que si no hubiera cedido, después de aquella denuncia, habrían venido otras. Los cortesanos franceses de Marysienka eran solidarios entre ellos. Y cuando habían decidido arruinar a alguien, lograban siempre su objetivo, a menos que aquella persona no tuviese la capacidad de rescatarse a un alto precio, porque eran muy ambiciosos. Sobieski cedió, pero, apenas veía a la joven francesa, sentía que la sangre se le subía a la cabeza.

A paso lento se alejó del parque a lo largo de un sendero abierto en la nieve que llevaba a un huerto plantado por él. Era su rincón preferido. Los árboles estaban embutidos en paja, como delgadas muchachas entre pieles. Entre los arbolillos comenzaban ya a despuntar los brotes. Bajo un pequeño techado de parras, sobre los que enrojecían las últimas hojas de la vid, había un banco. Los criados lo limpiaban cada poco de nieve, porque sabían que le gustaba sentarse allí.

Se sentó con un lamento, y durante un momento su respiración se mantuvo jadeante. Había bastado aquel breve paseo para hacerle sentir ya el cansancio. Todavía podía cabalgar durante mucho tiempo, aunque ya no sería capaz de montar a solas, pero las piernas lo traicionaban.

Mientras ahora en la casa todos gozaban de buena salud, él la había perdido definitivamente. Su cuerpo se había vuelto pesado e hinchado. También las piernas se le habían hinchado. Las piedras hacían cada vez sufrir más a su hígado. Sufría a menudo de la garganta, y de calambres en el bajo vientre. De noche no podía dormir, y durante el día le





atormentaba una permanente somnolencia. Había tenido ya un ataque de apoplejía. Los médicos, cuando lo visitaban, se intercambiaban miradas de entendimiento. Se había dado cuenta más de una vez. En su cara le aseguraban que mejoraba, pero él cada vez les creía menos.

No estaba sentado allí desde hacía mucho cuando vio que avanzaban por el parque, en dirección al huerto, dos hombres vestidos con pieles hasta los pies, y con grandes gorros en la cabeza. Iban acompañados por un funcionario de la Corte, Molkijowski. Se estaban encaminando claramente hacia él. Trató de imaginar desde lejos quiénes podían ser, sobre todo porque le parecía reconocer a uno de ellos. Era un rico mercader armenio, de Leópolis, Minasowicz. Sobieski había mantenido con él relaciones muy estrechas, ya que Minasowicz no solo le proveía las mejores mercancías orientales, sino que también le traía informaciones sobre cuanto sucedía en el Imperio Otomano. Por Minasowicz había tenido recientemente noticia de que su primo, *vardapet* de Ecmiadzin, iba a venir a Polonia, y que él tenía intención de presentárselo. Sin duda, el hombre de la barba que llegaba junto a Minasowicz era su primo, sacerdote armenio de una antiquísima iglesia a los pies del Ararat.

En cuanto se le acercaron, los dos hombres se inclinaron profundamente. Sobieski mandó alejarse a Molkijowski e invitó a los dos huéspedes a sentarse a su lado en el banco.

—Si no tienen nada en contra, señores, les propongo quedarnos aquí sentados y charlar –dijo–. Nadie nos molestará. Hace muy buen tiempo.

Minasowicz tradujo las palabras de Sobieski a su primo y este hizo un signo de asentimiento. El sol quemaba, la nieve emanaba un blanco resplandor en el que se distinguían sombras azules. A pesar de la temperatura glacial, todos se desabrocharon los abrigos de pieles.

—Permita Vuestra Majestad que le presente a mi primo. Se llama Lewon Antaram y es un predicador y un conocedor

de las Sagradas Escrituras, al lado de Su Santidad el *Katholikós*...

—Con placer le doy la bienvenida a Vuestra Excelencia.

—Mi primo trae consigo cartas que quisiera consignar al nuncio apostólico, Pallavicini. Pero el reverendo Antaram no ha venido a Varsovia solo por eso. Tenía muchas ganas de conocer a Vuestra Majestad, de quien ha oído hablar mucho. El nombre de Vuestra Majestad suena en todo el Imperio turco. Vuestra Majestad es conocido por todos los cristianos...

—Es un honor para mí...

Tomó la palabra Antaram, y Minasowicz tradujo su discurso:

—Somos un pueblo antiguo, el primer pueblo que aceptó la religión cristiana. Entonces, como cuentan nuestras antiguas crónicas, Gregorio el Iluminador fundó la ciudad santa de Ecmiadzin. Pero siempre hemos tenido numerosos enemigos contra los que hemos tenido que luchar. Los romanos, los persas, los bizantinos... Hasta que llegaron los turcos. Un antiguo cronista nuestro escribe que las hordas turcas asaltaron Armenia como una panda de perros hambrientos. Quemaron nuestras iglesias, murieron miles de personas... No es necesario que le cuente, oh rey, lo que es una invasión turca. Desde ese momento, comenzó la diáspora de nuestro pueblo. Muchos de nuestros paisanos han encontrado refugio aquí en Polonia, y nosotros le estamos sinceramente agradecidos. Pero nuestro pueblo sigue sufriendo la esclavitud. Los turcos toleran nuestra fe, pero por su causa nos someten a continuas vejaciones... No estamos nunca seguros de que a algún potentado local no le dé por alargar la mano sobre nuestras reliquias...

La voz melodiosa del *vardapet* calló por un momento. Pero enseguida Antaram siguió diciendo:

—Hubo un tiempo hace siglos que nació una gran esperanza para nosotros los armenios. Surgió el reino de Jerusalén, fundado por caballeros francos. Nosotros los apoyamos con todas nuestras fuerzas, pero nuestras esperanzas se revelaron engañosas. Los cruzados fueron vencidos y devueltos al mar. Los turcos volvieron y empezaron a oprimir a Armenia todavía con mayor crueldad. Tampoco la alianza con los mongoles cristianos nos trajo la liberación. Hemos sido condenados durante siglos a estar sometidos por los paganos...





Antaram bajó la cabeza y, luego, la levantó. Miró directamente a los ojos a Sobieski. Sus ojos negros llameantes se quedaron fijos en los ojos azules del rey como si quisieran suscitar en ellos el mismo ardor.

—Nuevas esperanzas han nacido en nuestro pueblo –dijo–. Las noticias corren de boca en boca, de monasterio en monasterio: se dice que en la lejana Polonia vive un gran jefe, el vencedor de los infieles. Los turcos repiten su nombre con miedo, lo llaman «el León del Lehistán». Hace algunos años nos llegaron noticias de la tremenda derrota que infligió a los infieles. Fruto de ellas fueron ciertas concesiones por parte de nuestros opresores. Nos dimos cuenta de que vos, oh rey, podéis traernos la salvación. Ya ha llegado el momento, nuestro pueblo ha perdido mucha fuerza. ¿Quién puede ser capaz de luchar continuamente durante tantos siglos?

Calló. El sol empezó a oscurecerse y desaparecieron las sombras azules de la cándida superficie de la nieve. Todo se tiñó de gris. Sobieski sacudió la cabeza, pensativo.

—Lo sé –suspiró–, conozco bien los hechos de los que usted me habla. He oído hablar más de una vez de vuestra condición de esclavitud a vuestros hermanos que viven aquí. ¡Sería feliz si pudiera ayudaros! Pero, desgraciadamente, nos separan territorios interminables. Polonia no es una potencia que pueda por sí sola ir en vuestra ayuda... Tendremos que firmar una paz con los turcos...

—Lo sé; pero la paz no se producirá.

—¿Por qué lo dice?

—Bien sabe, oh rey, que el sultán ha enviado a su ejército a Hungría para poner bajo su protección al príncipe Thököli.

—Ya me lo han contado. Y lo siento por los húngaros como lo siento por vosotros. Los húngaros creen que serán

más libres una vez que hayan pasado del dominio del emperador al del sultán. De todos modos hay paz entre Turquía y el Imperio, y a mi parecer será una paz duradera...

—No lo será. Si el sultán dejase a la cabeza de su ejército al pachá Ibrahim, la guerra se llevaría a cabo únicamente para conquistar las ciudades fronterizas. Pero a la cabeza del ejército del sultán está ahora el gran visir Kara Mustafá. Es un hombre que no acaba de saciarse de sangre, de fama y de riquezas. Salió llevando consigo el gran estandarte del Profeta y antes de partir dio orden de alzar sus estandartes frente a la Puerta de la Felicidad. Hoy su ejército se concentra en Belgrado. Junto con él se unirán el príncipe Tököli, el príncipe Apaffy y los príncipes de Valaquia y de Moldavia. Nadie se mueve con un ejército tan poderoso para conquistar algún castillo o alguna ciudad sobre el Bálaton...

—Es verdad. Conozco también a Kara Mustafá. Estuvo también en Polonia. Tiene usted razón: es cruel y obstinado.

—Kara Mustafá ha dicho ya que no le interesan pequeñas ciudades como Jawarin o Komarno.

—¿Cree entonces que piensa en Viena, Eminencia?

—Piensa en Viena y en otras cosas mayores...

—Sí, eso es típico de Kara Mustafá. He oído comentar que dijo una vez: «Conozco un camino más corto para llegar a Cracovia sin pasar por Kamieniec...». Si cayesen Cracovia y Viena, tendría a Europa abierta ante sí... porque, ¿quién iba a entrar en lucha? ¿A quién le interesa el destino de la cristiandad? –añadió tras un instante de silencio.

—Por eso –añadió Antaram– todo está en sus manos, oh, rey.

Sobieski no respondió. Desde que el sol se había metido, el frío se había hecho penetrante. Se acurrucó en su abrigo de piel. Hubo un tiempo en que era capaz de permanecer insensible al frío. Ahora bastaba con que refrescase un poco para que inmediatamente le doliesen los riñones...

Los huéspedes comprendieron que había llegado el momento de marcharse. Antaram dio las gracias cálidamente a





Sobieski por el coloquio que le había concedido. El rey, con un gesto de la mano, llamó a un criado que se encontraba allí cerca y le ordenó que acompañase a los dos armenios a ver al mayordomo para que los despidiese con los honores debidos.

Salieron los armenios y Sobieski permaneció solo en el banco, en medio del jardín cubierto de nieve. Se levantó fatigosa y lentamente y se arrastró sobre sus piernas doloridas en dirección al palacio. Mientras cruzaba el espacio donde jugaban los niños, oyó a Teresa que gritaba:

*—Maintenant toi, Murmur! Cours vite! Jusqu'a l'arbre! Mais vite, vite!*

Suspiró.

# 2

Los años de reinado le habían enseñado que en la actividad política no se deben descubrir las cartas prematuramente. Desde hacía algunos años se había pasado lentamente de la alianza con Francia a la alianza con el Imperio. Había empezado a dar los primeros pasos cautos en este sentido inmediatamente después de la interrupción de la Dieta de Varsovia. Ahora sabía ya que el Gran Elector deseaba destronarlo, mientras Francia apoyaba las intenciones de Federico Guillermo de Brandenburgo. Pero Austria sospechaba. No respondía a los gestos alentadores de Sobieski. No podía olvidar que, a petición de Francia, había apoyado la revuelta de Tököli. Y había permitido que, con el dinero francés, se reclutase en Polonia a soldados para el «rey de los *kurutz*».

Había prestado aquella ayuda a los húngaros no solo a petición de Francia. Sentía mucha simpatía por aquel pueblo, que se había encontrado en una situación trágica, casi entre el yunque y el martillo. Desde que Tököli se había declarado vasallo del sultán, había disminuido la opresión turca en las tierras que estaban bajo dominio otomano. Al mismo tiempo, habían crecido las estrecheces y la opresión de las poblaciones húngaras en las zonas que estaban por aquella parte del Bálaton, sobre todo respecto a los no católicos. Sobieski, libre de todo fanatismo, estaba de todo corazón de parte de los húngaros, que soportaban persecuciones por todas partes.

Los primeros encuentros con el representante del emperador fueron compromisos de Marysienka. Sin pedir el parecer de su marido planteó inmediatamente el proyecto de que el emperador, a cambio de la alianza austro-polaca, entregase Silesia como principado independiente a su padre, el viejo D'Arquien. Sobieski, al oír esto, dio un respingo. Amaba demasiado a Marysienka para creer que se le hubiese ocurrido tal idea. Ciertamente– reflexionó– han sido esos antipáticos de los D'Arquien, padre e hijo, quienes la han obligado a actuar así. Estaban tan tranquilos en Polonia, en la corte real, y sugerían continuas pretensiones. Todo les parecía poco. El viejo marqués, que había dejado Francia tras haber chocado con Luis, estaba lleno, a pesar de la edad, de ambiciones, de energías y de deseos todo menos virtuosos. ¡Y esa figura ridícula se iba a convertir en soberano de Silesia!

Pero no se llegó a esa transacción. El barón Zierowski, representante del emperador, hizo entender gentil, pero resueltamente, que se trataba de una propuesta inaceptable, y que, en resumidas cuentas, al emperador no le interesaba tanto la alianza con Polonia, puesto que el Imperio había concluido un tratado de paz con Turquía.

Sobieski encontró más comprensión para sus planes en el nuncio apostólico, o mejor, en Inocencio XII. El Papa, desde que había sido elegido, no había dejado jamás de proclamar la necesidad de organizar una liga cristiana para combatir contra los turcos. Inocencio XII había señalado el peligro que amenazaba a todo el mundo cristiano. Con estos acontecimientos de fondo, se llegó incluso a la protesta contra el tratado de Zorawno, firmado con los turcos bajo la presión francesa al año siguiente de la victoria de Chocim. El Papa escribió al rey con amargos reproches. Sobieski se justificó y explicó que aquel acuerdo de paz había sido una necesidad improrrogable, habida cuenta del estado de agotamiento del país, que había tenido que resistir continuas invasiones. En una palabra, hizo entender que se trataba de una solución temporal.





La idea de la Liga proclamada por Inocencio XII llenó sus pensamientos. Durante el asedio a Zorawno cayó en sus mano el libro del jesuita Maimbourg sobre las cruzadas. Su estado era ya tal que, en los días de gran tensión y de lucha, el mejor descanso que podía encontrar era la lectura. El libro le encantó. Era una historia maravillosa aquellos doscientos años de luchas entre el reino fundado por los primeros cruzados y la potencia del Islam. ¡Cuánto heroísmo, cuánta perseverancia había en aquel puñado de caballeros llegados desde Europa para combatir con las masas de aquel enemigo! Pero, al mismo tiempo, ¡cuántas debilidades humanas, cuántas mezquindades, cuántos intereses egoístas, cuantos contrastes personales! Mientras leía la historia del reino de Jerusalén, Sobieski pensaba a menudo en la historia de Polonia. También sus polacos habían realizado gestas extraordinarias, pero luego habían llegado los años de las luchas internas, de las intrigas y envidias, de la servidumbre al extranjero, hasta que el gran triunfo se había disuelto en la mezquindad. Ahora, como rey, lo veía bien. Antes no se había dado cuenta jamás. Él mismo se había comportado con el rey Miguel del mismo modo que ahora los demás se comportaban con él...

Escribió al Papa que había decidido participar en la organización de la Liga. Eso le permitía buscar un acercamiento al emperador sin romper con Francia. Sus embajadores partieron hacia las capitales de las grandes potencias: Andrej Morsztyn fue a París, Brzostowski, a Moscú, Radziwill a Viena, Venecia y Roma. Wladislaw Morsztyn, a Inglaterra y Holanda. Pero los embajadores volvieron con las manos vacías. Luis se sorprendió de que Sobieski, a quien él consideraba un protegido suyo, saliese con una propuesta semejante; no tenía la menor intención de renunciar a los intereses que Francia sacaba de sus buenas relaciones con Turquía, y, en consecuencia, respondió que se uniría a aquella operación cuando todos participasen en ella. Del mismo modo se excusaron Inglaterra y Holanda. Moscú dio una respuesta evasiva, sin descubrir que había cerrado un armisticio con Turquía.

Tampoco Austria se apresuró demasiado a responder a la invitación de Sobieski, convencida como estaba de que el ejército turco concentrado sobre Belgrado ni siquiera habría cruzado las fronteras de Hungría...

Si Sobieski consiguió sacar algo en limpio de toda aquella operación, fue solamente un aumento de confianza por parte del Papa.

Pero ahora, la situación había cambiado. Las noticias que le habían llegado de los armenios habían sido plenamente confirmadas por otras fuentes. Kara Mustafá se preparaba a atacar Viena sin esconder sus planes.

Sobieski comunicó las noticias que tenía a Zierowski, pero, al ver brillar un relámpago en los ojos grises del barón, se dio cuenta de que se había llevado una gran decepción.

Intentó seguir con el coloquio de manera gentil y diplomática. Pero ya, cuatro días después, durante el coloquio sucesivo, el tono había cambiado por completo. Zierowski no solo habló de la Liga y de la alianza con Polonia como si las dos cuestiones fueran algo evidente, sino que, inesperadamente, aludió a la posibilidad de un matrimonio entre el heredero del trono, Jacobo, y una de las archiduquesas. Sobieski acogió aquella propuesta sin demasiado entusiasmo. Tenía siempre que intentar ser diplomático y esconder los propios sentimientos, pero el asunto era de una cierta gravedad, a causa de Marysienka. Puesto que tendía a romper la alianza con Francia, debía intentar mantener a su mujer de su parte, y solo había un modo de conquistarla: haciéndole soñar con un horizonte de grandes honores. Todas las ofensas momentáneas hechas por Marysienka al rey Luis nacían de cierta ambición herida: no había perdonado todavía al rey que no hubiese concedido cargos suficientemente elevados al viejo D'Arquien. Sabía que habría sido feliz pudiendo vanagloriarse del hecho de que su hijo, aunque tan poco querido, había tenido como prometida a una hija del emperador, visto que las intrigas franco-brandenburguesas le habían quitado toda esperanza de casarse con la Radziwill.





Antes de que se llegase al debate en la Dieta, Sobieski envió a sus hombres para que hiciesen entender a los nobles todo el horror del peligro turco, y les advirtiesen de que el ejército de Kara Mustafá se estaba concentrando sobre Belgrado. Los mensajeros no tuvieron que hablar mucho, ya que ningún argumento podía ser más familiar a los nobles. No había necesidad de convencer a nadie de lo que era el carácter de los turcos, y el nombre de Kara Mustafá era todo menos desconocido. Las instrucciones para los mensajeros fueron aprobadas con entusiasmo. Los sacerdotes flanquearon la acción del rey con sermones encendidos. El deseo del rey coincidió con los sentimientos de toda la nación.

En la Gran Polonia, solo los esfuerzos conjuntos de los alemanes Hoverbeck, Scultetus y Wichert, así como los de los aliados polacos del Elector Grzymultowski, Breza y Galecki, dieron algún resultado. En las Dietas locales se oía gritar: «¡No queremos morir por Viena!», «¡Que caiga el emperador!» «Los turcos están lejos, ¿acaso vamos a ir a buscarlos al otro lado de las montañas?» «¿Vamos a tener que morir nosotros para que el rey conquiste el dominio absoluto?» ¡No queremos la guerra, no defenderemos al emperador!» «¡Él es peor que los turcos!» «Sabemos de sobra cómo está con los húngaros y con los croatas!» Pero aquellos gritos no sofocaron el entusiasmo general.

Mientras estimulaba a los nobles para la guerra, no dejaba de encontrarse continuamente con De Vitry. Ya lo había entendido. Era una persona estúpida y soberbia. Trataba con desprecio a Polonia. Estaba convencido de que todo potentado polaco, incluso por cuatro perras, incluso por una sola palabra gentil, habría hecho todo lo que Luis pedía. Sobieski ni siquiera trató de convencerlo de lo contrario. Conversando gentilmente con el embajador disfrutaba para sí de la ingenua vanidad del francés. Imaginaba ya que, sobre la base de sus encuentros, habría asegurado a París que Sobieski había permanecido como fiel aliado de Francia, y que no había ra-

zón para enfurecerse de darle el título de *majesté*, o a ofrecer el título de par al marqués d'Arquién.

Jugando cada vez más hábilmente con la estupidez del embajador, y divirtiéndose no poco manteniéndolo en la incertidumbre sobre cuanto ocurría en el país, se daba cuenta de que había alguien más que informaba mucho mejor a París sobre la situación. Había ciertos indicios evidentes de que Luis estaba al corriente de cosas de las que su representante no tenía ni la menor idea. El informador sabía mucho, y actuaba con astucia y habilidad.

Sobieski conocía bien aquel mecanismo en el que él mismo se había enredado en otro tiempo. Las personas cambiaban, pero el sistema seguía funcionando sin cambios. Tras todo ello, estaba naturalmente el Elector, pero Federico Guillermo de Brandenburgo debía de tener a alguien que gozase de la confianza de París a través del cual poder plantear al Palacio Encantado las propias ideas y las propias ocurrencias. Este solo podía ser Morsztyn.

Las relaciones entre el tesorero-poeta y Sobieski eran bastante peculiares. Morzstyn, amigo de Zamoyski, había hecho casar, por encargo de María Luisa y con gran entusiasmo, a la pupila de la reina. Desde luego, no había perdido la ocasión de glosar con versos mordaces el apresurado matrimonio de Marysienka con Sobieski. Por lo demás no era una prueba de hostilidad; Morzstyn acostumbraba a escribir versos malévolos sobre sus mejores amigos. Más tarde les acercó la pertenencia al mismo bando y la amistad de Marysienka con la mujer de Morsztyn, Katherine Gordon, una bella escocesa, también ella antigua dama de la corte de María Luisa.

Sobieski conocía bien a Morsztyn, reía su jocosos versos y admiraba sus poesías eróticas, por más que a veces le pareciesen demasiado atrevidas. Y le apasionaba su traducción de *El Cid*. Se había conmovido cuando Morsztyn había escrito, en el momento en que el ejército se movía desde Gliniany hacia Chocim: «Vete hasta Estambul. Que, tras esta victoria demoledora, la cruz triunfe sobre el turbante».





Pero Morsztyn-poeta era un ser humano sujeto a los impulsos del corazón y de los sentidos, y a veces también a los remordimientos y a los humores del momento. En política era completamente diferente, era listo y decidido. Como aliado, a veces era embarazoso, como enemigo podía ser muy peligroso. Durante uno de los encuentros, Zierowski enseñó a Sobieski algunos documentos escritos con bella caligrafía. Eran copias de cartas conseguidas por una vía conocida solo por Zierowski en la embajada francesa. «Su Alteza Imperial –dijo el barón– me ha encargado que transmita a Vuestra Majestad todo aquello que aquí conseguirá descubrir...»

Las cartas confirmaban las sospechas de Sobieski. El informador de Luis era Morsztyn. Las informaciones enviadas por él se revelaban más exactas que las que enviaba De Vitry. Pero de las cartas traslucía algo más: existía un plan de acción sobre cuyo positivo desarrollo refería el tesorero.

Después de haber dado las gracias a Zierowski por sus informaciones con los nuevos informes que habían delegado sobre los preparativos turcos, Sobieski empezó a reflexionar sobre qué hacer.

Olszowski, convertido en primado, había trasladado todo el aparato de espionaje que había creado a manos del secretario del rey, Michel Hacki. Hasta aquel momento, Sobieski había sentido poco interés por la actividad de aquel aparato, se había basado siempre en la red de sus propios informadores. Pero estos no habían sido capaces de decirle mucho al respecto. Así que hizo llamar al director de aquella sección que era, precisamente, el hermano de Hacki, Juan, un jesuita pequeño, delgado, insignificante. Tenía una cabeza redonda y unas mejillas mal afeitadas y muy rosadas que, evidentemente, en el pasado habían sufrido una congelación. Los ojos, que mantenía bajos, parecían cansados. Allí estaba humildemente de pie frente al rey, con las manos cruzadas sobre el pecho.

—Padre –dijo Sobieski–, quisiera que usted consiguiese

saber cuál es el camino por el que la correspondencia de la embajada francesa es enviada a París.

—A esta pregunta puedo responder inmediatamente, Majestad. Las cartas son llevadas por correos a Danzig, al doctor Akakij. Él es el que se ocupa luego de que prosigan...

—¿No hay ninguna otra vía?

—No.

—¿Quiénes son esos correos?

—Son franceses, a veces también brandenburgueses.

—A mí me interesaría, padre, que pudiésemos detener el primero o el segundo envío... En esas cartas hay noticias sobre las que necesito ser informado. Oficialmente no puedo hacer tal cosa.

—Comprendo a Vuestra Majestad –Hacki se inclinó–: da la casualidad de que, últimamente, algunos bandidos han asaltado a los correos. Las cartas están aquí...

Sacó de su ancha manga un paquete de cartas y las depositó ante Sobieski.

—¿Bandidos? –dijo él mirando sorprendido al jesuita. Pero enseguida entendió y estalló en carcajadas–. Hubo un tiempo en que bandidos como estos se llevaban las cartas que yo le escribía a mi mujer... En cambio, esta vez creo que han hecho una acción útil. Se está preparando una traición...

—Es lo que resulta al menos de las cartas.

—¿Las ha leído?

—He considerado que era mi deber conocer su contenido.

—¿Lo que ha leído confirma verdaderamente la existencia de una conjura?

—Sin duda. Si no hubiese sido llamado me habría presentado, de todos modos, ante Vuestra Majestad con estas cartas. Sobre todo, con la del señor tesorero... De todos modos, no me ha sido posible leer todo, porque parte de la carta está cifrada.

—Antes, su Excelencia el primado me decía que usted es un gran especialista descifrando cartas.

—El Señor Dios me ha dado esta extraña capacidad. Casi





lo siento... Sinceramente preferiría estar especializado en cualquier otra cosa...

—¿Y a pesar de esas capacidades no ha conseguido leerlo todo?

—Solo he leído una parte. Han sido utilizadas dos claves, una ha sido fácil descubrirla. Para cifrar las cartas, el señor tesorero se había servido de las *Metamorfosis* de Ovidio. Pero hay algunas frases cifradas de otro modo, y esas no he conseguido leerlas.

—¿Es esta la carta de la que me habla? –y mientras le preguntaba, Sobieski alargó al mano hacia un folio que el pequeño jesuita estaba a punto de mostrarle.

—Sí. Si Vuestra Majestad quiere leerla a solas, le ruego que lo haga. Pero... –dijo mientras mantenía la carta en la mano– mi consejo es que la lea con calma, sin apresurarse a sacar conclusiones y deducciones... Le aconsejo de corazón que lo haga así.

Sobieski dudó.

—¿Tan malo es lo que contiene?

—El mal que contiene lo hemos descubierto sin querer –dijo Hacki–. Soy un sacerdote y estoy acostumbrado a escuchar a menudo confesiones. Cuando uno se confiesa, siente remordimiento... Aquí hay malas intenciones, pero no hay remordimiento... Majestad, le aconsejo que rece una oración antes de leer esta carta...

# 3

Hacki tenía razón: antes de leer aquella carta, hacía falta rezar una oración.

Sobieski leyó la carta de Morsztyn, escrita en un perfecto francés:

«Esta Dieta debe ser interrumpida, porque, si no, Sobieski confundirá a los nobles y los obligará a aprobar la alianza con el emperador y la guerra contra Turquía. Para interrumpir la Dieta serán necesarios los medios adecuados. Pero la interrupción de la Dieta no resuelve todavía todos los problemas. Sobieski debe abdicar. Está enfermo, deteriorado, preocupado solo en asegurar el trono para su hijo y en conseguirle una mujer. No es capaz de gobernar. Incluso ha dejado de seguir las líneas de conducta que sugiere Vuestra Majestad. Hemos llevado a cabo un plan para obligarlo a abdicar. Si aun así ofreciese resistencia, hará falta recurrir a medios extremos... Nuestros intereses lo exigen...»

Seguían algunas frases que Hacki no había conseguido descifrar.

Levantó la cabeza. Tenía ya las palabras en la punta de la lengua: «¡No hace falta seguir leyendo, esos canallas quieren eliminarme!» –cuando de pronto se contuvo. Le pasaron por delante de los ojos los recuerdos de la discusión que había tenido lugar hacía once años en el Palacio del primado Prazmowski. Habían resonado las palabras: «obliguémoslo a ab-

dicar... echémoslo... y si se resistiera...». Resonaba en sus oídos la voz de alguien que había gritado: «¡Escribamos a Madame Montespan!». Era exactamente lo mismo, solo que, ahora, todo se había vuelto contra él.

Se mordió los labios. Se levantó y se puso a caminar de arriba abajo por la habitación, intentando calmarse. Apenas se repuso un poco, siguió leyendo la carta:

«No permitiremos que se llegue a la alianza con los enemigos de Vuestra Majestad –seguía escribiendo Morsztyn–. No permitiremos que se llegue a la guerra con Turquía. Estamos convencidos de que el Marqués De Vitry conseguirá los medios necesarios para pagar a las personas necesarias. Proponemos que, tras la destronización y probablemente la muerte de Sobieski, se avance la candidatura del hetmán Jablonowski. Es un magnífico jefe, cuya fama hace tiempo que ha oscurecido la de Sobieski... Tenemos su conformidad...»

De nuevo fue incapaz de continuar. Le pareció que, de un momento a otro, le iba a dar un ataque de apoplejía. ¿Jablonowski? ¿Que estaba de acuerdo? ¿Qué quería decir eso? ¿Era posible? ¿Jablonowski? Un viejo amigo que durante la elección había adelantado su candidatura... Era un caballero valeroso, eso era cierto... Pero que su fama hubiera oscurecido la de Sobieski... ¿Dónde?... ¿Cuándo?... ¡Era mentira! ¡Morsztyn mentía! Era una invención suya. Jablonowski no podía ni imaginar que se estuviese disponiendo así de su persona...

En la carta había todavía algo más, así que se inclinó sobre las palabras que Hacki había escrito sobre la parte cifrada:

«Para que Jablonowski resulte del agrado de su Majestad, hemos pensado divorciarlo de su mujer, que por otra parte está siempre enferma, y que tome por mujer a la reina María. No debería haber dificultades, porque todos conocemos los cálidos sentimientos que unen a la Reina y al hetmán...»

—¡Dios mío..! –balbució.

Se le nubló la vista. Notó un doloroso pinchazo en el pecho. Cayó con la frente sobre la mesa. Le pareció como si le fuese a dar un ataque de apoplejía que le iba a ahogar, como los lazos que ahora le cerraban la garganta. Esperaba ese momento como una liberación. Pero el dolor en el pecho se hizo soportable. La vida le volvía. Respiraba pesadamente, con el rostro apoyado sobre la mesa. Tenía los párpados herméticamente cerrados. No quería ver, no quería leer. Quería que le tragara la oscuridad de la noche y de la tierra.





Marysienka... Marysienka y Jablonowski... Sí, siempre había tenido por él mucha simpatía. Era cierto que a veces le había provocado, contraponiendo su comportamiento –como ella decía, de «rudo campesino»– a la elegancia y la gentileza de Jablonowski. Jablonowski, según Marysienka, podía pasar casi por un francés... Pero había pensado que era todo una broma. Jablonowski no era ni mucho menos ese francés del que hablaba Marysienka. Él lo conocía mejor que ella. Sabía bien cómo se comportaba en el campo de batalla, durante la guerra... Y en lo que se refería a su fidelidad... Los Jablonowski un tiempo estuvieron muy enamorados el uno del otro, y entonces Sobieski, viendo que aquel amor era recíproco, él que no lo tenía, porque Marysienka estaba lejos, en Francia, había experimentado un doloroso sentimiento de envidia. Efectivamente, Mariana estaba a menudo enferma, había perdido toda su belleza... Jablonowski se había ido, separándose sin amargura de su mujer... Pero con Marysienka siempre había hablado mucho y de buen gusto, aun cuando su mujer estaba bien. Mariana era amiga de Marysienka. De aquellos tiempos venía la gracia de llamarle Diablonowski... ¡Toda aquella historia era una mentira! ¡Era una calumnia de Morsztyn! Había tenido siempre una imaginación enfermiza. ¡Cuántas cosas habría escrito sobre su matrimonio...!

Pero... era como una flecha con punta de garfio que fuese necesario arrancar de la herida junto con la carne. Aquellos años pasaban ante sus ojos como un lazo rojo que pasase velozmente. Resonaban miles de palabras aparentemente olvidadas, pero todavía vivas en los meandros más recónditos de

la memoria. Ciertos silencios incomprensibles de Marysienka, algún brusco cambio de humor, una repentina repugnancia en sus encuentros... Algo que entonces no había entendido, pero que ahora, a la luz de las palabras leídas, se explicaba muy bien. Hasta aquel mote... A veces se reía, ¿por qué «Diablonowski»? ¿Acaso tendría que haberlo adivinado? Quizá tendría que haber entendido...

Ahora, tantos años después, resultaba que el amor de Marysienka no era amor auténtico. Auténtico en ella lo eran solamente los celos. Marysienka solo se amaba a sí misma, a su padre, a su madre, a sus hermanos, a sus hijos pequeños... Lo que había pasado en aquellos años ardientes cuando no les estaba permitido pertenecerse oficialmente, en el matrimonio no se había vuelto a repetir. Algunas veces le parecía que aquellos tiempos iban a volver, si él hubiese puesto ante Marysienka algo excepcionalmente grande. ¡Pero hasta la corona de rey no había traído más que un cambio efímero! Ahora era un hombre enfermo. Su cuerpo había perdido cualquier atractivo. Se había convertido de verdad en un «rudo campesino», de quien Marysienka se alejaba con desagrado, sin molestarse en esconder demasiado su repugnancia. Cuando la enferma había sido ella, él se esforzaba por hacerla comprender que ni se le pasaba por la cabeza rechazarla. Quería que supiera que él la amaba sobre todas las cosas y a pesar de todo; ninguna enfermedad iba a poder alejarlo de ella o provocar su desagrado. ¡Ella, en cambio –pensaba ahora–, aunque lo había amado, siempre había sido a causa de algo, nunca a pesar de algo!

Pero se había resignado a aquella situación. Se esforzaba por encontrar la felicidad en el hecho de poder cumplir con todos los deseos de la amada. Era feliz cada vez que podía verla feliz.

¡Era imposible que fuera verdad todo lo que Morsztyn había escrito! ¡No era cierto! ¡Era solo mentira y calumnia! Él había hecho de ella una reina. El Papa, el emperador, el rey de Francia le mandaban saludos y regalos. Gracias a él había





recuperado la salud. Gracias a él podía decidir sobre todo lo que quisiera en Polonia. Los más altos dignatarios requerían sus favores. ¿Y quién era Jablonowski? Cuando avanzaban hacia Chocim había desfallecido unas cuantas veces. Habría cedido a las pretensiones de Pac... Él lo había hecho hetmán aunque hubiese otros candidatos para el cargo y a pesar de que no les pareciese el mejor a todos.

¡Mentira! ¡Era una vil mentira! Cuando uno leía las poesías de Morsztyn, creía verse ante un hombre excepcional. ¡En cambio era un muñeco cualquiera que ganaba dinero gracias al cargo que había conseguido gracias a él, Sobieski, y que a la vez hacía de lacayo del rey Luis! «¡Destruiré a ese sinvergüenza! ¿Se cree acaso Morsztyn que no voy a ser capaz de reducirlo? ¡Ya lo veremos! ¡Se convencerá!»

Dejó la carta y se puso a pasear arriba y abajo por la habitación. El sol brillaba, pero a él le parecía que todo estaba envuelto en tinieblas. Estaba orgulloso de aquel palacio, había discutido de cada particularidad con el arquitecto. ¡Había sido tan feliz! Pero ahora hasta el palacio le traía también algo doloroso. ¿De qué tenía que alegrarse, si Marysienka...?

Emitió un rugido de cólera. Se puso a caminar cada vez más rápido, como si quisiera huir de sus propios pensamientos. Ahora se veía arrastrado por la ira, ahora recaía en la melancolía y le parecía desear solo una cosa: la muerte inmediata. A pesar de no dejar de repetirse que aquella carta era una mentira, lo atormentaba el deseo vengativo de que Marysienka se convenciera de que ningún otro iba a poder amarla como él.

Pero una hora después se encontró mal. Acudió Dumoulin, que, además de ser el mayordomo, ejercía también de enfermero. El francés se preocupó por el estado de salud del rey y mandó enseguida llamar a los médicos. Antes de que llegaran, Sobieski mandó un criado a llamar a Golanski y le dijo que corriera a Nueva Jerusalén. Así se llamaba una pequeña ciudad cercana a Czersk, en la que el obispo Wierzbicki había creado una serie de iglesias y de capillas que llevaban el nom-

bre de varios edificios de Jerusalén que recordaban la Pasión de Cristo. La pequeña iglesia de la Última Cena había sido consignada a los monjes blancos que había reunido el padre Papczynski y que, tres años antes, habían obtenido el nombre de Congregación del Nombre de María. Sobieski iba allí a menudo a ver al padre Stanislao y se confesaba siempre con él. Golanski recibió la orden de acompañar al monje hasta el palacio del rey.

Los médicos se reunieron y, después de consultar, aconsejaron a Sobieski que se metiera en la cama. Se le practicó una sangría: la sangre salió negra y espumosa. Llegó Marysienka. Siempre igual: cuando estaba enfermo se convertía casi en otra persona. Intentaba mostrarse al marido llena de esmero. No se separaba de su cama, le arreglaba las almohadas, se preocupaba por que todo lo que había sido prescrito por los médicos se llevara a cabo. Los servidores seguían sus órdenes sin vacilar.

Se preparaban bebedizos y baños calientes. Sobieski seguía postrado a causa de la debilidad. Con los párpados entreabiertos miraba a su mujer, sentada en la cabecera de su cama, ocupada en dar órdenes. Cualquier pequeño signo de afecto por parte de ella bastaría para que él no solo olvidase, sino que le perdonase todo. «No es posible –pensaba– que toda esta historia sea cierta. ¿Cómo podría ser tan tierna conmigo ahora, mientras estoy aquí sin fuerzas y con un aspecto lamentable? Tiene que amarme... Todo lo demás es pura mentira...»

Alargó la mano y estrechó la de ella. La miró, mientras ella, con los ojos negros bajo el entrecejo fruncido, lo observaba con ternura. Podría pensarse que soñaba con sus besos, con sus caricias...

—¿Cómo te encuentras, mi amor? –preguntó. Y lo dijo en polaco, como si con eso quisiera aumentar su alegría.

—Cuando me miras así me siento bien, amor mío. Me siento como en el Paraíso...





—Tendrás que recuperarte pronto, tesoro... Y tendrás que evitar enfadarte. Si no, tu Rosa estará preocupada...

Le hizo entender, con un gesto de cabeza, que sería como ella quisiera. No –pensaba–, no le diré jamás la razón por la que me he puesto tan enfermo. No habría creído jamás que aquella espantosa calumnia se correspondiera con la realidad. Iba a anular a Morsztyn... Pero no pensaba aclarar aquel misterio. ¡Nadie, ni de lejos, podría sospechar jamás de Marysienka! Por ella sería capaz hasta de proteger a Jablonowski, aunque su confianza en la inocencia del hetmán no fuera tan fuerte...

# 4

El padre Stanislao no apareció hasta tres días más tarde. Glanski no lo encontró por ningún sitio, porque el monje estaba siempre por ahí, predicando y confesando. No llegó en la carroza que él había enviado, sino en un carro de campesinos.

Stanislao había cambiado, estaba envejecido y enorme, pero siempre conservaba el aspecto de hombre enérgico. La orden creada por él tenía ya dos centros: en Puszcza Karabiewska y en Nueva Jerusalén. Los monjes habían abandonado las ermitas campestres y se habían mezclado entre la gente. Enseñaban, confesaban, organizaban plegarias por las almas del purgatorio.

Sobieski, una vez tomadas sus medicinas y tras las intervenciones de los médicos, se sentía mejor. Pero estaba muy debilitado y se había quedado en la cama.

Hizo que acompañaran al padre Stanislao hasta su habitación, mandó cerrar la puerta y que no entrase nadie.

—Le he mandado llamar -dijo- porque ya creía que no salía de esta, pensaba que iba a morir, y, a decir verdad, yo mismo invocaba la muerte...

—Eso está mal -le regañó el monje-. Nadie tiene derecho a invocar a la muerte. Es Dios mismo quien establece para cada cual cuándo ha llegado su hora y cuál es, según Él, la

hora mejor. Mejor es sufrir aquí que allá... Créame Vuestra Majestad.

—Ya lo creo, porque he oído decir que usted, padre, habla en cierto modo con las almas del purgatorio. Pero no le pregunto nada, porque sé que usted no quiere hablar de eso. Sí, es culpa mía. Me gustaría confesarme de ese deseo de morir y de otras cosas, pero antes quisiera hablar con usted y pedirle consejo.

El padre Stanislao se sentó a la cabecera de la cama de Sobieski, esperando a que hablase. Se había quedado prácticamente calvo. En su angulosa cara de campesino se dibujó una expresión de recogimiento. Entre un suspiro y otro, Sobieski refirió cómo había llegado a sus manos una carta de Morsztyn y de cuanto había leído en ella. Cuando concluyó, el padre Stanislao dijo:

—¿No piensa, quizá, Majestad, que no ha sido justo apoderarse de la carta de otro como estratagema?

Sobieski se levantó bruscamente sobre la cama:

—¡En nombre de Dios! –exclamó–. ¿Y qué otra cosa habría podido hacer? Esos desgraciados están tramando la traición. ¿Acaso puedo permitir tal cosa? ¿No tengo siquiera el derecho a defenderme? Esto no es más que una conjura contra mí. ¡Una conjura contra toda Polonia! ¡Y yo soy el rey!

El monje blanco sacudió la cabeza, pensativo.

—Puede que desde el punto de vista humano tenga razón, señor mío. Yo no entiendo de política. Es probable que en el mundo sea imposible comportarse de otro modo. Pero quien actúa humanamente cae en la tentación humana. Usted ha luchado contra la conjura y Satanás le puso bajo sus ojos esa carta...

—Entonces, padre, usted cree que se trata solo de mentiras de Satanás?

Sobieski levantó la vista y miró esperanzado a la cara del monje. Pero este frunció el ceño severamente.

—Yo no soy un vidente, Majestad. La tentación de Satanás es siempre la mentira. Satanás desea que el hombre dude





de que todo está en las manos de Dios y quiere servirse del bien para hacer el mal. Pero Dios es capaz de lograr el bien hasta del mal.

—Pues dígame lo que debo hacer.

—Por lo que se refiere a la conjura, actúe como le aconseje su deber de rey, pero en relación con los hombres, utilice el amor y la caridad.

—¡¿Con semejante desgraciado?! –replicó Sobieski airado–. ¡Para Morsztyn no puede haber misericordia! Continuamente se cruza en mi camino. Miente, calumnia, conjura contra mí. ¡Tengo que aplastarle como a una serpiente! Hasta ha conseguido atraerse las simpatías de otras personas... Incluso la de Jablonowski... Y hasta la de mi mujer...

Los sentimientos de Sobieski hacia Marysienka estaban sujetos a continuos altibajos. Cuando se inclinaba sobre él llena de atenciones, le administraba los medicamentos, se apresuraba a satisfacer sus deseos, él sentía vergüenza de sus sospechas, y su amor volvía a encenderse. Pero cuando se quedaba a solas con sus pensamientos, entonces volvían a su mente las palabras de la carta, y la ira, junto con la desesperación, le asaltaba de nuevo como una fiebre. No hacía más que dar vueltas en la cama sin poder confiar a nadie sus propias amarguras. El único a quien se confiaba era al padre Stanislao.

El monje permaneció un instante en silencio. Sus cejas fruncidas y sus labios se movían imperceptiblemente.

—También esto es obra de Satanás –dijo por fin–, algo que hace nacer la sospecha. Ha leído palabras infames contra su mujer y se las ha creído enseguida, por más que la conoce desde hace tantos años.

—¿Y si hubiera estado ciego? –gimió.

—Usted decía siempre: ella no me quiere como yo la quiero. Así que sabía muy bien cómo es. Pero no lo ha abandonado.

—Es cierto...

—¿Y pretende que le haya traicionado ahora, después de

haber pasado tantos años juntos? ¿Después de haber educado juntos a sus hijos? Ya sabe que no es una mujer fácil. Quizá no es culpa suya sino de otros... Quizá ha sido educada así... No es capaz de amar. Esa falta de amor hacia usted es una cruz. La cruz hace sufrir, pero hay que aceptarla... Yo creo que, aunque no sea capaz de responder a sus sentimientos, ella se siente de todos modos ligada a usted. Ella le es y le seguirá siendo fiel.

—Pero si esos consiguen destronarme...

—No creo que cediera a sus sugerencias.

—Morsztyn ha escrito que Jablonowski puede convertirse en rey... que es un jefe mejor que yo...

—¿Y eso le ha hecho sufrir? ¿Se ha olvidado de que es Dios el que hace del hombre un jefe o un rey? Él da la capacidad y Él la quita. Sansón perdió su fuerza cuando pecó, pero, cuando hizo penitencia por sus culpas, le volvió a crecer el pelo y redujo a migajas el muro del templo de los filisteos. Cada victoria está en las manos de Dios. Ha leído una carta llena de intenciones y de cálculos humanos. Dios es más fuerte. Destruye a los poderosos en sus intenciones ocultas...

Sobieski entrecerró los ojos. Se acordó de lo que una vez le había dicho Olszowski, que el hombre era capaz de lacerar la conciencia de otro hasta lo increíble. Ya había tenido ocasión de comprobarlo. Pero era también capaz de explicar y de consolar. Era un hombre extraño. Algunos le admiraban y hablaban de él como de un santo. Otros le eran hostiles. Se decía que era tan exigente con sus propios hermanos que muchos de ellos habían terminado por huir del monasterio. Pero para el puesto de cada monje huido, se presentaba un nuevo candidato...

—Quisiera olvidar esas mentiras –dijo–. Intentaré sofocar en mí cualquier sospecha... ¡Pero no puedo dejar escapar a ese Morsztyn! Si no, no conseguiré anular la conjura. Lo sabe bien, padre, quieren echarme del trono. No quieren la guerra contra los turcos. Pero, si no hacemos esa guerra, los turcos nos asaltarán con mucha mayor violencia. Quizá llegaríamos





a repartir suertes con los húngaros... Miles y miles de cristianos bajo el yugo turco esperan a ser liberados...

El rostro del monje permaneció severo.

—Es cierto, esperan ser liberados –dijo, moviendo la cabeza–. Los otros nos esperan. Pero también en su reino hay miles de personas que esperan ser liberadas. Su predecesor prometió en vano que Polonia iba a hacer justicia con los campesinos.

—Sí, lo sé, me lo ha dicho muchas veces –en las palabras de Sobieski se reflejaba la impaciencia–. Lo recuerdo. De corazón, créame que me gustaría... Pero ahora no es el momento de pensar en eso. Hace falta primero abortar la conjura, reunir al ejército, movernos contra los turcos. Ya no nos amenazan solo a nosotros y al Imperio. Amenazan a toda la cristiandad.

—Quizá no pudieran amenazar si los cristianos fuesen verdaderamente cristianos. Los turcos son para nosotros como el flagelo de la penitencia. Cuando nos amenazan, rezamos y prometemos. Pero, cuando vencemos, olvidamos todas nuestras promesas. Dios no podrá soportar por siempre esta infidelidad.

El rey suspiró pesadamente.

—Yo no puedo hacer todo lo que quisiera. Los magnates se rebelan, los Estados extranjeros fomentan la sedición. Buscan dinero para interrumpir las Dietas. A veces pienso que no debería haber aspirado a la corona. Yo solo soy un soldado...

El monje sacudió la cabeza.

—Usted es, Majestad, un hombre de rápidos vuelos, pero también de rápidas caídas. Sería mejor que fuese usted más constante y más tranquilo. Pero tiene corazón. Y eso es algo muy grande. Deberá velar por su pureza. Con el corazón puro se pueden hacer tantas cosas...

—Tiene usted razón, padre. Pero yo estoy enfermo, estoy débil...

—¿Qué es la debilidad del cuerpo? Dios está por encima

del cuerpo. Tenga confianza en Él. Tenga confianza en Él y recuerde...

El monje se levantó del taburete e hizo un amplio signo de la cruz sobre la cabeza del rey. Luego dijo:

—Y ahora humíllese y confiese sus pecados.



# 5

La Dieta comenzó con mucho ruido. Sobieski observaba con atención todo lo que pasaba en la sala. Estaba decidido a no interrumpir la sesión. No le fue difícil darse cuenta de que desde el comienzo los representantes del bando francés y brandenburgués se disponían a interrumpir los trabajos de la asamblea. Se recurrió de nuevo a Przyjemski, que se movía entre los diputados y daba grandes gritos contra el proyecto de constituir una liga y contra la guerra al lado de la corte austríaca. Se le había informado al rey de que los representantes de la oposición distribuían entre los diputados hojas de propaganda, que repartían dinero a espuertas y que invitaban a recepciones sin mirar gastos.

Aunque se había dado cuenta de todos esos preparativos, Sobieski vio cómo, en la sala, quienes seguían prevaleciendo eran sus partidarios. Por eso, al abrir la sesión declaró en tono decidido y solemne que no pensaba interrumpir la Dieta. «No podemos, señores míos, salir de aquí sin haber aprobado esas decisiones de las que depende la seguridad y acaso la vida de nuestro país. Si no las aprobamos, ordenaré el reclutamiento popular, para que ellos defiendan las fronteras de Polonia».

Las palabras del rey fueron acogidas con gritos de gozo por la mayoría y con murmullos airados por la oposición. El debate se convirtió en lucha. El día anterior, alguien había

metido en la cocina real gallinas envenenadas, y un individuo hasta el momento desconocido había disparado desde detrás de un muro contra la carroza del rey.

Sobieski ya se había restablecido de su enfermedad y de su estado de depresión. Hacía su juego fríamente y con todo empeño. La confianza en su confesor le había permitido sofocar dentro de sí las sospechas que alimentaba respecto a Marysienka. Por lo demás, después de los días de cuidado afectuoso con que su mujer le había atendido durante la enfermedad, se había convencido por completo de que la idea del matrimonio de Marysienka con Jablonowski había sido gestada a sus espaldas por la frívola fantasía de Morsztyn. No le era tan fácil absolver a Jablonowski. Observando al amigo se convenció de que Jablonowski sufría por el hecho de que a los ojos de la gente la fama militar de Sobieski superara a la suya. Más de una vez, en el círculo de sus conocidos, había expresado la opinión de que Sobieski no era capaz de adecuarse a las reglas del arte militar, y de que sus éxitos militares no eran más que golpes de suerte. Demasiado a menudo se había detenido, además, en particulares sobre la mala salud del rey. Recibía elevadas compensaciones por parte de la Embajada de Francia. Todo ello demostraba que las declaraciones de Morsztyn no eran del todo gratuitas. A pesar de ello, Sobieski pensaba que Jablonowski no era más que un monigote en manos del tesorero.

Sus investigaciones pusieron en claro que el número de los enemigos era mucho mayor de lo que se creía en un principio. Hasta los Sapieha, por los que tanto había hecho, y también sobre todo porque constituían para él el contrapeso de los Pac en Lituania, formaban parte de la conjura. Michal Pac ya no estaba, había muerto hacía un año, y había sido sepultado en la iglesia que él había mandado levantar en Antokol. Sobre su tumba estaba escrito: *hic iacet peccator magnus*. Pero los principales responsables de la conjura eran, sin duda, Morsztyn y De Vitry.

Cuando el camarero L'Espine descubrió en la cocina real





la carne envenenada, Marysienka dijo enseguida que veía en aquello la mano de De Vitry. No sentía ninguna simpatía hacia el embajador, sospechaba que había sido él quien había hecho volver a su cuñado el Marqués de Bethune. Eso le vino bien a Sobieski, que inesperadamente se encontró con que su mujer estaba de su parte.

Nada hizo para que De Vitry entendiera que sospechaba algo. Siguió hablando a diario con él, como siempre, con la máxima gentileza. Hablaba siempre de dinero (sabía que el embajador referiría a su soberano que al rey polaco solo le interesaba el dinero), del tiempo, de las batidas de caza. No permitía que la conversación derivase hacia ningún tema político serio.

El canciller Wielopolski, mientras tanto, tuvo un gran discurso en el que explicó que junto a Belgrado esperaba dispuesto el poderoso adversario otomano y que aquel ejército lo guiaba el gran visir Kara Mustafá, bien conocido en Polonia. Cuando dijo que entre los turcos y sus aliados había que calcular un ejército de más de trescientos mil hombres, se oyeron murmullos en la sala. Alguno de la oposición gritó: «¿Qué nos importa ese ejército? ¡Irán contra el emperador, no contra nosotros, y el emperador oprime a nuestros hermanos, los húngaros y los croatas!». Pero su voz no tuvo eco. Entre los diputados se murmuró: «Son los suficientes para preocuparnos, al emperador y a nosotros». Tomó la palabra Sobieski y dijo:

—Yo les invito, señores, a que aprueben la alianza con el emperador contra los turcos. Así pues, iremos a combatir a donde haga falta contra ese poderoso enemigo del cristianismo y de nuestra patria. Lo conocemos bien y sabemos qué es lo que nos amenaza. No nos vamos a quedar esperando a que llegue de nuevo hasta aquí, como hace tantos años, a que pisotee nuestro país y reduzca nuestras gentes a la esclavitud, y profane nuestras iglesias. Saldremos a su encuentro ya que es mejor combatir en tierra extranjera en alianza con príncipes cristianos que medirse con el enemigo en la patria, donde

estaremos solos y donde solo podemos contar con nuestras propias fuerzas...

Los presentes en la sala acogieron el discurso con una cálida ovación. Pero la oposición no capituló. Sus oradores tomaron como pretexto el principio de sacar la guerra fuera de las fronteras de Polonia. «¿Por qué vamos a tener que caer lejos de la patria a manos de esos pérfidos austríacos? –se oía repetir una y otra vez en cada intervención.

Sobieski escuchaba todos estos argumentos dominándose a duras penas. Y seguía aplazando el ataque. Le fueron entregando otras cartas interceptadas. Hacki tuvo que trabajar día y noche para descifrarlas, pero no fue capaz de leerlas por completo. Solamente una de las cartas de De Vitry fue completamente descifrada. El embajador aseguraba en ella al rey francés que, sin lugar a dudas, la Dieta sería interrumpida, con tal de que se encontrasen los fondos necesarios. Le rogaba que le enviase cuanto antes el dinero y escribía que hasta aquel momento había tenido que recurrir a préstamos de los mercaderes de Varsovia. Ironizaba sobre el hecho de que, a pesar de que Sobieski había conseguido que la Dieta aprobase la Alianza y el reclutamiento del ejército, sin embargo, con el caos que dominaba Polonia, nadie, antes del año siguiente, iba a conseguir ver aquel «milagro de ejército». Y cuando una cosa empieza a aplazarse, acaba por no realizarse jamás. «¡Porque siempre acaba siendo así –escribía– en este Estado polaco!».

—¡Ya lo veremos! –dijo apretando los dientes y dirigiéndose a Matczynski–. ¡Ya lo veremos! El Marqués De Vitry cree que conoce muy bien Polonia. ¡Nosotros le demostraremos que se equivoca!

Ahora se sentía como antes de la batalla. Los cañones en los que Jablonowski tan firmemente creía, eran solo cañones, pero todo dependía de cómo se cogiera al toro, y de la estrategia que se adoptaría sin que el enemigo se diera cuenta.

—Escúchame, Marcos, dile a esa gente que vayan junto a los mercaderes y que les digan que si no quieren vérselas conmigo, ni sueñen siquiera con prestar dinero a De Vitry. A quien me obedezca sabré premiarle, pero sabré también castigar a quien actúe contra mi voluntad. ¡Ni un céntimo deben darle!





—Ordenaré inmediatamente que se haga así.

—Quiero creer que no van a ir contra mi voluntad: los armenios y los griegos siempre me han obedecido. En cuanto a los hebreos, su comportamiento ha sido variado, pero creo que esta vez me van a escuchar, porque conmigo hacen negocios demasiado buenos... Ciertos escoceses podrán crear problemas...

—No es como para preocuparse. De esos me encargo yo.

—Tanto mejor si es así. Y no quiero ni oír de nadie que yo he dado personalmente orden de que no presten dinero. Otra cosa: es necesario que Hacki me prepare algún extracto de esas cartas, de las más significativas. No golpearemos a todos...

—¿Pero, mi señor, acaso quiere perdonar a los culpables?

—Políticamente no sería algo positivo ponerlos a todos al mismo nivel. Hay que citar sus nombres, pero sin prejuzgarles de culpabilidad. Muchos han sido engañados. Lo que se dice culpables lo son solamente Morsztyn y De Vitry. Esos tendrán que ser castigados.

—Morsztyn en sus cartas no hace más que repetir que hay una conjura.

—Quizá no son más que bravatas. Pero luego...

—¿Lo ves, Marcos? Justo cuando nos estamos preparando para la guerra no podemos librarnos de hombres como Jablonowski y Sapieha. Ni siquiera podemos acusar a Stanislao Lubomirski porque su hijo nos sirve fielmente. Incluso cuando lo enviamos ante el emperador con un ejército mercenario. Para la guerra debe haber el consenso de la nación. Morsztyn no es ya un polaco. Para nadie es un secreto que se ha comprado bienes y cargos en Francia...

Se interrumpió bruscamente y, con las manos cruzadas detrás de la espalda, empezó a caminar arriba y abajo por la

sala. Luchaba consigo mismo y no quería dejarse dominar por un ciego rencor contra Morsztyn. Al hacer recaer tan dura acusación sobre el tesorero, recordaba con cuánta facilidad esa misma acusación habría podido ser presentada contra él poco años antes.

¿Acaso no había dado carta blanca a Marysienka para que le consiguiese un título de honor en el Palacio Encantado? ¿No había proyectado quizá también él comprarse una propiedad en Francia? Es verdad que, en lo más profundo de su corazón, no deseaba todo aquello. Y consintiéndole a su mujer actuar así, se había comportado como hetmán... ¿Era muy diferente su comportamiento de entonces del actual de Morsztyn? Mientras Marysienka trataba en París, él tramaba con Prazmowski cómo echar al rey Miguel... ¿Quién era más culpable, Morsztyn hoy o él entonces? Tal vez, si no hubiera sido por el hecho de que Olszowski había tenido confianza en él, a pesar de todo... ¿quién sabe cómo habría acabado todo si no hubiese tenido él una reacción íntima, el hecho de sentirse polaco, de ser el bisnieto de Zolkiewski...? Si no hubiese sido por su talento militar, y no por una genérica disposición a combatir, cosas de las que carecía por completo el tesorero poeta... Algo que no era capaz de definir lo había frenado al borde del precipicio, así que no tenía derecho a ser despiadado con quien había sido su amigo, aliado, y cuyo talento poético admiraba... Se paró junto a Matczynski y dijo:

—No quiero arruinar a Morsztyn. Hay que desenmascarar la conjura. Y luego tendrá que elegir...



# 6

Aquel día de marzo se encaminó a la Dieta decidido. Había llegado el momento de interrumpirla. Las discusiones estaban durando ya demasiado. El delegado del emperador estaba empezando a impacientarse. También el nuncio apostólico empezaba a suplicar que se tomase una decisión definitiva. El acuerdo con Viena estaba preparado. Del ejército turco llegaban noticias cada vez más preocupantes. Se decía que Kara Mustafá había hecho saber al Khan de Crimea que la campaña tenía por objetivo la conquista de Viena. Los tártaros, entre los que Sobieski tenía muchos informadores y amigos, se lo habían hecho saber. Todo lo demás lo confirmaba. Alrededor de Belgrado había ya tantos soldados que nadie habría podido creer que el único objetivo de todo aquello fuese incorporar los territorios húngaros del otro lado del Bálaton al principado de Imre Toköli.

Sobieski hacía llegar a los austríacos escrupulosamente todas las noticias que le llegaban del campo turco, y ellos le rendían recíprocamente el servicio de informarlo sobre la actividad de los conjurados.

La oposición presente en la Dieta hacía todo lo posible por prolongar el debate. Se contaba también con el cansancio de los diputados. De Vitry se había propuesto hacer todo lo posible para que no se llegase jamás a constituir un ejército que pudiese llegar a salvar al emperador. Francia, mientras

por una parte intentaba entretener a Polonia a cualquier costa, por otra ejercía presión sobre el sultán e intentaba convencerlo de que aquel era el momento adecuado para destruir el imperio.

La Dieta se abrió y el rey, en presencia del Senado, declaró enseguida que deseaba hacer un comunicado importante. Nadie esperaba aquel día una intervención del rey, así que a sus palabras siguió un silencio lleno de expectación.

Sobieski observó atentamente la sala llena de cabezas rapadas. ¡Cómo habían cambiado los tiempos! Diez años antes, aquellas personas lo habrían hecho pedazos. Ahora estaban llenos de agradecimiento y de amor. Los adversarios se sentaban, en cambio, en los bancos de los senadores, vestidos con elegancia, no siempre al estilo polaco, cubiertos de oro. Sintió un gran alivio por encontrarse, por fin, del lado justo y en constatar que la causa por la que luchaba no estaba solamente cercana a su corazón, sino a la de aquellos hombres que sentía tan cerca.

Luego, comenzó a hablar:

—El problema del que les quiero hablar, señores míos, es un asunto de gran importancia. No voy a alargarme. Ha sido descubierta una conjura que tiene por objetivo la interrupción de la Dieta, la destronización del rey, la traición al país y su consigna, como prenda, a las manos del enemigo. Ha habido algunos que por dinero, ofrecido por el rey de Francia, se han declarado dispuestos a hacer cualquier cosa. No seré yo quien los acuse. Para denunciarlos bastarán sus propias palabras, contenidas en sus cartas...

Hizo un gesto a un secretario y este comenzó a leer algunos párrafos escogidos de las cartas de Morsztyn. No hizo falta que leyese mucho para que en la sala se desencadenase el fin del mundo. Los diputados se pusieron en pie. Entre los gritos, el batir de pies y el tintinear de los sables, se oían todo tipo de exclamaciones:

—¡Morsztyn, traidor!

—¡Conjuro!





—¡Sinvergüenza, vendido!

—¡Bastardo!

—¡Ya basta! ¡Hacedle pedazos! ¡Colgadlo!

—¡Acabemos con De Vitry y Duvernay!

—¡Muerte a los franceses! ¡Muerte a los bastardos!

Resonó de pronto una canción de venganza de la región de Masovia que se cantaba años antes, y que, evidentemente, no se había olvidado del todo:

¡A los franceses, palos, hasta que tengan los huesos quebrados!
¡Primero a colgarlos y luego despacio a empalarlos!
¡Dadles con las garrotas, hasta que tengan las cabezas rotas!

—¡Muerte a los franceses! ¡Abajo Morsztyn! ¡Muerte a los traidores! –empezaron a gritar de nuevo, y ya los sables empezaban a salir de sus fundas.

El tesorero se levantó bruscamente de su sitio, pálido y tembloroso. Se dio cuenta de que, si el rey no lo hubiese defendido, le esperaba solo la muerte. El tumulto en la sala aumentó, la multitud de diputados se movía hacia los asientos de los senadores.

De pronto, uno se subió a uno de los bancos y empezó a gritar:

—¡Señores, hermanos! ¡Esperad un momento! Todavía no se ha dicho todo. ¡Las cartas hablan también de otras personas!

—¡Bien dicho, bien dicho! –se hicieron eco las otras voces–. ¡Escuchemos! ¡A los traidores los decapitaremos y los colgaremos a todos juntos!

En el grupo de los senadores, rodeados por los nobles enervados, pasó como un soplo de arie gélido. No temblaba solamente Morsztyn. Sobieski sintió fijos sobre él también los ojos, llenos de un terror mortal, de Sapieha, de Grzymultowski, de Jablonowski. Este último avanzó un paso en dirección al trono. Sus labios lívidos susurraron algo, pero sus palabras se perdieron en la confusión general.

En la sala se hizo de pronto el silencio: el secretario empezó a leer las cartas. Sobieski no había permitido que se hiciese público el pasaje relativo a Marysienka. Pero se leyó el párrafo que concernía a la destronización de Sobieski y a la coronación de Jablonowski. De los fragmentos citados se deducía que, indudablemente, los conjurados estaban dispuestos a eliminar a Sobieski de cualquier modo, aun a costa de tener que asesinarlo.

La sala comenzó de nuevo a bullir. Se empezó a dar golpes en los bancos, mientras la multitud de diputados avanzaba bufando. Era evidente que nadie iba a poder retenerlos, ni siquiera los guardias de la corona. Empezaron a gritar:

—¡Acabemos con ellos, masacradlos!

—¡Traidores!

—¡Muerte a Jablonowski!

—¡Muerte a Sapieha!

—¡Empalad a Morsztyn!

—¡Abajo los franceses!

—¡Queremos la cabeza de los lacayos turcos!

La mirada de estos últimos imploraba piedad. Su vida dependía de él: sabía que había ganado, la conjura había sido desenmascarada, los conjurados, reducidos hasta la humillación. Cuando los vio en aquellas condiciones no sintió odio por ninguno de ellos. Acaso, conmiseración. También por Morsztyn...

Llamó con una mirada al mariscal de campo, para que hiciese callar al público de la sala. Le costó bastante que volviera el silencio, pero, cuando se hizo correr la voz de que el rey quería tomar la palabra, los diputados se volvieron excitados a sus asientos.

—Han oído, señores míos, lo que dicen las cartas –comenzó–. Creo que la culpabilidad de algunos es un hecho evidente. Morsztyn y los otros se han dejado corromper, mientras que el embajador, el Marqués De Vitry, ha abusado de su cargo. Sin embargo, no creo que los Sapieha hayan contribuido a la traición. No creo tampoco –subrayó estas palabras





con una fuerza particular– que el hetmán Jablonowski pretendiera realmente adueñarse del trono mediante la conjura y la traición...

Se interrumpió por unos instantes. En la sala se hizo un silencio espeso.

—No creo en su culpabilidad –repitió–. Culpable es el tesorero Morsztyn. Y además sus culpas no las llegamos a conocer del todo, visto que sus cartas están cifradas...

—¡Soy inocente! –gritó Morsztyn. La voz del viejo poeta resonó de nuevo altiva. Acogió las palabras del rey sin darles importancia. Se sintió de nuevo seguro de su impunidad–. ¡No soy culpable! ¡Pido ser defendido de la violencia de todos ellos!

—Sobre la culpabilidad de Vuestra Señoría decidirá un tribunal compuesto de senadores y diputados. Vuestra Señoría tendrá que darnos la clave para descifrar completamente las cartas...

—¡Nadie me juzgará! –gritó el tesorero.

El rey hizo un gesto y los guardias del mariscal se acercaron a Morsztyn. Este fue de nuevo presa del miedo. Se miró alrededor. De un lado estaba la multitud de diputados, nerviosos y con las manos apretadas en las empuñaduras de los sables. De otro, se acercaban los vasallos armados. Los conjurados habían bajado la cabeza y evitaban su mirada. Morsztyn se dio cuenta de que se había quedado solo. Levantó la mirada hacia Sobieski y leyó en los ojos grises del rey una decidida inflexibilidad. Bajó la cabeza. Rodeado por los guardias, entre el sordo silencio de los allí reunidos, salió de la sala.

Morsztyn, había partido inmediatamente para Danzig, y allí se habían embarcado en una nave que partía hacia Francia.

El día después se le anunció a Sobieski la visita de De Vitry. El embajador entró en la sala con un aire vanidoso y seco. Empezó enseguida con las lamentaciones:

—Me veo obligado a denunciar a Vuestra Majestad los despechos de los cuales he sido objeto en los últimos días. Cosas tan insólitas que indignan. Alguien ha disparado contra una ventana de mi apartamento...

—¿Ha provocado algún daño?

—Ha hecho trizas un espejo. Un espejo precioso, con el marco de plata, valorado en cuarenta táleros. Creo que Vuestra Majestad encontrará el modo de resarcirme de este daño.

—Por supuesto, por supuesto. Usted, marqués, ¿recuerda que el invierno pasado, en una batida de caza, ha matado por distracción de un tiro de fusil a mi sabueso preferido? ¿Se acuerda?

—Sí... creo recordar... Aquel perro se me atravesó en el punto de mira cuando yo estaba apuntando a un oso.

—Efectivamente. Y usted dijo que me resarciría de aquella pérdida. Así que una pérdida resarcirá a la otra.

De Vitry arrugó la nariz.

—No es lo mismo, Majestad. Y además debe considerarse la ofensa al embajador del gran rey. Pero en vista de que Vuestra Majestad lo quiere así... Debo añadir que ha habido otras faltas de respeto hacia mi persona. Debo constatar con amargura que me es imposible ir a la ciudad porque los pillastres callejeros me llenan la carroza de barro y... *excusez le mot*... también de mierda. La gente apedrea a mis hombres. Mis servidores temen por su vida. Una vez, una piedra gorda como un puño ha entrado en mi carroza y me ha caído encima del pie...

—Vuestra Excelencia tiene toda mi comprensión. ¿Ha habido algo más?

—No sé si le habrá llegado a Vuestra Majestad la noticia de que el joven Tyszkiewicz ha declarado públicamente más





de una vez que, si consigue que yo caiga en sus manos, me dará cien puñaladas en las plantas de los pies. ¡Auténticas amenazas de bárbaros!

—Es un castigo turco del que seguramente ese muchacho ha oído hablar más de una vez, quizá también por parte de Vuestra Excelencia. Pero aquí en Polonia ese castigo no existe.

—Esos muchachos, por utilizar el término de Vuestra Majestad, primero hablan de apuñalar la planta de los pies, pero luego empuñan los sables y cortan las orejas o quizá incluso matan. Hay todavía mucha barbarie aquí en Polonia... Monsieur Duvernay se ha visto obligado a partir porque le habían amenazado con hacerle trizas. Y también él, como yo, era representante de un gran monarca cristiano...

—Ehm.. -la ira contra el francés ya se estaba empezando a adueñar de él, pero se esforzó en hablar con calma-. Monsieur Duvernay era el representante de Su Majestad Luis junto al príncipe Thököli. Aquí en Polonia, como ya he tenido ocasión de decirle más veces a Vuestra Excelencia, no había ya sitio para él. Vuestra Excelencia ha dicho que aquí en Polonia domina una gran barbarie. Esta barbarie no existió mientras las cosas iban bien para los franceses y cuando no faltaban las ganancias. Entonces, si mal no recuerdo, se decía que Varsovia era el verdadero París del norte, ¿verdad?

—Sí, eso se decía, se dice todavía. Pero todo lo que está ocurriendo...

—Evidentemente, hemos cambiado. De todos modos, yo creo, señor marqués, que puede usted lamentarse de su estancia en Varsovia. Ha sido un placer tenerle como huésped. Ahora, como se habrá dado cuenta, la Dieta y el Senado han decidido que, según las antiguas costumbres, no se permitirá más la estancia estable a los embajadores de otros países. Se ha hecho una excepción con su Eminencia el nuncio apostólico y para las delegaciones de los Estado aliados. Los otros, una vez finalizada su misión, deberán abandonar enseguida nuestro país...

—¿Eso quiere decir, Majestad, que esa decisión me incumbe también a mí?

—Creo que ya hemos tratado todos los problemas por los que Vuestra Excelencia llegó un día aquí.

—Yo no puedo marcharme ahora. Antes debo ponerme en contacto con mi soberano. Entre otras cosas, no tengo dinero. Por motivos que desconozco, en los últimos tiempos no he conseguido obtener préstamos de ningún mercader de Varsovia. Desde hace bastante tiempo espero en vano un envío de dinero. Mis mensajeros son continuamente asaltados. Inexplicablemente, en el reino de Vuestra Majestad, los caminos están llenos de bandidos.

—¿De veras? ¿Usted sabe, señor marqués, que durante años y años mis cartas que iban dirigidas a Francia, o que llegaban de Francia, desaparecían misteriosamente? ¿Y que, si por fin llegaba alguna, me daba cuenta de que había sido leída?... Evidentemente, tampoco en Francia faltan bandidos en los caminos... Pero debo decirle que aquí hay algunas cartas de Vuestra Excelencia, sustraídas a quienes las habían interceptado... Se las daré enseguida... Al leerlas, junto con mi mujer, nos hemos quedado algo sorprendidos...

—Veo con sincera tristeza que Vuestra Majestad es poco gentil con mis asuntos...

—¿Qué quiere que le haga, señor marqués? Cuanto más viejo, más cretino me hago y pienso solo en mi bien personal y en el de mi familia... ¿No escribía usted eso? Creo que puedo encontrar esa carta...

De Vitry se quedó pálido, e hizo el gesto de ponerse el sombrero.

—Le doy las gracias a Vuestra Majestad –dijo enseguida–. Esas cartas ya no me hacen ninguna falta, sobre todo, si he de marcharme enseguida...

—En ese caso, le deseo buen viaje, marqués.

De Vitry hizo ante Sobieski una profunda reverencia, digno de las exigencias de etiqueta más rígidas de Versalles. Sin decir nada se retiró, caminando hacia atrás, hacia la puerta, mientras con las plumas del sombrero barría el suelo.



# 8

—Increíble, De Vitry se ha ido sin despedirse –dijo Marysienka–. Estaba segura de que se habría dejado ver, quizá con algún pequeño regalo. Y, sin embargo, he oído decir que se ha marchado tan rápidamente como si alguien lo estuviese persiguiendo. Dicen que ha dejado en el Monte de Piedad un alfiler de sombrero carísimo, porque no tenía suficiente dinero para marcharse. Naturalmente, no ha pagado sus deudas y ya desde esta mañana ha empezado a llegar una procesión de gente que se lamenta y que pide dinero.

Sobieski estaba jugando a las cartas con su hija. Levantó la cabeza y preguntó:

—¿Y tú qué has hecho, querida mía?

—He ordenado a esa gente que se fuera, no puedo pagar yo por ese fanfarrón.

—Pero de esa manera yo creo que estamos tratando mal a los pobres. Si me permites, le haré examinar la cuestión a d'Espine...

—Haz como quieras. Tú te haces rodear siempre por todos.

Era una tarde familiar. Los padres y los niños se habían reunido en el salón del Palacio Wilanów. Los pequeños jugaban sobre la alfombra con soldaditos de madera, labrados para ellos por un artesano italiano que trabajaba en la decoración de Palacio. Sobieski enseñaba a Teresa a jugar al «pi-

quete» con las cartas francesas, traídas recientemente de París, y distintas a aquellas fabricadas por Fraczyk en Cracovia. Marysienka bordaba sobre el bastidor y Jacobo estaba sentado en un lugar aparte, con cara de aburrimiento, dejando vagar la mirada por las figuritas de estuco que decoraban el techo. Solo el pequeño Juan dormía ya en su habitación.

—Esto son tréboles y esto son picas –explicaba Sobieski a su hija–, no guindas ni uvas. Este es el as, no un rombo, y este es el diamante... Vamos, que deberías saber ya cómo se juega...

—Ya, papá.

Pero antes de que empezasen a jugar, se volvió a oír la voz de Marysienka:

—Hoy ha venido a verme Jablonowski... –mientras decía esto alejó de sí el bastidor, lo dejó a mano y, agachando la cabeza, contempló su trabajo con una mirada llena de satisfacción. Bordaba muy bien, pero le gustaba también que se lo elogiaran. Aunque los elogios del resto no añadían nada a su convicción de que nadie podría competir con ella en el bordado–. Te ha elogiado mucho por el hecho de haberle ofrecido el bastón de mariscal. Ciertamente se lo merecía, pero él creía que, después de aquella historia con Morsztyn, tú ibas a ceder ante las presiones de esos «rudos campesinos». Han gritado también contra Jablonowski, pero tú has estado perfecto, *comme il faut*. Tengo que darte mis más sinceros elogios.

—Gracias, cariño –dijo inclinándose hacia su mujer. ¡Un elogio como ese en otro tiempo lo hubiera hecho feliz! Dispuso automáticamente las cartas sobre la mesa. Pero, vista una mueca de insatisfacción en el rostro de su hija, le sonrió y tomó de nuevo las cartas en la mano. Sus sentimientos por Teresa se hacían cada año más profundos.

—No me creo ni la mitad de esas historias que ha contado Morsztyn –añadió.

—Siempre ha sido un mentiroso –corroboró Marysienka–. Hasta cuando intentaba adular.





No contradijo aquellas palabras, aunque recordaba muy bien cómo algunas veces había quedado entusiasmada con los modales franceses del tesorero y sus versos lúbricos. Teresa hacía señal con los ojos de querer volver a jugar. Cuando ya estaba a punto de hacerlo, se oyó de nuevo la voz de Marysienka:

—Supongo que, si envías al ejército en ayuda del emperador, a la cabeza estará Jablonowski...

—No lo sé, aún no lo he decidido.

—Pues entonces decide.

—Papá... –oyó un susurro sordo–. Papá, ven a jugar, anda...

Sonrió a su hija como pidiéndole excusas. Dijo:

—Estoy pensando si no será cuestión de que vaya yo...

—¿Tú? –exclamó levantando la cabeza y poniendo aparte el bastidor con el bordado–. ¿Tú quieres ir a eso? ¿Y tus achaques? No haces más que hablar de ellos, te lamentas continuamente. Hace apenas una semana que he tenido que curarte de un dolor de cadera. Tienes siempre las piernas hinchadas... ¿Y tus cálculos? ¿Quién se va a ocupar de ti? Durante la marcha no vas a tener baños calientes y no habrá nadie que vele por ti...

—Es cierto –admitió–, mi salud anda bastante mal... Si no fuera por tus cuidados, mi amor, no sé si estaría todavía vivo...

—¿Entonces aprecias mis cuidados?

—Siempre los he apreciado.

Se levantó pesadamente de la poltrona, le tomó la mano y le acercó los labios.

—Deja, deja –dijo alejando bruscamente la mano, como si tuviese miedo de poder acrecentar su ternura–. Siempre te dije que llegaría un día en el que ibas a apreciar mi amor.

—¿Pero te crees que ha habido algún momento en el que no lo haya apreciado, Marysienka?

—Bueno... no has sido siempre igual... No. No puedes

irte, moriría de la preocupación. Déjalo todo en manos de Jablonowski. No te defraudará.

—Pero, si fuese yo, sería comandante en jefe de todo el ejército. Así está escrito en el pacto. El emperador no es un hombre de armas, no está en condiciones de guiar un ejército. Y el comandante de su ejército es el príncipe de Lorena...

—Leonor no ha logrado la corona.

—No ha logrado la corona, pero se dice que son felices. Si yo no voy, el comandante del ejército va a ser Carlos, lógicamente...

—Sí, es cierto, podría conseguir demasiada gloria...

—Después de mí tiene la prioridad el príncipe de Sajonia, pero es protestante. Así que creo que lo mejor sería que fuese yo. Podría llevarme conmigo al pequeño Jacobo...

Marysienka hizo un chasquido con las manos.

—¿Quieres llevar al niño a una campaña militar?

—¡Ha llegado para él el momento de experimentarlo! No le va a pasar nada, estaría bajo buena protección. Tendría ocasión de conocer al emperador, a los príncipes del Imperio. Conocería el mundo, los hombres... ¿Eh, qué dices? ¿Te gustaría ir? –dijo dirigiéndose a su hijo.

—Claro que quiero, aquí me aburro como una ostra –fue la respuesta de Jacobo.

Pero Marysienka seguía oponiéndose:

—No, no. Ni tú ni él podéis ir. Si os pasara cualquier cosa, no iba a perdonármelo jamás. Los turcos son terribles, y tu salud...

—Pero tú sabes, querida mía, que mi salud mejora cada vez que salgo a alguna campaña.

—Ahora montar a caballo para ti es difícil. Tú eres el rey y tu sitio está aquí, en tu país. Allí es suficiente con que vaya Jablonowski.

Teresa seguía haciéndole guiños y, sin que se notara, le daba pequeños golpes con el codo. Para Sobieski se había acabado la tranquilidad. Pensaba: ¿será cierto que se preo-





cupa tanto por mí o lo que le interesa es solo que Jablonowski consiga en esta campaña cierta fama? Le daba rabia que semejantes pensamientos se adueñasen de él y, aunque intentaba rechazarlos, volvían con insistencia.

—Si yo tomase parte en la expedición –comenzó a decir tras un momento de silencio–, quizá consiguiera tener un coloquio con Thököli. La suerte de los húngaros me preocupa mucho.

—Ya les has ayudado bastante.

—Les he ayudado todo lo que he podido. Pero ahora ya no puedo ayudarlos más, desde el momento que han estrechado la alianza con los turcos contra el emperador.

Se encogió de hombros.

—Entonces deja de pensar en ellos, visto que la situación política requiere más bien otra cosa.

—La política es la política, la simpatía es la simpatía. Ningún pueblo está tan cerca del mío como el húngaro. Es extraño: tienen una lengua que no hay manera de entender y que es casi imposible aprender. Tienen un único género, sea para el femenino que para el masculino. Y sin embargo los tenemos más cerca que ninguna otra nación... Sé muy bien que viven en condiciones muy duras. Están como presos por un torno: por una parte les aprietan los turcos, y por otra los alemanes. Unos son paganos, los otros son católicos... Yo me considero un hijo fiel de la Iglesia, pero no soy capaz de perseguir a los seguidores de otra fe, aunque...

—¿Crees que cualquier fe es buena? –preguntó en tono burlesco Marysienka–. Oh, el arzobispo Wydzga se quedaría alucinado si te oyese semejante discurso.

—No me oirá decir nada, porque yo no pienso así. Solo hay una fe verdadera, la nuestra. Pero en cada religión hay algo de verdadero. No te imaginas siquiera lo que me gusta discutir con quien tiene una fe distinta de la nuestra: con los ortodoxos, con los herejes, hasta con los hebreos. Con Abramek de Zamosc he discutido durante horas. Y más de una vez he vencido, aunque mis conocimientos no fueran tan vastos.

—Te caen bien tus hebreos, lo sé. Y ellos se aprovechan y consiguen ventajas.

—Son así, les gusta obtener ganancia de todo. Pero, sobre todo, tengo predilección por los húngaros. Es un pueblo magnífico. Son religiosos, aunque de manera distinta a la nuestra. Si un húngaro cree, lo demuestra con toda su vida. Y no es enemigo de los otros solo porque tengan una fe distinta. Thököli es joven, pero vale mucho. No ha aceptado el título de rey, aunque el sultán se lo ha dado. Y yo quisiera ayudarlo. Tengo miedo de que el rey de Francia vuelva a enviar a Hungría a alguien como Duvernay, que es capaz de incitarlos a la revuelta y empujarlos a la guerra contra los turcos... Le había puesto muy nervioso esto al nuncio apostólico. Hace poco me decía...

Marysienka interrumpió bruscamente al marido:

—¿Y de mi padre le has hablado? Le he planteado tantas veces el problema, pero por ahora no he visto ningún resultado. El Papa debería encontrar para mi padre un cargo adecuado. Visto que para el Papa has dejado de apoyar al rey de Francia y quieres enviar al ejército en ayuda del emperador, también él debería hacer algo por ti!

Suspiró profundamente. Volvía a ponerse de manifiesto el problema que en los últimos tiempos se había convertido en la principal preocupación de Marysienka, que no le daba descanso. Desde el momento en que no había conseguido nada con el emperador, había pensado que era el Papa el que tenía el deber de darle algún título al viejo Marqués d'Arquien.

—Si he abandonado al rey Luis no ha sido por el Papa, sino porque lo requería la seguridad del Estado –dijo–. En cuanto a lo del título para tu padre, volveré a hablar del tema con el nuncio en cuanto tenga ocasión. Pero antes tengo que preocuparme del problema de los víveres del ejército y de los preparativos de guerra. Hay muchas cosas que hacer, y el tiempo vuela...

—Lo conseguirás, estoy segura. Pero el problema de mi





padre no puede esperar más. Te va el honor en ello. Hoy están todos dispuestos a hacer cualquier cosa por ti...

—Tendrás que ocuparte de mi matrimonio, papá; y tendrás que hacerlo ya –se hizo oír de pronto Jacobo–, ahora que eres tan importante para todos.

—Nuestro Fanfanik tiene razón –observó Marysienka–. Tienes que ocuparte enseguida de esto, en cuanto acabes con el asunto de mi padre.

—¿Por qué después, madre?

—El abuelo tiene derecho antes que tú a tener una satisfacción. ¿Sabes, querido? –dijo dirigiéndose a Sobieski–. Creo que el Papa debería darle el rango de cardenal.

—¡Marysienka! –exclamó mirando estupefacto a su mujer–. ¡Pero si es una dignidad eclesiástica!

—El Papa no hace cardenales solo a los obispos.

—Sí, a veces... pero...

—Visto que hay una posibilidad, nadie mejor que mi padre merece ese título. Y a ti te debería interesar, porque Polonia no tiene ningún cardenal. ¡Y creo que este país se lo merece!

—Sí... cierto... –murmuró.

—¿Quién hace por la Iglesia más de lo que hacemos nosotros? Tú le has dado muchísimo a las iglesias y a los monasterios. Acabo de dar la orden para que se empiece a construir una iglesia para las monjas del Santísimo Sacramento, a las que he invitado a venir desde Francia y a quienes ya les he dado una casa en la Ciudad Nueva. Quisiera que fuese la iglesia que sea venerada por toda nuestra casa.

—Es una idea noble, querida. También yo he pensado que, si la campaña va bien y termina con nuestra victoria sobre los infieles, haré construir en Varsovia una iglesia para los Padres Capuchinos, en agradecimiento de su actividad como capellanes del ejército.

—¿Lo ves? Háblale de mi padre al nuncio. Tiene que saber que, si nosotros pedimos una cosa, el Papa no puede ne-

gárnosla. El título de cardenal será para mi padre lo más grande que pueda desear.

Estaba sentado sin hablar, extrañamente deprimido. Notó con desagrado cómo Teresa había dejado las cartas y se había alejado de la mesa. Siguió con una mirada llena de amor y de tristeza su perfil lleno y ya muy femenino. Inútilmente buscaba consuelo en sus sentimientos hacia su hija... también aquel amor se mezclaba con el dolor, como todo el resto...

Teresa se dedicaba también a bordar. Se sentía traicionada porque el padre había interrumpido el juego, aunque intentaba decirse a sí misma que no lo había hecho por propia iniciativa. Dentro de sí se daba cuenta de que, en aquel momento, el padre se encontraba en una dificultad, y estaba con él de todo corazón. No siempre conseguía entender a sus padres. Los quería a los dos, pero de modo diferente. No los quería cuando estaban los dos juntos. Y no soportaba a su abuelo. Este venía de vez en cuando a visitar a los niños con una gran peluca de tirabuzones que le caían sobre la espalda, y perfumado hasta tal punto que se le olía a varios pasos de distancia. Con los dedos huesudos, sobre los que bailaban los anillos, acariciaba las mejillas de los niños. Teresa era lo suficientemente mayor para entender que todavía más que los niños le gustaban las institutrices y las damas de corte. Alguna vez les daba un pellizco a una de ellas, o bien, con el dedo encogido como una garra, intentaba llegar al busto. Luego reía a carcajadas. Las chicas también le reían las gracias, pero cuando el marqués se iba, Teresa las oía murmurar que aquel viejo les daba asco, porque tenía la mano muy larga, pero nunca fue capaz de ganar un duro. Desde que había oído aquellos murmullos, a Teresa le daba repelús la mano del abuelo cuando la tocaba.

El reloj que habían traído de Chocim, sobre la chimenea, dio las horas. Jacobo bostezaba abiertamente. Debía de haberse aburrido con aquella tarde familiar. Sobieski creía que no estaba en condiciones ni de entender a su propio hijo.





Aquel muchacho no tenía el porte de un caballero; era tenue, delgado, escuchimizado. A menudo estaba enfermo. Pero en sus ojos negros se leía el fuego de las grandes ambiciones, mucho más grandes que lo que sus gráciles espaldas podrían soportar.

—Es hora de irse a dormir –dijo Marysienka levantándose y dejando a un lado el bordado–. Vete a dormir enseguida, querido. Y no te quedes leyendo. El sueño es bueno para todas las enfermedades–. Alargó una mano y, con un gesto casi materno, tocó con la punta de los dedos la melena rizada de su marido.

—Cuando la veía tan cerca frente a sí, pensaba que era la mujer más hermosa y la más querida. No había nada que consiguiera destruir sus sentimientos. Por su amor habría dado el amor de cualquier otra mujer más joven y más hermosa. Pero sentía que aquel amor no iba a volver más. Ningún gesto, ni siquiera el más heroico por su parte, iba a poder resucitarlo. No había sido Jablonowski el que le había quitado a su mujer. Sus sentimientos simplemente se habían vuelto áridos, como se atrofia en el hombre un órgano que no se utiliza. ¿O quizá habían muerto ya muchos años antes, solo que él se había creído que existían todavía?

# 9

Durante el mes de junio, el ejército del gran visir Kara Mustafá, que había salido de Belgrado, avanzó hacia el noroeste, a través de la zona de Hungría que estaba dominada por el príncipe Thököli. A finales de mes llegó a Székesfehérvár, llamada también Ciudad Blanca Real. Aquí fue donde se encontraron con los Tártaros, guiados por el khan Murad Girej, y también con las tropas de numerosos *bey* que, por diversos caminos, se habían ido a concentrar allí. Llegaron también los jefes valaco y moldavo, Así como el príncipe de Transilvania Apaffy. El ejército del visir se hizo enorme.

Después de la ciudadela de Kisber, el ejército entró en el territorio húngaro que estaba bajo dominio del emperador. La línea de las montañas de la frontera, cubiertas de bosques, fue superada bajo lluvias torrenciales.

Violando la frontera establecida en el tratado con el emperador veinte años antes, Kara Mustafá dio orden de tratar sin miramientos a los habitantes del territorio ocupado. Lo que iba en contra de la promesa hecha a Tököli, a quien el sultán había garantizado que todo el territorio de Hungría sería anexionado a su Estado. Pero el gran visir quería tener contentos a sus soldados que hasta aquel momento, dado que atravesaban el territorio de un vasallo del sultán, habían tenido que respetar una rigurosa disciplina. Kara Mustafá les

dio permiso para hacer botín y ejercer cualquier tipo de violencia.

Los primeros en aprovecharse fueron los tártaros. Pero los turcos tampoco desaprovecharon la ocasión. Las aldeas y los pueblos ardían. Los hombres fueron asesinados, las mujeres violadas, a los niños más mayores se los llevaron y a los más pequeños los mataron. Además de las iglesias, fueron quemadas las personas que se habían refugiado en ellas; se quemaron también las iglesias protestantes, porque los Tártaros no habían llegado a entender nunca la diferencia entre los seguidores del «politeísmo». El ejército turco avanzaba con lentitud. Se llevaba consigo decenas de miles de prisioneros y el ganado que pastaba en los prados. Para hacer un asado mataban un buey, y con lo que quedaba se daba de comer a las gallinas. Fueron arrasados los campos de cultivo, talados los árboles frutales. Cuando llegaron a un enorme depósito de víveres que estaba dentro de un castillo, llamado el Castillo de Coral, porque estaba construido con ladrillos rojos, los soldados turcos y tártaros quemaron todo el castillo, sin llevarse siquiera un cuarto de las reservas de víveres que allí había.

Las riquezas que acumularon los soldados de infantería, que iban de saqueo en saqueo, suscitaron la envidia también entre los soldados de los regimientos de jenízaros acorazados, que empezaron también a saquear. Kara Mustafá, convencido de que no había ningún motivo por el que él no pudiera gozar también del botín, ordenó que se le pagara el *pencik*, una tasa que constituía la quinta parte del botín. De la recaudación de esta tasa se encargaban tropas especiales de *seymenler*, que constituían la guardia de corps del gran visir. Los *seymenler* se reclutaban entre los que no eran turcos ni mahometanos. Entre ellos había hebreos, tártaros y griegos que habían abjurado del cristianismo.

El ejército llegó, por fin, a las orillas del río Raab, en las cercanías del castillo de Györ, llamado también Jawarin. El castillo estaba potentemente fortificado y sólidamente defendido. En sus contornos estaba acampado el ejército del príncipe Carlos de Lorena. Pero cuando una parte de las tropas húngaras que militaban en el ejército austríaco, instigadas por los emisarios de Thököli, se pasaron a la parte turca, el príncipe Carlos de Lorena se retiró de noche bajo las murallas del castillo y luego se batió en retirada con el resto de sus fuerzas en dirección a Viena. A pesar de ello, los defensores de la fortaleza de Györ no capitularon. La plaza estaba bien guarnecida de víveres y de armas, y podría resistir durante bastante tiempo.





Frente a la decidida resistencia de Jawarin, Kara Mustafá convocó en la tienda a todos sus comandantes.

La discusión fue larga y las opiniones enfrentadas. Kara Mustafá, al dar comienzo a la reunión, expresó su punto de vista: que se podía dejar Jawarin sin conquistar, mientras que se construían puentes sobre el río para pasar a la otra orilla lo más rápido posible y dirigirse hacia Viena. La mayor parte de los comandantes acogió la propuesta del gran visir como una orden. Pero el viejo Ibrahim de Budzyn y el pachá Ahmed se opusieron a la decisión de Kara Mustafá. Dijeron que no se debía seguir adelante hasta que no fuese conquistada Jawarin.

—Si nosotros proseguimos, noble visir –dijo Ibrahim–, los infieles saldrán del castillo y destruirán los puentes. Podrán cortar también las provisiones y hacer prisioneros de los mensajeros que vengan enviados por el Magnífico Sultán. Tenemos que conquistar el castillo y luego partir hacia los cuarteles de invierno. Es necesario dejar para el año que viene la campaña de Viena. Sería bueno también, gran visir, que prohibiese a los soldados provocar todos estos daños, porque, en caso contrario, sean hombres de a pie o a caballo, no tendrán dentro de poco nada que llevarse a la boca...

Kara Mustafá no tenía simpatía por Ibrahim. Sabía que el viejo pachá gozaba de mucho respeto en la corte del sultán y que, en principio, le iba a haber tocado a él ser el jefe del ejército enviado a Hungría. Ibrahim tenía fama de ser muy hu-

mano, y lo había demostrado cuando estuvo por un tiempo como jefe de Kamieniec. Se había casado con una polaca, una tal Poniatowska.

El gran visir intentó hablar con gentileza, pero en sus palabras se intuía una rabia mal disimulada.

—Usted, pachá, es rico en años y en experiencia, por eso he escuchado sus palabras con atención. Quiero decirle, de todos modos, que no tenemos que preocuparnos tanto de las vituallas, porque en Viena nos esperan enormes riquezas. No tiene ningún sentido que nos perdamos el tiempo intentando asediar Jawarin. Hace falta darse prisa para llegar cuanto antes bajo el castillo de Viena y conquistarlo enseguida, antes de que el rey alemán tenga tiempo de llamar a los refuerzos. Jawarin capitulará por sí sola.

—Pero el pachá Ibrahim ha dicho bien –añadió Mehmet Wani, el imán a quien el sultán había confiado el cargo de acompañar al ejército y de mantener alta la moral de los soldados– cuando ha hablado de que los nuestros se comportan como pecadores e infringen las sagradas leyes del Corán. Beben vino y violan a las mujeres, que está prohibido por el Profeta. Nuestro deber es combatir en guerra santa contra los infieles, pero no pueden comportarse así. Las costumbres de nuestros soldados se están corrompiendo. Cuando los *ulema* llaman a los fieles a la oración, muchos, en vez de rezar, duermen o se divierten. Usted, noble visir, como ha dicho el pachá, debería ser más severo con los soldados...

—Pachá Ibrahim –en la voz de Kara Mustafá se notaba una ira creciente–, no hace falta que nos recuerde las leyes del Profeta. Usted mismo debería intentar acordarse mejor, porque sabemos muy bien que a menudo ofrece usted su favor a los infieles. Nuestro ejército se encamina a cumplir una misión difícil y no podemos privarlo de ciertas distracciones. Es sagrado derecho del vencedor gozar de los bienes tomados a los vencidos. Y tampoco puedo aceptar los consejos del pachá Ibrahim, porque es deseo de nuestro santo *padichá* infligir un golpe mortal a la cristiandad. Y esto lo haremos conquistando Viena, y estoy seguro de que, con la ayuda del Eterno, lo vamos a conseguir. Dentro de algunos días estaremos bajo sus murallas y entonces ya nadie podrá salvar a la «Roma alemana» de nuestros magníficos soldados.





—Pero ¿está verdaderamente seguro, *effendi* –preguntó Husein, pachá de Damasco– de que Viena no opondrá una resistencia demasiado larga? Estamos ya en el plenilunio de verano, y en estas tierras el frío llega antes...

—Le garantizo, pachá, que Viena caerá enseguida, y que antes de que lleguen los primeros fríos habremos transformado sus iglesias en mezquitas. Tenemos un ejército tan potente como jamás han visto en estos países. El rey alemán tiembla ante nosotros porque sabe que nada le salvará. Sabemos que anda pidiendo ayuda por todas partes, pero nadie tiene prisa por ayudarlo. Los príncipes alemanes no tienen tanta urgencia en ir a la guerra, y se dedican a pelearse entre ellos. Así que estarán allí vigilándose los unos a los otros, y cuando se quieran dar cuenta, Viena estará en nuestras manos desde hace tiempo...

—El soberano francés está enfrentado al rey alemán –añadió el bey de Chipre, Mehmet Frank, un francés que se había convertido al Islam, había entrado al servicio del sultán y ahora era jefe de la artillería pesada en el ejército del gran visir–. Él seguro que no va a ayudarle.

—Es evidente –dijo Kara Mustafá, confirmando las palabras del bey.

—¿Y el rey del Lehistán? –preguntó el pachá Ahmed.

Kara Mustafá soltó una carcajada sarcástica.

—Al rey del Lehistán lo temen solo los tártaros. Sobieski es un hombre enfermo que camina con dificultad y a quien tienen que subir en peso a la silla. No dejará su país, porque sabe que, si lo hace, lo destronarán. Como mucho enviará a sus soldados. Es más, quizá ya los haya mandado. En el ejército de Carlos, que estaba en Jawarin y al que hemos obligado a dejar el campo, había polacos. No había muchos y lo más seguro es que tampoco lleguen muchos más...

Se acomodó en los cojines sobre los que estaba sentado.

—Ordeno, por tanto, que mañana por la mañana el ejército se encamine a Viena. –Entrecerró los ojos y miró airado a Ibrahim–. De todos modos era una buena observación la de que, una vez nos hayamos ido, los infieles puedan salir del castillo y destruir los puentes. Por eso voy a dejar aquí al pachá Ibrahim con sus soldados, para guardar el paso. De este modo estaremos seguros de que nadie nos amenazará las espaldas...



# 10

El 19 de *Recep*, justo a mediodía, el gran visir vio las murallas de Viena. La ciudad, rodeada de potentes fortificaciones, emergía sobre el telón de fondo de un semicírculo de colinas cubiertas de bosques que la rodeaban por el sur y por el oeste. El Danubio corría a lo largo. Su lecho estaba dividido por varias islas. Justo bajo la ciudad confluía en el Danubio un pequeño afluente.

Kara Mustafá detuvo el caballo y contempló largamente la ciudad. El sol de julio ardía y se reflejaba en los tejados y en los cristales de las ventanas. El gran visir estaba henchido de orgullo. Solo una vez antes de ahora, y sin éxito, la potencia otomana había llegado bajo aquellas murallas. Ahora había llegado él y estaba seguro de que la ciudad iba a caer en sus manos. No solo estaba a la cabeza de un poderoso ejército, sino que además su artillería era en aquel momento más potente que cualquier otra del mundo. No había murallas que se le pudieran resistir. ¿Quién iba a poder salvar Viena?

Por encima de las murallas de la ciudad se elevaban los campanarios de las iglesias, sobre todo uno, con una aguja muy alta. El visir sabía que aquel era el campanario de la catedral de San Esteban. Ya saboreaba el momento en el que de aquella altísima torre cayera la cruz y fuera izada la medialuna. Kara Mustafá no era un seguidor demasiado ferviente

del Islam. Le gustaba demasiado preocuparse de sus ventajas y de sus placeres como para poder observar con escrúpulo las reglas de la religión. Si deseaba aquel triunfo era solo porque se le perfilaba un gran futuro. Sus ambiciones eran muy elevadas. Incluso en algunos momentos llegó a notar cierta inquietud frente a las propias fantasías.

Alrededor de la ciudad, que parecía sumida en el silencio esperando su suerte, se levantaban algunas columnas de humo negro. Eran castillos, aldeas y ciudadelas incendiadas por las tropas turcas y tártaras enviadas en todas direcciones. Era una advertencia para Viena, para que supiera lo que le esperaba si no abría las puertas de la ciudad.

Con un gesto impaciente de la mano, Kara Mustafá llamó a un escriba. Sin bajar del caballo y sin dejar de observar los tejados de las iglesias que brillaban bajo el sol, declaró que iba a dictar una carta para el comandante en jefe de la guarnición de la ciudad. El Corán establecía que, antes de lanzarse al ataque contra los infieles, se les diese la oportunidad de aceptar la gracia. El visir se lo habría ahorrado con gusto. Deseaba combatir, porque estaba seguro de la victoria. La idea de ocupar el castillo pacíficamente, como ya había sometido los de Tata, Pápa, Veszprém y Csobánka, que habían abierto sus puertas a la primera, no le atraía. Pero la presencia entre los soldados de Mehemet Wani les aconsejaba atenerse a las normas religiosas.

—¡Escribe! –ordenó.

El escribano se sentó en un asiento plegable.

—Quiero haceros saber –dictó– que gracias a la misericordia del Omnipotente y Santísimo Alá y de su Profeta Mahoma, y también por orden del monarca más poderoso del mundo, he llegado aquí con un poderosísimo ejército para conquistar vuestro castillo. Pero antes de levantar mi espada contra vosotros, os propongo aceptar la verdadera fe. Si lo hacéis, salvaréis vuestros cuerpos y vuestras almas. Si nos dais el castillo sin combatir, salvaréis vuestras vidas y vuestros bienes; os garantizo que a ninguno de los habitantes de





la ciudad se le tocará un solo pelo. Pero, si oponéis resistencia, entonces el castillo será conquistado por orden mía y todos vosotros, incluidas vuestras familias, seréis muertos, mientras que vuestros hijos serán dados como esclavos...

Llamó de nuevo con un gesto a su secretario.

—Coge a uno de aquellos *gávur* que habéis capturado y que han sido condenados a la decapitación y hacedle llevar esta carta.

Luego mandó a un mensajero con la orden de llamar al embajador del emperador, Caprara. Este había sido enviado por el emperador al sultán antes de que el ejército partiese hacia Hungría. El rey Leopoldo pretendía así prevenir el ataque que preparaban los turcos, mediante una prórroga del acuerdo llevado a cabo veinte años antes. Pero ya era tarde. El sultán ya estaba dispuesto a comenzar la campaña. Pero el embajador no fue expulsado, sino que se le ilusionó diciéndole que la campaña tenía como objetivo único devolver a Thököli lo que quedaba del reino de Hungría. Luego, el sultán envió a Caprara con Kara Mustafá, para que lo acompañase durante la expedición.

De hecho, se le trató como a un diplomático, pero el viaje se reveló para Caprara como una experiencia catastrófica. Kara Mustafá se enorgullecía continuamente de las victorias. Tuvo que ser testigo de saqueos, violencias y destrucciones; las más terribles, aquellas que se llevaron a cabo una vez que abandonaron el territorio húngaro y entraron en el austríaco. Lo que veía le aterrorizaba: los gritos de los que estaban siendo asesinados resonaban continuamente en sus oídos, vio multitud de niños raptados y reducidos a la esclavitud.

Caprara respondió enseguida a la invitación del gran visir. A pesar del estado de depresión en el que se encontraba, conservaba un aire de orgullo. Frente a Kara Mustafá se mantuvo con la cabeza alta y con la boca cerrada. Su peluca estaba despeinada y los bordes de las mangas deshilachadas y estropeadas de tanto lavado, necesidad que, a falta de servidores, el embajador llevaba a cabo él solo.

—¿Qué desea el gran visir? –preguntó con la ayuda del intérprete.

—Quiero que usted observe bien lo que ve. Que se dé cuenta de que su capital está rodeada por nuestro ejército, que el territorio que la rodea está en llamas. Todo lo que está viendo tendrá que ir a contárselo a su rey...

—Emperador –corrigió secamente Caprara.

—Un monarca sin reino no es ni siquiera un rey. Y el destino de su señor está en mis manos.

—Se equivoca, gran visir. El imperio es grande. Apenas ha traspasado sus fronteras.

—Lo conquistaremos todo –rebatió Kara Mustafá con tono orgulloso–. Se me ha informado de que su señor ha huido de Viena –adoptó aquella forma para evitar la controversia protocolaria que acompañaba siempre a todos los tratamientos y que, con ocasión del último tratado, había terminado con el reconocimiento por parte de la Puerta del título de Emperador–. Se dice que ha marchado a Linz. Le dejo que se vaya con él. Cuéntele todo lo que ha visto. Háblele de la potencia de los ejércitos del sultán y de la situación desesperada de vuestra capital. Su señor tendrá que ordenar a la guarnición de Viena que se rinda. De esta manera, los vuestros podrán salvar la vida. Dígale que todo el territorio de los alrededores está en llamas –con un movimiento de la mano indicó las columnas de humo que se elevaban alrededor de la ciudad–, cuéntele cómo el omnipotente Alá os ha castigado, secuaces del politeísmo, y ha entregado vuestro país en manos de los creyentes para que pueda ser honrado Su nombre. Hoy caerá vuestra «Roma alemana», y dentro de un año o dos estaremos bajo los muros papales de Roma y quitaremos las cruces de vuestros templos.

—¿No le parece, gran visir, que está hablando demasiado pronto de su victoria? –dijo Caprara–. Los países cristianos son numerosos y poderosos.

—Las naciones cristianas son numerosas, pero los reyes y los príncipes cristianos luchan entre ellos. Y así como ahora





nadie va a acudir en vuestra ayuda, tampoco más adelante correrá nadie para ayudar a vuestro califa de Roma.

—Pero ya le he avisado, gran visir, de la alianza llevada a cabo con el rey polaco, a petición del emperador.

—No hace falta que usted me lo diga, sé perfectamente que el rey Sobieski ha violado el pacto firmado con el sultán. Será castigado por ello. Pero son unos ilusos, tanto usted como su señor, si piensan que el rey polaco vendrá hasta aquí: está enfermo y tiene ya demasiados enemigos en su país. Y además se ha ganado la ira del gran sultán de Francia. Quién sabe si a estas alturas sigue siendo rey...

—Yo no sé nada.

—Lo sabrá cuando haya alcanzado a su señor. Cuéntele todo. Y que se lo piense bien. Somos poderosos pero caritativos. Y esta ciudad ahora ya nos pertenece...

# 11

Desde hacía meses, todas las noticias confirmaban que el objetivo de la expedición de Kara Mustafá no eran los castillos húngaros de la frontera, sino Viena. Cada noticia de aquellas se la comunicaba Sobieski al embajador del emperador. Pero intuía que Leopoldo, aunque estaba preocupado, se ilusionaba con que no llegarían al asedio.

Ahora los turcos avanzaban ostensiblemente hacia Viena: había llegado el momento de hacer honor a los pactos y acudir en ayuda del emperador. Sobieski puso en marcha todo su talento organizativo. Intentó dominar los achaques, vencer los dolores y las enfermedades. Formó el ejército en un abrir y cerrar de ojos, con mucha más rapidez que nueve años antes, cuando había partido hacia Chocim. El entusiasmo y la voluntad de combatir recorría a todos. Los sacerdotes exhortaban a la gente en las iglesias. Los nobles, siempre tan lentos y reacios a ofrecer dinero, abrieron las bolsas y pagaron inmediatamente las tasas prescritas. Los miembros de la oposición, aterrorizados, no se quedaban atrás. Hasta Morsztyn envió desde Francia los fondos para equipar dos pelotones de cosacos. Sobieski ordenó al coronel Mezýnski formar algunos regimientos de cosacos de Zaporoze y ofreció fondos propios para aquel objetivo.

Se formaban pelotones y regimientos, se preparaban armas y cañones. Jerónimo Lubomirski estaba ya en territorio

imperial con cuatro mil caballeros, y ya combatía contra los turcos.

Era una sofocante tarde de finales de julio. Sobieski, cansado por toda aquella tensión, estaba buscando algo de descanso en el parque de Wilanów. El mejor modo de descansar para él siempre había sido vaguear sentado bajo los árboles. Sentado en un banco observaba la recogida de las primeras ciruelas, cuando vio acercarse con paso veloz al jesuita padre Przyboroski, capellán de Palacio. Ya desde lejos el religioso venía haciéndole señas al rey.

—¿Qué noticias trae, padre, que viene tan ansioso? -preguntó cuando llegó el sacerdote jadeando-. Siéntese y pruebe estas ciruelas. Son las primeras. Una rareza.

Pero el padre Przyboroski seguía agitando las manos.

—Majestad, este no es el momento de pensar en las ciruelas. Están en danza cuestiones gravísimas. Está a punto de llegar aquí Su Eminencia el Nuncio. Y con él viene el emisario del emperador, que ha llegado esta mañana y que pretende presentarse enseguida en la Corte...

—Ah, ¿por fin el emperador se ha convencido de que Kara Mustafá apunta a Viena?

—No solo apunta a Viena, sino que ya está allí y ha comenzado el asedio a la ciudad... El emperador ha huido con su familia... Pero ya están aquí, Excelencia. Ellos le explicarán todo.

Un pequeño grupo de personas se estaba acercando. En primera fila destacaba el nuncio Pallavicini, que llevaba un manto violeta brillante. Le acompañaba el secretario. Detrás de él venían, a paso breve y rápido, algunas personas vestidas con los trajes alemanes, con sombreros emplumados sobre las enormes pelucas que les caían sobre las espaldas.

Entre ellos, Sobieski reconoció al barón Zierowski. Junto a Zierowski avanzaba un dignatario alto, vestido de negro. Imaginó que se trataba de aquel emisario especial que acababa de llegar.

Dejó la ciruela que sostenía para poder dar la mano a los





huéspedes. Se inclinó primeramente ante el nuncio, y le indicó un banco a la sombra.

—Acomódese, Eminencia, por favor, es un honor que haya querido venir a verme a mi lugar de retiro en el campo.

El enviado imperial se acababa de dar cuenta de que tenía de frente al rey, porque con un rápido gesto se quitó el sombrero que, con una profunda reverencia, llegó a tocar el suelo.

—Le presento, Excelencia, al conde Waldstein -dijo Pallavicini-. Es un enviado especial, llega ahora de la residencia del emperador, y a pesar de que ha viajado dos días y dos noches, le gustaría mostrar enseguida a Vuestra Majestad la carta de su señor, que trae consigo.

—Bienvenido, conde -dijo Sobieski, saludando al enviado-. Es un placer conocerle...

Waldstein volvió a rozar el suelo con el sombrero. Hablando en alemán, pero con el dulce acento austríaco, dijo:

—Soy feliz, Majestad, de que me haya sido concedida la ocasión de hallarme ante caudillo tan grande y el rey más cristiano de nuestros tiempos. Le ruego, excelso señor, que acepte mi regalo y mis palabras de profunda admiración.

Sobieski sonrió satisfecho.

—¿Me ha traído entonces la carta del emperador, señor conde? -preguntó.

—Así es, Majestad -Waldstein sacó de su costado el documento y, tras hacer otra profunda reverencia, se acercó a Sobieski y le entregó el sobre sellado.

—Antes de leerla -dijo Sobieski- les ruego que se sienten, señores. Mi obligación habría sido recibirles en una sala como es debido, pero visto que han preferido venir a verme aquí, dejemos aparte las formalidades, que por otra parte, las destesto. Será como una conversación entre amigos. ¿De dónde llega, señor conde, de Viena?

Waldstein estaba sentado a su lado, sobre el banco. Parecía que no se sentía muy a gusto en la atmósfera creada por Sobieski. Pallavicini y Zierowski estaban más acostumbrados

a la manera de ser del rey, que prefería olvidarse de las reglas de etiqueta.

—No, Majestad, vengo de Linz.

—¿El emperador no está en Viena?

—¡Viena está asediada, Majestad! Su Majestad Imperial estaba en Linz y ahora ha partido hacia Pasavia. ¡Majestad, en nuestro país están sucediendo cosas espantosas!

Sobre el rostro del emisario, roto por la fatiga de aquel viaje extenuante, apareció una expresión de dolor y de desesperación. Las mejillas del conde temblaban, la voz se le quebraba. Las manos las tenía unidas como si estuviera rezando. Sobieski arrugó el entrecejo.

—Hable, señor conde.

—Viena está asediada por un enorme ejército turco. Kara Mustafá ha dicho ya que, si los nuestros no se rinden, morirán todos. Allá están nuestras familias, Majestad... También la mía...

—Comprendo su inquietud, conde.

—No podrán resistir ante semejante potencia. No tienen suficiente pólvora, ni víveres, ni hombres para combatir. Los turcos han empezado ya a cavar las trincheras. Destruirán las murallas de la ciudad. Y si se rinden... ¿acaso se puede creer que no les vayan a hacer daño? ¿La esclavitud no querrá decir la muerte? Gran rey, es horrible. Horrible... Creo que nunca hasta ahora se había abatido una desgracia semejante sobre un país cristiano. Alrededor de Viena queman los pueblos, las aldeas, los monasterios. Por todas partes matan a la gente, y violan a las mujeres. A los niños los raptan, se los llevan, para islamizarlos. Los turcos y los tártaros no tienen respeto por nadie. Las iglesias son profanadas y convertidas en establos. Los frailes de los monasterios son masacrados. Las monjas... no, no soy capaz de decirle lo que hacen con ellas –Waldstein se interrumpió, con la voz quebrada. Se cubrió el rostro con las manos, podía oírse su respiración dificultosa, sollozante.

—Trae usted noticias terribles, señor conde –dijo Sobieski–. Mi corazón está con el del Emperador y con el suyo, como el de todos nosotros. Conocemos muy bien la crueldad de los turcos y de los tártaros... Se equivoca cuando dice que nunca había ocurrido algo semejante. En Polonia ya lo hemos vivido, y en Hungría también, y sigue sucediendo para todos los cristianos que de pronto se encuentran bajo el dominio turco. Y también conocemos muy bien a Kara Mustafá. Los propios turcos hablan de él como un ser cruel. ¿Sabe ya usted qué me escribe el emperador?

—Sí, Majestad. Su Alteza Imperial, acogiéndose al pacto firmado por nosotros, le pide que envíe lo antes posible el ejército prometido para ayudar a la capital asediada.

—Se hará como prometí. Nuestros preparativos están a punto.

—Permítame, Majestad, mostrarle nuestra gratitud. Sin duda, su Alteza Imperial será feliz con esta noticia. Permítame también decirle que la situación presenta un carácter de extrema urgencia. El ejército turco ha asediado la ciudad. Los turcos han llevado la artillería pesada, a cuya cabeza está un hombre de gran experiencia, un francés convertido al Islam, un ex capuchino. Aunque la ciudad esté bien defendida, la superioridad del enemigo es aplastante.

—Lo tendré presente, señor conde. ¿Quién está actualmente a la cabeza de las fuerzas que combaten contra los turcos?

—Además de la guarnición de la ciudad, está como General el príncipe Carlos, apoyado por el cuerpo de caballería enviado por Vuestra Majestad. Pero sus fuerzas son todavía insuficientes. Ha conseguido alguna victoria, pero ha tenido que ceder bajo la presión del enemigo... En este momento, sus hombres se encuentran en la isla del Danubio...

—¿Y los ejércitos de los Electores? Espero que hayan llegado... A decir verdad, pensaba que antes de la llegada de los nuestros se habría librado ya la batalla decisiva...

Waldstein se mordió los labios y bajó la cabeza.

—Los Electores responderán, sin duda, muy pronto a la

invitación de Su Alteza Imperial... Pero hace falta tiempo... Y la ciudad está amenazada...

Por un momento se quedó pensativo. Estaba haciendo para sí algunos cálculos. Los dos hetmanes habían reunido el ejército con extrema rapidez. Pensó: mañana puedo enviarles un correo con la orden de marchar. Sieniawski tendría que conseguir concentrar sus tropas en Cracovia para el día de San Pedro en Vincoli. Jablonowski llegará algunos días más tarde...

Dijo:

—Creo que para la Asunción el ejército podrá ponerse en marcha... Hoy daré las órdenes pertinentes.

Los austríacos del séquito se miraron entre ellos. En sus miradas había escepticismo y admiración.

—¡Sería fantástico! –exclamó Zierowski.

—Desde luego... –balbució Waldstein–. Tengo que admitir que sería mucho más de lo que esperábamos. ¿Pero será realmente posible? Disculpe, Majestad...

—Espero no desilusionaros. Yo mismo partiré hacia Cracovia dentro de unos días y controlaré la situación. ¿Desea todavía algo más, señor conde?

Parecía como si Waldstein estuviese luchando contra sí mismo. Temblaba y apretaba los puños.

—Sí... –dijo–... Majestad... Quisiera además que... quisiera rogarle una cosa.

Su voz se había quebrado.

—Dígame.

Puso benévolamente la mano sobre la espalda del enviado. Waldstein, con un gesto rápido, se quitó el sombrero y se puso de rodillas:

—Majestad, le suplico que se ponga usted a la cabeza de su ejército. Venga usted, en persona. Lo que nos está pasando es horrible... Y usted ha dicho que sabe lo que significa... También ha dicho que conoce bien a Kara Mustafá... Se lo suplico... ¡Póngase a la cabeza de sus soldados!

—Levántese, señor conde –dijo con un gesto–. Entiendo





su dolor y su inquietud. Pero el ejército se moverá en el momento justo, le doy mi palabra...

—Si viene usted, Majestad... ¡nos traerá la victoria!

—¿Por qué dice eso?

—Porque su nombre da más miedo a los soldados que los cañones. Cuando los turcos sepan que está usted, su moral se vendrá abajo.

—El hetmán Jablonowski es un magnífico caudillo...

—Sí, pero usted, Majestad, es conocido en todo el mundo.

—Si quiere que le sea sincero, ya estaba pensando en ir. Pero mi salud no es demasiado buena... La reina me lo desaconseja...

Waldstein volvió a caer de rodillas:

—Haga como le había dictado su corazón... ¡Venga usted también! ¡Salve nuestra ciudad! ¡Salve a la cristiandad! ¡Salve a Viena!

—Levántese, señor conde. Aquí nadie se arrodilla nunca ante el rey.

—¡Me levantaré solo cuando tenga su palabra!

—No sé qué responderle, francamente...

Intervino entonces el nuncio Pallavicini:

—El conde Waldstein tiene razón. Su nombre asusta a los paganos. Su presencia puede salvar Viena...

—Pero su eminencia sabe lo enfermo que estoy... No pasa un día sin que no sufra algún mal... Señor conde, levántese, por favor. Tengo que reflexionar todavía. Me están presionando y yo ya no sé qué hacer... Pero les repito: en mi corazón hay un gran deseo por acudir, aunque la razón me dice que he de ser cauto...

—Pero esta, Majestad, es una auténtica cruzada –dijo el padre Przyborowski.

—*Tu quoque, Brute*? Es cierto, toda la vida he soñado en participar en una cruzada como esta. Una vez he leído una obra magnífica sobre las Cruzadas... Pero ellos, cuando partieron para ir a liberar el Santo Sepulcro, eran jóvenes fuertes y sanos...

—No siempre, Majestad. Usted se acordará bien de la historia del rey de Jerusalén que, tocado por la lepra, se movió contra el terrible Saladino y lo venció. Una vez hemos hablado de esto...

—El padre Przyborowski acaba de recordar un hermoso momento de aquella historia –dijo el nuncio–. Dios, cuando quiere, concede la fuerza al débil...

Entrecerró los ojos, como si el sol le molestase. Había leído muchas veces la historia de Balduino IV. Y más de una vez había pensado que la enfermedad que devoraba a aquel joven rey recordaba al repugnante mal que le devoraba a él y a sus hijos... ¿Era acaso un castigo? –había preguntado una vez en confesión. El monje blanco había dejado la mirada perdida en el vacío–. «Aunque fuera un castigo» –había dicho– «hace falta aceptarla como ira del padre. Con humildad y confianza...» ¿Tengo que tener entonces confianza y partir hacia Viena? ¿Y si mi deseo es solo ansia de gloria personal? ¿Y si el corazón me engaña? ¿Cómo comportarme para que mi acción sea una acción al nivel de la de Balduino, enfermo de lepra?

Los pensamientos se le amontonaban en la cabeza, mientras los presentes aguardaban silenciosos. Y cuando levantó los ojos, vio sus miradas fijas sobre él, llenas de inquietud y de esperanza.

Dijo, simplemente:

—Le haré caso, señor conde. Iré yo también.



# 12

—¿Entonces, has decidido ir? Pero si te había dicho...

—Iré, querida. No me retengas, te lo ruego, Tengo que ir, me necesitan.

—¿No tienes confianza en Jablonowski?

—Jablonowski es un gran caudillo. El ejército quedará bajo su mando. Pero no se trata solo de combatir...

—Estás enfermo.

—En cuanto me suba al caballo, me curo. ¿Sabes? Desde que he decidido irme, se me han pasado todos los males. No tengo tiempo para pensar en ellos. Duermo bien, como con ganas... ¿Sabes qué me convenció de que tenía que ir? Te la he contado una vez, la historia del rey Balduino, el leproso...

Marysienka juntó las manos.

—Ay, querido mío. Eres viejo pero todavía eres un niño. Vives de las historias que lees en los libros...

—Pero es una historia verdadera.

—Sabe Dios lo que ocurrió de verdad hace tantos siglos... A mí me encanta leer historias antiguas, pero no me las creo. En cambio, tú siempre te las has creído.

—Tienes razón. Siempre me las he creído. Una vez me pediste que leyera aquella novela larguísima, *l'Astrée*, de Honoré d'Urfé, y yo la leí, aunque a ratos tuviese que tener los pies metidos en agua del sueño que me daba... Desde entonces he intentado siempre ser como Céladon y Silvander...

Le miró, en sus ojos negros parecían brillar chispas de oro.

—Nunca pensé que fuera a terminar así. Cuando nos conocimos dabas la impresión de ser un tipo completamente distinto.

—Y lo era, querida mía, créeme. Cuando me enamoré, ¡qué no hubiera hecho por ti!

Seguía mirándolo, como si solo ahora pudiera intuir algo de lo que en tantos años no se había dado cuenta.

—Sí, es cierto –murmuró–, me has amado... En tu amor has sido tan constante, tan obstinado, que a veces me he sentido llena de ira...

—Lo sé, Marysienka –asintió humildemente–. Pero un hombre como yo, cuando ama, no es capaz de recitar. Hace todo por el ser que ama. No puede ser de otra manera...

—No siempre haces todo aquello que quiero. A veces eres más terco que una mula y no cedes a costa de nada. Como ahora. Has decidido irte, aunque sea una locura.

—Exageras, amor mío.

—Es cierto lo que digo. Estás enfermo y débil. Necesitas una atención continua. Esta campaña será larga, tendrás que irte muy lejos. Sabe Dios cuáles serán las consecuencias...

—Las consecuencias serán las que Dios quiera. Y yo creo que Él quiere que yo vaya a defender Viena.

—Te has vuelto insoportablemente religioso –en la voz de la mujer se hizo eco una repentina irritación–. Ha sido por culpa del monje ese que traes tanto a casa. No me cae nada bien.

—Te equivocas, cariño, le debo mucho. Me ha ayudado en más de un momento difícil.

—¡Te pone en contra mía!

—¿Pero qué dices? Si alguien quisiera ponerme en contra tuya, no le escucharía... ¡Fue él el primero en decirme que todo lo que Morsztyn escribió de ti era una asquerosa mentira!

Automáticamente se puso una mano en la boca, arrepintiéndose ya de lo que acababa de decir. Marysienka estaba sentada inmóvil, sin mirarlo siquiera. Con un movimiento casi imperceptible, giraba el anillo con la pequeña pirámide de perlas que había recibido como regalo de la reina María Luisa. Nunca se separaba de él.





—¿Entonces en aquellas cartas se hablaba de mí?

—No merece la pena hablar del tema, son mentiras asquerosas.

—No me habías dicho nada...

—¿Qué querías que te dijera? Morsztyn soltaba una bobada tras otra. Decía que querías mi muerte, que querías convertirte en la mujer de Jablonowski... todo mentiras, mentiras odiosas.

Durante un rato permaneció en silencio. Por la ventana abierta llegó el eco de voces humanas. En el patio, los servidores cargaban sobre carros y carretas cajas y ropa. Resonaban los gritos en francés y en polaco. Los carreteros gritaban a los caballos: «¡Vamos, vamos, hijo de perra!». Los que llevaban las cajas más pesadas se llamaban unos a otros: «¡Uno... dooos...!». Una dama de corte gritaba: «*Mais attention! Prenez garde, coquins! C'est le service de café de Madame la Reine! Oh, vous, imbeciles!*».

La pareja real, junto con el séquito, estaba por dejar Wilánow, para dirigirse a Cracovia. Sobieski tenía que encontrarse allí con el ejército proveniente de los confines orientales. Marysienka dijo que acompañaría a su marido hasta la frontera polaca. Durante la ausencia de Sobieski se quedaría con los niños y con el séquito en Cracovia. Los calores estivales habían llevado a Varsovia las más diversas enfermedades. Se habían llegado a producir casos mortales. Se temía que una epidemia le pudiese tocar también a Wilanów.

—Sí, eran todo mentiras –dijo por fin–. Pero tú podías habértelas creído...

—¿Qué dices? –negó con fuerza. Estaba siendo sincero. Se había olvidado de que una vez le corroyó la duda–. Yo te amo. Tú nunca has querido creer cuánto te amo.

—No es a ti al que no creo –musitó, dirigiéndose más a ella misma que a él–. Tú, amor mío, eres como el protagonista de un libro –de nuevo su mirada cayó sobre él y de nuevo en sus ojos empezaron a brillar chispas doradas–. Pero precisamente por esto –dijo cambiando el tono– no me gusta nada que te vayas.

—He ido tantas veces a la guerra, Marysienka, y eran situaciones mucho peores...

—Puede ser. Pero ahora estoy preocupada por ti. Nunca lo he estado tanto.

—Tu preocupación me conmueve, querida.

—No deberías ir. De verdad. Últimamente has estado siempre enfermo.

—Es cierto. Pero, como ya te he dicho, desde que he decidido marcharme en esta expedición, todos los males han desparecido como por encanto.

Ella seguía mirando hacia una esquina de la habitación, donde había una estatua de mármol que representaba a una muchacha sobre la que se inclinaba un Cupido.

—Siempre has dicho que conoces los motivos de todos tus males...

—Los conocía. Y los médicos decían...

—¿Y hoy?

—Sería feliz si todo pudiera volver a ser como antes... Y yo sé que tú no quieres. Pero yo te amo...

Marysienka se llevó la mano a los labios, y se entretuvo tocando con ellos las perlas.

—También yo te amo –dijo–. De otro modo, pero también te amo. Y no creas que no aprecio tu bondad, tu sumisión, tu fidelidad. A veces soy mala contigo, ya lo sé... Soy así. Pero... te amo.

—Lo que acabas de decir es para mí la alegría más grande.

—Entonces no vayas –rebatió decidida.

Sobieski sacudió la cabeza.

—No me pidas eso, querida. Ahora ya no puedo echarme





atrás. He decidido partir y partiré. Zierowski ha escrito con este propósito al emperador y el nuncio ya se lo ha comunicado al Santo Padre. Créeme, es necesario que vaya. Esta no es una guerra cualquiera...

—Has leído demasiados libros sobre las Cruzadas.

—Y es una pena que tú no quieras leerlos, Marysienka. Ocurrieron cosas maravillosas. Se lograron grandes victorias, Dios apoyaba abiertamente a aquellos hombres, como en la Biblia.

Marysienka movió la cabeza.

—Ah, siempre igual... Cuando te empeñas... –inclinó la cabeza, solícita–. ¿Y si te prometiese...?

Sobieski puso enseguida su mano sobre la de ella:

—¡No digas nada! ¡Por favor, no hables! No me retengas.

Se hizo el silencio. Marysienka se levantó del sofá en el que estaban sentados y se acercó a la ventana. Más allá del portón abierto de palacio se veían los chopos plantados personalmente por Sobieski, como lanzas clavadas en tierra. Se asomó a la ventana y miró hacia abajo. Sobre el fondo de un cielo de fuego, se recortaba nítido su perfil: la naricilla bien hecha, ligeramente aguileña, los labios carnosos y sensuales, el cuello algo hinchado, el primer signo imperceptible del paso de los años. Pensó que a él siempre le parecería hermosa y la deseó como antaño, cuando había estado dispuesto a pagar cualquier precio por tenerla. La edad no había hecho más fácil la renuncia. Por eso no quiso escuchar su promesa. Quizá la tentación habría sido demasiado fuerte ante a la voluntad de sacrificio.

Ella dio una voz en polaco desde la ventana:

—¡Mateo, que quede todo en orden! ¡Que no se estropee nada! ¡Si no, te vas a enterar!

Se giró hacia él:

—¿Quieres llevarte a Fanfan? –preguntó.

—Por supuesto, querida. Ya te he dicho que creo que será muy útil para él. Conocerá a los príncipes del Imperio. Quizá consiga garantizarle de algún modo su futuro...

—¿Y si le pasase algo?

—Daré orden de que sea especialmente vigilado. Lo prometo.

—Antes que nada tendrás que cuidar de ti mismo y de tu salud. No me creo lo de que tus enfermedades hayan desaparecido repentinamente. No puedes poner en riesgo tu vida, te conozco. Apenas se mueva el ejército, estarás dispuesto a seguirlo inmediatamente. Pero tienes que recordar que tú eres el rey. ¿Es cierto que una vez los turcos mataron a un rey?

—Sí. Ocurrió, pero hace mucho tiempo.

—Quiero que vuelvas sano y salvo.

—Dios me enviará a su ángel para que vele por mí y por mi hijo.

—No hagas amistad con Thököli. El Águila se enfadaría con nosotros.

—Pero si ha sido él el que le ha ayudado...

—Sí, pero ahora sus planes son otros. Acuérdate de que estaré muy preocupada por ti. Pensaré en ti continuamente.

—Que Dios te recompense por tus palabras, Marysienka. También yo intentaré escribirte lo más a menudo que pueda. Y pensaré en ti... Además, ¿en quién iba a pensar, si no?

Pareció como si Marysienka fuera a decir algo, pero abrió la boca y la cerró enseguida. Después de un momento de silencio, preguntó:

—¿Y Lituania?

—Sí. Como siempre, crean preocupaciones –dijo metiendo la mano entre los cabellos–. Prometen, prometen y apenas se mueven. Ni siquiera han llegado a Janów. Si no llegan a tiempo, tendré que ir sin ellos. En Viena parece que la situación es verdaderamente difícil. He sabido por Lubomirski que los cañones turcos siguen disparando, y que no dejan de cavar trincheras.

—¡Se lo merecen!

—Quizá...

—Toda la casa reinante de Austria está llena de gente falsa. ¿Cómo era Leonor? Quizá nosotros no seamos unos





santos, pero rezamos y ayudamos a las iglesias y a las órdenes monásticas. Se ve que el Señor está contento y que nos ha dado su bendición. A mí me ha devuelto completamente la salud...

—Nunca dejaré de dar gracias por esto a la Santísima Virgen.

—Ojalá tú también la tuvieras...

Sobieski no dijo nada. Estaba cada vez más convencido de que había una relación entre la salud recuperada de ella y sus achaques. Estaba particularmente convencido de que sus males tenían bastante que ver con esa enfermedad de la que ahora Marysienka decía estar curada. Por eso no quería lamentarse. Era como un cambio: como el saldo de una deuda... Y ahora, Dios necesitaba de él... En aquella repentina desaparición de sus males, le parecía haber visto un signo divino.

# 13

El primero en moverse desde Caracovia fue Sieniawski, a la cabeza de una columna de caballería que se dirigió hacia Bielsko y Cieszyn. La orden que el hetmán había recibido era la de cubrir por el sur la ruta que deberían recorrer, bajo el mando de Jablonowski, el grueso del ejército polaco, pasando por Tarnowskie Góry, Gliwice y Racibórz.

También Sobieski, temiendo que Kara Mustafá, una vez supiera que el ejército había abandonado el país, enviase a los turcos y a los tártaros a atacar Cracovia por diversión, ordenó a Sieniawski dejar Bielsko al coronel Lazinszki con diez pelotones de caballería y un regimiento de *dragones*, para vigilar los pasos de montaña en las cercanías de Zywiec.

El grueso del ejército se concentró en Tarnowskie Góry, a donde llegó también el rey. Se obligó a la infantería a subir en carros, y fue enviada adelante junto con la artillería y los cargamentos. El 22 de agosto se pasó revista a la caballería. El ejército estaba en plena forma, se descubrió que no había lanzas suficientes para los húsares y, para remediar aquella falta, los pelotones reales, mejor equipados, fueron obligados a dividir sus reservas de lanzas con los otros pelotones.

El cansancio de los últimos días de preparativos y el hecho de verse obligado a presenciar la revista a la caballería, repercutió en la salud del rey. Sobieski volvió a notar aquellos dolores en la columna vertebral y a sentir el corazón dé-

bil. Marysienka, cuando se dio cuenta, tuvo una crisis de desesperación. Ordenó a su marido que se metiera en cama y llamó a los médicos. Corría arriba y abajo gritando que la participación de Sobieski en la campaña era un verdadero suicidio. Todos tuvieron que oír sus amargos reproches, porque, cuando caía en aquellos estados de ánimo, no dejaba a nadie fuera. También le tocó a Jablonowski, a quien acusó de pronto de no saber llevar bien el ejército. Al final fue ella la que tuvo palpitaciones, y fue de ella, y no de Sobieski, de quien se tuvieron que ocupar los médicos. Cuando el día después Sobieski estaba a punto de partir, Marysienka estaba en la cama, pálida, ojerosa y con una mirada en la que brillaban las lágrimas. Agarró bruscamente la mano del marido, se la llevó al corazón y luego le acercó los labios.

—¡En nombre de Dios, Marysienka!, ¿qué haces? No eres tú quien debe besarme la mano, soy yo quien te la tiene que besar a ti.

Ansioso, se arrodilló junto a la cama:

—Intenta ponerte bien, amor mío, intenta no estar enferma, te lo ruego, porque moriría si tuviese que estar preocupado por ti. Escríbeme enseguida contándome cómo estás. También yo te escribiré, te lo prometo, y le diré a nuestro hijo que te escriba también. Haré lo posible para que las cartas te lleguen pronto. Preocupaos de eso también aquí. Cuídate, mi amor, y piensa en mí...

—Cuídate tú también, amor mío querido -dijo sosteniendo su rostro entre las manos-. Vuelve pronto y sano junto a tu Rosa que te ama y te amará siempre. Cuando vuelvas será aún más cariñosa que antes... Ya verás. Rezaré para que Dios te cuide. Para que te conceda la victoria y la gloria por tu bondad...

—Yo no soy bueno, querida mía. Si tú rezas para que Dios me dé la victoria, ruégale también que salve a la cristiandad y a nuestro pueblo. Y pídele también que olvide nuestros pecados.

Besó una vez más a Marysienka, que se abrazó a él.





Luego abrazó a los niños, a Teresa y a los pequeños. Tomó en brazos al pequeño Juan. Estaba tan emocionado que besó también la mejilla áspera y perfumada del suegro.

Se fue conmovido. Hasta entonces nunca se había despedido Marysienka de aquel modo. En aquellos últimos días había estado especialmente cariñosa con él. Empezó a sentirse inquieto. Corría la voz de que Kara Mustafá no fuese solo un gran visir, sino también un mago poderoso. El padre Stanislao le había asegurado que, tomando parte de una expedición en defensa del cristianismo y apoyado por tantas oraciones y bendiciones, se libraría fácilmente de la potencia diabólica del gran visir. Sobieski se esforzaba por creérselo, pero el miedo de dejar a su mujer en Polonia no dejaba de perseguirlo. Se olvidó solo cuando se subió al caballo y, rodeado de su séquito, comenzó a superar, uno tras otro, todos los pelotones que avanzaban entre el polvo.

La primera noche de viaje la pasó en el monasterio de los franciscanos reformados de Gliwice. Aquí le esperaba su correspondencia, y pasó toda la tarde leyendo cartas. Leyó con particular atención la carta del joven Gninski, el hijo del vicecanciller. Sobieski lo había enviado poco antes a París, con el encargo de explicar hábilmente a Luis qué motivos inderogables habían llevado a Sobieski a tomar la decisión de participar en la guerra contra Turquía. Porque, a pesar de librarse de la red política del Palacio Encantado, Sobieski no quería cortar con él todos los lazos. Gnisnki tenía el deber de endulzar aquella atmósfera tensa que, como intuía, se había creado tras la fuga de Morsztyn y la partida airada de De Vitry. El embajador le había comunicado que la corte francesa estaba especialmente disgustada con la noticia de que el rey en persona había decidido ponerse a la cabeza del ejército, y que De Vitry seguía intentando azuzar al rey francés contra Sobieski. El rey Luis, escribía Gninski, había prohibido a los suyos acudir a Viena y se decía que solo el príncipe de Conti, a pesar de la prohibición real, se había puesto en camino.

El día después, Sobieski se separó de la columna del ejér-

cito en marcha y se dirigió más adelante con un pelotón de caballería ligera y con algunas compañías de *dragones*. Quería alcanzar a Sieniawski lo antes posible; estos le habían hecho saber que se estaba moviendo, por invitación del príncipe Carlos de Lorena, para reunirse con el ejército austriaco. Carlos de Lorena se preocupaba no solo de impedir que los turcos consiguieran pasar la orilla norte del Danubio, sino que a la vez intentaba liberar Presburgo de los *kurutz* de Thököly. Según Sobieski, en aquel momento se trataba de una operación inútil. Hacía falta concentrar todas las fuerzas alrededor de Tuln e iniciar la batalla decisiva contra el enemigo principal.

Sobieski no consiguió avanzar tan rápidamente como habría deseado: a lo largo del camino estaba siempre esperando una multitud de gente deseosa de saludarlo y de rendirle honores. De cada pueblo partían, guiadas por sacerdotes, verdaderas procesiones, que iban al encuentro del rey con las cruces, con los estandartes y cantando, con la gente vestida con los variopintos trajes de la región de Silesia. Los sacerdotes bendecían a los caballeros en marcha, las mujeres llevaban a los soldados leche, queso, huevos, salchichas, pollos. Cuando llegaba Sobieski, el camino se llenaba de flores y el gentío se arremolinaba hacia él para besarle las manos y las rodillas. Cuando oyó hablar y cantar en polaco, y vio los trajes polacos, el rey se sintió conmovido y excitado al mismo tiempo. Aquel país, arrebatado a sus gentes desde hacía decenas de años, había conservado el sentimiento de unidad y acogía con alegría y orgullo al rey polaco que iba en ayuda de la cristiandad como soberano. En las pequeñas iglesitas de madera se celebraban misas por sus intenciones. Sobieski estaba arrodillado en medio del pueblo, cantaba junto a los campesinos que lo rodeaban y, apenas había salido de la iglesia, atraía junto a sí las rubias cabezas de los niños que lo rodeaban, gozosos. Todo aquí le pertenecía, le era cercano.

Ante la imposibilidad de acelerar la marcha, mandó en avanzadilla un emisario con la orden categórica para Sieniawski de pararse y esperar su llegada. El enviado no encontró enseguida al hetmán, porque este ya había salido al encuentro de Carlos de Lorena. Pero Sieniawski, que todavía no había alcanzado a los austriacos, apenas supo que el príncipe Carlos había puesto en ruta al enemigo, y que el pachá Kör Husein había muerto, había dado media vuelta y esperaba al rey en Nikolsburg.





Antes, en Opava, Sobieski se había encontrado con el conde Schaffgotsch, a quien el emperador había nombrado plenipotenciario al lado del rey polaco. Sobieski conocía bien a Schaffgotsch, que había sido alguna vez embajador en Varsovia, y francamente no le era simpático. Era un diplomático frío, uno de aquellos que mantenía entre el imperio y el Estado polaco un ambiente de desconfianza, y que acentuaba cada vez más la superioridad del monarca hereditario sobre el rey elegido. Schaffgottsch empezó con los reproches y las pretensiones. Hizo notar que el acuerdo preveía una movilización de cuarenta mil y no de veinticuatro mil soldados. El reproche era infundado, porque no habían llegado aún los lituanos; también habían faltado a su palabra los cosacos, que debería haber traído Mezynski. Sobieski rechazó las propuestas de Schaffgottsch, afirmando que el valor del ejército en el campo no se mide por el número; explicó después que, ante la petición de moverse lo antes posible, no le había sido posible esperar la llegada de los lituanos, pero que aquel ejército llegaría sin duda. El emisario imperial no parecía muy satisfecho. Se lamentó del número demasiado exiguo de soldados, y expresó la opinión de que habría sido mejor que el ejército lituano, dado que no había llegado cuando debía, no alcanzase ya los territorios del imperio. Podía marchar hacia Eslovaquia y combatir allí con Thököly.

No fueron solo los coloquios con Schaffgottsch los que disminuyeron el entusiasmo de Sobieski. Desde que habían salido de Silesia, había desaparecido el fervor y el calor local por el rey y por el ejército polaco. En vez de ofrecer regalos, se notaba el deseo de guardar a toda costa. Solo las iglesias

siguieron acogiendo entusiásticamente a los polacos y a su rey, aunque los funcionarios imperiales que habían llegado con Schaffgottsch frenasen aquel entusiasmo todo lo que podían. Solo lo que era indispensable para el ejército se le daba en el momento necesario.

Los dos hetmanes reunieron sus ejércitos que ahora marchaban juntos. Los pelotones de la caballería avanzaban de modo espectacular, elegantemente vestidos y llenos de arrojo, levantando admiración con su aspecto. Tras ellos, a un día de marcha, sobre carros preparados para la ocasión, avanzaba la infantería. Los soldados iban vestidos lo más buenamente posible, porque ni el tiempo ni el dinero habían sido suficientes para vestirlos mejor. La infantería parecía constituida por un montón de andrajosos, o quizá de rebeldes, aunque fuese bien armada: cada infante llevaba mosquetón y alabarda. Tras la infantería venía la artillería: veintiocho cañones, ligeros pero modernos, la niña de los ojos del general Katski.

A pesar de que el ejército, cuya moral era mantenida bien alta por los sacerdotes, marchaba generalmente de manera disciplinada, según se iba alejando de las fronteras de Polonia comenzaron las deserciones. Influían sobre ellas quizá la hostilidad de los funcionarios imperiales, la necesidad de pagar un alto precio por las cosas necesarias y las noticias terribles que circulaban sobre la potencia del ejército turco. No faltaron casos de soldados que de noche se subieron a la silla y se volvieron a casa. Sobieski, enfurecido, ordenó capturar a los desertores, amenazándolos con severísimas penas.

Estaba previsto que el ejército se concentrase en Tulln, donde los ingenieros austríacos estaban terminando de construir los puentes. Sobieski, cuando llegó al lugar, se maravilló al constatar que los trabajos iban adelante sin que el enemigo se opusiera. Parecía como si los turcos no se preocupasen por los puentes que estaban construyendo, a pesar de que debían estar bien informados, dado que las bandas de los tártaros se encontraban en las cercanías. Los trabajos iban poco a poco,





el mando austríaco no se esperaba que el ejército polaco llegase allí antes que los demás.

Sobieski no escondía su presencia, al contrario, cabalgaba abiertamente haciéndose ver por todos y en todas partes. Quería que los turcos supiesen que había ido a la guerra, que no solo había infringido el viejo trato, sino que oficialmente lo revocaba. A pesar de todo, informado por los prisioneros tártaros que a menudo interrogaba personalmente, Kara Mustafá acogía cada noticia sobre el rey polaco con una sonrisa de sorna.

El príncipe Carlos mandó a Sobieski una carta de Stahremberg, comandante en jefe del cuerpo de defensa de Viena, que informaba acerca del empeoramiento diario de la situación, y que pedía ayuda. Los ataques contra las murallas tomaban fuerza. El bombardeo de los cañones se había intensificado y ya era continuo. Pero lo peor era que los turcos estaban minando todo, incluso bajo los bastiones. Se disparaba de día y de noche. Los defensores respondían con alguna salida, pero la superioridad del enemigo era aplastante. Daba la impresión de que Kara Mustafá, que había consentido en un principio a un asedio bastante lento, convencido ahora de que la ciudad capitularía tarde o temprano, intentase conquistar Viena lo antes posible. El bombardeo que antes se podía oír de vez en cuando en las cercanías de Tulln, ahora se había hecho continuo, como el rumor del agua que hierve en una enorme caldera.

El 30 de agosto, en el momento en que el ejército estaba acabando la marcha cotidiana y se acercaba a la puerta del campamento preparado para él, de pronto y sin previo aviso, el príncipe Carlos se presentó ante Sobieski.

Era la primera vez que veía a su antiguo rival, y se quedó sorprendido. El comandante en jefe del ejército imperial tenía un aspecto repugnante: el rostro adelgazado, la nariz curvada como el pico de un papagayo, las mejillas picadas de viruela. Traía una enorme peluca rubia, vieja, ajada y puesta al bies. Estaba fatal vestido: traía un tafetán gris y consumido,

un sombrero sin plumas y sin franjas; los zapatos, saltaba a la vista que estaban muy deteriorados. Solo su caballo era hermoso, aunque los arreos fueran tan pobres como los vestidos del príncipe.

Apenas el príncipe vio a Sobieski, saltó del caballo y se acercó a pie a donde él estaba. El gesto impresionó de tal modo a Sobieski que también él bajó de la silla y, cuando el príncipe Carlos estuvo frente a él, lo abrazó con afecto. En aquél abrazo, el príncipe pareció desaparecer por completo.

Una vez juntos, se pusieron a observar al ejército que estaba entrando en el campamento. Los soldados estaban tan bien vestidos que cada uno daba mejor impresión que el general imperial. Junto a la figura imponente del rey, el pequeño príncipe parecía un muchacho. Estaba allí curvado, con la expresión casi afligida. Hablaba poco y respondía a duras penas a las preguntas de Sobieski. Pero, de lo poco que decía, el rey dedujo que tenía mucha práctica en el ejército y que era capaz de medir el valor al primer vistazo.

En el cielo no se veía ni una nube. El sol quemaba como si fuese julio y no finales de agosto como era. El aire límpido de vez en cuando se rompía con un estruendo: bajo las murallas de Viena, que distaba apenas cuatro millas, se estaba librando un encarnizado duelo de artillería.

La tarde anterior, Sobieski había enviado dos soldados a Viena, que, dado que conocían la lengua turca, se habían vestido como los turcos, y se habían ofrecido para entrar en la ciudad y hacer saber a Stahremberg que los refuerzos estaban a punto de llegar. El rey prometía a los defensores una ayuda inmediata y los invitaba a resistir. Después de tres días, los enviados deberían volver con las noticias recibidas.

Después de haber pasado revista al ejército, Sobieski invitó al príncipe Carlos a su tienda para un almuerzo improvisado. Los cocineros se esmeraron: en breve tiempo prepararon un suntuoso banquete. Cuando trajeron a la mesa el *tokaj*, el príncipe se permitió pedir un vino más ligero. Se le hizo traer un vino del Mosela y también, a petición del príncipe, una jarra de agua. El príncipe Carlos bautizó con ella cada una de las copas llenas de vino. Pero después de algún brindis, Sobieski consiguió convencerlo de que probara el vino húngaro. Tras el primer caballero, le siguieron los otros. Los vasallos, a quien Sobieski había guiñado el ojo significativamente, se quitaron de delante el vino del Mosela y la jarra de agua. El príncipe Carlos, entretenido discretamente por su séquito, respondía ahora a todos los brindis. Comenzó a estar cada vez más alegre, más locuaz y más cordial. Sobieski, que, a pesar de la cálida atmósfera del banquete, no dejaba nunca de observar a su invitado, estaba cada vez más convencido de que el príncipe de Lorena tenía un perfecto dominio de los problemas militares. Le había gustado también el hecho de que no se jactara de ser el comandante en jefe del ejército imperial, sino que, al contrario, afirmase con toda modestia quererse poner a las órdenes de aquel gran jefe que era Sobieski. Una actitud semejante ponía en peligro el principio de mando común y purificaba la atmósfera, enfriada en su momento por las pretensiones de Schaffgottsch.





El príncipe de Lorena se inclinó hacia Jablonowski que estaba sentado junto a él, del otro lado, y le preguntó en voz baja cómo se decía en polaco padre, hijo y hermano. Luego, vacilante, se levantó y, con la copa en la mano, pronunció un breve discurso:

—Tú, Majestad, eres mi padre, y yo –se puso la mano en el corazón–, tu hijo. Todos vosotros –el príncipe hizo un gesto en el que parecía querer abrazar a todos los comandantes polacos– sois mis hermanos... ¡Viva, pues, el rey, mi padre!

Repitió aquel brindis más veces, tras calurosos aplausos, confundiendo siempre las tres palabras polacas que había aprendido. La atmósfera se calentó y se volvió a beber. El rey, el príncipe y los dos hetmanes abrazaron y besaron al príncipe Carlos. Sobieski lo llenó de cumplidos, y elogió la belleza de su mujer, mientras Carlos, balbuciendo, le transmitía los saludos de Leonor.

Estaban todavía bebiendo cuando llegó al campamento

polaco el príncipe Georg Friedrich Waldeck, para traer al rey la noticia de que habían llegado los ejércitos suevo y francón que se encontraban bajo su mando. El viejo mariscal de campo del Reich se excusó diciendo que estaba cansado, que no se encontraba bien, y se limitó a beber solo una copa de tokaj por el éxito de la lucha contra el enemigo común. Invitó a Sobieski a ir al castillo de Stetelsdorf para encontrarse con los electores y con los comandantes del ejército.

Luego partió junto con el príncipe Carlos, que, a pesar de los numerosos brindis, subió a la silla sin vacilar.



# 14

El castillo de Stetelsdorf, a media milla de Turín, era propiedad del casi centenario conde Hardegg, tiempo atrás escudero de Wallenstein. Sobieski llegó en compañía de su hijo, el príncipe Jacobo, y de los dos hetmanes. En el séquito del rey iban dos destacamentos de *dragones*.

Todos estaban esperando al rey. En el umbral de la casa, Sobieski recibió el saludo del nieto del propietario, y a continuación, el príncipe Waldeck presentó al rey a los dignatarios allí reunidos.

Estaban presentes, en primer lugar, los comandantes de los ejércitos imperiales: el príncipe Carlos de Lorena, el conde Dünewald, los príncipes Eugenio y Mauricio de Croy. Estaba también el joven Carlos Guillermo, príncipe de Anhalt-Zerbst; el joven y fascinante príncipe Maximiliano, elector de Baviera; Maximiliano príncipe de Liechtenstein, Juan Jorge Wettin, príncipe de Sajonia, Julio, príncipe de Sajonia-Lauenburg. Estaban después Federico Carlos, príncipe de Württemberg, Germán y Luis, marqueses de Baden, Ernesto Augusto, príncipe de Hannover, Juan Guillermo y Carlos de Neuburg, electores palatinos. En el séquito de los príncipes se encontraban también muchos famosos caballeros. De Saboya había llegado el príncipe Luis de Soissons, con su hermano Eugenio. El príncipe Conti, que, a pesar de la prohibi-

ción del rey Luis, había partido hacia Viena, se había parado en Frankfurt.

Estaba ausente el elector de Brandenburgo: su ejército no había llegado, a pesar de la invitación hecha por Sobieski a Federico Guillermo. El ejército prusiano tardaba premeditadamente, como el lituano.

Tras las debidas presentaciones, se sentaron todos, y Waldeck, por ser el más anciano, tomó la palabra el primero. Declaró que, en nombre de todos los reunidos, pedía al rey polaco, el famoso vencedor de los turcos, que asumiese el mando de los ejércitos cristianos reunidos. Resonaron los aplausos. Cuando Sobieski hubo expresado su parecer favorable, Germán, marqués de Baden, le dio el bastón de mando que le había sido ofrecido por el emperador. Se ordenó traer vino a la mesa y se bebió a la salud del comandante en jefe; luego, Sobieski hizo un brindis por la victoria.

Estaba contento de que aquel nombramiento, que le parecía unánime, se hubiera llevado a cabo sin enfrentamientos. Le halagaba el hecho de que todos aquellos príncipes viesen en él el famoso caudillo; se estiró con satisfacción los bigotes, mientras abrazaba a los príncipes y les presentaba a su hijo Jacobo. Le gustó cuando vio que los jóvenes príncipes hacían un círculo a su alrededor.

Permitió que se hicieran solo dos brindis, luego dio orden inmediata de que se trajeran los mapas y que se extendieran sobre la mesa. Solo a Sobieski se le trajo una poltrona, los demás, todos permanecieron en pie.

Antes de exponer el plan de ataque que había comenzado a concebir en Polonia y que había elaborado durante el viaje, llamó a Dünewald para que le presentase el plan del ejército austríaco.

Dünewald se inclinó sobre el mapa:

—Aprovechando la gentileza de Vuestra Majestad –comenzó– intentaré explicarles, señores, cómo vemos nosotros la situación y de qué modo pensamos ayudar a nuestra capital asediada y reducida a la desesperación. Veamos –dijo apo-





yando un dedo sobre el mapa–, esta es Viena asediada por innumerables fuerzas enemigas. El enorme campamento turco rodea la ciudad como una medialuna por el norte, por el oeste y por el sur. Las fuerzas del enemigo, que nosotros calculamos alrededor de los trescientos mil hombres, son tales que nosotros no podemos ni soñar afrontarlas directamente. Además, el enemigo está defendido por las montañas del Wienerwald, por caminos impracticables que ningún ejército podría recorrer, porque los bosques están atravesados únicamente por estrechos senderos que conocen solo los guardabosques locales. Por este camino, los turcos no nos alcanzarán, pero tampoco los alcanzaremos nosotros a ellos. El único pasaje para alcanzar Viena desde aquí está entre los montes y el río. Desde esta parte, donde se encuentra Klonstenburg, se puede llegar a la ciudad por el lado norte. Se trata, de todos modos, de un territorio demasiado estrecho para que el ejército pueda extenderse y, si fuese atacado frontalmente por fuerzas enemigas muy superiores, sería probablemente derrotado...

Se interrumpió, se apartó los rizos que le caían delante de la cara y echó un vistazo al auditorio. Los príncipes asintieron con la cabeza, sus rostros eran sombríos. Sabían ya que la situación era muy difícil y que la posición de la ciudad, aislada del resto del país por las montañas y por el inmenso ejército turco, era efectivamente desesperada.

—Nosotros creemos –dijo retomando la palabra– que la única iniciativa que podría salvar la ciudad, siempre que Viena pueda resistir hasta ese momento, sería una gran maniobra consistente en rodear los montes del Wienerwald por el sur e intentar acercarse a la ciudad atacando a través del río Wien. No es una misión fácil, pero parece posible. Por lo que sabemos, la ciudad sufre los ataques sobre todo en el trecho que existe entre los torrentes Alserbach y Wien. En ese punto, las fortificaciones turcas son particularmente sólidas y allí se concentra la artillería del enemigo. Los ataques por el sur son más débiles. Por eso creemos que es posible pasar

por este punto. Pero para que el intento saliera bien, sería oportuno realizar también un falso ataque contra la isla del Danubio... Por tanto, el ejército, a nuestro parecer, debería dividirse en dos cuerpos. Si consiguiéramos que entraran en la ciudad parte de nuestros soldados, obligaríamos a los turcos a desistir del asedio. Y después de que se hayan retirado, será la hora de pensar en el ataque siguiente que, ojalá, hará que Kara Mustafá se retire a territorio húngaro...

Calló y levantó de nuevo la cabeza. En la sala reinó el silencio por un momento, luego se levantó un murmullo. Dünewald era reconocido como óptimo estratega. El comandante en jefe era Carlos de Lorena, pero como extranjero debía tener en cuenta la opinión de los generales austríacos.

El murmullo continuó durante un rato, y luego cesó. Las miradas de todos apuntaban a Sobieski.

El rey estaba encogido en la poltrona, jugueteando con un bastoncillo que le habían dado para poder señalar varios puntos sobre el mapa sin tener que levantarse. Escuchó pacientemente y con atención cuanto le decía Dünewald. Se dio cuenta enseguida de por dónde iba la estrategia austríaca. Los imperiales pretendían cansar a los turcos con pequeños ataques, sin arriesgarse a un combate decisivo, pensaban que así llegaría el invierno, que obligaría a los asediadores a marcharse. El problema principal era en aquel momento Viena.

Esperó a que el silencio fuese total, luego comenzó a hablar. Hablaba en francés, insertando de vez en cuando frases en alemán:

—Doy las gracias al conde Dünewald por sus explicaciones. Creo que las premisas en las que se basa el plan estratégico del mando de los ejércitos imperiales son claras. Pero permítanme ahora, señores, presentarles mi plan personal, que es completamente diferente...

En la sala, el silencio se hizo todavía más profundo. Se oía solamente el susurro de los que traducían a los demás las palabras del rey.

—El plan que nos ha sido presentado tiene como único





objetivo la salvación de la ciudad, pero abandona un poco el encuentro decisivo con el ejército de Kara Mustafá. Pero esta poderosa armada, aunque la obliguemos a alejarse de los muros de la ciudad que ya considera suya, si permaneciese intacta, podría retomar el asedio. Por este motivo, mi opinión es que el mejor modo de ayudar a Viena es anular al ejército turco...

Se levantaron voces de sorpresa y estupor:

—¡Pero, Majestad, se trata de un ejército enorme!

—Tienen trescientos mil hombres. ¿Cuántos tenemos nosotros?

—¡No lo conseguiremos jamás!

Sobieski esperó tranquilo a que cesasen las voces.

—Señores, tiene razón, somos inferiores en número... –alargó la mano para tomar un folio ya preparado–. Según la situación que me ha sido referida hoy, nosotros los polacos, junto al cuerpo del general Lubomirski, somos cerca de veintisiete mil hombres. El ejército del príncipe elector Maximiliano tiene más de diez mil, el del príncipe Waldeck, casi diez mil. El príncipe elector de Sajonia ha traído nueve mil soldados. Los otros contingentes son pequeños. Todos juntos no seremos más de setenta y cinco mil hombres. Sobre la entidad del ejército turco no tenemos noticias precisas. El conde Dünewald habla de trescientos mil. Pero es necesario recordarles que en el ejército turco los combatientes están a menudo rodeados de una multitud de porteadores. En realidad, los soldados no alcanzan ese número. Pero a pesar de todo tiene la superioridad sobre nosotros. También en Chocim eran superiores en número, y a pesar de que el enemigo se quedó siempre en las trincheras, mientras yo estaba en el campo, hemos logrado vencerles...

—Tienen también una artillería potentísima y perfectamente dispuesta –dijo alguien.

Sobieski sonrió.

—La artillería es un arma maravillosa. Yo no soy de los que la infravaloran. Pero el uso de la artillería exige tiempo y

preparación. Mi plan, en cambio, consiste en no dar a los turcos ni tiempo ni posibilidad de efectuar los preparativos. Atravesaremos el Wienerwald y atacaremos a los turcos por sorpresa justo por donde menos se lo esperan...

Se levantaron voces contrariadas:

—¡Es una locura, Majestad!

—¡Ningún ejército del mundo podría atravesar por ahí! Lo ha dicho el general Dünewald.

—Es imposible, no hay caminos...

—¡Todos los cánones del arte militar se oponen a una acción semejante!

Sobieski, sonriente, dijo:

—Precisamente por eso. Los turcos no sospecharán nunca que podamos pasar por ahí. Los cañones los arrastraremos a través de los senderos del bosque. Si nos fijamos en el mapa, la bajada de los montes sobre la ciudad es fácil. Caeremos sobre ellos como un rayo en el cielo sereno. Nos echaremos encima antes de que puedan darse cuenta.

Hubo un momento de silencio. En aquel silencio se oyó la voz ronca de Waldeck.

—Pero, Majestad, ¿acaso cree usted que los turcos no esperan nuestro ataque?

—Si lo esperaran, deberían venir aquí y no permitir que construyéramos puentes ni barcos. ¿Qué comandante espera a que llegue el enemigo y se el eche encima? Sé también que ellos no se creen que estoy aquí. Créanme, ayer me han traído un *mirza* tártaro. He hablado con él, porque conozco un poco la lengua tártara. Le pregunto si sabe con quién está hablando. Responde que cree que debo ser un gran señor porque voy vestido con elegancia. Le digo que está hablando con el rey de Polonia. Pero él ríe y dice que el rey polaco no está aquí. Dice que un valaco ha llevado aquella noticia a Kara Mustafá, pero que se ha ganado la horca, porque el visir estaba seguro de que lo quería engañar. Lo mismo dicen los prisioneros turcos que han venido del destacamento de Ruszczyc. He dejado libre a aquel tártaro y le he dicho que





fuera donde el visir y le dijera que estaba a punto de ir a comer con él. Pero tendrá miedo de decirlo, o quizá le colgarán también a él... Los turcos no se esperan nuestro ataque, en cualquier caso, no tan pronto y no por la parte por la que pretendo atacar yo.

Todos rieron la historia del rey, pero enseguida comenzaron a expresar sus dudas:

—Pero, Majestad, aunque consigamos atravesar las montañas y atacar a los turcos por allí, seremos como una gota en medio del mar. Nos sepultarán a todos con su masa humana.

—¡Nos cubrirán con los turbantes!

—Ustedes hablan así –dijo Sobieski– porque no conocen a los turcos. Los turcos saben combatir, pero, una vez pierden la confianza en sí mismo, se dejan vencer por el pánico...

—Sí, pero cuando vean los pocos que somos, ¿usted cree que se dejarán vencer por el pánico? Admiramos la sabiduría de Vuestra Majestad, pero la guerra son matemáticas...

«Es como si hubiese oído hablar a Jablonowski», fue el primer pensamiento que se le vino a la cabeza.

Todos eran amables, respetuosos, pero rechazaban obstinadamente el plan propuesto. La guerra a la que él quería conducirlos era una guerra distinta a la que ellos conocían. Se les había enseñado que había que actuar lentamente, pacientemente, y que es mejor retirarse en el momento justo, firmar un acuerdo, sacrificar algo, con tal de no echar todo en el mismo plato de la balanza...

Pero Sobieski no tenía ninguna intención de ceder. Muchas veces en su vida se había visto obligado a hacerlo, pero en las situaciones de guerra, extrañamente, siempre había tenido la convicción de estar en el lado correcto. Observó los rostros de los presentes. Los generales austríacos y Waldeck estaban entre los que se oponían más. Los otros repetían sus críticas. Habían llegado allí sin entusiasmo, más con la idea de que no se podían echar atrás, que de actuar con el corazón. Querían salvar Viena y llegar a casa lo antes posible. No

había nada que temiesen más que meterse en una larga guerra contra la potencia más grande del mundo.

Sobieski pudo leer el apoyo total a su plan solamente en uno de los rostros: el de Carlos de Lorena. Pero Carlos no había tomado parte de la discusión. Quizá por su natural silencio, o quizá por ser un príncipe sin principado, un exiliado a quien su emperador había dado el mando de su ejército, y no se sentía seguro, rodeado como estaba por comandantes y por reyes que estaban por debajo solo teóricamente. Sobeski comprendió que podría contar con Carlos en el campo de batalla, pero no allí, en la sala de consejos.

Iba a tener que luchar solo para hacer prevalecer su plan. Había aprendido a ser equilibrado, pero también astuto. Y estaba decidido a luchar, del mismo modo que había luchado para defender las propias opiniones en la Dieta polaca.

La discusión continuaba desde hacía una hora. Dejó que cada uno expresase su parecer. Luego hizo una observación que suscitó una vez más oposición. Introducía en la conversación bromas y chistes. Había llegado ya la hora de comer, pero Sobieski no interrumpió el debate. Declaró no poder sentarse a la mesa hasta que el plan de acción no hubiese sido aprobado. Se siguió discutiendo, se volvió por enésima vez a los mismos argumentos. El rey seguía manteniendo la calma y el buen humor. Contó varias anécdotas de las guerras contra los turcos y los tártaros. Empezó a bromear con los recuerdos de su estancia en Estambul, algunos años antes. La comida estaba ya fría, el mayordomo echaba de vez en cuando una ojeada embarazosa a la sala de consejos. Cada vez que la discusión estaba a punto de terminar, el rey volvía a la carga. Ya habían pasado dos horas. Los príncipes empezaban a mirarse unos a otros con aire desesperado. Aquel terrible polaco, de quien se decía era amigo de comer y beber, estaba dispuesto a hacerles morir de hambre. Se apoyaban ahora en un pie, ahora en otro, constreñidos como estaban a permanecer en pie alrededor de la mesa.

El primero en ceder fue Maximiliano, príncipe de Baviera. Guiñando sus pequeños ojos, que le hacían parecer casi enfermo, declaró que se rendía y que aceptaba el plan propuesto por el rey. Luego le tocó al príncipe de Sajonia. Waldeck y Dünewald se opusieron hasta el final. Pero, cuando llegó el momento de aceptar o no el plan, también ellos votaron a favor.

Solo entonces Sobieski consintió que fuese interrumpido el debate y que todos se sentaran a la mesa. Se levantó de la poltrona y, abrazando por un lado a Wettin y por otro al príncipe Carlos, se dirigió muy contento hacia el comedor. Repartió bromas y golpes de humor, dio palmadas en la espalda a los electores e hizo enseguida el primer brindis a la salud del emperador Leopoldo. Los príncipes del imperio le miraron con entusiasmo, pero también con un poco de miedo.

# 15

El paso de las tropas polacas a través de los puentes de Tulln transcurría muy lentamente. La lluvia caía sin interrupción y los puentes, aunque aparentemente estaban sólidamente construidos, caían uno tras otro. Fue necesario hacer pasar una parte del ejército a nado, lo cual no era nada fácil, dado que el río iba crecido.

Sobieski, contrariado, pidió con urgencia a Schaffgottsch botes, balsas y todo lo necesario para atravesar el río. El plenipotenciario imperial prometía, pero la administración imperial no parecía tener prisa en satisfacer las peticiones del rey polaco. Sobieski empezó a darse cuenta de que aquella lentitud era buscada, y que tenía su causa. Era cada vez más evidente que nadie esperaba a los polacos tan pronto. Se le había pedido a Sobieski que se diera prisa, pero, cuando fue el primero en llegar a las orillas del Danubio, empezaron a preocuparse del hecho de que aquel aliado, hasta hace poco tiempo adversario, pudiese albergar la intención de aprovechar su primacía con algún otro objetivo, quizá de acuerdo con el rey de Francia. Así que, a pesar de que Viena estuviese muriendo, el gobierno imperial no hacía nada por agilizar el paso de las tropas polacas a la otra orilla del río, con el objetivo de conseguir que los polacos se encontrasen reunidos en la otra orilla cuando ya estuviesen allí las tropas sajonas, los bávaros, los suevos y los francones.

Schaffgotsch señaló que el emperador tenía intención de venir también él, cuando los ejércitos estuviesen concentrados. Aquel anuncio gustó muy poco a Sobieski. Sabía bien que el mando quedaría en sus manos, pero temía que Dünewald y los otros pudiesen influir sobre Leopoldo para que pidiese la modificación del plan aceptado en Stetelsdorf.

Tres días después se le informó al rey de la próxima llegada de un emisario especial del Papa, que sería el delegado del Santo Padre ante las fuerzas reunidas de los ejércitos cristianos.

Sobieski se puso la más bonita de sus chaquetas y, junto con sus comandantes y capellanes militares, fue en busca del invitado. Todos esperaban encontrarse una carroza rodeada de un numeroso séquito, pero nadie se fijó en la pequeña calesa, tirada por un único caballo, que llevaba un fraile capuchino delgadísimo, con una larga barba y vestido con una túnica gris oscura atada al cuello con una cuerda, y que calzaba sandalias sin calcetines. Aquel era el delegado del Pontífice, un hermano capuchino de la república de Venecia, famoso por su santidad, Marco de Aviano.

Aunque maravillado por el aspecto tan poco usual del lagado papal, Sobieski lo acogió con todos los debidos honores. Marco de Aviano empezó enseguida a decir misa en el altar del campo, y luego predicó en latín.

—Oh, caballeros –dijo, dirigiéndose al ejército que rodeaba el altar–, oh valerosos caballeros polacos que habéis dejado vuestra patria y vuestras familias para acudir en ayuda del cristianismo amenazado, yo os invito a dar prueba de vuestra presencia aquí, no solo con vuestro coraje, conocido en todo el mundo, sino también con vuestra propia vida, con vuestro ejemplo espléndido, con vuestra oración y con vuestra fe. Aquí no se combate por un territorio, por el poder, por la riqueza. Aquí se combate por que vuestros hermanos, que sufren bajo el yugo pagano, puedan de nuevo manifestar públicamente la propia fe y permanecer unidos en la Santa Madre Iglesia. Sé muy bien cuál es la situación en las tierras





ocupadas por los turcos. He estado allí y lo he visto con mis propios ojos, de qué modo están siendo oprimidos nuestros hermanos cristianos y cómo están siendo devastados los templos del Señor. Mirad esta cruz...

La sacó del cinturón y levantó en alto una pequeña cruz de madera negra, sobre la que estaba pintada, en estilo bizantino, la figura de Cristo.

—Con esta cruz –continuó– he atravesado todos los países balcánicos. He dicho a nuestros hermanos cristianos que se está acercando su liberación y les he jurado que, si vuestra campaña es victoriosa, esta cruz, con la que yo os bendigo antes del combate, la donaré a la catedral de San Trifón en Cátaro, para que allí, en aquellos lejanos lindes de la Dalmacia, represente el anuncio de la liberación. Pero os digo y os repito: si queréis que Dios conceda la victoria a vuestras armas, desterrad de vuestros corazones el mal, el odio, la concupiscencia y la impureza. Tenéis que creer en Dios. ¿Creéis en Él? ¡Respondedme! ¿Creéis en Dios?

Se levantaron centenares de voces:

—¡Creemos! ¡Creemos! ¡Creemos en Dios!

—¡Decid! –exclamó–: ¡María, ayúdame a creer, decidlo!

—¡Jesús, María, creemos! –fue la respuesta a coro–. ¡Jesús, María!

Después de la misa, Sobieski invitó al capuchino a desayunar en su tienda. Marco de Aviano aceptó la invitación, pero comió solo pan y un poco de queso. Bebió solo agua pura. Durante el desayuno habló de sus peregrinaciones a los Balcanes. Luego dijo:

—Ahora, Majestad, intente que nos dejen solos, porque solo a usted puedo confiar las cuestiones por las que he venido aquí.

En cuanto salieron todos, Marco de Aviano sacó la carta del Papa. Inocencio XI había enviado una carta muy breve. Impartía a Sobieski su bendición y le rogaba que se valiese de la mediación del enviado papal en todas las dificultades que

pudiese encontrar en sus relaciones con los demás representantes del Imperio.

—El Santo Padre me escribe –dijo Sobieski después de haber leído la carta– que debo compartir todas las dificultades con usted, padre. Lo que me causa placer. Las dificultades han sido muchas, quizá ha sido el mismo Espíritu Santo quien se lo ha confiado al Santo Padre...

Le comentó al fraile todas las dificultades que le habían sido causadas recientemente por los funcionarios imperiales.

Marco de Aviano le escuchó sin interrumpirlo. El rostro del padre no escondía su edad. Tenía las mejillas caídas, la frente atravesada por arrugas, la cabeza calva, la barba desordenada. Bajo las espesas e hirsutas cejas, miraban dos ojos de un azul penetrante. Una mano estaba constantemente apoyada en la cruz guardada en la cintura.

Solo cuando Sobieski terminó de hablar, Marco de Aviano dijo:

—Lo sé todo, Majestad. El Santo Padre me ha ordenado observar bien, así que yo observo y miro. He estado con el emperador y me ha hablado de estos problemas. Le he rogado que no siguiera al ejército hasta aquí, porque su presencia solo puede acrecentar la maldad que su gente le demuestra a usted. Me ha prometido que escuchará mi oración, así que, aunque le hayan hablado de su llegada, esté tranquilo porque no vendrá. Quisiera que usted supiera que el comportamiento de los funcionarios imperiales está solo provocado por el orgullo y la malevolencia. El emperador sabe que usted es favorable al príncipe Thököly, pero ha sido precisamente el príncipe Thököly el provocador de la invasión turca. Usted lo ha apoyado, ha sido mediador entre él y el rey de Francia. El emperador está preocupado por las idea de que usted pueda convertirse en su protector...

—¿Pero usted no cree, en cambio, padre –dijo Sobieski estirándose los bigotes–, que el emperador esté oprimiendo a los húngaros y que la revuelta de Thököli nazca de la opresión? Había hecho mal en llamar al sultán, pero también había hecho mal en dejarse dirigir por el rey de Francia; por eso yo eché de Polonia al hombre que incitaba a los húngaros a combatir contra el emperador. ¡Pero alguien tiene que ayudarlos!





Marco de Aviano inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

—He hablado también de esto con el emperador –comenzó–. Le he dicho que Dios castiga a su reino con la invasión turca por culpa del orgullo y el libertinaje en que ha caído la corte y las grandes familias de magnates, pero también por la opresión que sufren los húngaros. Usted es muy hábil, Majestad, a la hora de defender los derechos de este pueblo maravilloso. Pero atención – levantó el índice y fijó sus ojos azules y vívidos, casi febriles, en el rostro de Sobieski–, usted debe ser claro y sincero consigo mismo: ¿está de acuerdo con el príncipe Thököly y quiere ayudarlo solo porque tiene simpatía por los húngaros y porque estos sufren opresión?

Sobieski intentó resistir aquella mirada, pero tuvo que bajar enseguida la cabeza. Aquel fraile había tocado sus pensamientos más ocultos, sobre todo el pensamiento que escondía frente a todos, incluso frente a Marysienka. Algo había intuido De Vitry, cuando, en una de sus cartas, escribía al rey Luis: «Sobieski insiste mucho para que Duvernay se vaya de Polonia, porque en las relaciones con los húngaros tiene ciertos proyectos. Yo creo que es algo que tiene que ver con el hijo mayor, al que la madre no ama. No le ha ido bien con Prusia, de la que quería hacer un principado para él, así que estoy seguro de que tiene intención de imponérselo a los húngaros...».

Pero aquel pensamiento era solo un germen. Y nacía de una auténtica amistad en las relaciones con los húngaros, así como la idea de hacer a su hijo príncipe de Prusia había nacido de la profunda comprensión por la gente oprimida de aquella provincia devastada...

—Profeso por los húngaros unos profundos sentimientos de amistad –balbució, intentando evitar la mirada del fraile–.

Creo que quizá podría ayudar a un acuerdo entre el príncipe Thököli y el emperador...

Marco de Aviano no negó. Se quedó sentado con la cabeza agachada, con una mano apoyada en la mesa y la otra, en la cruz. Parecía como si reflexionara. Al fin, dijo:

—He oído decir, Majestad, que es usted un auténtico caudillo cristiano y que ha entendido muy bien, quizá mejor que los demás, por qué hemos venido aquí desde distintos países para tomar la lucha común contra el invasor turco. Quizá no hace falta que yo le repita lo que ya le he dicho a sus soldados, que una auténtica cruzada no puede consistir solo en la guerra contra el enemigo. Hoy los turcos son los enemigos de la cruz y oprimen a nuestros hermanos. Pero, si se comportan así, es también porque nosotros los cristianos estamos unos contra otros, porque entre nosotros no hay confianza, sino hostilidad, y de esta manera contradecimos nuestro cristianismo. ¿Acaso los turcos, mirándonos, pueden hacerse una idea de lo que significa nuestra fe? Durante mis viajes a las tierras balcánicas a veces he tenido ocasión de hablar con musulmanes y tengo que decirle, Majestad, que a menudo he encontrado entre ellos personas que se distinguían de los cristianos solo por el nombre que ellos daban a Dios. Dios es uno solo. Y también nosotros tendremos que estar unidos. ¿Acaso ellos, viendo cómo somos nosotros, pueden entender el cristianismo? Nos llaman adoradores de muchos dioses, nos acusan de mentiras, de perfidias...

Se interrumpió bruscamente, como si algo le estuviese doliendo.

—Tengo que admitir que tiene usted razón, padre –dijo Sobieski– porque también yo he encontrado entre los turcos personas honestas. Por ejemplo, Ibrahim, el pachá de Buda. Si todos fueran como él...

Marco de Aviano sonrió amargamente.

—Es demasiado pedirles que sean mejores cristianos que nosotros. Un día –dijo pensativo y mirando al vacío–, un día, o nosotros o ellos, buscaremos el camino perdido de la unidad...





—¿Usted cree, padre, que hemos perdido nuestro camino? –preguntó sorprendido–. ¡Podemos ser malos y pecadores, pero jamás nos olvidaremos de Dios!

El capuchino bajó la cabeza y se la sujetó con las manos. Durante un momento pareció como si luchara con un dolor interior.

—¿Dice usted, Majestad, que no lo olvidaremos? Pues yo le digo que hay ya muchos cristianos que se han olvidado de Él –dijo con ímpetu–. Ahora nos encontramos en el estado de aquel emperador que un día fue destinado a ser el monarca de todos los cristianos. Hubo un tiempo en que se le consideró la espada de la potencia terrenal de Cristo. ¿Y en cambio, qué vemos a nuestro alrededor? El desprecio por el hombre, el culto idólatra del oro, la carrera hacia los placeres, la tolerancia por cada pecado, basta con que pueda esconderse bajo hermosas palabras... Así por todas partes. ¡Queréis la victoria y no os conocéis a vosotros mismos! –dijo casi gritando.

Sobieski, en un primer momento, se puso rojo de rabia. Fue presa de la indignación. Aquel fraile se estaba tomando demasiada libertad. Que pensase lo que quisiera del Imperio, pero que estuviese atento a no acusarle a él, que había llegado empujado por puro entusiasmo cristiano. La mirada airada del rey se encontró con los ojos vívidos del fraile. Por un momento, aquellas dos miradas chocaron como dos sables. Al fin, venció el equilibrio. Dijo, en tono dolorido, pero ya sin resentimiento:

—Es muy duro usted, padre, y ciertamente tiene razón cuando habla del Imperio. Pero no tiene derecho a decir que todos tenemos la misma culpa.

—Yo no soy quién para valorar las culpas –la voz de Marco de Aviano, que poco antes resonaba amenazadora, como el grito de un profeta del Antiguo Testamento, había recobrado la calma, y solo quedó en ella el acento dolorido–.

Cuando Dios me dice que hable, me dirijo al que tiene el corazón menos árido, para que vea la culpa y la admita... Usted conoce bien la historia de los cruzados que hace medio milenio conquistaron Tierra Santa. Su obra se ha quedado en nada, aunque a menudo hubieran sido guiados por un corazón generoso. Las victorias de la espada no son duraderas...

Sobieski hizo un gesto de impaciencia.

—Hemos venido aquí para combatir y para vencer. Usted mismo ha dicho a los soldados que tengan confianza en Dios y que Él les dará la victoria. Tenemos que vencer con la espada.

Marco de Aviano inclinó la cabeza afirmativamente.

—Sí, lo he dicho. Y es verdad. Hoy tenéis que vencer con la espada. Sin esta victoria, nuestros hermanos, que sufren y que esperan la salvación, no podrán ser ayudados. La espada trae la libertad, cuando Dios lo quiere, y se quiebra cuando sirve a los intereses humanos. Nosotros tenemos que ser la espada, pero una espada que está en Su mano. He dicho que tenéis que tener fe en Dios, porque Él quiere servirse de vuestras espadas para Su causa. Pero también quiere servirse de vuestros corazones, recuérdelo...

Cambió repentinamente de tono. Alargó el brazo y apoyó su pequeña mano morena sobre la gran mano de Sobieski. Dijo enseguida en tono encendido, como llevado por la inspiración:

—Escúcheme, Majestad. Usted lleva el nombre de Juan. El nombre del que fue el precursor de Jesús. No piense en sí mismo, no piense en lo que será de usted... Es necesario un signo, y quizá lo tenga.



# 16

«Mi maravilloso, mi adorado Juan, único señor de mi corazón...»

Suspiró, después de haber leído una vez más el encabezamiento de la carta escrita en polaco. Aquellas palabras afectuosas le recordaban el momento de la despedida... Pero a las palabras del principio se contraponían enseguida, desde la primera línea, las quejas de toda la carta.

Que Marysienka se lamentase de no recibir cartas suyas era algo comprensible. Podía estar preocupada por su marido y si hijo. El descuido habitual de los emisarios y la actividad de los espías más diversos, franceses, brandenburgueses y también imperiales, conseguían, como poco, que las cartas se perdieran o que, si llegaban, llegasen con retraso después de haber sido leídas por alguien. Se llevaba a cabo la caza a la correspondencia de Sobieski con mayor empeño, dado que no estaba en clave. A veces, en vez de servirse de las cartas, enviaba emisarios, pero también estos acababan perdiéndose por el camino. Por otra parte, no solo no llegaban las cartas que él enviaba a su mujer, sino que tampoco llegaban las que su mujer le enviaba a él. Aquella que tenía en la mano llevaba el número siete y era la segunda que le había llegado. También él sufría por la falta de noticias de Marysienka y de los niños. Estaba siempre intranquilo por su salud. También el hijo pequeño estaba en-

fermo muy a menudo. Entendía que ella se lamentase haber recibido tan pocas cartas.

¿Pero por qué –pensaba–, después de todo lo que le había dicho en el momento de la partida, volvían a él aquellas sospechas, todo volvía a ser como antes? ¿Por qué escribía: «Tu negligencia a la hora de escribir me trae a la mente los pensamientos más diversos, pero prefiero guardármelos para mí?» ¿Por qué le hacía amargos reproches? «Sin duda gozas de la agradable compañía de las damas de la corte imperial que, me han dicho, acompañan al ejército y son muy simpáticas, *trés amiables*. Quizá también Leonor ha ido a visitaros al campamento. Ahora comprendo por qué no tienes tiempo para escribir...»

A Leonor no la había visto, ni mucho menos había pensado en ella. Ninguna dama frecuentaba el campamento polaco, y él no tenía contacto alguno con ellas salvo cuando se paraba en algún castillo. Desde que habían llegado a las orillas del Danubio, llevaba una vida espartana, rodeado de los problemas del ejército para atravesar el río, del aprovisionamiento, del servicio de informaciones, de los planes de ataque.

Marysienka, que había llegado al conocimiento de los problemas creados por los austríacos, escribía:

«Estoy indignada por el comportamiento de los funcionarios imperiales y a propósito de esto le he dicho un par de cosas a Zierowski. También he hablado con el nuncio, pero él no quiere creer que sea así y dice que ciertamente se trata de chismes y maldades. Pero yo sé muy bien cómo son. Mi padre también está indignado por este asunto. Tienes que ser duro y no ceder ante Carlos que, según me cuentan, se ha hecho muy amigo tuyo. Tienes que tener siempre presente en cada situación tus ventajas, porque los otros, sí no, se aprovechan de tu comportamiento generoso y luego te ponen en ridículo...»

Se mordió los labios. Tenía tendencia a pensar lo mismo, aunque intentaba convencerse de que no sería así.

«A los lituanos todavía no se les ve –le informaba Marysienka– pero parece que están avanzando, porque llegan diariamente quejas de su comportamiento. Durante su marcha no hacen otra cosa más que robar y saquear, como si estuviese atravesando un país enemigo y no el territorio de Polonia...»





Se mesó los cabellos. Sapieha y Oginski le habían tomado el pelo. Y Schaffgotsch seguía diciendo que las ayudas financieras habían sido ingresadas, pero el ejército todavía no había reunido el número de hombres que había sido fijado... En cuanto a los lituanos, podría arreglarlo todo. Le resultaban más amargos los reproches de Marysienka. Y aquella manera de recordarle sus ventajas...

Ya era noche cerrada y Sobieski, después de haber vuelto a suspirar una vez más pensando en aquella carta, estaba con intención de irse a la cama. Se arrodilló para rezar sus oraciones, pero los ojos se le cerraban y se adormecía mientras murmuraba el Ave María, sin conseguir acabarla.

De pronto, un alboroto de voces, algunos disparos y el rumor de cascos de caballos lo desvelaron de golpe. Como si se sintiera más ligero, saltó inmediatamente hacia la salida, donde, sobre los lechos de campamento dormían su ayudante Miaczynski y el tesorero de corte Modrejowski, que no lo dejaban solo nunca. Ambos se despertaron y se pusieron enseguida las botas. En el campamento, los gritos aumentaban. Los disparos eran cada vez más intensos. En algún sitio había comenzado un incendio y en sus resplandores se veían las sombras engrandecidas de los que corrían: ahora aparecían, ahora desaparecían sobre el fondo de la tienda que escondía la entrada, como murciélagos enloquecidos. Algunos soldados a caballo pasaron veloces al galope frente a la tienda real. Se oyeron voces de mando y el ruido sordo de los soldados de la guardia al ponerse en marcha.

—Atanasio –dijo dirigiéndose a Miaczynski–, vete a ver qué pasa.

El *starosta* de Luck salió afuera: solo entonces Sobieski se dio cuenta de que su hijo Jacobo podía estar en peligro de muerte.

—¡Andrés, por el amor de Dios! –dijo volviéndose hacia Modrzejowski–. ¡Mi hijo! ¡Corre, salva a mi hijo!

—Majestad, yo no puedo dejaros solo...

—¡Corre a salvar a mi hijo, te lo ruego!... ¡Es una orden!

El tesorero salió también él de la tienda de mala gana y refunfuñando. Sobieski se quedó solo con un vasallo que normalmente le ayudaba a vestirse. Dijo que le trajeran el sable. Estaba seguro de que los turcos habían lanzado un ataque contra aquella parte del ejército polaco que ya había atravesado el río. Si él hubiera sido Kara Mustafá, también se habría comportado así. Estaba un poco encolerizado porque, a pesar de sus órdenes, se veía que el campamento no estaba demasiado bien defendido, si los turcos habían podido entrar sin ser vistos.

En el campo, todos fueron presa del pánico. Se oía disparar continuamente. Se veían hombre semidesnudos corriendo de acá para allá. Se oían gritos: «Los paganos, en las tiendas! Sálvese quien pueda!».

A pesar del caos, había alguno que intentaba dominar la confusión. A la tienda real llegaban sonidos de trompa, se oían voces de mando, sobre las que se levantaban gritos de terror y salvas de disparos cada vez mayores.

Por fin llegó Miaczynski. Traía con él algunos soldados de su compañía de valacos para que se quedaran a defender la persona del rey.

—Majestad –dijo–, estos no son turcos. A lo mejor son tártaros o quizá se trata de una falsa alarma. Los hombres han sido presos de un pánico tal que siguen huyendo, a pesar de que se les grite que nadie les amenaza. Todos tienen miedo de ir donde la confusión es mayor, porque se dispara a ciegas, han herido ya a más de uno... Se echan como locos unos contra otros...

Poco a poco, los disparos comenzaron a disminuir, solo algunos soldados a pie y a caballo seguían pasando a la carrera por delante de la tienda, incitándose recíprocamente a la fuga.





Sobieski seguía muy preocupado por su hijo.

—¿Dónde está Jacobo? ¿Sabéis dónde está mi hijo? ¡Vamos, buscadlo, traédmelo aquí!

—Modrzejowski ya ha ido hacia la tienda de su Alteza el Príncipe...

—¡Sí, él habrá ido, pero mi hijo aún no está aquí! ¡Corred, salvadlo!

La voz de Sobieski era cada vez más histérica.

Miaczynski y los soldados que estaban con él salieron. Sobieski salió también de la tienda. Se había congregado allí ya una compañía de la guardia de *dragones*. Apareció también su comandante, el general Galecki.

—Manda a tus hombres a buscar a mi hijo. Yo no necesito defensa –dijo febrilmente Sobieski.

—Que Vuestra Majestad me perdone, pero el deber de mis soldados es el de defender la persona del rey. Yo no puedo confiarles ninguna otra misión.

—¡Con tanta protección vuestra acabaré por morir de un infarto, de lo que temo por la vida de mi hijo! –saltó lleno de ira.

Por suerte, en aquel momento salió de las sombras Modrzejinski con un pequeño grupo de soldados. Entre ellos, Sobieski vio el delgado perfil de Jacobo. El príncipe avanzaba armado, con el sable en mano. El padre saltó hacia él y lo abrazó fuertemente.

—¡Estás aquí! ¡Por fin, estás aquí! Mañana daré gracias a Dios de corazón. ¿Dónde estabas? ¿Qué ha pasado?

—*Rien, mon pére* –Jacobo hablaba tranquilo, sin agitación–. A los hombres les ha parecido que ocurría algo y han perdido la cabeza. *Personne n'a vu ni Tatares ni Turcs...*

Las palabras equilibradas del hijo calmaron a Sobieski. Estaba lleno de orgullo por su hijo, que, aunque novicio en la guerra, no se había dejado llevar por el pánico. Retomó enseguida su actitud normal. En un momento volvió a ser el hombre que siempre había sido: lleno de energía, de inventiva, con tendencia a bromear. Comenzó enseguida a dar órdenes,

a convocar a los comandantes. Todavía no había pasado un cuarto de hora y ya había vuelto la calma al campamento. Las divisiones convocadas se ponían en fila, se encendieron fuegos. El rey montó a caballo y desapareció entre las tiendas para pasar revista al campamento.

Había sido una falsa alarma. Pero, de todos modos, había provocado confusión entre los pelotones y los regimientos; los caballos corrían de acá para allá. Las diferentes divisiones siguieron buscando a sus hombres hasta el alba. Las tiendas se habían caído, algunos soldados habían resultado heridos.

A la mañana siguiente llegó al campamento de Sobieski el príncipe Carlos. Había oído cierta confusión en el campamento polaco, había puesto a sus hombres en pie de guerra y ya se disponía a acudir en ayuda de los polacos. Pero había mandado en avanzadilla una patrulla de caballeros que le informaron de que era una falsa alarma y que los polacos no necesitaban ayuda.

Carlos pareció sorprendido cuando vio el campamento polaco: tiendas deshechas, fuegos pisados, armas y equipamientos tirados por el suelo, comandantes en busca de sus soldados y soldados que corrían desesperadamente tras sus propios caballos.

Sobieski acogió al príncipe con cordialidad y afabilidad. Lo invitó a desayunar en su tienda. Estaba de óptimo humor. Se burló alegremente de sus soldados que, asustados por los gritos de algunos compañeros borrachos que estaban de juerga, habían perdido la cabeza. El príncipe Carlos escuchaba en silencio. Sobieski hablaba del comportamiento ejemplar de su hijo, que había conservado la sangre fría. Solo cuando hubo escuchado aquella historia más de una vez, Carlos informó al rey de la visita nocturna que le habían hecho unos emisarios de Thököli. Los emisarios, en nombre del «rey de los sublevados», habían propuesto al príncipe un armisticio y le habían dicho en confidencia que para Thököli aquella era la ocasión ideal para liberarse de los turcos y los tártaros, que vigilaban su ejército.





—El emisario no sabía nada de la presencia de Vuestra Majestad aquí, y se ha quedado muy sorprendido cuando se lo he dicho –dijo Carlos–. De hecho lo he traído conmigo para que pueda ver a Vuestra Majestad en persona y referirlo a su señor. Yo no puedo firmar un armisticio sin el permiso de Su Majestad Imperial... Pero creo que si Vuestra Majestad, como comandante en jefe de los ejércitos cristianos, aceptase ese armisticio, resultaría ventajoso también para nosotros. Eso haría libres a parte de mis soldados, que están obligados a estar preparados en contra de los húngaros...

Sobieski echó una mirada rápida a Carlos. Le pareció entender cada vez mejor al de Lorena. Aquel general, jefe del ejército imperial, tenía sin duda sus dificultades con los representantes de la corte, y probablemente miraba a los húngaros con ojos distintos a los de Schaffgotsch, que veía en ellos solo a traidores y rebeldes.

—Muy bien –dijo–, tiene razón, Excelencia. Lo invitaré para que pueda verme y le daré una carta para Thököli. Pero tiene que admitir –dijo volviendo a retomar los avatares nocturnos– que no todos habrían sido capaces de comportarse como mi hijo...

# 17

Kara Mustafá no infravaloró del todo las noticias sobre la ayuda que estaba llegando. Seguía sin creer que Sobieski hubiese venido en persona. Los representantes de Francia aseguraban demasiado a menudo que el rey de Polonia no haría nunca nada contra la voluntad del rey francés, y por lo demás, Sobieski era un hombre enfermo, cada vez más viejo, amenazado por la oposición, la cual se habría aprovechado sin duda del hecho de que el rey abandonase el país. Sin embargo, las patrullas enviadas en avanzadilla aseguraban y acordaban en que había una concentración de tropas cerca de Tulln, que los soldados estaban atravesando el Danubio, y no solo por el puente que ya existía, sino también sobre dos puentes de madera construidos por los zapadores imperiales. A ese ejército hacía falta plantarle cara.

Los mejores regimientos de jenízaros habían sido empleados para conquistar la ciudad y desde hacía muchos días no dejaban las trincheras, a lo largo de las que situaban bajo las murallas. Se había intentado derribarlas más veces, pero los defensores se habían resistido encarnizadamente. A pesar de la desesperada resistencia de los vieneses, para el visir ya era cosa segura que en los próximos días se habría minado todo. Caerían las murallas entre los bastiones del castillo y los de Löbl, los jenízaros entrarían en la ciudad y harían estragos.

Mientras por un lado se minaban las murallas, la artillería pesada seguía bombardeando Viena, causando numerosos incendios, mucho más difíciles de apagar ahora que en la ciudad asediada empezaba a faltar el agua. El insólito calor que había hecho en julio y que duraba todavía, había provocado la sequía de muchos pozos. La ciudad resistía con las últimas fuerzas. Cada noche, los defensores disparaban ráfagas desde el campanario de San Esteban, que eran interpretadas por Kara Mustafá como una desesperada llamada de auxilio. Habían sido capturados algunos hombres que habían logrado huir de Viena e intentaban alcanzar el ejército imperial. Bajo tortura confesaron que los defensores estaban al límite de sus fuerzas y que la moral de los habitantes estaba por los suelos.

Unos pocos días más –pensaba Kara Mustafá– y Viena caerá en mi mano como una fruta madura. Así que, a pesar de las noticias sobre la ayuda que estaba llegando, decidió no interrumpir el asedio ni siquiera un segundo. Aparte de los soldados de las trincheras, el resto del ejército, a causa de aquella inactividad, había caído en el ocio y la depravación. Los soldados habían acumulado bienes inmensos e iban continuamente a la búsqueda de nuevas presas. Se habían llevado a cabo expediciones contra la población y habían sido llevados al campamento miles de prisioneros. La vida disipada dominaba hasta la borrachera, a pesar de que el *imán* Mehmet Wani amenazase a los que infringían las leyes del Corán con el castigo de Alá. Kara Mustafá se daba perfecta cuenta de que, si hubiese sustituido los regimientos de jenízaros que estaban asaltando la ciudad por otros regimientos, habría contado con peores soldados para el combate, mientras que los que estaban ahora en las trincheras habrían sucumbido también a la corrupción.

Una rápida conquista de la ciudad les permitiría afrontar la lucha contra el ejército que avanzaba apoyándose en las fortificaciones de la ciudad, y habría puesto a disposición del visir la potente artillería de los defensores.





Sentado frente al mapa extendido sobre la mesa, Kara Mustafá se convenció de que la ayuda solo podría llegar por la orilla del Danubio. Si el enemigo sintiese la tentación de rodear el Wienerwald por el sur, aquella maniobra duraría al menos dos semanas, y en ese tiempo, la ciudad sin duda ya habría caído. Y el encuentro con el enemigo no presentaría dificultad.

El ejército turco era siempre un ejército inmenso, pero dos meses de inercia lo habían privado en gran parte de su fuerza. Cada soldado pasaba a vigilar ahora sus riquezas acumuladas, y si podía, evitaba prestar servicio. Entre decenas de miles de tiendas era fácil esconderse para los desertores de todo tipo. Kara Mustafá hizo que se organizaran en cada regimiento divisiones de «perseguidores» de los fugados, cuyo deber era pasar por el cedazo las tiendas y echar a latigazos a los que intentaban escaparse del servicio. Pero el número de «perseguidores» resultó demasiado pequeño con relación al número de los que se escondían. Con lo cual, los regimientos estaban incompletos, el servicio se llevaba a cabo con poca diligencia, y nadie se preocupaba verdaderamente ni del equipamiento ni de los caballos, que desde hacía mucho tiempo sufrían de hambre porque el forraje escaseaba.

La misión de cubrir el pasaje entre el Danubio y la franja boscosa del Wienerwald se la encargó Kara Mustafá a Kara Mehmet, el mejor de sus comandantes. Pero Kara Mehmet seguía diciendo que las fuerzas de los infieles reunidos en las cercanías de Tulln eran imponentes, y que cuando avanzasen, no iba a poder hacerles frente. Pensando cómo podría hacer para reforzar las tropas de Mehmet, el gran visir decidió recurrir al ejército del pachá Ibrahim, que se había quedado en Jawarin. El viejo pachá era un comandante experto y sus soldados, acostumbrados a una férrea disciplina, eran ciertamente mejores que los que disponía Kara Mustafá en su campamento.

Se enviaron mensajeros con la orden de decir a Ibrahim que dejase guardando los puentes a parte de su ejército, bajo

el mando de Mustafá, pachá de Mitilene, y que se dirigiese con las mejores divisiones a las cercanías de Viena. Tres días después, Ibrahim llegó al campamento con sus soldados. Kara Mustafá lo acogió con afectada afabilidad.

—Sea bienvenido, venerable pachá –dijo cuando Ibrahim, recién llegado, se presentó ante el consejo de jefes–. Estamos felices de que se encuentre junto a nosotros. Su gran inteligencia y su larga experiencia nos serán muy necesarias, mientras que sus soldados descansados serán de gran ayuda para los nuestros, que combaten tan duramente y que deben seguir combatiendo, a pesar de que esté en curso el santo Ramadán... Las patrullas tártaras que el khan envía en avanzadilla, a petición nuestra, nos han informado recientemente de que el ejército alemán, reunido junto al puente de piedra, está a punto de encaminarse hacia la ciudad de los infieles en su auxilio. Apenas se haya formado, avanzará hasta aquí. Puede llegar solamente costeando las orillas del río. He decidido esperarlo en el punto más estrecho, allí donde las montañas se acercan más al río, para destruirlo allí. Dígame, sabio y experto pachá, ¿qué piensa de este plan?

Ibrahim, antes de responder, se acarició por un momento la larga barba blanca.

—Su plan, visir –dijo–, parece bueno. El ejército de los infieles tiene que ser frenado antes de que llegue a la llanura en la que se halla el campamento. Estoy muy sorprendido de que haya permitido que el campamento se alargase tanto, sin pensar en rodearlo de bastiones. Pero ya no queda tiempo de pensar en las fortificaciones, con lo cual, hace falta retener al enemigo lo más lejos posible...

—¿Entonces acepta mi plan? –preguntó Kara Mustafá. Se mordió los labios, para contener la ira que le producía la observación de Ibrahim acerca de la insuficiente defensa del campamento.

—Permítame, *asaf*, que le diga todavía una cosa.

—Hable.

—Usted ha dicho que el ejército alemán se está concen-





trando junto al puente de piedra. Pero allí no está solo el ejército alemán. Está también el ejército polaco con su rey...

—¡No es cierto! Sobieski no está. Son solo habladurías de los tártaros.

Ibrahim sacudió la cabeza.

—Discúlpeme, señor, si me permito contradecir su palabra. Sobieski está con su ejército. No quise dar crédito a las noticias que traían los tártaros, y envié en avanzadilla a algunos de mis hombres, de los que habían estado en el Lehistán y habían visto al rey polaco. Y ellos lo han visto.

—¡No es posible! ¡Sobieski no está!

—Está, *asaf*, Sobieski ha llegado y no esconde ni mucho menos su presencia.

—Le repito, pachá, que Sobieski no está. Sé que están los polacos. Y alguno de ellos estará fingiendo ser el rey.

—Ojalá fuese así. Sobieski es un terrible adversario. Pero yo creo a los hombre que lo han visto.

—Es usted obstinado, pachá. Quedémonos cada uno con nuestras convicciones... Tanto si Sobieski está aquí como si no, el plan establecido es válido.

—Su plan, visir, no debe cambiar. Pero si en el puente de piedra está Sobieski –¡y yo creo que así es, y le ruego, oh señor, que se convenza también usted!–, debemos recordar bien quién es ese hombre. Es un hábil comandante. No se sabe jamás por qué parte atacará y cómo atacará. No ataca nunca dos veces de la misma manera. Conoce miles de estratagemas. Supongo, *asaf*, que habrá oído hablar de cuando puso en fuga a los tártaros en Leópolis. ¿O quizá no? Entonces se lo diré yo. Ordenó a los húsares que repartieran lanzas entre los siervos del campamento e hizo poner a estos últimos, lanza en mano, a lo largo del camino principal que lleva a la ciudad. El khan, engañado, pensó que como los húsares estaban en el camino principal, iba a poder lanzar el ataque por una estrecha garganta que también lleva a la ciudad. Pero justo en esa garganta, Sobieski había dejado emboscados a sus húsares. Las hordas tártaras fueron aniquiladas por

el enemigo. Permítame, pues, que le diga una vez más: ese hombre no ha llevado nunca una batalla de la misma manera que la anterior...

—Entonces, pachá, usted cree que es un demonio y no un hombre. Mire, aparte de que no creo en el hecho de que esté aquí, no tiene más remedio que tomar el camino entre las montañas y el río. En aquel estrecho pasaje, la victoria podrá ser solo del más fuerte...

—¿Y si atraviesa las montañas?

—Usted está loco, Ibrahim. El terror hacia ese hombre le hace imaginar cosas fantásticas. Aunque tuviese alas no podría pasar volando con el ejército sobre esas montañas.

—¿Me reprocha que tengo miedo, visir? ¡Nadie hasta hoy me había dicho esto! Yo combatiré contra Sobieski, cuando llegue el momento. Solo quería ponerle en guardia...

—Lo sé, pachá, que no tiene miedo –Kara Mustafá retiró enseguida cuanto se le había escapado con el ímpetu del discurso– pero, si quiere ponerme en guardia, entonces dígame, según usted, ¿qué cree que debemos hacer?

—Visto que me pregunta, gran visir, entonces le responderé. Yo reuniría a todos los hombres disponibles y ordenaría llenar la llanura de fosos. Construiría trampas para los caballos. Detrás de los fosos pondría todos los cañones. Haría salir de las trincheras a todos los soldados que están empleados en el asedio de la ciudad y los metería en el combate...

—Lo que me propone es imposible. Para llevar a cabo una obra como esa tendría que hacer trabajar a mis hombres día y noche. Y no pretendo abandonar el asedio. Sépalo usted, dentro de dos días caerán las murallas de Viena.

—Si tienen que caer, podrán caer cualquier día después, cuando ya haya rechazado al enemigo y haya vencido a los ejércitos que están avanzando. No hará falta ni siquiera llevar a cabo el asalto. El enemigo capitulará solo.

—Yo no aceptaré la rendición. Yo quiero conquistar esa ciudad; ¡sus habitantes pagarán con sangre su estúpida resistencia!





—Haga como le dicte su voluntad, asaf. El ilustre *padichá* le ha dado a usted el mando y la santa bandera del Profeta. Me ha pedido un consejo y yo le he dado mi opinión.

—Le he pedido consejo porque quería saber qué le dice su experiencia. Y creo que, aunque sea un jefe magnífico, es demasiado cauto en sus previsiones. Mi decisión es la siguiente: no interrumpir el asedio ni siquiera por una hora. Dentro de dos días quiero entrar en la ciudad y ver cómo caen las cruces de las iglesias... Para Usted, pachá, tengo una simpática sorpresa, una sorpresa que sin duda le alegrará el corazón...

Batió palmas, dio una orden, y un momento después cuatro eunucos trajeron un magnífico *hil'at* forrado de piel.

—Bien –dijo–, este es el regalo del *padichá* para usted, pachá Ibrahim. ¡Apreciando su experiencia bélica, le nombro *serdar* de aquel ejército que se opondrá a los *gávur* y los destruirá!

# 18

Por fin todo el ejército polaco pasó al otro lado del río y se unió a las fuerzas de los aliados. Sobieski elaboró un plan pormenorizado, según el cual el ejército de los aliados tendría que pasar las montañas del Wienerwald. El total del ejército había sido dividido en tres cuerpos. En el flanco izquierdo irían los ejércitos de los Electores alemanes, bajo el mando del príncipe Waldeck. En medio irían las tropas imperiales guiadas por el príncipe Carlos. En el flanco derecho se situarían las tropas polacas, que dividió a su vez en tres grupos: el de la izquierda, guiado por Sieniawski; el del medio, bajo el mando personal del rey, y el de la derecha, confiado a Jablonowski.

El primer ataque sería llevado a cabo por la infantería y la artillería; la caballería iría después. El ejército polaco no disponía de mucha infantería, por lo que Sobieski ordenó agregar al cuerpo de la armada polaca algunos regimientos alemanes; a cambio, algunos pelotones de soldados acorazados y de húsares fueron transferidos al ejército de Waldeck.

El 9 de septiembre, en un mediodía caluroso y sofocante al máximo, los ejércitos unidos comenzaron a adentrarse en las montañas cubiertas de bosques. El día anterior se había levantado un temporal de viento terrible: un hálito caliente soplaba a la cara de los soldados. La fuerza del viento era tal que sentían que les faltaba la respiración. Algunos caballeros

más débiles, entre ellos el príncipe de Sajonia, cayeron del caballo. Sobieski tuvo la impresión de que el ejército había entrado en una enorme hoguera sobre la que, del otro lado, soplasen potentes fuelles. Aprovechó al presencia del padre Marco de Aviano que llegaba para bendecir una vez más a las tropas polacas y le preguntó:

—¿Usted no cree, padre, que esa tormenta de viento pueda ser obra de Satanás? La gente dice que el visir Mustafá es un gran mago. Quién sabe si no ha descubierto ya nuestras intenciones y que, con la ayuda de las potencias infernales, no esté intentando frenarnos...

Superando con la voz el fragor del viento que partía las ramas de los árboles, el fraile respondió:

—Cuando hasta el mismo Satanás quiere ponerse en medio de nuestro camino, es que Dios está con nosotros, Majestad. ¿Y quién hay más poderoso que Él? Los santos han ido valientemente con la cruz en la mano hasta la puerta del infierno. Y vosotros solo tenéis que esforzaros en ser cristianos auténticos... Yo rezaré por vosotros...

El viento seguía soplando, pero los soldados se habían internado en el bosque y ya no lo notaban tanto. Soplaba furioso sobre sus cabezas, tronzaba los árboles, arrancaba las ramas que les caían encima a las tropas en marcha. Penetraba entre los árboles un soplo terrible, que, unido al sofoco, hacía la marcha muy difícil.

Hicieron llamar a un grupo de hombres que conocían bien los senderos del Wienerwald para que hiciesen de guías. Apenas entraron en la espesura, Sobieski se convenció de que todo lo que se le había dicho acerca de la dificultad para atravesar aquellas montañas era cierto. Ningún camino atravesaba los bosques, había solo dos tortuosos senderos, por los que a duras penas podían caminar dos hombres, uno al lado del otro. Los caballeros tenían que bajar a menudo de los caballos y tirar de los animales por las bridas. Se reveló una empresa de verdadera dificultad poder hacer pasar las largas lanzas de los húsares. Pero las dificultades mayores llegaron





con los cañones. Las bestias no podían más, y los hombres se vieron obligados a atarse a las correas y tirar también junto con los caballos.

Se añadía la circunstancia de que se tenía que marchar siempre cuesta arriba. Algunos senderos eran tan empinados que se veían obligados a caminar agarrándose a las ramas. El avance era muy lento, y seguía a la vez diferentes recorridos. Sobieski había mandado en todas las direcciones a patrullas de caballería ligera, temiendo una emboscada. Algunas veces se habían encontrado a los tártaros, pero estos huían, evitando el combate.

Cuando se hizo el crepúsculo, fue imposible acampar, cada soldado fue obligado a pasar la noche en el punto en el que se encontraba. El rey prohibió encender hogueras. No se realizó ninguna distribución de víveres. Cada uno podía comer solo lo que llevaba consigo. Ni siquiera se había permitido traer los carros con el forraje. Los caballos rumiaban la hierba y las hojas. Gracias a Dios había agua, porque por todas partes corrían pequeños regatos.

El viento seguía soplando entre las ramas de los árboles. El sofoco no cesaba ni siquiera por la noche. Nadie dormía. Los correos enviados para mantener el contacto no hacían más que subir y bajar. Apenas se hizo de día, se dio la señal de continuar la marcha. Los senderos por los que debían ir las tropas eran cada vez más escarpados. Un cañón se soltó y se precipitó por un barranco. Los soldados querían abandonarlo, pero Katski no lo permitió e hicieron falta casi cien hombres para volverlo a subir. Sobieski estaba siempre entre los soldados. Estaba cansado, acalorado, pero no los abandonaba. Los exhortaba al esfuerzo, alabando a unos y regañando a otros, a veces bromeando. Ahora estaba cabalgando en medio a la caballería sueva. Era un entusiasta de su aspecto, de aquellas divisas y de aquella disciplina. Hablaba en alemán con los soldados, ganándose enseguida su simpatía. Entre ellos se hablaba de él como *unser König*, «nuestro rey».

Cuando el sendero era muy escarpado, bajaba del caballo y seguía la marcha a pie, sujetado del brazo por dos soldados.

El viento disminuyó, apenas se notaba, pero el sol quemaba y hacía penetrar en el bosque sus rayos ardientes. El avance continuaba, pero siempre muy lento. Sobieski temía quedarse atrás. El ejército alemán y el imperial tenían que estar ya más adelante, porque tenían que recorrer un tramo de montaña tres veces más corto.

Hacia mediodía fue necesario interrumpir la marcha, porque todos estaban cansados. Ahora el camino era menos empinado, y por fin llegaron a la vertiente. El terreno era aquí también parcialmente abierto, expuesto a los rayos de sol. Los soldados vieron emerger ante ellos las cimas de las montañas. Si miraban el mapa, apenas superadas aquellas cimas, tendría que haber una bajada lisa y abierta en dirección a la llanura en la que se levantaban las aldeas y pueblos que rodeaban Viena.

Le trajeron a Sobieski una silla plegable; allí sentado podía comer algo y a la vez escuchar los informes de los ayudantes que llegaban de todas partes. Los correos y las estafetas hablaban continuamente de varios movimientos de las divisiones. Sobieski estaba molesto porque el ala polaca seguía avanzando muy lentamente.

Mientras estaba mandando un correo tras otro a las divisiones que se hallaban más lejos, llegó a caballo un oficial del príncipe Carlos. Sobieski, antes de escucharlo, le ofreció un vaso de vino. El oficial austríaco se quedó sorprendido de aquel modo de actuar tan natural, tanto que no tenía coraje de tomar el vaso en la mano.

—Hable, teniente, ¿qué novedades trae? –preguntó Sobieski.

—Su Excelencia el príncipe me ha ordenado que le informe a Vuestra Majestad de que sus tropas, junto con las del Elector, se están acercando a la colina del Kahlenberg, sobre el que se encuentra el monasterio de los camaldolenses. Los turcos no han opuesto una resistencia excesiva y pienso que,





antes del crepúsculo, la cima de la colina será conquistada por nuestros soldados.

Frunció el entrecejo. Había algo que no le gustaba en aquel informe. Dijo a sus hombres:

—¡Pasadme el mapa!

Le trajeron el mapa y lo abrieron frente al rey.

—¿Y usted afirma que el príncipe en este momento tiene al alcance la colina de Kahlenberg?

—Sí, Majestad.

—Pero el Kahlenberg se encuentra en el extremo izquierdo. ¿Cómo ha hecho el príncipe Carlos para llegar allí con su ejército? ¿Qué hace el ejército sajón junto a las tropas imperiales?

—No estoy en condición de responder a Vuestra Majestad.

—Pero el ejército imperial tendría que encontrarse en el centro...

—Nosotros hemos subido por el ala izquierda, Majestad...

Faltó poco para que gritase: «¡al diablo, ¿quién os ha dado permiso?!», pero se contuvo. Aquella no era una pregunta a la que hubiera podido responder un ayudante de campo. Pero Sobieski fue presa de la inquietud y de la ira. Habían cambiado sus planes, no se habían seguido sus órdenes. Cuando los ejércitos se habían dividido la mañana anterior, los austríacos y los alemanes, por comodidad, se habían movido por la orilla del Danubio. Una vez cerca de las montañas, que en aquel punto constituían solo una pequeña cadena, tendrían que haberse dividido para ocupar cada uno su posición: los austríacos en el centro y los alemanes a la izquierda. Y sin embargo, lo habían hecho al contrario: era Carlos el que se encontraba en la banda izquierda. ¿Por qué? ¿Qué había pasado con Waldeck?

Se levantó y empezó a dar una orden tras otra. A pesar del cansancio decidió alcanzar inmediatamente el ala izquierda y aclararlo todo. ¡No se había quedado como comandante en jefe para que sus órdenes fuesen modificadas! Estaba espe-

cialmente disgustado por el hecho de que fuese precisamente el príncipe de Lorena el que se había sustraído a sus órdenes. En él tenía la máxima confianza.

Hizo llamar a Sieniawski, dado que se encontraba en aquel momento justo en medio de las tropas mandadas por él. Le informó de que iba a reunirse con las tropas imperiales, pero que deseaba que las tres columnas polacas siguiesen avanzando de la misma manera que venían haciéndolo hasta ahora, y que lo mantuviesen informado de todos los movimientos. El mando de las divisiones que dependían directamente del rey lo llevaría Katski.

—Qué quiere que le haga –dijo dirigiéndose a Sieniawski–, estos alemanes han organizado un buen lío. Tendré que hablar personalmente con Waldeck y con Carlos. No sabría decirle cuándo llegaré. Me llevo conmigo un pelotón de húsares. Ocúpese de mi hijo, lo dejo bajo su protección...

El séquito del rey estaba en condiciones de avanzar velozmente, porque el oficial austríaco que Sobieski había llevado consigo conocía a la perfección el recorrido. El rey ordenó avanzar al galope por los estrechos senderos del bosque. Alcanzaron en breve la infantería bávara. Los oficiales acompañaron a Sobieski hasta el príncipe Waldeck.

—Excelencia, ¿por qué no se encuentra usted en el ala derecha como había sido previsto?

El viejo mariscal se encogió de hombros.

—Eso tiene Vuestra Majestad que preguntárselo al príncipe Carlos. Se ha puesto delante de nosotros y ha tomado mi dirección. Enseguida, después de Klosterneuburg ha atacado a los turcos y ha seguido avanzando. He pensado que quizá actuaba de acuerdo con Vuestra Majestad.

—Yo no he acordado nada. Me he enterado de casualidad que los austríacos han alcanzado el Kahlenberg. ¡Y quisiera saber qué significa todo esto!

—La respuesta se la puede dar a Vuestra Majestad solo el príncipe Carlos. Como nos han empujado hacia el centro, nos encontramos recorriendo senderos impracticables, por





donde a duras penas conseguimos movernos. Los hombres empiezan a estar cansados. He tenido que abandonar los cañones...

—¿Qué, Excelencia? ¿Cómo ha podido abandonar los cañones?

—No podía hacer otra cosa.

—¿Y con qué va a disparar cuando ataquen los turcos?

Waldeck suspiró.

—Ya le había dicho a Vuestra Majestad que no conseguiríamos atravesar estos bosques.

—Pues mis hombres avanzan, aunque la zona sea bastante peor. Y nos hemos traído todos los cañones.

—Yo no sé cómo habrán hecho los soldados de Vuestra Majestad –dijo Waldeck, encogiéndose de hombros.

Tenía ganas de reprochar a Waldeck, como solía hacer con los suyos en caso de desobediencia. A veces castigaba sin piedad a sus hombres, tanto que acababa por arrepentirse. Pero, frente al mariscal del imperio, se vio obligado a frenar su ira. Exclamó solo, encolerizado:

—Ojalá os disparen desde todas partes mientras sigáis combatiendo así –giró el caballo y se dirigió al galope hacia el bosque–. ¡Malditos alemanes! –se decía–. ¡Han abandonado los cañones! ¿Pero qué se creen? ¡Cómo se ve que esta batalla les interesa más bien poco!

Pero de pronto su ira pasó de Waldeck a Carlos. Aquello era todavía más intolerable. Cuando había propuesto sus planes estratégicos, se había llegado a un acuerdo preciso con el príncipe. No había vuelto a tomar una decisión sin consultársela. Su simpatía por el marido de Leonor crecía día a día. Había empezado casi a quererlo. ¡Y ahora él le hacía una jugada semejante! ¡Al diablo, iba a vérselas con él! Le había llamado tantas veces «padre», le había asegurado que obedecería todas sus órdenes, le llamaba comandante insuperable... Había llegado a pensar que Carlos era el único en quien podía tener confianza... ¡Ni hablar..! ¡No se podía fiar de ninguno de esos malditos alemanes!

Empujaba el caballo, aunque las ramas de los árboles le dieran en la cara, sin preocuparse de que su animal pudiera tropezar en las raíces.

Siguieron corriendo todavía un tiempo, cuando de pronto Mordrzejowski se acercó al rey, gritando:

—¡Majestad, los tártaros!

Por el vasto claro donde habían llegado en aquel momento, vagaba una horda de caballeros que montaban pequeños caballos y llevaban característicos sombreros de punta. Pero los tártaros, apenas vieron a los húsares, desaparecieron en la espesura del bosque. Sabían muy bien que en campo abierto serían alcanzados y reducidos enseguida. Entre los árboles se sentían seguros. Tenían los arcos preparados, sin atacar. También los húsares, al mando de Sobieski, avanzaron como si no se hubieran dado cuenta de que estaban allí los tártaros. Cuando pasaron por su lado, uno de ellos gritó en polaco:

—¡Eh, vosotros, caballeros! ¿Estáis con el señor Lubomirski?

Uno de los húsares rebatió arrojado:

—¡Es el rey quien nos guía!

—¡Mientes! –respondió el tártaro–. ¡El rey no está!

El cortejo real siguió avanzando. Los tártaros lo siguieron con la mirada, sin salir de la espesura, hasta que los húsares se alejaron entre los árboles.

—¡Pss! –dijo el tártaro–. ¡Hay que avisar al Khan!

La cima de la colina se recortaba cada vez más netamente por encima de los árboles. Sobieski ordenó a una patrulla de húsares que fueran en avanzadilla y verificaran si el Kahlenberg estaba ya verdaderamente en manos de los imperiales. Los húsares partieron haciendo ruido con las plumas que no se habían quitado jamás, a pesar de que fuesen un estorbo a la hora de atravesar el bosque. Iban sin lanzas, se las habían dejado al regimiento. Poco después llegó la patrulla de un alférez con la noticia de que la colina había sido ocupada por la





infantería austríaca y que el príncipe de Lorena se encontraba sobre la cima, en el monasterio.

El cortejo real, a través de un empinado sendero, llegó hasta las ruinas ennegrecidas del monasterio. El incendio debía de haber sido sofocado recientemente, porque la lluvia aún no había tenido tiempo de borrar las huellas. Frente al portón, a la cabeza de su estado mayor, estaba el príncipe de Lorena. Tenía el mismo aspecto de cuando lo había visto por primera vez: bajo, encorvado, casi oprimido por una gran peluca rubia, vestido de gris y sin condecoraciones de ningún tipo. Le colgaba del cinturón la pesada espada de combate. Tenía la cabeza cubierta. Junto a Carlos estaba arreglado y lustroso el príncipe de Sajonia con la cara vendada, que se había herido cuando había caído del caballo.

Sobieski, mientras se acercaba a aquel lugar, seguía tragándose la rabia. Frenó el caballo, justo frente a los dos príncipes y, sin hacerse esperar, gritó:

—¿Qué significa esto, príncipe? ¡No era usted el que tenía que estar aquí! ¡Mi orden no ha sido respetada! ¡Exijo una explicación!

El feo rostro del príncipe parecía ahora más feo que de costumbre. Sus ojos negros estaban tristes.

—Efectivamente, Majestad –dijo–, el plan que Vuestra Majestad propuso ha sido cambiado...

—Ah, ¿lo admite? Pues entonces quiero saber por qué. Me habéis elegido como comandante en jefe y os habéis empeñado en obedecerme. Todos estábamos de acuerdo... ¿Por qué lo ha hecho, príncipe?

El aspecto de Carlos, que estaba justo frente a él, transformó la ira de Sobieski en dolor. Dijo:

—De usted, príncipe, esperaba más que de los otros. Me había parecido que nos entendíamos. Ha sido el primero en ponerse a mis órdenes... Y precisamente usted...

Hizo un gesto a sus hombres para que le ayudaran a bajar del caballo. Un mozo preparó la banqueta que siempre traían para la ocasión. Resbaló pesadamente de la silla. Además del

dolor, le invadía una debilidad generalizada. A pesar de las fatigas de aquel viaje a través de las montañas, a pesar de una noche sin dormir, apenas una hora antes se sentía estupendamente. Sin embargo ahora le parecía como si todos los achaques le hubiesen vuelto de golpe.

—Quiero que me diga, príncipe, por qué usted y el príncipe elector han actuado de este modo.

—Si Vuestra Majestad me hace el honor de entrar, le daré todas las explicaciones.

El monasterio había sido quemado, pero los gruesos muros habían resistido. Los soldados habían removido los escombros y habían construido un techo provisional de ramas, que permitía alojar a la gente entre aquellos muros. Había sido montada otra vez la capilla, en la que se había encontrado el cadáver de un monje camaldolense. El cuerpo no yacía en tierra, sino que había quedado aplastado sobre el reclinatorio, como si el monje hubiese muerto mientras rezaba.

El príncipe Carlos acompañó a Sobieski al lugar que le servía de alojamiento. Allí había una mesa de campo, sobre la que estaba extendido el mapa, apoyado sobre un largo anteojo. En un rincón se veían dos yacijas apoyadas sobre ramas cortadas, evidentemente preparadas para los dos príncipes. El modesto mobiliario se completaba con algunos taburetes.

—Acomódese, Majestad.

Se sentó pesadamente. Jadeaba, por el cansancio y por la emoción. Los otros dos estaban de frente, como dos escolares castigados frente a su preceptor.

—Quiero saber –repitió.

El príncipe Carlos pasó el peso de una pierna a la otra.

—Yo no sé lo que le habrá dicho a Vuestra Majestad el príncipe Waldeck... Cuando mis tropas y las de los electores estaban a punto de entrar en los bosques, nos llegó la noticia de que imponentes fuerzas turcas habían llegado a las cercanías de Klosterneuburg. El príncipe Waldeck decidió interrumpir la marcha, porque aseguraba que no podría adentrarse en los bosques mientras tuviera al enemigo a un lado.





Además estaba convencido de que los turcos estaban preparando una emboscada aquí dentro. Habíamos pensado advertirle, Majestad... Pero usted se encontraba con el ejército polaco, que ya había entrado en el bosque... Yo pensé que lo más importante era no interrumpir la marcha. Si la marcha se frenaba, los soldados polacos se encontrarían solos en medio de las montañas y su plan, Majestad, habría fallado...

—Es cierto –admitió Sobieski–. El plan habría fallado y nosotros nos habríamos encontrado expuestos a un peligro mortal...

—Por eso he atacado a los turcos, dándole al príncipe Waldeck mis directivas de marcha. Quería tener más fuerzas, y por eso le pedí al príncipe Jorge que viniera conmigo...

—¿Y los turcos?

—Los turcos no han aguantado el ataque. Quizá temían que yo estuviera en primera línea con todos los soldados. Así que se han retirado y nosotros hemos avanzado y hemos ocupado el Kahlenberg...

El príncipe Carlos calló, como si se hubiese cansado de tener que decir tantas palabras seguidas de una vez. De nuevo pasó el peso de una pierna a la otra. En la habitación con el techo de ramas comenzó a oscurecer. También Sobieski callaba. Pensativo, se pasó la mano por el rostro.

—Por lo que dice, príncipe –dijo por fin–, si no hubiese sido por su decisión, mi plan no se habría realizado y el ejército polaco, obligado a vagar por los bosques, podría estar perdido... Es horroroso pensar en lo que hubiese podido pasar. Ha salvado usted la situación.

El príncipe Carlos no respondió. En la penumbra, su rostro oliváceo parecía casi negro. Resaltaba solo, como en la cara de un negro, el blanco de los ojos.

—He tenido que hacer un buen trecho para decirle unas cuántas cosas –continuó Sobieski–. Y quería también reprenderle por no haber respetado mis órdenes como había sido convenido...

El príncipe seguía callado. Sobieski, de pronto, tendió los brazos hacia él:

—¡Déjame que te abrace! Ahora sé que eres honesto y devoto.

Carlos se acercó no sin cierto embarazo. Sobieski lo atrajo hacia sí y lo abrazó. El pequeño lorenés casi se confundía con la imponente figura del rey.

—Gracias.

—Tú eres mi padre -balbució Carlos.

—Sí, y tú eres para mí como un hijo.

Se dirigió entonces al príncipe de Sajonia:

—Quiero darle las gracias también a usted, príncipe. Dejemos a Waldeck y a todos los demás. Gracias a vosotros se ha salvado la situación.

Se levantó, apoyándose en el príncipe Carlos.

—Se me ha pasado enseguida la fatiga y el dolor de costado -dijo-. Me siento como nuevo. Combatiremos -dijo frotándose las manos-. Dime -añadió apoyando de pronto la mano sobre el pecho del príncipe Carlos-, ¿cómo eran esos turcos?

—Un óptimo ejército. Han combatido como valientes.

—¿Sabes quién los guiaba?

—No lo sé.

—¿Y no has hecho prisioneros?

—Alguno sí, pero no los he interrogado. Aquí nadie sabe hablar turco.

—¡Hazlos traer aquí! ¡Enseguida! Tenemos que saber...

Mientras Sobieski hablaba con el príncipe Jorge, el príncipe Carlos llamó a su ayudante de campo y le ordenó que trajera a los prisioneros. En la habitación, los servidores encendieron las velas. Un momento después, los guardias trajeron a tres prisioneros. Eran *cebeci*, soldados regulares de infantería. Tenían una actitud digna, no se echaban a los pies del vencedor, ni pedían clemencia.

—Acercaos -dijo Sobieski en turco.

Se miraron entre ellos sorprendidos. Evidentemente no





suponían que ninguno de aquellos pudiese conocer su lengua. Se acercaron lentamente.

—No temáis, no se os hará daño -dijo para tranquilizarlos-. He oído decir que habéis combatido valerosamente. Y a enemigos como vosotros los estimamos. Quiero solo saber a qué división pertenecéis. Pero decidme la verdad.

—No mentiremos -dijo uno de los prisioneros, dando un paso hacia delante. Afirmó con orgullo-. Pertenecemos a la guardia del ilustrísimo pachá Koggiá Arnawud Ibrahim, señor de Budzyn.

—Y sin embargo has mentido -la voz de Sobieski se levantó severa-. Sabemos que el pachá Ibrahim se encuentra en Jawarin.

—No he mentido, *efendi* -replicó el soldado-. Es cierto que estábamos por Jawarin, pero el decimoséptimo día del santo Ramadán hemos venido aquí.

—¿También el pachá Ibrahim ha venido con vosotros?

—Así es, *efendi*.

—¿Sabes quién soy? ¿Sabéis ya todos que he llegado?

—El pachá Ibrahim ha hablado a los soldados y ha dicho que combatiremos contra el sultán del Lehistán. Ha dicho también que es un gran honor combatir contra un *serasker* tan famoso.

Sobieski se alisó los bigotes con satisfacción. Metió una mano en el cinturón y le dio al soldado un tálero.

—Gracias, señor -dijeron a coro los prisioneros.

Los guardias se llevaron a los turcos. Sobieski no solo se había olvidado de las penas, sino que había recobrado el buen humor y la alegría.

—Danos un poco de vino, príncipe. Hoy ya no vuelvo con mis hombres, me quedo contigo. Estoy seguro de que me encontrarás una cama. Ahora quisiera beber un vaso a tu salud. Y también a la suya, príncipe -dijo dirigiéndose a Wettyn.

—El vino ya está en la mesa. ¿Pero Vuestra Majestad no querría ver antes desde lo alto Viena y el campamento turco? Desde aquí se ve todo a la perfección -dijo el príncipe Carlos.

—Está bien, vamos.

Los dos príncipes tomaron a Sobieski por el brazo, para que no tropezase pasando sobre los escombros. Los servidores les precedían con las antorchas. Cuando estuvieron ante la puerta de la iglesia se abrió ante ellos un vasto panorama. La noche era serena, el cielo bordado de estrellas. Abajo, como una roca desplomada, se levantaba la negra mole de las murallas. Por encima de ellas, plateados por la claridad de las estrellas, se levantaban los campanarios de las iglesias. En la ciudad no se veían luces, solo sobre las murallas se distinguía el continuo resplandor de los cañones que disparaban. El bombardeo de Viena continuaba, y los defensores respondían con saña. La ciudad estaba rodeada como de un río centelleante, enorme, muchas veces más grande que Viena: era el campamento turco que brillaba a la luz de centenares de miles de hogueras.

Se trataba, en realidad, de algunos campamentos, entre los que corrían largas vías iluminadas por antorchas. Se podía distinguir sin dificultad el lugar donde se alojaba el gran visir, detrás del torrente Alserbach, que bajaba de las montañas. Aquel alojamiento, constituido por muchas tiendas, parecía él solo una ciudad. Se veían alrededor de él antorchas de colores suspendidas en altos palos. A pesar de que ya se había hecho la noche, en los campamentos turcos debía de haber mucho movimiento y mucho ruido de voces. Todo tenía que estar muy lleno de vida. Al contrario de aquel colorista y rumoroso círculo de tiendas, Viena estaba en cambio sumida en las sombras, atrapada y trágica.

—¡Es inmenso! –exclamó con voz inquieta el príncipe de Sajonia–. ¡El imperio turco debe de ser verdaderamente una gran potencia!

—Tengo que admitir –dijo Sobieski– que he visto varios campamentos turcos, pero una cosa así no la había visto jamás.

—¿Cómo haremos para combatir contra una masa semejante? –dijo Wettin–. Es como si una mosca atacase a un león.





—Se convencerá, príncipe –dijo Sobieski– de que se puede combatir también contra una potencia como esta. Han extendido su campamento desde las murallas de la ciudad hasta la falda de la montaña. Pero no veo fortificaciones. A lo mejor porque es de noche...

—No las hay –dijo el príncipe Carlos–. Cuando hemos llegado todavía era de día y he podido echar una ojeada. No hay nada, ni trincheras, ni bastiones...

—Ha sido Dios mismo que ha nublado la mente del visir.

—Pero ese campamento es un mar –continuó, manifestando sus inquietudes el príncipe de Sajonia–. Quien entre ahí se ahoga.

—Los hombres navegan sobre los mares. Ya verá, querido príncipe, como...

Se interrumpió de pronto. En la lejanía, muy por encima de las murallas de la ciudad, se levantó en el cielo una bola dorada, voló por lo alto, hasta llegar a las estrellas, explotó y se esparció en una cascada de pequeñas estrellitas, cada una de las cuales, según caía, iba dejando tras de sí un rastro luminoso.

—Es un cohete –dijo el príncipe Carlos–, lo han disparado desde el campanario de la iglesia de San Esteban. Piden auxilio.

—Pobrecillos...

Volvieron de nuevo la vista hacia el valle, sobre la ciudad que aparecía como un animal débil aprisionado por una enorme serpiente, que lanzase hacia el cielo el último grito desesperado.

—¡Otro cohete! –exclamó el príncipe de Sajonia.

Sobre la ciudad se extendió una inmensa flor luminosa y de la bóveda negra del cielo llovieron sobre la tierra una cascada de estrellas.

—Muy mal tienen que estar las cosas ahí abajo, cuando piden ayuda con tanta insistencia...

—¡Démosles una respuesta! –exclamó Sobieski–. Por lo menos tendrán el consuelo de saber que estamos cerca.

—Quería hacerlo –dijo el príncipe–, pero temía delatar nuestra presencia aquí.

—Que nosotros estamos sobre el Kahlenberg lo sabe ya también Ibrahim, y lo más seguro es que se lo haya dicho ya a Kara Mustafá. Nuestra presencia aquí no revela nada importante; antes o después sabrán de Waldeck o de nuestros hetmanes. Haga lo que sea necesario para advertirles, príncipe.

—Ya está todo listo. Solo esperaba la decisión de Vuestra Majestad.

Mandó a su ayudante ejecutar la orden y, un momento más tarde, con un silbo y un zumbido, voló hacia el cielo un proyectil luminoso. Siguieron con la mirada su trayectoria. También este explotó, dando lugar a un centenar de pavesas de colores destinadas a llevar la esperanza a los asediados. No tuvieron que esperar mucho la respuesta. De nuevo sobre la ciudad brilló un cohete. El príncipe Carlos ordenó disparar otro cada vez que ellos lo hicieran. Los asediados respondían regularmente, sin ahorrar cohetes. Era evidente que habían comprendido el significado de las señales. Debían de estar invadidos por una alegría febril.

—Pobres –dijo Sobieski–. Que sus corazones se llenen de nuevo de coraje. Sus sufrimientos no durarán mucho más. Escúchame, príncipe –dijo dirigiéndose al Lorenés–, mañana nuestras tropas tendrán que alcanzar las posiciones clave, y pasado mañana comenzaremos el ataque. Es más, mañana, porque ya es más de medianoche. Es sábado, la fiesta de María Virgen. Hemos comenzado bien el día, así que tenemos que darle gracias a la Virgen. Traigo conmigo su retrato, una copia del cuadro milagroso de Jasna Góra. Celebraremos una misa frente a ese cuadro. Luego lo dejaré aquí, sobre la montaña, como recuerdo... Pero ahora, bebamos un trago y vayámonos a dormir.

Volvieron hacia los escombros. El intercambio de mensajes con los cohetes proseguía sin interrupción. Los que provenían de Viena ya no parecían gritos de desesperación, aunque el duelo entre las artillerías vienesa y turca continuase con intensidad.





El príncipe Juan Jorge dijo a Sobieski mientras lo acompañaba:

—Vuestra Majestad ha traído consigo a la guerra a su hijo mayor. Es una óptima escuela. Mi Augusto es más joven, y me parecía que no era el momento de traerlo aquí. Ahora me arrepiento. Es un muchacho alto y fuerte, y capaz de tirar al suelo a los que son más grandes que él. Mirando a Vuestra Majestad, habría aprendido a combatir...

—Aprenderá, aprenderá. Las guerras no terminarán con nosotros. Pero espero que no tenga más ocasiones para combatir contra los turcos. Tenemos que causarles una derrota tal que no vuelvan a tener coraje para venir a nuestras tierras...

—Vuestra Majestad sabe lo que dice.

—¿Sabéis por qué? –se paró y fijó la mirada sobre los dos príncipes–. He ganado seguridad al hablar con los prisioneros.

—¿Por qué? ¿Qué han dicho de importante?

—Han dicho que eran soldados del pachá Ibrahim. Y yo sé, porque me lo han contado los tártaros, entre quienes tengo algunos que me son fieles, que Kara Mustafá odia a Ibrahim, y por eso lo había dejado en Jawarin, para que la poca gloria que él pudiera conquistar tras ganar Viena no la consiguiera el otro. Quería dejar de lado a Ibrahim, a pesar de que este sea un óptimo comandante y su ejército, uno de los mejores. Y en cambio lo ha llamado a Viena. ¿Qué quiere decir? Yo creo que significa que, a pesar de que Kara Mustafá disponga de centenares de miles de hombres, no se siente nada seguro de ellos. Es cierto que tiene insuperables regimientos de jenízaros, los del sultán. Intenta conquistar la ciudad con su ayuda. Tengo la impresión de que no tiene intención de dejarlos salir de las trincheras. Y nosotros no podíamos soñar nada mejor...

En un arranque de buen humor dio una palmada sobre las espaldas de ambos:

—¡Ya veréis –dijo–, venceremos!

# 19

A mediodía, de regreso junto a sus hombres, Sobieski se dio cuenta disgustado de que habían vuelto a quedarse atrás. Waldeck y sus alemanes ya habían alcanzado las posiciones clave. Era necesario decir que, si lo había conseguido, había sido gracias al abandono de los cañones, lo cual había inquietado sobremanera a Sobieski.

También por este motivo el rey no había cambiado las posiciones actuales: había dejado a los alemanes en el centro, y al príncipe Carlos a la izquierda.

Los polacos, con fatiga y con esfuerzos inauditos, estaban atravesando las montañas sin perder un solo cañón. Los hombres estaban cansados, agotados, hambrientos y enfurecidos. Por todas partes se oían blasfemias y maldiciones. Pero Sobieski no se preocupaba demasiado: conocía a sus soldados y sabía que la ira despertaría en ellos una combatividad mayor. Sin tener demasiado en cuenta su propio estado de agotamiento, enviaba una orden tras otra para que agilizasen la marcha.

El orden en el que el ejército debía descender a la llanura había sido fijado con anterioridad por Sobieski. En primer lugar tenía que avanzar la infantería. Un soldado de cada cuatro llevaba el ligero «caballete español» construido con pequeñas y agudas estacas, que servía para defenderse de los ataques de la caballería. Inmediatamente después de la infan-

tería venía la artillería, que aplicaba el sistema elaborado por Katski de disparar de frente y a una distancia muy reducida. Esto exigía la búsqueda constante de nuevas posiciones y constituía un ejercicio peligroso para los hombres de servicio. Solo después de la infantería y la artillería, en tres o cuatro escalones, avanzaba la caballería.

El ala derecha del ejército polaco, guiada por Jablonowski, reforzada con los mercenarios a caballo de Lauenburg, llegó la primera al límite extremo del bosque. La parte central y el ala izquierda seguían llevando retraso. A pesar de la ira que alimentaba contra Waldeck, Sobieski ordenó a Katski que asignara parte de los cañones, según iban llegando, a la infantería alemana del cuerpo del medio. Quería que el ataque tuviera la misma intensidad en todo el frente.

Por la mañana, Sobieski se encontró frente a un hecho inesperado. Los mapas que le habían dado indicaban un suave y abierto declive, con el que el Wienerwald tendría que descender hacia el campamento turco. En cambio la situación resultó ser completamente distinta. Las montañas confluían en la explanada en largas cimas, intercaladas con profundos barrancos atravesados por torrentes. Los lados de aquellas cimas estaban cubiertos de matorrales, o bien se habían transformado en viñas. En los valles había aldeas y casas de campo, ahora quemadas, que atrancaban el camino con sus ruinas, con sus recintos y con sus muros. Sobieski, según iba observando todo aquello, se rascaba la cabeza preocupado. No se podía pensar en un ataque relámpago y por sorpresa desde lo alto. Antes era necesario hacerse con el acceso a la llanura en el que se encontraba el campamento para poder atacar con la caballería. Había que esperar una batalla larga y difícil, que duraría algunos días, que sería conducida por la infantería, apoyada solamente por la poco numerosa artillería polaca. Maldijo de nuevo a Waldeck y a los mapas imperiales que con su imprecisión obligaban a cambiar por completo su plan de batalla.

Lo importante era que durante aquella batalla, que duraría algunos días, Viena no cayese. La ciudad había sido bombardeada y atacada sin descanso. El bombardeo había durado toda la noche y ahora continuaba desde por la mañana temprano, por encima de las murallas se levantaban ovillos de humo, el viento traía el triste son de las campanas.





Llegó la noche y bajo las murallas seguía el combate. A través de un humo que envolvía la ciudad, se veía el resplandor del fuego: los proyectiles turcos evidentemente habían provocado los incendios. Desde el campanario de la iglesia de San Esteban, los defensores comenzaron de nuevo a disparar cohetes. También desde el Kahlenberg se elevaban cohetes hacia el cielo, que el príncipe Carlos había ordenado disparar. Sobieski, de todos modos, opinaba que sería necesario tener bien alta la moral de los defensores; de modo que, sin tener en cuenta el hecho de que así revelaría las posiciones de su ejército, ordenó encender grandes hogueras a lo largo de toda la línea de las montañas. El Wienerwald se vio cubierto de luz. Los asediados tienen que saber –pensó el rey– que van a tener que resistir todavía tres días o quizá cuatro.

Nadie durmió aquella noche. A pesar de la oscuridad, algunas divisiones polacas que venían con retraso, consiguieron atravesar el bosque. Abajo también se podía oír el ruido que provocaban las tropas turcas en marcha. El estrépito de lo cañones arrastrados, el relincho y el galopar de los caballos, el mugido lastimero de los camellos y los gritos humanos. El campamento turco estaba repleto de luces y de ruido.

A las tres de la mañana, en la más absoluta oscuridad, Sobieski interrumpió su breve descanso, tomó consigo a Jacobo y, precedido por un pelotón de húsares, se dirigió de nuevo hacia el Kahlenberg, desde donde tenía la intención de dar comienzo la batalla. El bosque estaba lleno de hogueras y de tropas dispuestas para el combate. La columna en marcha era acogida por los centinelas con los gritos de las consignas. Cuando Sobieski era reconocido, se levantaban gritos y aclamaciones en su honor. Pasaban como sombras, entre los árboles iluminados por el resplandor de las hogueras

Observó con agrado que el entusiasmo y el deseo de combatir eran generales. Se la hacía intuir su experiencia de comandante. La infantería alemana no preparaba los caballetes españoles, pero casi cada uno de los soldados tenía en el cinturón un haz de puntas de hierro, llamadas *Schweinsfeder*, para lanzar bajo los cascos de los caballos enemigos. Observó también, en medio de la infantería alemana, algunos cañones polacos.

Sobieski no había llegado aún al Kahlenberg, cuando oyó a los pies de la colina algunas salvas de mosquete. La batalla había comenzado de buena mañana. Espoleó al caballo de tal manera que casi le hizo estallar el bazo. Dando violentos tumbos sobre la silla, lo obligó a afrontar la subida. Frente al monasterio encontró al príncipe Carlos rodeado del estado mayor y con un anteojo en mano. La negra oscuridad de la noche se volvía lentamente gris. La salva de los mosquetes de abajo no cesaba.

—¿Qué está pasando allá abajo? –preguntó bajando del caballo.

—El señor Lubomirski ha atacado con los *dragones* y la infantería les ha seguido voluntariamente. Pero esto es solo un reconocimiento. Para atacar espero a que se haga de día.

Pero el alba empezaba ya a mostrarse sobre las orillas del Danubio. Emergiendo de las sombras de la noche, comenzaban a delinearse las montañas por encima de ellos. Sobieski tomó el anteojo y observó durante largo rato el terreno que se extendía frente a él. La larga vertiente se estiraba en dirección al río y acababa sobre una montaña sobre la cual se veían ruinas.

—¿No será quizá Nussberg? –preguntó, contrastando lo que veía con el mapa.

—Así es, Majestad.

—Mi querido príncipe, tienes que conquistar aquella colina. Cuando esté en nuestra mano, habremos echado a los turcos del Danubio. Haremos una maniobra de tenaza por





esta parte. Cuando los hayamos rodeado también por la otra, los aplastaremos como a una nuez...

El príncipe Carlos comenzó a dar órdenes. Ahora había comenzado el ataque extendido, sostenido por el fuego de los cañones que se habían llevado al Kahlenberg. Apenas un cuarto de hora después hubo que moverlos hacia adelante. La infantería imperial rompía con arrojo la resistencia de la infantería turca. Lubomirski, con sus *dragones* a pie, atacaba por la otra parte.

El sol aparecía lentamente entre las brumas del alba; enseguida empezó a hacer mucho calor. La batalla aumentaba en intensidad por momentos. El príncipe Carlos alcanzaba de tanto en tanto a los combatientes y los incitaba a nuevos ataques. Llegó también Sobieski. Los turcos fueron rechazados, en un combate despiadado, montaña por montaña. A las ocho, la colina de Nussberg y el pueblo de Nussdorf, que se encuentra a sus pies, fueron conquistados.

Sobieski y el príncipe Carlos, después de haber ordenado a sus hombres pasar del ataque a la defensa, se volvieron al Kahlenberg. Allí los esperaba ya Marco de Aviano para la misa. La celebró frente al cuadro de la Virgen de Czestochowa que había traído el rey, en la capilla de los camaldolenses, que se había quedado sin techo. Ayudó a la misa el mismo Sobieski, que recordó los viejos tiempos, cuando ayudaba en misa en el colegio de Nowy Dwór. Comulgaron junto con el príncipe heredero Jacobo y el príncipe Carlos, además de algunos oficiales. Al acabar la misa y al pronunciar las palabras *Ite, missa est*, Marco de Aviano se interrumpió por un momento y añadió en voz alta: *Vincite!* Todos inclinaron la cabeza. El fraile pasó entonces a la derecha del altar para leer el Evangelio final.

# 20

Ni siquiera las cimas del Wienerwald iluminadas de noche convencieron a Kara Mustafá de que el ejército de los aliados había atravesado las montañas.

«Sobieski –pensó, ya convencido de la presencia del rey polaco– intenta utilizar la astucia. Seguramente ha enviado a sus hombres al bosque para que, encendiendo los fuegos, creen la ilusión de que el ataque parte de allí. Sobieski quiere que los turcos transfieran parte de sus fuerzas al ala izquierda, así él podrá atacar con más fuerza por la parte del Kahlenberg». Mientras pensaba esto, el visir no se preocupó de reforzar el ala izquierda que estaba bajo el mando del pachá Abaza Sari Husein; dio solo a este último, para las acciones de reconocimiento, a Murad Girej con los tártaros. En los últimos tiempos no había contado demasiado con ellos porque, desde que se supo que los polacos estaban avanzando guiados por Sobieski, los tártaros habían perdido por completo el ardor, y su khan no hacía más que decirle al visir que había que dejar el asedio y retirarse, mientras estuvieran a tiempo, a Jawarin. Todas las fuerzas que estaban libres las ordenó transferir, en cambio, al ala derecha.

Fue presa de un verdadero ataque de furia cuando, a la mañana siguiente, fue informado de que los soldados de Ibrahim habían sido expulsados de Nussdorf. Envió al jefe de su chancillería, Laz Mustafá, al pachá de Budzyn para que le

transmitiera su reprobación y la orden absoluta de reconquistar la posición perdida. Ibrahim comenzó el ataque contra Nussdorf, pero la infantería imperial, que había reforzado sus posiciones, no permitió al adversario que le obligase a abandonar las ruinas del pueblo. En un violento combate, el cuerpo de los ocho mil jenízaros elegidos por Ibrahim fue casi completamente aniquilado. Kara Mustafá estaba furioso, pero al mismo tiempo reforzó su convicción de que el ataque de los aliados estaba dirigido sobre todo al ala derecha. Ahora estaba seguro de haber descubierto la emboscada del rey polaco. Decidió quitar a Ibrahim del mando del ejército de auxilio y se puso él mismo a la cabeza del enorme contingente reunido en el ala derecha. En el campo se levantó el clamor de las trompas y el estrépito de los pífanos junto al redoblar de los tambores que llaman al ejército a reunirse.

Pero en el momento en que debía iniciarse el potente contraataque contra Nussdorf al mando del gran visir, llegaron algunos mensajeros sobre caballos espumantes, trayendo la noticia de que el ejército de los infieles comenzaba a descender de las montañas para extender el ataque sobre toda la línea.

Acercándose el anteojo, Kara Mustafá pudo ver por sí mismo a los soldados, con sus variadas divisas, que se movían con paso cadencioso. Inmediatamente detrás venían otros que empujaban cañones. Era una táctica nueva, desconocida. Cuando Sari Husein mandó la caballería contra los atacantes, la infantería adversaria colocó inmediatamente una barrera de caballetes y comenzó inmediatamente a disparar con los mosquetes, resguardándose tras ella. Al mismo tiempo los cañones, colocados aprisa, hicieron caer una lluvia de proyectiles sobre los caballeros que llegaban. El ataque de la caballería se frenó. Entonces los *gávur* se movieron hacia delante, empujando a la infantería turca, que se había quedado sin protección.

Kara Mustafá se dio cuenta enseguida de la emboscada planeada por Sobieski. Se oyó de nuevo resonar las trombas.





En vez de reconducir el ataque sobre el ala derecha, el gran visir dio la orden de transferir las fuerzas sobre el ala izquierda. Aquella orden de pronto desorientó a los soldados. Algunos repartos comenzaron a mezclarse y a confundirse unos con otros. Muchos de ellos aprovecharon para desertar: los «perseguidores» intentaron devolverlos a filas, pero los soldados comenzaron a abandonar en masa, escondiéndose en las tiendas. Kara Mustafá, que se dio cuenta, ordenó hacer estrangular en el sitio a aquellos que habían sido atrapados. Las divisiones especiales de «perseguidores» se pusieron a la búsqueda de fugitivos. Pero eso no hizo más que aumentar la confusión.

El frente era muy extenso y transferir las fuerzas de un ala a otra, iba a ser necesariamente largo. Las tropas turcas desfilaban frente al ejército cristiano, que salía del bosque. Mientras tanto, el ataque de los infieles continuaba.

Al final, hacia mediodía, casi tres cuartas partes de las fuerzas turcas se habían concentrado sobre el ala izquierda. La resistencia opuesta por los turcos aumentaba. El ataque bajaba continuamente de intensidad. Se combatía en un terreno difícil, accidentado, lleno de vegetación, entre los muros de que dividían las viñas, entre los setos y las ruinas de las casas incendiadas. La misión más difícil la tenían los artilleros polacos que no solo estaban obligados a trasladar los cañones de una posición a otra, sino, además, dejarse la cabeza pensando dónde situarlos. En el violento combate, ambas partes sufrieron pérdidas notables. Al fin, el ataque de las fuerzas aliadas disminuyó. A pesar del gran entusiasmo, los soldados estaban cansados. Tenían mucho calor. Estaban vestidos con uniformes pesados e iban armados todavía más pesadamente. Tenían que estar constantemente levantando y cambiando de sitio sus caballetes. Entre los soldados se movían los sacerdotes. Se ocupaban de los heridos y los moribundos, llevaban agua a los combatientes. Entre las sayas grises de los capuchinos resaltaba la blanca del padre Esta-

nislao, que no había abandonado ni siquiera un momento la infantería polaca.

Viendo que la resistencia de los infieles disminuía, Kara Mustafá suspiró de alivio. Poco antes había sido presa de un verdadero acceso de rabia. ¡Aquellos malditos *gávur* habían atravesado definitivamente las montañas y habían intentado sorprenderlo! Pero la estrategia de Sobieski no había resultado. Sus soldados estaban agotados, mientras que los grupos de «perseguidores» reconducían grupos enteros de fugitivos y los obligaban a escudazos a retomar el combate. El ejército turco había aumentado de número y formaba un muro cada vez más espeso. Ya era más de mediodía y se seguía combatiendo siempre en el mismo lugar.

El gran visir estaba acalorado y sintió la necesidad de refrescarse. Dejó el mando a Sari Husein y se dirigió a su campamento, a la tienda destinada a los baños. Aquí se puso en manos de los siervos. La bañera con agua caliente, en la que se había vertido perfume de rosa, estuvo enseguida lista. Se hizo desnudar por los siervos y se sumergió con un suspiro de alivio. Estaba seguro de poder frenar a las tropas aliadas que habían llegado en auxilio de Viena. Hacia la noche, la ciudad habría caído. Por la mañana le habían dado la noticia de que habían sido excavados cinco agujeros bajo las murallas. De un momento a otro se colocarían minas y las murallas caerían. Al día siguiente podría reforzar la defensa con las divisiones especiales de los conquistadores de la ciudad...

Mientras Kara Mustafá estaba estirado en la bañera escuchando el canto de Lelila, su concubina más hermosa, el combate tomó fuerza y se hizo más violento. Sobre el campo de batalla se levantó el grito gozoso de los atacantes, tan fuerte que por un momento sofocó el ruido de los disparos. Kara Mustafá interrumpió sus reflexiones. Un correo llegó a la tienda. El visir lo hizo llamar.

—¿Qué está pasando? –preguntó–. ¿Quién grita así?

—Son los infieles, *asaf*. Han visto a la caballería polaca saliendo del bosque. La visión les ha encorajinado tanto que





han renovado el ataque. Nuestros soldados apenas consiguen retenerlos.

Saltó fuera de la bañera, como si le hubiera quemado agua hirviendo. Ordenó a los siervos que le vistieran. Frente a la tienda le dieron un caballo. El estrépito de la batalla se hizo enorme y cada vez más cercano. El enemigo atacaba con un ímpetu tal que parecía como si de pronto se hubiese olvidado de su cansancio que apenas una hora antes le cortaba las alas.

Se acercó el anteojo. La caballería salía del bosque y lentamente, paso a paso, bajaba hacia el valle. El sol hacía brillar las armas. Sobre las lanzas ondeaban al viento los pendones blanquirrojos. Miles de caballeros bajaban de la montaña y se acercaban a la infantería. ¡Malditos infieles! ¡Habían conseguido también hacer pasar a la caballería a través de las montañas! Impartió enérgicamente algunas órdenes. Hizo llamar de nuevo a los comandantes de los «perseguidores» y les ordenó que capturaran a todos los hombres que habían abandonado las filas. Acercándose al campo de batalla vio filas enteras de *leventler* que huían y se escondían entre las tiendas. Los «perseguidores» iban tras ellos. Pero eran demasiado pocos para conseguir frenar la enorme masa de fugitivos.

Luego, Kara Mustafá vio a Murad Girej abandonar el campamento a la cabeza de las divisiones tártaras. Cuando apareció el gran visir, el khan tártaro le salió al encuentro.

—Allá lejos, gran visir –dijo gritando desde lejos–, allá... –indicó con la mano, de la que colgaba un pesado *battasciúr*, el ala extrema izquierda donde, a través de un largo barranco, bajaba de los montes un torrente–. Allá hay caballeros polacos con alas... Se preparan para el ataque...

—¡Entonces ordena a tus hombres que los detengan, khan! –dijo entre dientes.

—¿Mis hombres? –el khan se encogió de hombros–. Mis hombres, gran visir, se han dispersado para ir a vigilar su botín. No tienen demasiado y no quieren perderlo. Y no tengo

hombres para combatir. Y además nuestros adversarios son demasiado fuertes. Ya se lo había dicho: será mejor que recojamos nuestras cosas y que nos vayamos con honor, mientras estemos a tiempo...

—¡Maldito! –saltó–. ¡Maldito bastardo! ¡Bellaco! ¡Ya te enseñaré yo! ¡Por la cabeza del Profeta que te arrepentirás de tus palabras y de tu traición!

Escupió al suelo y se fue hacia el otro lado. Los tártaros se fueron. El ataque de los caballeros infieles estaba ya llegando al límite de la parte de arbustos, de vides y de ruinas. Más adelante se extendía la abierta llanura, en la que se encontraba el campamento. Las tiendas más cercanas se hallaban apenas a unas decenas de pasos de la línea de combate. Detrás de la infantería en ataque avanzaba lenta y majestuosamente la caballería. Era cada vez más numerosa. Ahora no estaba solamente la polaca, sino también la caballería pesada alemana.

Eran casi las cuatro. La situación era difícil, pero Kara Mustafá se dio cuenta de que por aquel día los enemigos no iban a causarle más daños. Dentro de dos horas empezaría a atardecer y la batalla tendría que ser interrumpida. La noche daría la vuelta a la situación. Los *gávur* tendría que quedarse al descubierto, mientras que él podría reorganizar sus fuerzas. A pesar de que tantos soldados hubieran escapado, a pesar de la traición de los tártaros, confiaba en que el alba le traería buenas noticias.

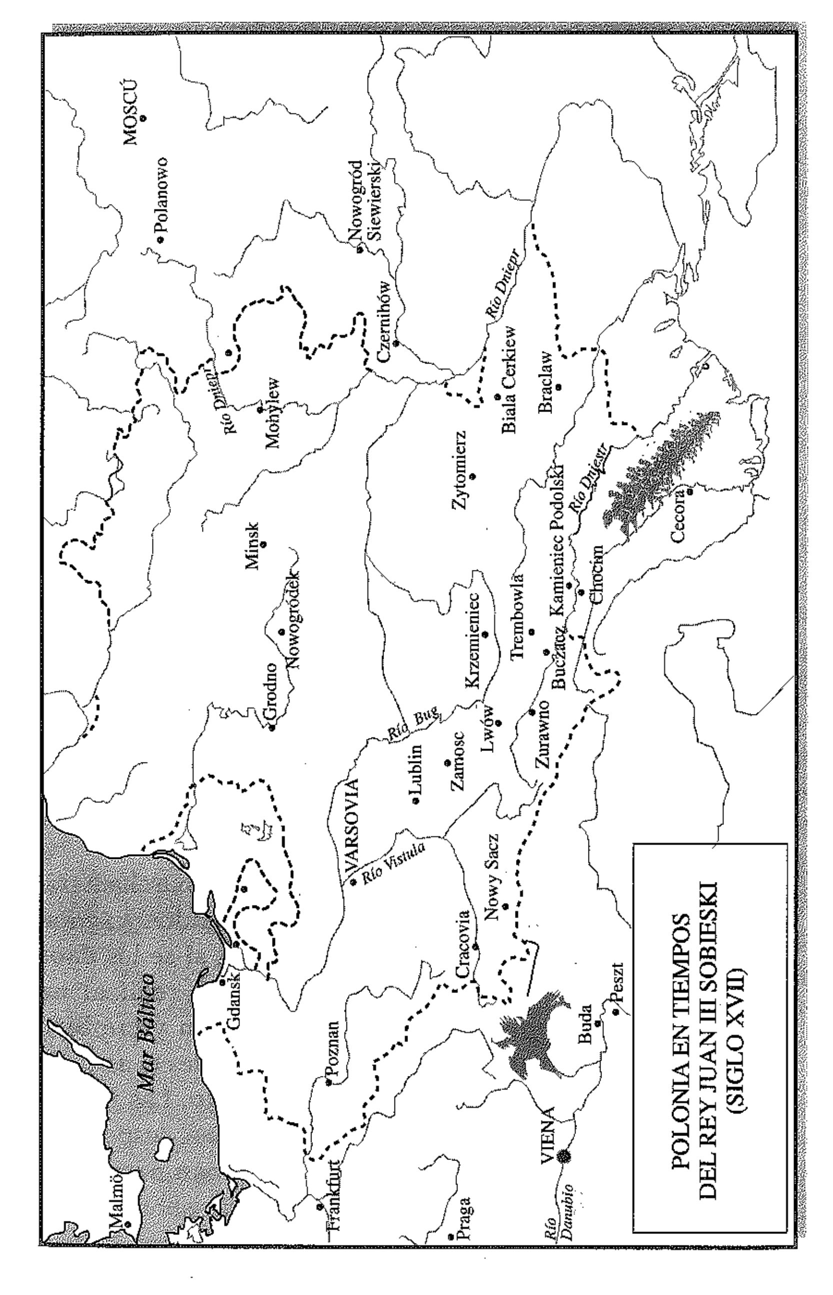


# 21

Sobieski, apenas un momento antes, había pensado lo mismo. El resultado obtenido era óptimo, se había conseguido llegar hasta la llanura. Las dificultades de la bajada y el sofoco infernal no habían permitido hacer más. No era posible que la batalla se decidiese enseguida, el primer día. Sería necesario esperar hasta el alba. Esperar y descubrir las posiciones de sus soldados, sin poder cambiar nada más, dadas las dificultades del terreno.

Se encontraba en la cima de una montaña. Detrás de él se estaban recogiendo los regimientos de la caballería. Bajaban de la montaña y se ponían en fila uno detrás de otro en una pequeña hondonada. La montaña los escondía parcialmente de los ojos del enemigo.

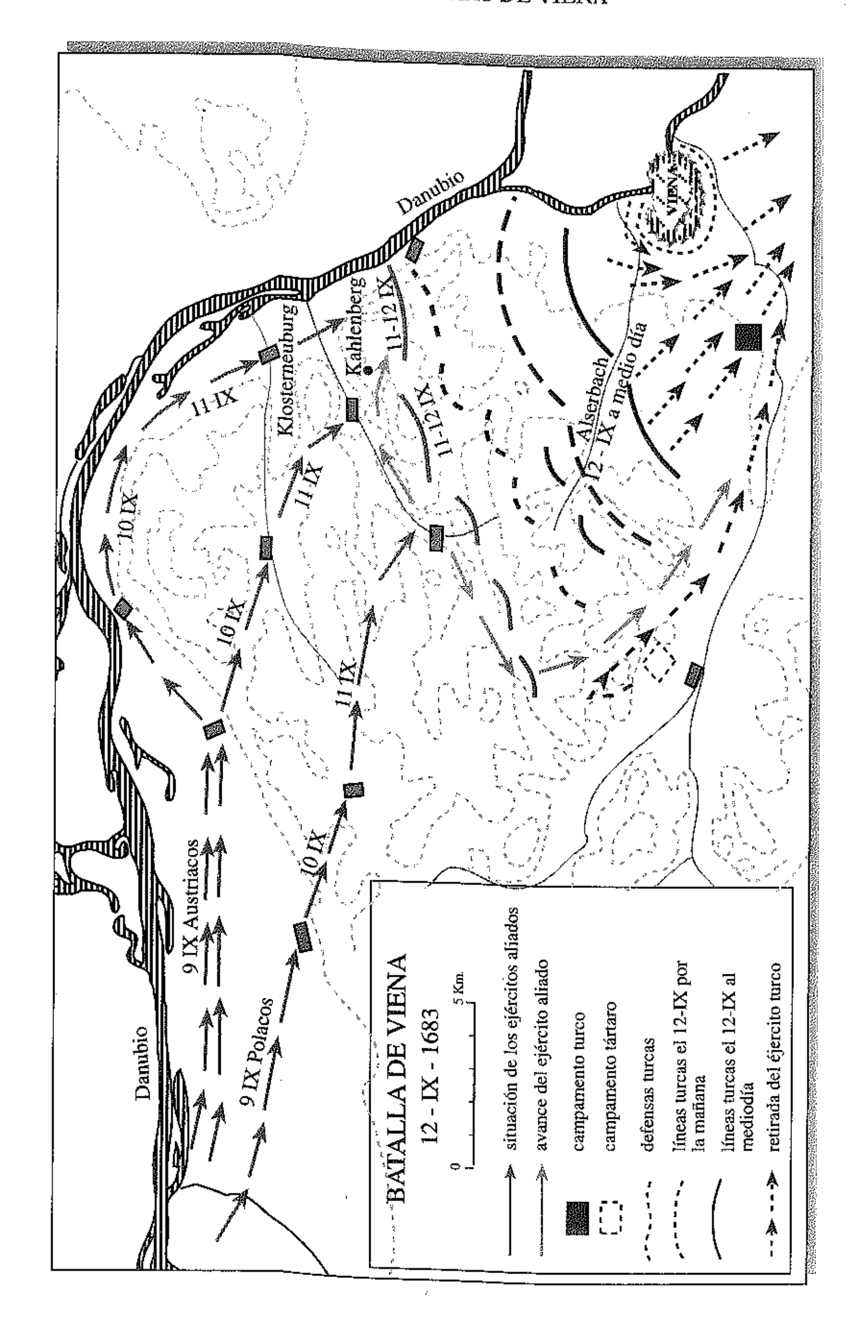
Miró a los soldados. Después de tres días de marcha a través de los montes, los caballos aparecían delgados y agotados. Pero conocía su resistencia y sabía que, si se les daba toda el agua que necesitaban, todavía podrían realizar un gran esfuerzo. También los soldados lo sabían y también aquella mañana habían hecho beber a sus corceles el agua de los arroyos. Los caballeros tenían buen aspecto. Las fatigas causadas por la travesía del Wienerwald habían despertado en ellos la belicosidad. Tenían hambre, estaban nerviosos, pero era el nerviosismo que luego iban a volcar sobre el enemigo. Aquellos que eran más débiles o más miedosos, habían




POLONIA EN TIEMPOS DEL REY JUAN III SOBIESKI (SIGLO XVII)








BATALLA DE VIENA 12 - IX - 1683

abandonado las filas durante el camino. Muchos habían huido incluso antes de llegar al Wienerwald. Habían quedado los más duros, los más rudos.

Estaban parados bajo el sol, que ya estaba perdiendo fuerza. Ya no se notaba tanto el calor sofocante, sobre la llanura se levantaba un viento fresco y ligero. Para hacer descansar a los caballos, los húsares habían apoyado las lanzas en tierra. De vez en cuando alguno sacaba el frasquito que llevaba en la funda de la pistola, bebía un sorbo y le ofrecía a los demás.

Sobieski tomó el anteojo y se puso a observar a las fuerzas enemigas. Desde la montaña en la que se encontraba, podía ver no solo las filas de la infantería turca que estaban listas rodilla en tierra, esperando el nuevo ataque, sino todo lo que pasaba detrás de las líneas adversarias. Vio a los hombres que huían hacia el campamento y a los «perseguidores» tras ellos. Más adelante, entre las tiendas, observó cómo otros estaban cargando camellos, caballos, burros, como si se preparasen para partir. De pronto vio cómo una división especial de soldados hacían salir de un recinto a numerosas personas, la mayoría mujeres, y empezaban a decapitarlas sistemáticamente a golpe de sable. Sobieski, ante aquella visón, sintió un escalofrío. Apretó los dientes y cerró los puños.

Levantó la cabeza. Sobre el fondo del cielo sereno y azul claro sobre el que la noche que se aproximaba parecía haber puesto los dedos, volaba un pájaro blanco. Quizá era una paloma mensajera que llevaba noticias desde la ciudad asediada al cuartel general del emperador. Ante aquella visión, el corazón de Sobieski comenzó a latir con fuerza. Durante los últimos días había vivido en una gran tensión. Aquel pájaro en vuelo le parecía una señal premonitoria. Allá, detrás de las líneas del enemigo, se estaba llevando a cabo una masacre espantosa. ¿Podía ser que los turcos matasen a todos los prisioneros? El día todavía iba para largo... De pronto tuvo una idea.

Llamó a sus ayudantes.





—¡Llamad enseguida a los coroneles! –ordenó–. ¡Quiero aquí a toda la caballería! ¡Enseguida!

El grupo de los ayudantes se dispersó en todas direcciones, como una bandada de pájaros cuando alguien les echa una piedra.

Hizo llamar al primer alférez a caballo Zbrozek.

—Escúchame –dijo–, la misión que te voy a confiar es difícil y peligrosa, pero tiene que salir bien. Vas a tomar dos pelotones de húsares y dos divisiones de hombres acorazados y con ellos vas a atacar directamente a los turcos. Penetrarás lo máximo posible en las líneas enemigas. Luego, volverás junto a mí. ¿Entiendes cuál es mi plan? Saber si es posible atacar en masa y si no han preparado fosas ni trampas. La misión es de gran importancia, por eso te la confío a ti. Que Dios te proteja. Que sepas que vas a cumplir una gran misión, y esto Polonia, qué digo, la cristiandad, no lo olvidará jamás.

Zbrozek echó un vistazo a la horda de jenízaros y de *cebeciler*, luego puso una mano sobre la gorguera que le caía sobre el pecho. Volteó inmediatamente el caballo y se dirigió al galope hacia la caballería recogida en la hondonada.

Un momento después, los pelotones estaban listos. Los caballeros se colocaban sobre las sillas. Se prepararon algunos voluntarios del grupo de fieles al rey, entre los que estaba Modrzejowski y Stanislao Potocki.

A la orden del rey, la infantería abrió filas y la caballería partió enseguida al galope. El espacio que tenían que atravesar era pequeño, había que superarlo en poco tiempo, antes de que empezasen las salvas de los mosquetes. Los húsares avanzaron como un enjambre, y apenas superadas las filas de la infantería polaca, en filas de a seis, formaron una cuña con los caballos. La rapidez del ataque fue tal que solo les dio tiempo a disparar unas pocas salvas. La infantería turca, sin abandonar la posición de rodillas, tenía las picas clavadas en el terreno, formando con ellas una peligrosa barrera. Pero las lanzas de los húsares eran tan largas que golpeaban a los hombres antes de que el caballo se clavase el pecho sobre

aquellas puntas predispuestas. En el ímpetu del choque, los soldados fueron levantados sobre las puntas de las lanzas y lanzados luego sobre sus propias picas. Las lanzas se hicieron pedazos, pero enseguida fueron sustituidas por largos y rectos espadones. La cuña de la caballería penetró a fondo. Los caballos hacían caer a los hombres y los pisaban. Cuando los húsares, una fila tras otra, tronzaron todas las lanzas, pusieron delante a los coraceros. Atacaban con el peso de sus caballos ensillados, quebraban una fila después de otra. Quien no les cedía el paso, tenía que morir.

Pero aquel galope vertiginoso no estaba destinado a durar eternamente. Después de haber destrozado algunas líneas enemigas, los caballos aminoraron la carrera. El momento más crítico fue cuando el enemigo se dio cuenta de que aquella carga era obra de un exiguo grupo. Con gritos terribles, los turcos se tiraron encima del pelotón sobre el que comenzaron a caer proyectiles. Los más valientes se tiraban al vientre de los caballos para rajarlos con los *jatagan*. Los caballos caían y aplastaban a los caballeros. Sobre cada caballero caído se tiraba enseguida una horda de *kullar*.

La columna guiada por Zbrozek empezó a desintegrarse. Cuando el alférez se dio cuenta, dio la señal de retirada. Hicieron un círculo, guardaron enseguida los sables en sus fundas y empuñaron las pistolas. Hubo un relámpago, se levantó una columna de humo. Los disparos les abrieron el camino de regreso. Los caballeros se lanzaron en medio del humo. No tenían ya ímpetu, los caballos estaban cansados, las lanzas partidas. A pesar de todo, consiguieron atravesar las filas enemigas y pasaron a la otra parte, retirándose a galope tendido. Al menos un cuarto de los participantes en la carga habían caído. Muchos de ellos volvieron heridos.

Sobieski llamó a Zbrozek, y sin palabras, le estrechó la mano, sobre la que corría la sangre de la espalda, herida de un disparo de mosquete. No habían vuelto ni Miaczynski ni el joven Potocki.

Mientras tanto, llegó Jablonowski con sus húsares, que





una hora antes habían rechazado el asalto de la caballería turca. Sus soldados se removían, impacientes de lanzarse en medio del tumulto.

—¿Me permite Vuestra Majestad –preguntó– que vaya el primero al ataque?

—Los primeros deben ser los húsares del rey –dijo resuelto Sobieski.

Hizo venir al teniente Zbierzchowski, jefe del pelotón, llevaba el nombre del príncipe heredero Alejandro.

—Tendrá usted el honor de guiar el ataque. ¿Ve aquellos palos rojos de allá abajo? Están frente al cuartel general del gran visir. Aquella es la dirección que debe de tomar. ¡Adelante y que Dios le ayude!

Hizo un gesto con el bastón de mando. Sobre el valle se elevó un grito altísimo:

—¡Jesús! ¡María!

Los primeros en moverse fueron los húsares, en una larga formación de cincuenta caballos, un pelotón tras otro. Jablonowski marchó con los suyos. Detrás de los húsares iban los coraceros. Después de los coraceros se dejó el sitio a la caballería pesada de Baviera que, a pesar de no haber formado nunca parte de una carga, se habían dejado llevar por el entusiasmo y empujaban a los caballos al galope; extrajeron los espadones y, cuando pasaron al lado del rey, gritaron:

—*Gott mit uns!*

Luego pasaron a la carrera regimiento tras regimiento: polacos, bávaros, sajones, imperiales. La inmensa masa de la caballería, como un gran bloque de lava, partió de un solo golpe las líneas enemigas y, persiguiendo a los adversarios, los alcanzó hasta el interior del campamento turco. Sari Husein intentó contrarrestar la carga con su caballería, pero los caballeros turcos fueron dispersados y pisoteados. El fragor de los cascos, el grito de los caballeros a la carga y las voces de los que estaban siendo aplastados se hicieron un único estruendo. Fue imposible rechazar aquel ataque.

El sol se puso tras las colinas, el cielo comenzó a ponerse

oscuro, mientras los caballeros cargaban enfurecidos en el campamento, pisaban hombres, abatían tiendas, destruían los recintos de los que huían en masa los animales. Estaban reduciendo a polvo una potencia que había venido a traer la guerra contra el imperio y el cristianismo.



# 22

El príncipe Carlos continuó el ataque. Después de haber conquistado la posición de Nussdorf, los imperiales pasaron a la ofensiva. Lentamente, pero con decisión, rompieron la resistencia de las últimas tropas de Ibrahim. Fue superado el torrente Krotenbach y fue ocupada la villa de Döbling. Un paso tras otro, los imperiales se acercaban a las murallas de la ciudad.

Los gritos que se levantaron sobre el campo de batalla dieron a entender al príncipe Carlos que Sobieski había iniciado inesperadamente el ataque final. Esa misma mañana, ambos estaban convencidos de que al ataque final no podría llevarse a cabo hasta dentro de dos días, durante los cuales, como había proyectado el rey, se debería formar una tenaza en torno al campamento turco. Algo inesperado tenía que haber influido en aquel cambio de decisión, pero Carlos era un comandante demasiado experto como para actuar también él inmediatamente y sin discutir, con la misma táctica.

—Que su Señoría Lubomirski –ordenó– tome la caballería y lance el ataque contra la ciudad.

Al mismo tiempo se movieron también los sajones.

El frente mantenido por las tropas de Ibrahim se vino abajo enseguida. El viejo pachá huyó junto a los suyos lo más rápidamente posible.

Los signos de debilidad en el interior del campamento eran tales que Kara Mustafá, aun a su pesar, decidió aquel mismo día hacer salir de las trincheras a las divisiones de jenízaros y de crear con ellos un frente para contrarrestar el ala derecha de los aliados. Aunque fuese tarde y el visir esperase que ya por ese día no iba a ser posible llegar al ataque decisivo, tenía la sensación de que contra los ejércitos de los infieles que se estaban reagrupando y que hacían pensar en un enorme nimbo en el cielo, antes un temporal, iba a hacer falta una defensa muy eficiente. Los emisarios se apresuraron a llevar las órdenes a los pachás que mandaban las tropas asediantes: Ahmed Scicsman Mehmet y Selebi Hasan.

Pero ya no llegaron. Los gritos terribles y el estrépito de miles de cascos hicieron comprender a Kara Mustafá que estaba perfilándose la derrota. De pie bajo la tienda roja sin paredes, desde la que dirigía la batalla, vio frente a sí una enorme nube de polvo, como si se estuviese acercando un *simùn*.

Después, de aquella nube surgieron miles de figuras humanas y de animales que huían presas de un pánico enloquecido. Aquella masa corría a ciegas, tiraba las tiendas, los carros, destrozaba los recintos. De las piezas de artillería que defendían el cuartel general del *serdar* se alejaron a la carrera los soldados. La infantería de Aranwuck, la guardia personal del visir, estaba por tierra, pisada por los fugitivos, sin tener ni siquiera la posibilidad de enfrentarse a los húsares que perseguían aquella turba invadida por el pánico.

El visir comprendió que todo estaba perdido. No iba a conquistar Viena, no iba a clavar la espada en el corazón del imperio, no iba a conseguir la gloria más grande del Islam, no iba a llegar a las alturas con las que había soñado. Empuñó el arco, que sabía usar de un modo perfecto. Introdujo la flecha en la cuerda.

Antes de lanzar la primera flecha, surgió de un rincón de la tienda su predilecta Lelila. La mujer estaba de rodillas y se tapaba la cara con las manos. Kara Mustafá fue presa de la





desesperación al pensar que aquel cuerpo, que había suscitado en él tanto gozo, iba a ser presa de los *gávur*. Quizá el mismo Sobieski quisiera llevar a su amante a su propia tienda... La llamó:

—¡Lelila!

Se levantó y se le acercó. La cuerda del arco tembló. La flecha del visir se clavó en el pecho de la mujer que cayó a tierra gritando y encogiéndose del dolor.

Llegó a caballo Aga Osman, el jefe de los *spaghiler*, los soldados de a caballo.

—¡Huye, *asaf!* –gritó–. Alá nos ha abandonado y nosotros estamos a punto de morir. Pero tú no puedes morir. Tú eres el comandante de los ejércitos del *padichá*. No puedes dar a los infieles la bandera del Profeta. ¡Monta a caballo!

Uno de los *spaghiler* que acompañaba a Aga saltó a tierra del caballo y se lo ofreció al visir.

—¡Huid, señor! –exclamó.

Kara Mustafá dejó el cuerpo todavía vibrante de la amante e hizo el gesto de aferrar la bandera del Profeta, todavía en mano de Aga Osman. Quería subir a caballo con la bandera. Pero Osman se la arrancó de la mano. La quitó del asta y la escondió en su pecho, dentro del vestido.

—¡Así la salvaremos! –gritó–. ¡Ahora vámonos! ¡Rápido!

Se alejaron a galope tendido. Los húsares los perseguían, decapitando durante la carrera a todo aquel que encontraban. Se vació un recinto en el interior en el que había animales exóticos. A Kara Mustafá le encantaba mirarlos. Los animales huían junto a los hombres. Un avestruz, corriendo con sus largas patas, emitía chillidos penetrantes. Los siervos del visir intentaban llevarse las riquezas que se encontraban en las tiendas del *serdar*...

El ataque de la caballería polaca e imperial conducido por Lubomirski llegó hasta las murallas de la ciudad. Fueron abiertas las puertas y los ciudadanos acogieron con gritos de júbilo la llegada de los caballeros. En las iglesias sonaban las

campanas. El enemigo ya no oponía resistencia, intentaba solo salvar la vida en una fuga apresurada. Pero Lubomirski se dio cuenta de que sus hombres habían decapitado soldados que ya no eran capaces de resistir, mientras que en las trincheras se había quedado la infantería de los jenízaros. Dejó que los húsares y los caballeros mercenarios continuasen la persecución, mientras que, en cambio, detuvo a los *dragones*. Los soldados desmontaron de los caballos y se dirigieron a pie hacia las trincheras. De la ciudad vinieron en su ayuda los defensores. Para ellos había llegado el momento de la venganza por sesenta días de asedio, por el hambre, por las espantosas crueldades que habían cometido los asediadores. Viendo aquellos que estos llegaban furiosos y amenazadores, los jenízaros se dieron cuenta de que no podrían contar con su clemencia. La muerte era para ellos inevitable. Pero no la aceptaron pasivamente. Comenzaron un combate encarnizado. Cercados por todas partes, combatieron como leones. De las cabezas de los soldados caían uno tras otro los turbantes. Había muchas melenas rubias, como rubios eran los agricultores de Masovia, que llevaban las sayas rojas de los *dragones*.



## 23

Cayó la noche, pero el ejército seguía en pie de guerra en el campamento devastado. Así lo había ordenado Sobieski. Los mensajeros que había enviado difundieron entre los regimientos la orden del rey según la cual, el que abandonase las filas lo pagaría con la vida.

La rapidez con la que había conseguido la victoria le había dejado dudoso. Temía que los turcos volvieran. Quería que el ejército estuviese eventualmente dispuesto a continuar el combate. Envió a la caballería ligera en avanzadilla más allá del torrente Wien, en la dirección en la que habían desparecido numerosísimos enemigos, los que aquella misma mañana tenían todavía un aire tan amenazador. ¿Era quizá posible –se preguntaba como comandante experto– que un ejército como aquel hubiera sido dispersado en una hora?

En el campamento ocupado, pero intacto, Sobieski ordenó que se encendieran grandes hogueras. En el resplandor del fuego se veían los regimientos uno junto a otro. El resplandor creaba reflejos en las armaduras de los caballeros. Los caballos, cansados, tenían una pata doblada y bajaban la cabeza. De vez en cuando se sacudían y se oía el rumor de las crines. Los soldados estaban en silencio. Por todas partes se levantaban gemidos, parecidos al sonido del viento. Miles de heridos yacían mezclados, aliados y enemigos. Sobre los heridos estaban inclinados los capellanes.

De la ciudad llegaba un ininterrumpido repicar de campanas que anunciaban la victoria. Bajo las murallas se oían todavía los sonidos de la batalla contra los jenízaros. Los vencedores gritaban, los vencidos morían en un silencio tétrico. Solo de vez en cuando se levantaba un grito, cuando alguien se ensañaba con un jenízaro antes de asestarle el golpe de gracia.

Sobieski desmontó del caballo y se sentó bajo un pequeño árbol. Allí lo encontraron los comandantes de las tropas de los ejércitos aliados que habían venido a congratularse con él por aquel triunfo inusitado. Los alemanes, por lo general rígidos, se habían vuelto de pronto cordiales y expansivos. Abrazaron al rey y lo besaron en las mejillas. Los más jóvenes le besaron también la mano. Sobieski tenía muchas ganas de hablar de la victoria, de darse un poco de importancia. Era fabuloso divertir a la gente con anécdotas que en parte eran verdaderas, y en parte nacían de su fantasía, pero en cuya veracidad creía ciegamente. Los oyentes se volvían locos por las historias de su comandante, que no solo era capaz de vencer, sino que sabía también hablar de la victoria. Ahora, en cambio, se impuso callar, reflexionando sobre todo lo que había pensado antes de la batalla, también en el momento en el que, empujado por un repentino impulso, había decidido lanzar el ataque. Mientras los otros se dejaban llevar por el entusiasmo, él se mordía los labios y repetía dentro de sí con humildad: *veni, vidi, Deus vicit*.

Pero la tentación era superior a sus fuerzas, porque cada príncipe quería saber cómo le había ido, cada uno hacía las mismas preguntas. Era casi medianoche, cuando llegaron el príncipe Carlos y Juan Jorge de Sajonia. El lorenés se paró en silencio frente a Sobieski, como si no tuviese coraje para exteriorizar su admiración. Sobieski lo abrazó más fuerte que a los demás, y comenzó enseguida a alabarlo porque, sin esperar sus órdenes, por propia iniciativa, había mandado al ataque a la caballería que había cerrado a los turcos el camino hacia el Danubio. Ya era de noche cuando llegó Stahremberg. Hizo una gran reverencia, quitándose el sombrero. Sobieski lo llenó de cumplidos por lo magníficamente que había defendido la ciudad.





Las horas pasaban. Con el pasar del tiempo se hacía siempre más evidente que los turcos habían sido verdaderamente derrotados y que ya no iban a volver más bajo las murallas de Viena. Llegó Lubomirski y informó de que todos los jenízaros habían sido aniquilados. Sobieski se lamentó por esto, el joven caballero de Malta, porque no toleraba la crueldad y no admitía un derramamiento inútil de sangre. Tenía siempre piedad por el vencido.

Después se quedó solo y pudo dar rienda suelta a sus pensamientos. El entusiasmo hizo que, aunque estuviese cansado, sus pensamientos fuesen claros. Tenía ante sus ojos la figura de Marysienka, justo como la había visto cuando había partido, llena de preocupación por él.

Lejos quedaba el tiempo en el que se imaginaba que cada laurel conquistado en el campo de batalla iba a ser un regalo para su amada. Aunque hubiese vencido tantas veces, no había conseguido con ello reconquistar su corazón. Sabía también que el triunfo de Viena no iba a cambiar nada. Aquello era un signo, pero no un signo de cambio en su vida.

Todavía seguía amándola, la amaba apasionadamente, la amaba quizá con mayor intensidad que antes. Entonces había pretendido de ella sentimientos y se había lamentado que ella no se los quisiera conceder. Hoy no pedía nada, quería solo dar, dar incluso lo que a él le causaba mayor dolor...

Sintió que no iba a ser fácil. Así como dominar la fantasía iba a ser un gran esfuerzo que no siempre lo habría llevado al resultado esperado. Se conocía bien. Sabía que tenía un temperamento sanguíneo, cálido. Era capaz de desear, de luchar, de llenarse de ira. Pero era capaz también de amar.

Y ahora pensaba, vencedor sobre el campo de batalla, que, si aquel deseo permaneciese vivo en él, el mismo deseo le habría devuelto todo cuanto sus manos habían conseguido, y también lo que él mismo había recibido.

## EPÍLOGO

Estaba tan conmovida, que se sintió mal y perdió el sentido. Las damas de corte la encontraron en un estado lamentable. Estaba tendida, rígida, con los dientes apretados y con el rostro ceniciento. Entre los lamentos de los siervos fue llevada al lecho y pusieron a su lado botellas de agua caliente. El mayordomo hizo llamar inmediatamente a los médicos.

Llegaron enseguida, con sus pelucas y con las gafas, con los cuellos de las camisas rígidos y almidonados. Pero antes de que llegasen, Marysienka había vuelto en sí. Estaba tumbada en silencio, con los ojos cerrados, sin permitir que nadie la tocase. Los médicos pudieron verla solo de lejos. Marysienka les ordenó que se fueran, declarando que no quería ver a nadie. Deseaba pasar en silencio y en soledad aquel terrible momento de amargura y postración.

Ya una vez había vivido algo parecido. Dos años antes, el sobrino del Papa, Aníbal Albani, hacía poco nombrado cardenal, había ido a verla ¡sin quitarse en su presencia el capelo cardenalicio! Ante aquella visión había creído morir. Los ojos se le habían nublado, había sufrido palpitaciones, pero su carácter batallador venció la amargura. Declaró al joven cardenal que, a pesar de que fuese protector de Polonia, no volvería a ir a hacerle una visita ni esperaría jamás otra visita por su parte. Inútilmente se le intentó explicar que el comportamiento de cardenal se debía a las nuevas reglas. Frente a ella, frente a la reina, cada funcionario estaba obligado a quitarse

el sombrero. Tampoco sirvieron las palabras persuasivas del Papa. Aquella afrenta fue solamente el inicio de afrentas sucesivas. Los nuevos cardenales no le tributaban los debidos honores. Tenía la sensación de que la infravaloraban, de que no era nadie para ellos... Y ahora, además, aquella respuesta del rey Luis...

Cuando quince años antes había llegado a Roma, la situación era completamente distinta. Había llegado como una persona que toda Roma, incluso el Estado Pontificio, deseaba ver. ¡La viuda del héroe más grande de la cristiandad! Inocencio XII había enviado a su representante a las orillas del Po, para que le transmitiera su saludo, en las fronteras del Estado Pontificio, a quien treinta y cuatro años antes, cuando era nuncio en Varsovia, había unido en matrimonio con Sobieski. Monseñor Zondadari bajó el primero de su carroza, y, en pie frente a la carroza en la que estaba Marysienka con la nieta, pronunció la oración de bienvenida. Comenzó el viaje a través del Estado Pontificio; en cada ciudad y pueblo, la reina era saludada por las autoridades, por los cardenales y por los delegados. Se pararon en Ferrara, en Bolonia, en Loreto. El viaje a través de Italia duró casi dos meses. Por fin Marysienka llegó a Roma y se alojó en el palacio de Livio Odescalchi, en la Plaza de los Santos Apóstoles. Se encontró viviendo en el mismo lugar donde había vivido la reina Cristina de Suecia, que también había gozado de la hospitalidad del príncipe y que en agradecimiento le había dejado en herencia las maravillosas obras de arte que poseía. Pero incluso sin tener en cuenta aquellas obras, el palacio de Livio Odescalchi era todo él magnífico. Los papas Inocencio XI y XII lucharon con mucha decisión contra el nepotismo. Livio, de todas formas, no debía sus riquezas, que lo habían convertido en el hombre más rico de Italia, a su tío, sino a su propia perspicacia. Aquella generosa intervención de la Diosa Fortuna había hecho que en la cabeza del príncipe hubiese nacido el proyecto de presentar su candidatura al trono polaco. Se imaginaba que iba a estar apoyado por el Primado





Radziejowski y por la reina viuda. Marysienka no lo desengañó, aunque prefería apoyar otras candidaturas. Para Livio era su gentil protectora; aunque no hubiese sido elegido para la candidatura al trono, le ofreció su palacio y se sintió orgulloso del hecho de que hubiese querido aceptar su hospitalidad. Los cardenales fueron uno tras otro a visitar a Marysienka: entre los primeros, el secretario Fabricio Spada, el cardenal Carlo Barberini, protector de Polonia, el estudioso cardenal Francesco Nerli, el anciano cardenal Galeazzo Marescotti y el jovencísimo cardenal Pietro Ottoboni, protector de los artistas.

Solo tres meses después de su llegada, tuvo lugar una audiencia solemne del Papa. Un cortejo fabuloso se movió al Palacio del Quirinale. Lo abría una carroza vacía tirada por seis caballos. En las dos carrozas siguientes, iban los chambelanes, los cortesanos de la reina. La cuarta carroza, la más lujosa, tirada por ocho caballos, era la de Marysienka.

El marqués de Arquien, que había llegado junto a Marysienka, no se presentó a la audiencia papal. Después de la victoria de Viena, Marysienka había logrado su intento: tanta había sido su insistencia junto al Papa que al final este, aunque de mala gana, como si alguien le pisase un pie, confirió al marqués el título de cardenal. A distancia, la cosa no parecía tan trágica, pero, cuando el cardenal hizo su aparición en Roma, se convirtió enseguida en una figura que provocaba burlas y risas. A pesar de sus noventa años, el marqués se había convertido en una damisela, en un fervoroso mantenedor de los divertimentos y de los juegos de cartas. Esto no le impedía hacerse ver por las calles con la vestimenta roja cardenalicia. El gran amor de Marysienka por su padre sufrió una conmoción. Empezó a ver al viejo marqués con ojos diferentes. Veía cómo la ponía en ridículo y eso la llevaba a la desesperación. Buscó sin éxito frenar las escapadas de su querido papá. El marqués siguió haciendo lo que le apetecía, sin tener en cuenta las objeciones de su hija, ya que tenía tras de sí a casi todas sus damas de corte.

La audiencia se celebró en junio, pero ya en enero, que era año jubilar, Inocencio XII había dejado de vivir. El nuevo papa, Clemente XI, rodeó a la reina con el mismo respeto y la misma gentileza que su predecesor. Marysienka tomaba parte de todas las ceremonias de la corte papal. En las iglesias se extendía ante ella una pequeña alfombra. Un día, el Papa en persona fue a ver a la reina al Palacio de Livio. Cuando Marysienka apareció en el Campidoglio, el Senado romano honró su presencia colocando su busto entre aquellos de los huéspedes más famosos.

La muerte del marqués de Arquien produjo un cierto alivio en Marysienka. El marqués, que había cumplido cien años, murió un día entre los brazos de una de las damas de corte, dejando a la hija una enorme deuda por pagar.

Mientras, en Polonia, sucedían cosas extraordinarias. El rey Carlos de Suecia invadió el país, derrotó al rey Augusto en la batalla de Kliszów, echó al rey sajón del trono y decidió poner en su lugar a alguien sometido a él. Pensaba en Jacobo, el hijo de Sobieski. Marysienka, cuando lo supo, mandó a toda prisa a Olawa a los dos hijos más jóvenes, dando por hecho que el vencedor sueco habría extendido también a ellos sus favores. Pero, durante el viaje, Jacobo y Constantino fueron raptados por los hombres de Augusto y encarcelados en la fortaleza de Pleissenburg. Alejandro consiguió llegar hasta Carlos, pero rechazó la propuesta de subir al trono de Polonia. No le gustaba ni Polonia ni los incordios del gobierno. Por recomendación de Carlos, se convirtió en rey Stanislao Leszczynski. Las acciones de Marysienka junto al Papa, para que con su influencia consiguiese la liberación de los hijos, duraron dos años. Antes que la intervención papal diese sus frutos, Carlos XII, después de haber invadido Sajonia, pretendió de Augusto la liberación de los dos hermanos. Pero Marysienka no volvió a ver ni a uno ni a otro. Jacobo volvió a Olawa, Constantino se quedó por un tiempo con su hermano y luego se fue por el mundo. Solo Alejandro, después de haber alcanzado algunas conquistas amorosas en Polonia, volvió junto a su madre para seguir haciendo el gallito en Roma.





Los años pasaron. En 1707, Marysienka partió para Nápoles. Viajaba de incógnito como la princesa Jaroslawska, pero hacía de todo para que la gente supiera verdaderamente quién era. Fue acogida con honores por los más altos funcionarios del reino. Entre su enorme séquito, avanzaban, balanceándose notablemente sobre las patas, cuatro camellos, los supervivientes de ocho que Marysienka se había traído a Roma desde Polonia. Provenían del botín de Viena. Adornados con costosas vestiduras, resaltaban en todos los viajes de la corte de la reina, y eran bien conocidos en Roma.

Marysienka no se había traído de Polonia solamente los camellos, sino también un inmenso patrimonio. Había que mantener una corte de cerca de trescientas personas. En Polonia se habían quedado sus grandes propiedades, pero Augusto había hecho de todo para que las rentas no le llegaran a Marysienka. Ahora que en Polonia estaban en guerra, sus propiedades habían sido saqueadas y devastadas; y ya no había renta alguna con la que contar.

La guerra llegó también a Italia. Las tropas imperiales, sin el consentimiento del Papa, pasaron las fronteras del Estado Pontificio para ir a atacar el Reino de Nápoles. Clemente XI, que apoyaba a Francia, se opuso y a la violación del derecho respondió con la excomunión. El emperador no se preocupó demasiado, es más, permitió a su ejército ciertas licencias y hacer «razzias» en los territorios pontificios. Con los austríacos habían llegado a Italia los nuevos aliados del emperador, los prusianos. Un reciente feudatario del rey de Polonia, el Elector de Brandenburgo, por concesión del emperador, que necesitaba de su ayuda, se proclamó rey de Prusia. El papa protestó también contra esto, pero no consiguió nada. Los prusianos llegaron junto a Roma y amenazaron con un nuevo «saqueo».

Marysienka gozaba de la protección de la guardia pontificia y de Francia. Los representantes del emperador le eran

también favorables, en consideración del hecho de que los jóvenes Sobieski apoyaban al emperador. Pero las destrucciones sufridas por el país provocaron un encarecimiento general y una devaluación de la moneda. El Estado Pontificio se encontró en la miseria. Las riquezas de Marysienka empezaron a mermar, y cuando empezó a faltar el dinero líquido, fue necesario recurrir a los préstamos de los usureros. Marysienka era una mujer sabia y nunca le habían faltado los medios para vivir. Era también una persona previsora y se había convencido de que no podía permitir que todo se viniese abajo, dado que todo ello tenía que llegarle hasta el fin de sus días y que de hecho no tenía intención alguna de morirse pronto. Cuando sobrevino el espantoso invierno de 1709, cuando parecía que toda Italia y toda Europa fueran a sucumbir bajo el hielo, Marysienka, después de recuperarse de una grave enfermedad, decidió dejar Roma, empobrecida y triste, y trasladarse a Francia, que en sus sueños siempre había sido el país de todas las alegrías.

Había también otros motivos que la inclinaban a dejar Roma. La guerra había terminado, el Papa, derrotado, había depuesto las armas. Pero los cardenales más ancianos no habían sobrevivido a la guerra ni a aquel terrible invierno. Para los jóvenes, Marysienka no era ya una persona capaz de producir interés. Dejaron de tenerla en consideración. Frente a sus desorbitadas exigencias se encogían de hombros. Cada día encontraba una nueva afrenta. Aníbal Albani no era ni el primero ni el último al que había dado un portazo en su palacio.

Mantenía estrechas relaciones con la embajada francesa y con la colonia francesa de Roma. En cuanto se presentó la ocasión, a través del embajador, le envió una carta del rey Luis.

La guerra sangrienta que se había librado para que el nieto de Luis pudiese convertirse en rey de España había llegado a su fin. Los aliados que combatían contra Francia tenían mejores comandantes: Marlborough, Eugenio de Saboya, que había iniciado su carrera militar durante el asedio





de Viena, Stahremberg, ex defensor de Viena. Pero entre ellos no había acuerdo. Gracias a lo cual, a Francia le dio tiempo a rearmarse. La paz de Utrecht tuvo para Francia unos resultados todo menos negativos. Pero quien había sembrado tantas guerras estaba apagándose. Había muerto su hijo, habían muerto sus nietos, el heredero del trono estaba destinado a ser el sobrino segundo, de cinco años.

Marysienka estaba segura de que el viejo y cansado rey la acogería favorablemente en Francia. Había entre ellos contrastes y viejas ofensas, pero ya era agua pasada, y Marysienka pensaba que estaban olvidadas. Ahora Luis había sido gravemente herido en su orgullo, luego ya no tenía dudas que le echaría una mano amiga a su prima, que nunca había dejado de ver en él al Águila Vencedora.

Pero fue justo en esta ocasión cuando Marysienka sufrió un shock que por poco le cuesta la vida. Una hora antes había llegado el embajador. No traía carta alguna de invitación para ella de parte del rey. Le mostró, en cambio, una carta enviada a él por el mariscal de Villeroi en la que este último le informaba de que Luis se había mostrado favorable a que la viuda del rey de Polonia fuese a Francia, con la condición de que fuese a vivir al Palacio de Blois, reservado para ella, y que no se dejase ver por la corte de Versalles sin una invitación especial... Ah, ¿así que eso era lo que había? ¿Aquel era el agradecimiento por tantos años de fidelidad y de servicio a los intereses del Palacio Encantado? ¡Ingrato! ¡Hasta cuando había tenido diferencias con él, nunca había dejado de admirarlo!

Su primer pensamiento fue que, a pesar de todos los preparativos, no iría a Francia. Pero no lo dijo. Era una cosa sobre la que tenía que reflexionar. Por otro lado, ¿adónde podría ir? En Roma no se quería quedar. No podía volver a Polonia, donde reinaba el rey sajón, y además tampoco tenía ganas: a fin de cuentas, ¿qué la ligaba a aquel país de «rudos campesinos»? En Baviera no la querían... ¿Olawa? Aquel no era un sitio para ella. Los rencores entre ella y Jacobo no ha-

bían cesado, y la nuera no la soportaba. ¿Había acaso un lugar en el mundo al que hubiera podido ir? Quizá en aquella América, donde iban todos aquellos para los que no había sitio en Europa. Pero ya era demasiado vieja para emigrar a países tan salvajes...

Hasta aquel momento, nunca se había sentido vieja. Setenta y tres años... Estaba todavía llena de vida y amaba la vida. Deseaba vivir lo máximo posible. Energías no le faltaban. Además, tenía la sensación de que de pronto le faltase algo. Algo... algo de lo que tenía una gran necesidad... Iba a verse obligada a aceptar aquellas condiciones humillantes e irse a Francia. El Santo Padre le había prometido que pondría a su disposición sus galeras. Blois... ¿quién sabe cómo era aquel lugar? Había soñado toda la vida con volver a Francia, durante toda la vida la había considerado su patria, y sin embargo... de hecho, no la conocía.

Alguien llamó ligeramente a la puerta, y, sin esperar respuesta, entró. Ni siquiera levantó la cabeza del cojín. Por el paso silencioso reconoció a Maria Casimira.

Había traído de Roma a su nieta cuando la hija mayor de Jacobo tenía los mismos años que tenía ella cuando María Luisa se la había llevado a Polonia. La niña había crecido en Roma, primero en el Palacio de Livio, y luego, cuando se habían trasladado, en el Palacio Zuccari, en Trinità dei Monti. No sabía el polaco, no conocía casi nada a su familia. Alguien un día hizo ver a Marysienka que su nieta estaba ya en edad de casarse. Se sorprendió. ¡Cómo pasa el tiempo! Comenzó a pensar en un eventual candidato. ¿Quizá el príncipe de Módena? Pero no tenía prisa. María Casimira no daba la impresión de parecer muy interesada en el asunto... El problema se iba retrasando día tras día...

—¿Qué querías? –preguntó sin levantar la cabeza.

—Quería ver si me necesitabas, abuela.

—Es a mí a quien ya no necesita nadie –dijo con imprevista amargura.

—Yo sí...





Alargó la mano y acarició dulcemente la cabeza de su nieta. La pequeña princesa se arrodilló junto a la cama.

—Hablas por hablar –rebatió–. Eres una buena muchacha, lo sé. Pero, cuando te cases, te olvidarás de la abuela. Yo me iré a Francia...

—Me gustaría ir contigo...

—¿De verdad? ¿Te gustaría venir? –se giró y miró a la cara a la muchacha, no demasiado guapa, de rasgos toscos–. Allá donde yo voy, no habrá ni diversiones ni bailes ni recepciones... habrá silencio como en un convento...

—Muy bien... a mí no me gustan los bailes ni las diversiones...

Marysienka entrecerró los ojos y arrugó la frente. Es cierto, pensó. Nunca ha buscado las diversiones... es raro, no me había fijado nunca. Siempre ha ido a gusto a la iglesia, a los oficios, a rezar junto con las monjas benedictinas que había traído conmigo y que viven junto al palacio.

La vida de Marysienka estaba llena de prácticas religiosas: visitas a las iglesias, participación en los oficios. Esto no le impedía tomar parte a menudo en las solemnidades profanas, las representaciones teatrales, y de luchar por su prestigio real. Solo ahora se daba cuenta de que la nieta, entre aquellas dos formas de vida, había escogido solo una. Se había vuelto una persona de iglesia. Igual que él... pensó por un momento.

—Pensaba que preferirías que te mandara con tu padre –dijo–, pero si quieres te llevo conmigo. Nos iremos lo antes posible. Hoy mismo tenemos que empezar a preparar los baúles. Te encargas tú, ¿de acuerdo? Solo me da pena dejar a Alejandro enfermo. Pero no puedo retrasar más la parti

Alejandro estaba enfermo desde hacía dos años. S
medad le recordaba aquella del padre: le tocab
cuerpo. Parecía que se iba a deshacer. A la vuelt
Alejandro se había ocupado activamente del te
sienka tenía en su palacio. Tenía tambié
corte: Scarlatti y Capeci, que escribían la

tro. Por lo demás, eran representaciones de carácter religioso, como la historia del martirio de Santa Cecilia, o bien de carácter heroico, como la ópera sobre Orlando. Alejandro se interesaba por la puesta en escena, alguna vez recitaba también él. Como actor era muy apreciado.

Pero, a medida que la enfermedad progresaba, abandonó también el teatro. Interrumpió el contacto con la alegre compañía de los amigos y las amigas, se volvió tétrico, taciturno, melancólico.

¿Quizá no debiera dejarlo? –se preguntaba a veces Marysienka. Pero enseguida reflexionaba–: ¡No puedo quedarme más en Roma, en medio de tanta afrenta! Solo Francia podrá devolverme las fuerzas. ¡Tengo que partir!

—Haré todo lo que me digas, abuela –dijo María Casimira–. Qué lástima que el tío esté tan enfermo. Seguramente habría venido con nosotras...

Te equivocas, muchacha –pensó–. No habría venido. Alejandro tiene su vida, sus amigos. Cuando se cure, volverá con ellos. Solo yo estoy sola como un perro...

De pronto, le vino a la cabeza una palabra, a menudo pronunciada por Sobieski, sobre todo cuando se lamentaba con él por el poco amor que le manifestaba. Nunca había aprendido el polaco y ahora se acordaba solo de algunas cosas. ¿Cómo se decía? Arrugó el entrecejo, y después de un momento encontró la palabra: *nieboszontko*...

Sí –pensó–, en realidad soy una pobre desgraciada...



# PERSONAJES HISTÓRICOS IMPORTANTES, NOMBRES GEOGRÁFICOS, TÉRMINOS NOTABLES

Águila: nombre convencional para referirse al rey de Francia Luis XIV.

Alas (sobre las espaldas o sillas de los húsares): apéndices realizados con plumas.

Albani, Aníbal (1682-1751): nuncio en Viena, cardenal, obispo de Sabina, Porto, y luego, de Santa Rufina.

Alserbach: torrente que desemboca en el Danubio en Viena.

Antokol: localidad de Lituania, cerca de Vilna.

Apaffy, Mihaly (1632-1690): príncipe de Transilvania desde 1661, aliado de los turcos.

*Asaf*: título dado al visir en la antigua Turquía.

Astrea: traducción del nombre *Astrée*, de la novela de Honoré d'Urfé (v. *Céladon*).

Augusto II el Fuerte (antes Federico Augusto I, elector de Sajonia, 1679-1733): rey de Polonia, derrotado en Kliszow por Carlos XIII.

Aurora: nombre convencional para referirse a Marysienka (María Casimira de la Grange D'Arquien, mujer de Sobieski *(v.)*

*Azam*: en turco, «sumo».

Balduino IV (1160-1185): rey de Jerusalén, valeroso combatiente a pesar de la lepra.

Bar: ciudad de Podolia, ahora en Ucrania, en el *oblast'* de Vinniza.

Barclay, Robert (1648-1690): escritor escocés cuáquero (*Apologie for the True Christian Divinity*).

Bathory, Stephan (1533-1586): príncipe de Transilvania, rey de Polonia desde 1576, fue promotor de una política fuerte y centralista en los enfrentamientos entre la nobleza y los grandes terratenientes.

Batoh: ciudadela sobre el Bug, en la Ucrania rusa; en 1652, los polacos fueron derrotados allí por las tropas cosaco-tártaras.

*Battasciúr*: en turco, brazalete.

Beresteczko (en ruso, berestečko): localidad ahora en Rusia, sobre el río Stir, al sur-suroeste de Lutsk; en los días 28 al 30 de junio de 1651, el ejército polaco derrotó a los cosacos del Atamán ucraniano Bohdan Chmel'nickij y les obligó a retirarse al Dniéper.

Bielsko (ahora Bielskobiala): ciudad en el voivodato del mismo nombre al suroeste de Cracovia.

Bolechow: localidad en la Polonia meridional (hoy en Rusia), al sur de Strij, junto a los Cárpatos.

Buczacz: ciudad de Ucrania, hoy en Rusia, sobre el río Strypa.

Budzin: localidad polaca, hoy en el voivodato de Pita, al norte de Poznan.

Buonvisi, Francesco (1626-1700): cardenal nuncio en Colonia, en Varsovia, en Viena, obispo de Lucca.

Burattini, Tito Livio (Belluno, 1615-muerto quizá en Polonia): director de la Casa de la Moneda de Polonia, físico, inventor.

Bydgoszcz (en alemán, *Bromberg*): ciudad de la Polonia septentrional, a 10 kilómetros del Vístula, capital del voivodato homónimo.

Cabezas rapadas: era habitual entre los nobles polacos raparse la cabeza como señal distintiva.





Capeci, Carlos Segismundo (siglos XVII-XVIII): literato, secretario en Roma de María Casimira de la Grange d'Arquien (*ver*); escribió rimas, oratorios, comedias en prosa y libretos para la música de Domenico Scarlatti *(v.)*.

Caprara, Alberto (1630-1691): hombre político y diplomático, embajador del emperador con Mahoma IV.

Carlos XII (1682-1718): rey de Suecia, combatió contra los rusos, contra los polacos de Augusto el Fuerte y puso en el trono de Polonia a Stanislao Leszczynski *(v.)*.

Casimira, Palacio de: en Varsovia, hoy sede de la Universidad de Varsovia (Rectorado).

Cattaro: actual Kotor, ciudad de Yugoslavia; la catedral de San Trifón fue destruida en 1653 y después reconstruida.

*Cebeci*: se pronuncia *Giebegí*.

*Cebeciler*: en turco, coraceros.

Cecora: localidad ahora en la Rumanía nororiental; en 1620, aquí los polacos fueron derrotados por los turcos y los tártaros.

Céladon: nombre de un personaje prototipo del enamorado ideal, de *Astrée (v.)*, novela de Honoré d'Urfé (1568-1625).

Chelmno: localidad polaca al norte de Torun, en el voivodato de esta ciudad.

Chocim: localidad polaca sobre el Dniéster, hoy ciudad famosa por dos batallas contra los turcos en 1621 y en 1673.

*Ciambúl*: divisiones armadas tártaras.

Cieszyn: localidad polaca en el voivodato de Bielsko-biala, junto a los Cárpatos, hoy ciudad fronteriza a la República Checa.

Clemente [X] (Emilio Altieri, 1590-1676): auditor en la nunciatura de Polonia, obispo de Camerino, nuncio en Nápoles y en Polonia, cardenal y Papa desde 1670.

Clemente XI (Gian Francesco Albani, 1649-1721): cardenal diácono, Papa desde 1700.

Condé, Luis II (1621-1686): príncipe, llamado el «Gran

Condé», famoso caudillo de la familia que constituía el ramo cadete de la Dinastía de los Borbones.
Conti, François-Louis de Borbón, príncipe de (1664-1709): uno de los mejores generales de su tiempo, combatió en Hungría contra los turcos, luego en la guerra de la Liga de Augusta; fue elegido rey de Polonia (1697), pero no pudo tomar posesión del trono.
Cristina (1626-1689): reina de Suecia, que se convirtió del protestantismo al catolicismo.
Csobánka: pequeña localidad al norte de Budapest.
Cudnów: localidad hoy en Ucrania, al sur de Zitomir (Rusia); en 1660, el ejército polaco derrotó al ruso allí.
Czarniecki, Stefan (1599-1665): general polaco, combatió contra los cosacos y los suecos, pasó a la tradición como ejemplo de soldado inflexible y devoto; mencionado también en el himno nacional polaco.
Czersk: localidad polaca al norte del voivodato de Bydgoszcz.

D'Arquien: *v.* De la Grange d'Arquien.
David, rey de Israel (1000?-961 a. C.): el segundo después de Saúl, fundador de la dinastía que reinó sobre el Reino de Judá.
De la Grange d'Arquien, Henry: marqués, padre de María Casimira (Marysienka) (*v.*).
Diablonowski: sobrenombre de Stanislaw Jablonowski, formado sobre *Diabel* (diablo).
Döbling: pueblo inmediatamente al norte de Viena, ahora integrado en la ciudad.
Dorosenko, Pëtr D. (1627-1698): atamán cosaco que en el intento de llevar a Ucrania a la independencia de Rusia y de Polonia, se apoyó en los turcos y en los tártaros.

Ecmiadzin: nombre ruso de la ciudad armenia de Ejmiacin, ahora en Rusia, a 20 kilómetros al oeste de Erivan.
*Efendi*: en turco, «señor», «dueño»; título que se daba en la





antigua Turquía a quien no era ni Bey ni Pachá, como, por ejemplo, literatos o eclesiásticos.
Elector, Gran Elector (*Grosskurfürst*): *v.* Federico Guillermo de Brandenburgo.
Ernesto Augusto, príncipe elector de Hannover (1629-1698): obispo evangélico de Osnabrück, combatió con los imperiales en la batalla de Viena.
Eugenio de Saboya (1663-1736): general italoaustríaco, al servicio del emperador Leopoldo I; se distinguió en la batalla de Viena, combatió contra los turcos en 1697 (Zenta), participó en la guerra de Sucesión de España, derrotó a los turcos en Petervaradino y Belgrado (1717).

Fanfan o Fanfanik: sobrenombre de Jacobo, hijo de Sobieski.
Federico Guillermo Hohenzolern de Brandenburgo (1640-1688): llamado «Gran Elector», político despreocupado, primer aliado de Polonia contra Suecia, luego de Francia, y luego de sus enemigos.
Federico I (1657-1713): rey de Prusia (III como elector de Brandenburgo); coronado rey de Prusia en Königsberg, en 1701; hijo de Federico Guillermo Hohenzolern (*v.*).
Forbin-Janson, Tousaint de (1625-1713): prelado y diplomático, obispo de Digne, luego de Marsella y Beauvais, embajador extraordinario en la Dieta de Polonia.
Francisco II d'Este (1662-1694): duque de Módena y Regio.

Giaur: del turco *gávur* (en árabe, *kafir*), «infiel», término injurioso, usado para calificar a los cristianos.
Gliniani: localidad polaca ahora en Rusia, no lejos de Leópolis (Lvov).
Gliwice (Gleiwitz): localidad polaca al noroeste de Katovice, en el voivodato homónimo.
Gniew: ciudad polaca en los alrededores de Tozew, sobre el Vístula, en el voivodato de Danzig.
Goffredo: alusión al título de la *Jerusalén Liberada*, de Torcuato di Tasso, en la traducción polaca de 1500, *Godfryd*

*Abo Jerozolima Wyzwolona* (*Gofredo o la Jerusalén Liberada*).

Golab: localidad polaca sobre el Vístula, al norte de Pulawy.

Gospodar: del rumano *gospodar*, eslavo eclesiástico *gospodari*, derivado de *gospodi*, «señor», título de los príncipes de Balakia y Moldavia.

Gregorio Lusaworic, «iluminador» (257-332): fundador, según la tradición, de la cristiandad armenia, escritor sagrado (Cánones Disciplinarios y morales, oraciones, homilías).

Grodno: ciudad ahora en la Rusia Blanca, durante un tiempo en el voivodato polaco de Bialystock, a 75 kilómetros.

Grzymultowski, Krzysztof (1620-1687): voivoda de Poznania desde 1679.

Guillermo, príncipe de Neuburg: candidato por Luis XIV al reino de Polonia.

*Hil'at*: palabra turca del árabe *'alat*, «hábito de ceremonia».

Hohenzollern (ver Federico Guillermo).

Iasi: ciudad de Moldavia, ahora en Rumanía, capital de la provincia homónima.

Inocencio XI (Benedetto Odescalchi, 1611-1689): cardenal, obispo de Novara, Papa desde 1676.

Inocencio XII (Antonio Pignatelli, 1615-1700): cardenal, arzobispo de Nápoles, Papa desde 1691.

Jablonowski, Stanislaw, Jan I (1634-1702): Hetmán de la corona polaca, combatió contra cosacos y suecos, tomó parte en la batalla de Viena y obligó a los turcos a retirarse más allá del Dniéster en 1685.

Jánow (*Janov* en ruso): pequeña localidad de Rusia al sur de Zytomir.

Jawarin: en polaco, nombre de la ciudad húngara de Györ.

Jaworow: localidad en los alrededores de Leópolis (Lvov), residencia preferida de Sobieski.





Jeduques (*haiduk*): insurrectos, guerrilleros balcánicos que luchaban contra los turcos. Luego, cuerpos especiales de la infantería húngara.

Juan (Jean) III Sobieski, rey de Polonia (1624-1696): vencedor de los turcos en Chocim (1673), elegido rey en 1674, obtuvo en la paz de Zurawno (1676) la restitución de dos tercios de Ucrania y de los prisioneros retenidos en Turquía. Concluida una Liga Santa contra los turcos, con Inocencio XI y Leopoldo I, contribuyó decisivamente a la victoria del ejército de la cristiandad en Viena en 1683. Combatió también reconquistando Hungría para el imperio. En 1686 tuvo que renunciar a Kiev y a los territorios ucranianos más allá del Dniéper a favor de Moscú. Además de gran estratega, fue un hombre culto, también por influencia de su mujer francesa, María Casimira de la Grange d'Arquien (*v.*), humanista y mecenas.

Juan Casimiro II Wasa (m. 1672): rey de Polonia que abdicó en 1668 y murió en Francia.

Julio Francisco, duque de Sajonia (1666-1689): combatió con los imperiales en la batalla de Viena.

Kahlenberg: colina de 483 m al noroeste de Viena.

Kalkstein-Stolinski, L. Chrystian (1630-1672): uno de los jefes de la oposición prusiana contra Federico Guillermo, que era contrario a la supremacía de Prusia sobre Polonia, contra las tendencias absolutistas del Gran Elector.

Kalnik: ciudad actualmente en Ucrania, donde Sobieski derrotó a los tártaros.

Kalusz (en ruso, *Kalus*): ciudad ahora en Rusia, república de Ucrania, en el *oblast* de Stanislav.

Kamieniec, hoy Kamenec-Podolski: ciudad ahora en Rusia, que fue plaza fuerte de Lituania y luego capital de Podolia en el reino polaco, conquistada por los turcos y cedida a Rusia en 1793.

Kara Mustafá, Mercifonlu (1634-1683): Gran Visir, jefe del

ejército otomano en el tiempo de la batalla de Viena; hecho decapitar por el sultán Mahoma IV.

*Katholikós*: título del patriarca de todos los armenios.

Katski Marcin: general polaco de artillería contemporáneo de Sobieski.

Kisbér: ciudad ahora en Hungría, al sudeste de Györ.

Kliszów: (en ruso *klésov*), localidad ahora en Rusia, en el oblast de Vladimir-Volinskij, donde en 1702 fue derrotado por los suecos el rey Augusto II (*v.*).

Klosterneuburg: ahora suburbio de Viena, localidad sobre una rama secundaria del Danubio, a poca distancia de la ciudad, al noroeste.

Kolding: localidad de Dinamarca en un fiordo, no lejos de la isla de Fionia.

Komarno: ciudad de la actual Eslovaquia, en la confluencia entre el Nitra y el Danubio.

Koniecpolski, Stanislaw: hetmán de la corona polaca que combatió contra los turcos, los tártaros, los suecos y los cosacos.

Krasnobród: pequeña localidad al sur de Zámosc, en el voivodato homónimo.

Krasnystaw: localidad polaca al sur de Chelm, en el voivodato homónimo.

Krotenbach: torrente al norte de Viena.

*Kullar*: en turco «esclavos soldados».

*Kurutz*: nombre dado a los protagonistas de la revuelta de los campesinos húngaros contra los turcos en 1514 bajo el mando de G. Dósza; después, mercenarios húngaros. El término original significa «cruzados».

La Rochefoucauld, François V, duque (1588-1650), padre del famoso moralista, amante de Anne Geneviéve, duquesa de Longueville (*v.*).

Lauenburg (in Pommern): ciudad de Pomerania, durante un tiempo alemana, actualmente en Polonia con el nombre de Lebork, en el voivodato de Slupsk.





Lauenburg: región de Alemania septentrional, en el Schleswig-Holstein meridional.

Lehistan: nombre de Polonia en la antigua lengua turca.

Leonor, Archiduquesa de Habsburgo: mujer de Miguel Wisniowiecki (*v.*), reina de Polonia.

Leopoldo I de Habsburgo, emperador (1640-1705).

*Leventler*: en turco, soldados de las tropas irregulares, formados por vagabundos.

Levino: general romano opuesto a Pirro, rey del Épiro.

*Lisowczyk*: perteneciente al cuerpo de caballeros fundado en el siglo XVII por A. Lisowsky, tristemente conocido por su crueldad y sus saqueos.

Longueville, Anne Geneviéve de Bourbón-Condé, duquesa de (1619-1679), madre de Charles Paris de Longueville (*v.*).

Longueville, Charles Paris d'Orleans, duque de, conde de Saint-Paul (1649-1672): hijo de Anne Geneviéve de Bourbon Condé, la amante del duque Francois de Rochefoucauld; fue uno de los más brillantes y valerosos gentilhombres de su tiempo; destacó en Fiandra y Franca Contea, candidato a la sucesión del reino de Polonia.

Lorena, Carlos V, duque de (1643-1690): combatió junto a los imperiales contra los turcos y los franceses en la batalla de Viena.

Lowicz: ciudadela polaca en el voivodato de Lódz.

Lubomirski, Jerónimo Augusto (1648?-1706): hijo de Jerzy Sebastián *(v.)*, candidato al trono polaco en la época de Sobieski, caballero de Malta, combatió a su lado en la batalla de Viena.

Lubomirski, Jerzy Sebastian (1616-1667): gran hetmán de la corona polaca, caballero de Malta, combatió contra las tropas reales en los años 1665-1666 (guerra civil).

Luck: actualmente, ciudad de Ucrania, que perteneció a Polonia hasta 1945.

Luis Carignano de Soissons: príncipe de Saboya hermano de Eugenio *(v.)*, combatió junto a los imperiales en la batalla de Viena.

Luis, rey: se entiende Luis XIV de Francia, el rey Sol.

Maimbourg, Louis (1610-1686) jesuita erudito: entre sus numerosas obras de teología e historia destaca *L'Histoire des Crusades*, publicada en 1675.

Marás: diminutivo de Márek (Marcos), hermano mayor de Juan Sobieski, que murió joven.

Marco de Aviano (de laico Carlo, 1631-1699): Hermano capuchino enviado por el pontífice a la batalla de Viena.

María (Marysienka) Casimira de la Grange D'Arquien (1635-1716) mujer de Juan Zamoyski (1658) y por ello llamada *zamoyska*. Tras la muerte de este, mujer de Juan III Sobieski (*v.*).

María Luisa Gonzaga-Nevers (m. 1667): mujer de Ladislao IV Wasa, rey de Polonia, tras la muerte de su hermano Juan Casimiro Wasa, rey de Polonia.

Marlborough, John Churchill (1650-1722) I duque, cambatió contra los franceses y, junto a Eugenio de Saboya, venció en Höchstadt-Blenheim, en Ramillies y en Malplaquet.

Matwy: villa en las cercanías de Inowroclaw, voivodato de Bydgoszcz; batalla durante el curso de la guerra civil de 1666 durante la cual Jerzy Lubomirski *(v.)* derrotó al ejército real comandado por el entonces general Juan Sobieski.

Maximiliano II Emmanuel de Wittelsbach (1662-1726): elector de Baviera, combatió contra los imperiales en la batalla de Viena y se casó en segundas nupcias (1695) con Teresa Cunegunda, hija de Sobieski.

*Metamorfosis*: obra de Ovidio *(v.)*.

Mimbres: el envío simbólico de un manojo de mimbres en la antigua Polonia significaba una invitación a los nobles a prepararse para una expedición militar.

*Mirza*: en persa, título nobiliario (forma abreviada de *m r-z dé* o *am r-z dé*, «hijo del príncipe»).

Mohylew (Mogilev): ciudad actualmente en Rusia, capital del oblast del mismo nombre.





Montespan, François de, marquesa (1641-1707): favorita de Luis XIV (*v.*), de quien tuvo hijos.

Morsztyn Jan Àndrzey (1620-1693), poeta barroco de la corte de Juan Sobieski, vicetesorero, traductor al polaco de *Tasso,* de G. B. Marino, y del *Cid* de Corneille, agente secreto de Luis XIV.

Murmur: sobrenombre de un hijo de Sobieski.

Narol: pequeña localidad al suroeste de Polonia, en el voivodato de Rzesów.

Neuburg, Juan Guillermo (1658-1716) y Carlos (luego Carlos III, 1661-1742): electores palatinos, combatientes junto a los imperiales en la batalla de Viena.

*Nieboszontko* (pron. *nieboshiontko*), en polaco, «pobrecilla».

Niemirów (en ruso Nemirov), localidad cercana a Lvov (Rusia).

Nikolsburg (Mikulov): ciudad de Chequia, cerca de la frontera con Austria.

Nointel, Charles François Ollier, marqués de (1635-1685?): embajador de Luis XIV en Constantinopla.

Nowy Dwór (o N. D. Gdánski): pequeña ciudad de la Polonia septentrional, en el voivodato de Danzig.

Nueva Jerusalén (Nowa Jerozolima): ciudad cercana a Czersk (*v.*).

Nussberg: monte al norte de Viena.

Nussdorf: población al norte de Viena, al pie del Nussberg. (*v.*).

Odescalchi, Livio (1652?-1713): duque de Ceri, sobrino de Inocencio XI, presente en la batalla de Viena.

Oliwa: suburbio residencial de Danzig, donde el 3 de mayo de 1660 se firmó la paz que puso fin a la guerra de polaco-brandenburguesa-sueca.

Oława (alemán Ohlau): ciudad de Polonia, en el voivodato de Wroclaw (Breslavia), en la orilla izquierda del río Oder.

Olszowski, Andrej: (1621-1677) obispo de Chelmno, vicecan-

ciller del rey Miguel Wisniowiecki (*v.*), primado de Polonia desde 1675; sostenedor de Austria, contribuyó al estallido de la guerra contra Turquía.
Opava (alemán, Troppau): ciudad de Slesia, en la antigua Checoslovaquia.
Orange Nassau, Guillermo II, príncipe de (1629-1650): *statolder* de todas las provincias de los Países Bajos.
Orange Nassau, Guillermo III (1650-1702): *statolder* de los Países Bajos, desde 1689 soberano de Inglaterra.
Ovidio Nasón, Publio: (43 a. C.-17 d. C.) poeta latino.

Pac, Michal Casimires (m. 1682): gran hetmán de Lituania, adversario de Juan III Sobieski y de su política filofrancesa.
*Pachá*: del persa *padishah*, compuesto de pad «protector» y de shah «soberano»; título llevado durante un tiempo por los soberanos de Persia Afganistán, pero, sobre todo, denominación oficial de los sultanes otomanos.
*Palacio Encantado*: alusión o quizá criptónimo relativo al Palacio de Versalles.
Pallavicini, Opizio (1632-1700): nuncio del Papa en Polonia.
Pan y sal: el ofrecimiento de estos era una antigua costumbre eslava para acoger a los huéspedes.
Pápa: pequeña ciudad de Hungría en Vezsprém, al noroeste del lago Bálaton.
*Pencik*: en turco, tasa que constituía la quinta parte del botín.
Piast: dinastía polaca, descendiente de un Piast que, según cuenta la leyenda, habría reinado en Polonia en el sigo IX.
Pirro (319-272 a. C.): rey del Épiro.
Plutarco de Cheronea (50-120? d. C.): escritor griego de filosofía, religión, historia, arte. Sacerdote del templo de Delfos.
Podhajce, en Ucrania. Lugar de la victoria polaca del 1667 contra el ejército cosaco-tártaro.
Pólvora de disparo: nombre convencional para llamar a Juan III Sobieski.





Poquelin, Jean Baptiste (1622-1673), Molière, el gran comediógrafo francés.
Potocki, Wacław: (1621-1696) poeta, autor del poema *La guerra de Chocim* y de otras poesías de carácter jocoso.
Prazmowski, Mikolay (1617-1673): arzobispo de Gniezno, vicecanciller de la corona, corrompido por el bando francés, apoyó la política de la reina Maria Casimira (*v.*); en 1672 le fue retirado el cargo y fue recluido en un monasterio.
Presburgo: hoy, ciudad de Bratislava (en la ex Checoslovaquia).
*Pupusienka*: mote de Teresa, hija de Sobieski.

Racibórz (Ratibor): ciudad polaca en el voivodato de Katowice, al suroeste de esta ciudad.
Radziejowski, Michal (1641-1705): primado de Polonia desde 1687.
Radziwill, Boguslaw (1620-1669): noble polaco que, durante la guerra de los Treinta Años con los Brandenburgo, luchó de parte de los suecos; jefe de los calvinistas lituanos.
Radziwill, Michal Kazimierz (1625-1680): hetmán de campo y vicecanciller de Lituania, entre los más poderosos y valerosos defensores del reino de Polonia contra los suecos.
Raszków (Raskov): localidad de Rusia, cercana a la frontera con la Moldavia rumana.
*Recep* (pron. *reyiép*, del árabe *rayáb*: tenerse, dominarse): séptimo mes lunar del calendario musulmán, considerado mes de paz, igual que el siguiente, *muharam*.
Rocroi: localidad francesa, cerca de la frontera con Bélgica, donde en 1643 se llevó a cabo la batalla en la que el Gran Condé (*v.* Condé, Luis II) derrotó a los españoles y a los imperiales.

Saladino (en árabe *Salah ad-din Yusuf ibn Ayyub;* 1138-1193): sultán de Egipto y de Siria.
Sapieha, Pawel Jan (1616-1665): gran hetmán de Lituania; se

distinguió en las guerras contra los moscovitas, los cosacos y los suecos.

Scarlatti, Domenico (1685-1757): músico, maestro de ceremonias en Roma de la reina María Casimira de la Grange D'Arquien (*v.*).

*Schweinfeder*: montón de puntas de hierro, arnés bélico para obstaculizar el paso de la caballería.

*Seymenler*: en turco, guardia de corps del gran visir, reclutada entre no-turcos y no-musulmanes.

*Serasker*: en el imperio turco, el comandante supremo de las fuerzas armadas.

*Serdar*: título militar turco.

Sieradz: localidad polaca al oeste de Lodz, en el voivodato de Zdunska-Wola.

Silvander: personaje de la novela *Astrée* (*v.* Céladon).

*Spahiler*: en turco, soldados a caballo.

Sniatyn, ciudad de Ucrania, sobre el río Prut.

Sobek: diminutivo despreciativo de «Sobieski».

Stahremberg, Ragger Ernesto, conde de (1638-1701): defensor de Viena durante el asedio de 1683.

Stanislao (Stanislaw) Leszczynski (1667-1766): rey de Polonia

*Starosta*: en la antigua Polonia, gobernador de una provincia, nombrado por el rey.

*Starostie*: territorios bajo el mando del *starosta*.

Szczebrzeszyn: ciudadela polaca en el voivodato de Lublín.

Székesfehérvár (o Ciudad Blanca Real o Albareal) ciudad de Hungría, capital de la provincia de Féjer.

Tarnowski Góry: localidad polaca, en el voivodato de Katowice.

Tata (alemán, Totis): ciudad de la Hungría septentrional, en la provincia de Komátom, al este de Gyor.

Thököly, Imre (1657-1705): patriota húngaro, destacado en las luchas contra Austria y, durante un breve período de tiempo, príncipe de Transilvania con el apoyo de los turcos.

*Topçular*: en turco, bombarderos.





Trembowla: ciudad de Podolia.

Tulln: ciudad de Austria septentrional, a la derecha del Danubio, al noroeste de Viena.

Ujazdowski: Palacio en las cercanías de Varsovia, castillo real erigido en los años veinte del siglo V, sobre el Vístula. El nombre deriva de una antigua villa de Jazdów.

*Ulema*: en árabe «los sabios», los «teólogos» del Islam, como los *mufti* y los *imam*; es plural de *'alim*.

Urías, el hitita: guerrero de David, marido de Betsabé, con la que el rey cometió adulterio.

*Vardapet*: título eclesiástico de la Iglesia Armenia, primero reservado a los monjes y luego extendido al clero viudo y célibe.

Veszprém: ciudad de Hungría, capital de la provincia homónima al nordeste del lago Bálaton.

Villeroi, Francois de Neufville (1644-1730): duque de, mariscal de Francia, combatió en la guerra de sucesión española.

Virgen de Ostra Brama: imagen milagrosa de la Virgen en Vilna.

Virgilio, Publio Marón (70-19 a. C.): poeta latino.

Waldeck Georg Friedrich (1620-1692): general y político alemán, estuvo al mando de los contingentes imperiales de Baviera y Franconia en la batalla de Viena.

Wallenstein, Albrecht Wenzel Eusebius von (1583-1634): general de la Bohemia, protestante primero, después católico, combatió contra Venecia con el Archiduque Fernando de Austria, formó un ejército imperial contra los suecos; sospechoso de traición al emperador, fue asesinado.

Warka, localidad polaca en el voivodato de Radom, sobre el río Pilica, al suroeste de Varsovia.

Wettin, Juan Jorge I (1611-1656): príncipe de Sajonia, combatió junto a los imperiales en la batalla de Viena.
Wien: torrente que da nombre a Viena y que desemboca en el Danubio.
Wienerwald: montañas boscosas cercanas a Viena.
Wilánow, palacio o castillo: residencia estival de Sobieski, construida entre los siglos XVII y XVIII donde él murió en 1696. Trabajaron en él varios artistas italianos y el famoso A. Schlüter (1681-1684). Hoy está dentro de la ciudad de Varsovia.
Wisniówiecki, Michal Korybut (1640-1673): rey de Polonia desde 1669, débil, incapaz, subió al trono solo gracias al favor de los aristócratas.

Zamosc: localidad polaca, capital del voivodato homónimo, al sur de Lublín.
Zamoyski, Jan (Juan): primer marido (desde 1658) de María Casimira de la Grange D'Arquien *(v.)*, voivoda de Kiev, fallecido en 1665.
Zaporoze: ciudad actualmente en Ucrania.
Zuccari, Federico (1540-1609): pintor y escritor, primer *princeps* de la academia de San Lucas, decoró el palacio de la Via Gregoriana.
Zolkiewski, Stanislaw (1547-1620): gran hetmán de la corona polaca, luchó contra los cosacos, los suecos, venció a los moscovitas en 1610, haciendo prisionero al Zar Basilio IV.
Zoráwno: localidad actualmente en Ucrania. En 1676, aquí fue firmado un tratado entre Polonia y Turquía, según el cual a Turquía se le adjudicaban Podolia y la ciudad de Kamieniec.



# ÍNDICE

PROLOGO ........ 7

PRIMERA PARTE ........ 15

SEGUNDA PARTE ........ 237

EPÍLOGO ........ 419

PERSONAJES HISTÓRICOS IMPORTANTES, NOMBRES GEOGRÁFICOS, TÉRMINOS NOTABLES ........ 429

ÍNDICE ........ 445



*Biografías noveladas de santos y personas cuya presencia ha dejado huella en la historia, narradas por autores de primera fila.*

**CONOCER A JESUCRISTO**
**Una responsabilidad para los cristianos**
Frank J. Sheed
11ª edición

**POR LAS RUTAS DE SAN PABLO**
**Ciudadano romano, apóstol y mártir**
Salvador Muñoz Iglesias
5ª edición

**LA VIDA DE SANTA TERESA DE JESÚS**
**Fundadora, santa... y doctora de la Iglesia**
Marcelle Auclair
13ª edición

**LA LUZ APACIBLE**
**Novela sobre Santo Tomás de Aquino y su tiempo**
Louis de Wohl
13ª edición

**LA SOMBRA DEL PADRE**
**Historia de José de Nazaret**
Jan Dobraczyński
16ª edición

**LA CANCIÓN DE BERNADETTE**
**Historia de las apariciones de la Virgen de Lourdes**
Franz Werfel
7ª edición

**EL CURA DE ARS**
**El atractivo de un alma pura**
Francis Trochu
11ª edición

**LA VIDA COTIDIANA DE LOS PRIMEROS CRISTIANOS**
**Un apasionante viaje por nuestras raíces**
A. G. Hamman
7ª edición

**LA LANZA**
**Historia del Centurión Longinos**
Louis de Wohl
7ª edición

**EL ORIENTE EN LLAMAS**
**Biografía novelada de San Francisco Xavier**
Louis de Wohl
8ª edición

**EL ÁRBOL VIVIENTE**
**Historia de la Emperatriz Santa Elena**
Louis de Wohl
8ª edición

**DON BOSCO Y SU TIEMPO**
**Educador nato, patrono de la juventud trabajadora**
Hugo Wast
5ª edición

**LA MADRE TERESA**
**SU VIDA, SU OBRA 1910-1997**
**«Lo hacemos por Jesús»**
Edward Le Joly
8ª edición

**EL MENDIGO ALEGRE**
**Historia de San Francisco de Asís**
Louis de Wohl
10ª edición

**CIUDADELAS DE DIOS**
**Novela sobre San Benito de Nursia y su tiempo**
Louis de Wohl
5ª edición

**Y EL RAYO CAYÓ POR TERCERA VEZ**
**El drama de la vida de San Juan Bautista**
Jan Dobraczyński
4ª edición

**CORAZÓN INQUIETO**
**La vida de San Agustín**
Louis de Wohl
11ª edición

**LA DONCELLA DE NAZARET**
**Historia de la Virgen María**
Javier Suárez-Guanes
8ª edición

**FUNDADA SOBRE ROCA**
**Historia breve de la Iglesia**
Louis de Wohl
12ª edición

**AL ASALTO DEL CIELO**
**Historia de Santa Catalina de Siena**
Louis de Wohl
7ª edición

**JUANA DE ARCO**
**La asombrosa aventura de la Doncella de Orleáns**
Mark Twain
4ª edición

**EL HILO DE ORO**
**Vida y época de San Ignacio de Loyola**
Louis de Wohl
5ª edición

**EL PUEBLO DE LA BIBLIA**
Daniel-Rops

**SAN ANTONIO DE PADUA**
**Gran predicador y hombre de ciencia**
Jan Dobraczyński
5ª edición

**JESÚS EN SU TIEMPO**
**Como un Hombre, entre los hombres**
Daniel-Rops
2ª edición

SAN FRANCISCO DE SALES
**Fundador genial, director de almas, modelo de escritores, dialogador paciente**
Valentín Viguera Franco
2ª edición

EL MENSAJERO DEL REY
**Novela sobre San Pablo y su tiempo**
Louis de Wohl
3ª edición

LO QUE MARÍA GUARDABA EN SU CORAZÓN
**Contemplar los sentimientos de la Madre**
José María Pemán
6ª edición

«NO OLVIDÉIS EL AMOR»
**La pasión de Maximiliano Kolbe**
André Frossard
4ª edición

SAN JUAN DE LA CRUZ
**Su presencia mística y su escuela poética**
José María Moliner
4ª edición

EL APÓSTOL DE LOS LEPROSOS
**La vida del Padre Damián**
Wilhelm Hünermann
4ª edición

MAGDALENA
**«Jesús arrojó de ella siete demonios»**
Jan Dobraczyński
3ª edición

SANTA TERESITA
**Vida de Teresa de Lisieux, Doctora de la Iglesia**
Maxence Van der Meersch
5ª edición

TRES MILAGROS PARA EL SIGLO XXI
**El Pilar (siglo I), Guadalupe (1531), Fátima (1917)**
Francisco Ansón
4ª edición

LAS APARICIONES DE LA VIRGEN
**Su historia, su mensaje**
Annette Colin-Simard
3ª edición

EL MENDIGO DE GRANADA
**Vida de San Juan de Dios**
Wilhelm Hünermann
3ª edición

LA SÁBANA SANTA:
**Últimos hallazgos, 2002 El Sudario de Oviedo y la Virgen de Guadalupe**
Francisco Ansón
5ª edición

EL PADRE DE LOS POBRES
**Vida de San Vicente de Paúl**
Wilhem Hünermann

SAN FRANCISCO DE PAULA
Pietro Addante

EL DIVINO IMPACIENTE. CISNEROS. LA SANTA VIRREINA
José María Pemán
2ª edición

SANTA GEMA GALGANI
**Vida de la primera Santa del siglo XX**
Germán de San Estanislao y Basilio de San Pablo
3ª edición

FÁTIMA
**Su historia maravillosa**
Wilhelm Hünermann
Apéndice de Francisco Ansón
2ª edición

EN BUSCA DEL ROSTRO DE JESÚS
Javier Prades. Salvador Muñoz Iglesias. Francisco Ansón. Florentino Díez. Aurelio Fernández. Gloria Toranzo

EL PADRE PÍO
**El capuchino de los estigmas**
Yves Chiron
4ª edición

SAN JUAN
**Tras las huellas del Evangelista**
Paul Dreyfus

SANTOS DEL SIGLO XIII Y SU ÉPOCA
**Cuando el mundo descubrió la paz**
Francisco Ansón

SAN BERNARDO
**El hombre que transformó Europa**
Philippe Barthelet

CRISTIANOS EN TIERRAS DEL ISLAM
**Su vida, sus dificultades, sus esperanzas**
Claude Lorieux

BAJO LAS MURALLAS DE VIENA
**La historia de Juan Sobieski**
Jan Dobraczyński

SAN NICOLÁS
**Vida y leyenda**
José Miguel Pero-Sanz

Para más información dirigirse a:
EDICIONES PALABRA, S. A. - Castellana, 210 - 28046 Madrid
Telfs.: 91 350 77 20 - 91 350 77 39 - Fax: 91 359 02 30
www.edicionespalabra.es - epalsa@edicionespalabra.es

## COLECCIÓN ARCADUZ
## OTROS LIBROS DE JAN DOBRACZYŃSKI

LA SOMBRA DEL PADRE
**Historia de José de Nazaret**
16ª edición

Y EL RAYO CAYÓ POR TERCERA VEZ
**El drama de la vida de Juan Bautista**
4ª edición

SAN ANTONIO DE PADUA
**Gran predicador y hombre de ciencia**
5ª edición

MAGDALENA
**«Jesús arrojó de ella siete demonios»**
3ª edición